ALFAGUARA

David Toscana

El peso de vivir en la tierra

Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

David Toscana

El peso de vivir en la tierra

Narrativa Hispánica

David Toscana

El peso de vivir en la tierra

ALFAGUARA

Puestos en la realidad, no existiría ningún juego.
Y si no existiesen los juegos, ¿qué quedaría?

LEV TOLSTÓI,
Infancia

Preludio

Cuando un compañero de trabajo le comentó a Nicolás que había muerto Jim Morrison, él mostró poco interés. «Hace cuatro meses murió Stravinski», le respondió. «¿Por qué entonces no me dijiste nada?» Aborrecía el empeño de la gente por ser los primeros en dar alguna noticia, sobre todo noticias puntuales: un resultado deportivo, un accidente, una muerte, muchas muertes. Apenas en esa semana le habían preguntado: «¿Supiste que tembló en Chile?» «¿Que aterrizó aquí en Monterrey el avión secuestrado de Braniff?» «¿Que nacieron nonillizos en Australia?» «¿Que asesinaron a veinticinco mexicanos en California?» «¿Que murió Armstrong?» Tras esta última noticia Nicolás preguntó si era el astronauta; pero no, se trataba de un trompetista. Nicolás hizo una apuesta consigo mismo y dijo: «¿Supiste que murió Iván Ílich?». El compañero se quedó en silencio. Entonces le preguntó si sabía que habían asesinado a Fiódor Pávlovich Karamazov o que Ana Karenina se había suicidado, que Akaki Akakiévich había muerto febril y trastornado, que uno, detrás de otro, habían muerto alcohólicos, por suicidio, enfermedad o hastío todos los Golovliev, y para cuando preguntó si sabía que Yuri Zhivago había quedado tendido exánime a media calle, ya su compañero se había marchado. En verdad los últimos treinta días habían transcurrido entre muchas noticias de muerte. Comenzaron el diez de junio con los estudiantes masacrados por el gobierno, y ese diez de julio llegaba la noticia del cantante. Pero de entre los muertos por la guerra de Vietnam o por la epidemia de cólera, de entre los nonillizos que uno tras otro fueron dejando de respirar a lo largo de siete días y las hordas de seres humanos que necesariamente se van a la tumba por cualquier razón, Nicolás se interesó por tres muertes que ocurrieron en las lejanas tierras rusas, o más lejos aún, allá en el espacio exterior, y que los diarios venían reportando desde el primero de julio. «Misteriosamente murieron los cosmonautas rusos», decía el encabezado. Después de

veintitrés días en la estación espacial Sályut, la nave que los trajo de regreso había aterrizado suavemente, suspendida de sus paracaídas, pero cuando los técnicos de la agencia espacial abrieron la compuerta, hallaron tres cuerpos sin vida. Ante el silencio soviético, el resto del mundo comenzó a barajar hipótesis. La más plausible era que luego de pasar tanto tiempo sin gravedad, sus corazones se habían detenido al sentir de nuevo el peso de vivir en la tierra; también se hablaba de un sobrecalentamiento al entrar en la atmósfera, de una descompresión que los habría reventado antes de que se asfixiaran, o bien de la inhalación de gases tóxicos. En sus siguientes ediciones, la prensa continuó dando información. Los cuerpos habían sido trasladados a Moscú y serían sepultados en las murallas del Kremlin. Allá llegaron condolencias de todo el mundo, incluyendo las de Nixon, Paulo VI y el propio presidente Echeverría. A cada cosmonauta se le había declarado Héroe de la Unión Soviética.

Poco después del entierro, las autoridades soviéticas informaron al mundo que el deceso se había debido a una embolia causada por descompresión de la nave.

Esa tarde Nicolás ya no trabajó. Perdió la mente en escenas de su propia muerte.

Por la noche llegó a casa y encontró a su mujer parada en medio del salón, como si le hubiesen robado a su pareja de baile. Nicolás se acercó a la mesa. No se sentó. Se quedó mirando los papeles tachonados y una pila de tres libros. Un vaso vacío. Al fin se acercó a su mujer y la abrazó con fuerza. «Tú y yo vamos a morir como cosmonautas rusos», dijo.

Ella quiso zafarse del abrazo. «¿Asfixiados?», preguntó.

Él la soltó y negó con la cabeza. «Nuestros corazones», dijo, «no soportarán el peso de vivir en la tierra.»

Ella dirigió la mirada hacia la ventana. El rostro se le alumbró con los faros de un auto que pasaba.

1

Nicolás pidió que lo llamaran Nikolái o, más exactamente, Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, pero ninguno de sus compañeros le hizo caso. En el comedor de la oficina llegó a preguntar a la cocinera si no tenía kascha o kvas, aunque él mismo tenía poca idea de qué eran esas cosas, pues en las novelas apenas se indicaba que la kascha era un manjar típicamente ruso y el kvas, una bebida a base de cereales. Cuando le pidieron que cooperara para una fiesta de la oficina dijo que no le quedaba ni un kópek y dejó de usar las fechas ordinarias para emplear las ortodoxas: «El proyecto quedará listo para el Día de la Exaltación de la Cruz». Ocupaba el puesto de Subgerente de Comunicación, pero él mandó hacer unas tarjetas en las que se presentaba como Consejero Titular.

Vino a ocurrir que al redactar un informe sobre la reparación de un tramo de la carretera de Monterrey a Nuevo Laredo, Nicolás marcó las distancias en verstas y reportó el monto de la inversión en rublos. Su carretera iba de Moscú a Nóvgorod.

El licenciado Domínguez mandó que se corrigiera el error y sugirió a Nicolás que se tomara unos días de descanso.

«No es necesario, excelencia», respondió Nicolás, y el licenciado no sonrió.

Tres días después, el licenciado Domínguez pidió a Nicolás que completara la redacción de un contrato, lo pasara en limpio y entregara cinco copias «para mañana a primera hora».

«¿Para mañana, excelencia?»

«A primera hora», reiteró el jefe. «Y no vuelvas a llamarme así.»

Nicolás sabía que en una comedia él habría de responder «no, excelencia» y el jefe volvería a decirle que no lo llamara de ese modo, y él de nuevo tendría que decir «no, excelencia» y así hasta el hartazgo; pero guardó silencio porque ninguna comedia había en hacer cinco copias de un contrato de diez páginas cuando ya terminaba la jornada de trabajo.

Tendría que hacerlo en casa.

Y así fue como, a mediados de julio, con un tiempo sumamente caluroso, Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, consejero titular, se metió en su casa del 467 de la calle Degollado a copiar el documento.

Se dijo que el calor estaría bien si pretendiera veranear en una dacha, pero en ese momento debía trabajar, y Gogol había escrito que el enemigo de los consejeros titulares «eran las heladas nórdicas; ese frío punzante que ataca de tal forma las narices que los pobres empleados no saben cómo resguardarse, e incluso a los más altos dignatarios les duele la cabeza y las lágrimas les saltan de los ojos». Nikolái encendió una vela, se calzó unos guantes sin dedos, mojó la pluma en el tintero y comenzó la primera copia de las cinco. «San Petersburgo, Imperio Ruso, Fiesta de la Epifanía, 1871.» Sintió las manos tan frías que se notaba el temblor en los trazos.

La secretaria de la oficina se había ofrecido a escribir el contrato a máquina y entregarlo al operador de la máquina Xerox.

«Dostoyevski dijo que todos salimos de *El capote* de Gogol», fue la respuesta de Nikolái.

Por eso se marcó como punto de partida el empleo de tinterillo, tal como Akaki Akakiévich o el loco del *Diario de un loco*, que orgulloso le sacaba punta a las plumas de «su excelencia». También escribano había sido Goliadkin, el de *El doble*, que lo mismo se volvía loco.

Apenas había escrito las palabras «Contrato celebrado entre», con una elegante C capitular, cuando entró su mujer.

Encendió la luz y fue directo a abrir la ventana.

Como si el viento estuviese ofendido por tanto tiempo que lo habían dejado allá afuera, recorrió con prisa el salón, apagando la vela y tirando al suelo dos hojas en blanco.

«¿Qué haces, Marfa Petrovna?», Nikolái cerró la ventana. «Se mete la ventisca.» Encendió de nuevo la vela.

«¿No pude ser Katerina Andreyevna? ¿Al menos Alexandra Ivanovna?»

Nikolái mojó la pluma y continuó su trabajo de copista. Podría hacer la primera copia en poco más de una hora, pero estaba consciente de que muy pronto le caería encima el cansancio. Recién había comprado esas plumas de ave. Aún no sabía cómo sacarles buena punta y su caligrafía estaba lejos de semejar la del príncipe Mishkin.

Se puso el abrigo y el gorro de lana, pues Goncharov había escrito que «para la Epifanía las nevadas son tan intensas que si un campesino sale un momento al campo, vuelve a su casa con la barba cubierta de escarcha».

Salió sin decir nada.

No le gustaba beber, pero a partir de esa noche tendría que hacerlo. Habría de beber cada día y prometerle cada día entre lágrimas a Marfa Petrovna que no lo haría más.

Entró en la primera cantina que halló. Los hombres se arracimaban en pequeñas mesas de madera. Detrás de la barra había un viejo con la dignidad del propietario que no trabaja y una mujer que lo hacía todo. El abrigo y el gorro de lana sofocaban a Nikolái y el rostro se le había puesto tan colorado que los otros parroquianos lo supusieron un beodo integral.

«Deme vodka», pidió a la mujer.

Se dirigió adonde se hallaba un hombre que conversaba con su botella. Bien sabía que las tabernas son sitios para conocer a desconocidos que se vuelven relevantes.

«¿Podría permitirme, caballero, el atrevimiento de sentarme con usted?»

Al hombre le cargó una frase tan larga donde sólo hacían falta dos palabras. Señaló la silla vacía con la mano abierta.

«Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, consejero titular.»

El hombre alzó la vista. El aspecto invernal del recién llegado le pareció más extraño que el nombre o el modo de presentarse.

El hombre dijo su nombre pero Nikolái no lo escuchó. Miraba a su alrededor en tanto recordaba aquella frase de Gorki en *La madre*: «A los hombres no les quedaba más que la taberna para estar a su gusto y no tenían otro goce que el alcohol».

«¿Me permite llamarle Guerásim?», preguntó Nikolái. «Es nombre de campesino si se está en el campo o de cochero si se está en la ciudad.»

La mesera volvió con un vaso minúsculo.

Nikolái miró la insignificancia que tenía delante. ¿Era lo que bebían los cosacos antes de hacerle la guerra a cualquier pueblo vecino? ¿Lo que perdía a los hombres y volvía desgraciadas a las mujeres? ¿Lo que dio fuerzas a los rusos para derrotar a Napoleón? Nadie que bebiera tan poquita cosa podría tener el alma grande.

«Tráigame una botella y un vaso de verdad.»

«Se paga por delante.»

«Como la dote», protestó Nikolái. «¿Dónde quedó el amor?»

Entregó un billete y la mujer volvió con la botella.

Nikolái sirvió el vodka en el vaso y se dispuso a beber. Apenas lo

había acercado a la nariz, tuvo que toser. Vio que estaba hecho en México. «A ver si no me quedo ciego.»

«Usted, Guerásim, ¿qué bebe?»

«Un coctel con residuos de jaibol, remanentes de cerveza caliente, el último chorro de una botella de tequila.»

Nikolái ponderó la suerte de haber entrado en esa cantina y toparse con un individuo de tal magnitud. Aunque también se dijo que tal vez en todas las cantinas había personajes como Guerásim. Le había pasado a Raskólnikov: nunca había penetrado en una taberna, y la primera vez que lo hizo fue a meterse justo en la que estaba Marmeládov dispuesto a confesarse con un desconocido.

Nikolái dio un buen trago al vodka y se las arregló para no gesticular.

«¿Quiere un poco, Guerásim?»

Como si temiera que la oferta no durase, Guerásim sirvió una buena cantidad en su botella.

Nikolái intuyó que la vida podía dar un viraje a partir de hechos simples. Un oficinista entra en una cantina y entabla conversación con un ebrio solitario… Un funcionario estornuda en el teatro y salpica al consejero de Estado que se halla delante… Un tal Dmitri ve que una dama con un perro se sienta en la mesa vecina… Karenina toma el mismo tren que la madre de Vronski… A cada paso había vidas alternativas, grandes historias de amor o perdición.

Pasaron media hora sin hablar. A Nikolái ya le sofocaba el abrigo. Guerásim siguió hurtando vodka hasta que se quedaron sin nada de beber.

Fue cuando el mareo y la sensación de ingravidez acabaron de alumbrar a Nikolái.

«Estamos en la estación Sályut.»

Se puso de pie. Con poca noción de lo que era habitar un mundo sin gravedad, comenzó a moverse lentamente. Utilizó la silla como escalón para trepar a la mesa. Ahí, de pie, con los brazos abiertos, dejó que el mareo lo bamboleara sin hacerle perder el equilibrio. Con voz sonora dijo: «Aquí el cosmonauta Pseldónimov. Saludos a los hombres allá abajo y paz a las naciones». Los parroquianos no entendieron el juego, pero igual les atrajo. «Ahora los veo y ahora no, pues mi velocidad es tal que doy varias vueltas a la tierra cada día.» Era verdad que daba vueltas en el minúsculo planeta de madera sobre el que se había posado. Más de uno recordó aquellas noches de años antes cuando vigilaban el cielo para ver pasar el Spútnik. «Salgo ahora a hacer una caminata espacial», anunció Nikolái.

El salto de la mesa a la silla y de la silla al suelo tuvo mucho de gravitatorio. Algo había en ese atuendo de abrigo y gorro de lana que sugería a los bebedores un traje cósmico. Nikolái volvió a operar con movimientos lentos y flotadores mientras se acercaba a la puerta. «Salgo ahora a lo desconocido.» Algunos aplaudieron. Hubo quien le lanzó un beso.

Afuera de la estación Sályut no encontró el vacío total que esperaba, sino una brisa que le agudizó el mareo. En un momento del camino a casa se quedó dormido.

Abrió los ojos cuando recién había salido el sol. Hubiese esperado ya nunca abrirlos, encontrarse en un muro del Kremlin. Pero estaba tumbado en una acera de la ciudad de Monterrey. Los hombres alargaban la zancada para franquearlo; las mujeres preferían bordearlo aunque tuviesen que bajar a la calle. Nikolái comprendió su situación, pero se quedó ahí echado algunos minutos más. Contento de compartir una imagen de Isaak Bábel: «Los borrachos yacían en el patio como muebles rotos». Notó que alguien le había puesto una moneda en la mano. Nunca antes, ni con su primer salario, ni con cada quincena, ni con los aguinaldos de cada fin de año, se había sentido tan bien gratificado.

Entró en la oficina de telégrafos. Tomó el formato y escribió: «Lamento muerte de cosmonautas al tiempo que celebro su valentía».

En el renglón del destinatario apuntó a Leonid Brézhnev, y como dirección apenas escribió Kremlin.

Mientras hacía fila, pensó en el telégrafo de la estación de ferrocarril de Astapovo, unas trescientas verstas al sur de Moscú. El aparato se la pasaba ocioso la mayor parte del tiempo. Apenas servía para mandar señales a las estaciones vecinas y avisar de llegadas, salidas o retrasos de trenes. De vez en cuando algún pasajero enviaba un parco mensaje: «Llego mañana» o «Ayer Gnékker se casó en secreto con Liza», sin siquiera mencionar que se hallaba en Astapovo porque ¿quién diablos sabe dónde queda ese mísero lugar? Pero un día último de octubre de 1910 se apeó del tren un anciano enfermo y se tumbó en la cama del jefe de la estación. Era Lev Tolstói, que ya no se levantaría de esa cama. Durante la semana que duró su agonía, arribaron multitudes a la estación e incontables periodistas. Las agencias de noticias telegrafiaban en busca de información, y desde ese modesto aparato de provincias repiqueteaban palabras para todo el orbe. A su vez llegaban buenos deseos, mensajes de solidaridad,

oraciones al dios que hiciera falta. Desde la capital de la provincia enviaron una cuadrilla de telegrafistas para trabajar día y noche, duro y dale, punto y raya, hasta que un helado día de noviembre a las seis y cinco de la mañana hubo de enviarse el mensaje en código morse: «Tolstói ha muerto». Aunque fechado en Rusia el siete de noviembre, llegaba a buena parte del mundo el día veinte, no porque el telégrafo demorara, sino porque Rusia aún usaba el calendario juliano.

«Dígame», la despachadora sacó a Nikolái de sus cavilaciones.

Él entregó su solicitud. La mujer dijo: «No estamos autorizados a enviar mensajes a Moscú».

«Echeverría sí lo hizo.»

Ella se quedó en silencio. Aguardando a que él diera el siguiente paso. Nikolái tachó el nombre de Brézhnev y escribió el del embajador Igor Kolosovski. Conocía bien el nombre, pues solía aparecer en la prensa. Apenas unos días atrás había obtenido un papel protagónico cuando el gobierno mexicano expulsó a cinco diplomáticos soviéticos por apoyar el entrenamiento de guerrilleros que «pretendían derrocar al presidente de México y establecer un régimen marxista-leninista, para lo cual gestionaban visas a los muchachos y los mandaban a un campo de entrenamiento en Corea del Norte».

«Deme la dirección de la embajada rusa», pidió Nikolái a la despachadora.

«Unión Soviética», dijo ella.

A Nikolái no le gustaba ese término, tal como prefería San Petersburgo que Leningrado, pero lo aceptó y apuntó la dirección: Calzada de Tacubaya 204.

Luego firmó como Nikolái Nikoláievich Pseldónimov y apuntó como su dirección Meshchanskaya 19. La muchacha dijo que no existía tal calle, que no podía enviar el telegrama a menos que los datos fueran correctos.

La sustituyó por Degollado 467.

Se envió el telegrama y llegó a la capital a la velocidad de la luz.

Nikolái regresó a casa a menor velocidad.

No alcanzó a meter la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió por dentro.

«Te están buscando de la oficina», dijo Marfa Petrovna.

Nikolái se echó sobre el sofá del salón. Ella llenó una jarra con agua del grifo.

«De la oficina», insistió Marfa, «han llamado tres veces.»

«No tenemos samovar.»

Sobre la mesa estaban las hojas en blanco y la vela a medio consumir. El tintero destapado.

«Anoche conocí a un hombre. Guerásim se llama. Un borracho como yo nunca podré ser», Nikolái se llevó la jarra a la boca hasta vaciarla. «Voy a pedirle que sea parte de la tripulación.»

«Tu primera borrachera», dijo ella, «y te das por vencido.»

El teléfono comenzó a sonar. Ninguno iba a responder. Como esos aparatos carecen de botón de apagado, Nikolái arrancó el cable, lo mismo que un personaje de Bulgákov, que se había visto «forzado a desconectar el teléfono de su oficina del Instituto arrancando de un tirón el hilo del receptor». Le estorbaban esos aparatos que mataban la distancia con apenas unos pulsos de los dedos. El infortunio de Zhivago y su familia habría sido imposible si en vez de buscarse con cartas perdidas hubiesen tenido una red telefónica entre Yuriatin y Moscú.

«Pero ya existían los teléfonos», dijo Marfa.

Nikolái se encogió de hombros. «Quizás los bolcheviques habían cortado los cables.»

Apenas diez años tras la invención del aparato, Chéjov lo había vuelto protagónico en un cuento en el que el protagonista intenta inútilmente comunicarse con el hotel Slavianski Bazar; pero el preferido de Nikolái era uno de Arkadi Averchenko. Un joven se las da de influyente y simula hacer llamadas a gente importante desde la oficina de un editor, hasta que el editor le pide que llame también al gerente de la red telefónica, pues «hace tres días que mi aparato no funciona».

Tomó el aparato con el cable arrancado. Lo echó en el cubo de basura de la cocina. «O asalto la central telefónica», había cantado Mayakovski, «o sáquenme del cuerpo el alma proletaria.»

Si querían comunicarse de la oficina, que le enviaran mensajes con un lacayo vestido de librea.

«Esta noche lo intentaré otra vez», consintió Nikolái.

«Es eso», dijo Marfa Petrovna, «o convertirte en asesino.»

Esa noche vistió su traje espacial y realizó la riesgosa caminata de vuelta a la estación Sályut, donde lo esperaba Guerásim, donde lo

esperaban varios de los parroquianos del día anterior, que lo recibieron con el afecto de los viejos amigos, con la más cálida de las bienvenidas, a ese mundo en el que las cosas perdían su peso, pues allá en ese lejano cosmos, luego de unos tragos, los cuerpos se volvían etéreos y las almas se libraban de sus cargas más pesadas.

2

Pasaron los días sin que Nikolái le agarrara gusto a la bebida, cosa que le preocupaba, pues había leído en Gogol que «todo ruso que realizaba su oficio decentemente era un borracho empedernido». La última vez que estuvo en la estación espacial sintió náusea apenas con ver el vodka. Por eso no pudo gozar de la ingravidez ni viajó por el cosmos. Guerásim se sintió triste navegando solo.

Nikolái regresó sobrio a casa con la sensación de haber fracasado.

«El borracho será Guerásim», dijo a su mujer. «Yo tendré que matar a la prestamista.»

Marfa le entregó el periódico. Le pidió que mirara los avisos de ocasión.

Las cosas marchaban bien. De la oficina había llegado una carta oficial para notificarle que había perdido el empleo y la patrona amenazaba con echarlos a la calle si no pagaban la renta.

«¿Y tú? ¿Ya decidiste?», preguntó Nikolái.

Marfa se quedó meditando como si apenas en ese momento considerara su papel en la vida, como si no hubiese sido un tema que vinieran tratando desde tiempo atrás.

«No quiero vivir de mi cuerpo.»

«Lo correcto sería que la fatalidad no te diese alternativa», dijo Nikolái.

Así le había ocurrido a Sonia. Para sellar su ignominia no hizo falta a Dostoyevski sino una frase inocente: «Serían las siete cuando Sónechka se levantó, se puso una pañoleta, se vistió el abrigo, salió del cuarto y no volvió hasta las nueve».

«Yo hubiese querido ser una dama de nobleza venida a menos.»

«Para eso tendrías que hablar francés, tocar el piano, haber leído a madame de Staël, tener opiniones sobre la emancipación de los siervos y veranear en Niza.»

En el periódico había sólo dos anuncios bajo el rubro de «Préstamos y empeños». Eligió el que tenía dirección más cercana: Zavala 902 Sur. No le gustó la dirección, así que escribió debajo: Sredniaya 902.

Por la mañana fue a una ferretería. Tan pronto entró, lo asaltó una ola de timidez. No era poca cosa comprar un arma. Tras el mostrador se hallaba una mujer que le preguntó qué deseaba.

«Un hacha», respondió él con voz baja.

«Tenemos varios modelos. ¿Para qué la necesita?»

Nikolái nunca pensó que le harían tal pregunta. No podía responder la verdad y tampoco se le ocurrió una mentira oportuna. Si decía que era para cortar un huizache, le venderían una tamaña herramienta imposible de ocultar en la ropa. ¿Pero para qué servían las hachas si no para cortar leña o asesinar gente? Los bomberos derribaban puertas.

«Después regreso», dijo Nikolái.

Raskólnikov había dicho que hay que pensar en cada detalle, y Nikolái se había embrollado con la primera pregunta.

La noche anterior, Nikolái había hojeado con Marfa algunos libros para dar con ciertas dolencias que tenían subrayadas. «Vamos a ver qué opciones tienes.» Varios personajes sufrían de catarro intestinal. ¿Pero cómo diablos se contraía tal cosa? El vecino de Oblómov tenía hidropesía del pecho. Otros tenían piedras en el hígado, aunque quizá eran consecuencia del mucho beber. Ictericia, que no sonaba tan grave. La madre de Raskólnikov había muerto de fiebre cerebral. Una mujer en cierta novela de Iván Bunin moría de fiebre puerperal, pero para eso haría falta un parto. Dostoyevski contrajo escrófula cuando estuvo preso, pero de eso no murió, ni de epilepsia, que tampoco mató al príncipe Mishkin ni a Smerdiákov. Chéjov menciona a un tal Hipolit Hipolítich, que «enfermó de erisipela en la cabeza y falleció». En otro texto habla del «reblandecimiento del cerebro», que define como «una enfermedad con la cual los sesos se ponen más blandos que de ordinario… como más líquidos», la cual es curable con «duchas frías y emplastos, siempre que se llegue a tiempo». Así, con los sesos reblandecidos, había muerto en cinco días el padre de Katerina Ivanovna, la enamorada de Dmitri Karamazov. A Iván Ílich, miembro del Tribunal de Apelación, le habían diagnosticado riñón flotante, lo cual lo llevó a la tumba el 4 de febrero de 1882. Esto les sonó prodigioso. Imaginaron un riñón que se desprendía como fruta madura y se ponía a deambular por el cuerpo al modo de una amiba gigante. A Basárov, el protagonista de *Padres e hijos*, se le había contaminado la sangre con el cadáver de un mújik muerto por tifus.

«¿Me lees un poco más?», dijo Marfa.

Nikolái tomó el libro. Fue repasando los subrayados en voz alta. Basárov le había pedido piedra infernal a su padre, que también era médico. El padre le cauterizó la herida, pero Basárov dijo: «Si me he contagiado, ya será tarde para eso». Perdió el apetito. La cabeza le dolía. Tuvo fiebre y escalofríos.

«¿Quieres que continúe?»

Marfa Petrovna lo miró sin parpadear.

Basárov pasó la noche con tos. Se acatarró. «A la mañana siguiente, la cabeza le daba vueltas, la sangre le afluía a la nariz.» Le salieron en la piel «unas manchas rojas, prominentes, malignas». El padre no se da por vencido. Solicita remedios con urgencia: «Envuélvanlo en paños fríos… un vomitivo… sinapismos de mostaza en el vientre… sángrenlo».

«Ya basta», interrumpió Marfa. «No sé qué sea un sinapismo de mostaza, pero no me apetece una enfermedad en que me aliñen como salchicha.»

Nikolái dijo que tal vez la peor muerte por enfermedad la había contado Vsevolod Garshin. Se trata de un joven con un dolor de muelas que no se atiende. Le brota «un flemón y una grandísima úlcera» en la encía. La cosa se va agravando hasta que de la boca y el rostro emana un olor insoportable de cadáver. «A lo largo de un palmo, por la parte derecha, el pecho estaba completamente oscuro, como un terciopelo negro cubierto por una tenue capa azulosa: era la gangrena.» Cuando el morbo avanza por rostro, cuello y pecho no hay modo de recurrir a la amputación. «No queda esperanza alguna.» Aun así le sajan y quitan una enorme cantidad de carne muerta, «de modo que ya no parece hombre vivo sino una preparación anatómica». Pasa noches de agonía. La hermana besa ese rostro putrefacto. «¡Cuánto desearía no morir ahora!», dice el moribundo porque ese beso le convirtió la resignación en deseo de vivir; por eso, aunque pensaba morir valientemente en silencio, acaba haciéndolo entre sollozos.

Marfa negó con la cabeza.

Al final, terminaron donde ya sabían:

«Tuberculosis», dijo Nikolái.

Y ella asintió.

Cuando Basárov hubo exhalado el último suspiro y la casa se llena de un general clamor de duelo, le acomete al padre un frenesí extraño: «Dije que protestaría», grita con voz ronca, con la cara demudada, agitando los puños, cual si amenazara a alguien, «y protesto, ¡protesto!». Pero la madre, ahogada en lágrimas, se le echa al cuello y ambos, abrazados, ruedan por el suelo.

«Así lo haré», Nikolái tomó a Marfa de la cintura. «Cuando mueras, abrazaré tu cuerpo y rodaremos juntos, por el suelo, por la calle, por el espacio, por donde pueda gritar mi protesta.»

Por eso, luego de la ferretería, Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, ex consejero titular, se dirigió a la biblioteca en la avenida Juárez. Revisó el fichero y pronto halló una enciclopedia médica en dos volúmenes. Fue a su ubicación y extrajo el tomo segundo para llevarlo a la mesa de lectura. Ahí avanzó las páginas hasta la T. Pasó sin leer el «Tifus» que había matado al mújik, y catorce páginas adelante llegó a «Tuberculosis».

Nikolái conocía bien la enfermedad. Era la favorita de los novelistas por el lento deterioro que provocaba en los enfermos, llevándolos a hundirse física y mentalmente. Cuando ya la muerte estaba próxima, el moribundo parecía recuperar la salud. Entonces volvía a soñar con el amor, hacía proyectos, apreciaba la belleza de la vida, lo cual no hacía sino volver más atroz su muerte. Así le había pasado al hermano de Konstantín Levin, que a un paso de la tumba dejó de toser, se mostraba alegre, recuperó el apetito y decía que no le dolía nada; pero unas horas más tarde no había en su cuerpo un solo lugar que no le atormentara, hasta que asomó una sonrisa a sus labios por la dicha de haberse muerto. Así le ocurrió a Katerina Ivanovna, que después de enloquecer, luego de llevar a sus hijos a cantar «Mambrú se fue a la guerra» para que los peatones les dieran algunas monedas, vivió sus últimos minutos en la razón, casi sin querer ver la sangre que le brotaba por la boca. Y apenas al final se dio cuenta de que era precisamente el final. «Deslomaron a la yegua», fueron sus últimas palabras, y Nikolái se preguntó si Marfa Petrovna podría decir algo tan bello para despedir su vida.

Mas siempre que había leído sobre un tuberculoso en las novelas, se trataba de alguien que ya padecía la enfermedad. Ahora necesitaba esa enciclopedia médica para consultar el origen del que no hablaban los novelistas. Dostoyevski menciona el caso de un muchacho que contrae tuberculosis «por beberse un vaso de aguardiente, echando en él una fuerte dosis de tabaco picado», pero Nikolái no lo tomó en serio.

Comenzó a leer el artículo, saltándose las partes que no le interesaban, hasta que llegó al modo de contraer el mal. «El contagio puede resultar de la inhalación de pequeñísimas gotas de esputo infectado o, más raramente, por beber leche infectada.» Eso le pareció

bien, pero luego llegó a una línea que le inquietó. «Puede haber un periodo de muchos meses antes de que aparezcan los síntomas.» ¿Quién tiene tanta paciencia? «Los síntomas iniciales incluyen cansancio, pérdida de peso, fiebre y sudoración durante las noches. A medida que avanza la infección, el paciente comenzará a toser un esputo contaminado con sangre.» Y para rematar sus inquietudes, Nikolái leyó una desalentadora frase: «Mucha gente infectada con tuberculosis no desarrolla los síntomas de la enfermedad; se vuelven inmunes y la infección permanece en estado latente».

Cerró el libro. Sospechó que Marfa ya conocía esos detalles. Había sido muy astuta al rechazar la contundente infección que mató a Basárov.

Por la noche se presentó de nuevo en la estación Sályut. Llevaba su traje espacial. Ya los parroquianos esperaban su entrada lenta y flotadora, y lo recibieron con las botellas en alto. Fue adonde Guerásim.

«¿Sabes leer?» Comenzó a tutearlo. Nunca había asimilado las formas de respeto rusas en las que había un abismo entre el «tú» y el «usted», y resultaba muy distinto llamarle a alguien «Aleksandr» que «Aleksandr Serguéievich». En *Almas muertas* hay un tuteo inoportuno entre dos hombres cercanos y Gogol escribe: «Como es fácil comprender, desde aquel momento se rompieron las relaciones entre ellos». Nikolái leyó ese fragmento un par de veces y «no me es fácil comprender», se dijo. «Lo que sí me consta», dijo para sí, «es que un narrador habría de llamarme Pseldónimov o Nikolái Nikoláievich, pero no simplemente Nikolái.»

Guerásim respondió con la mirada.

Nikolái había tomado un libro de la biblioteca. *Leonid Sedov y la astronáutica*.

«Habla del diseño de cohetes. De la velocidad que deben alcanzar para escapar de la gravedad y ponerse en órbita.»

Guerásim se paró sobre la silla, abrió el libro en cualquier página. Como si declamara un poema, entonó: «Cualquiera que sea la masa del objeto, si se le comunica en el momento de la salida una velocidad de 7.6 kilómetros por segundo a 500 kilómetros de altura, esta fuerza centrífuga le hará gravitar alrededor del planeta».

Volvió a sentarse y un par de borrachos le silbaron.

Nikolái explicó que en asuntos de la ciencia, hasta los rusos usaban los kilómetros, pero que la distancia entre San Petersburgo y Moscú

estaría siempre dada en verstas. También en el infierno usaban el sistema métrico; eso le había asegurado el diablo a Iván Karamazov cuando le contó sobre un filósofo condenado a recorrer un cuatrillón de kilómetros en las tinieblas por el pecado de haber negado la vida futura. Luego de completar su periplo, al filósofo se le abrieron las puertas del Paraíso; pero él, por cuestión de principios, prefirió no entrar.

Nikolái trepó a la mesa.

«Queridos amigos», anunció, «han de saber que nuestra estación espacial da dieciséis vueltas a la tierra cada veinticuatro horas. O sea que pasamos del día a la noche y de la noche al día cada cuarentaicinco minutos.» Los parroquianos no entendieron bien, pero consideraban una bendición que hubiese aparecido ese hombre invernal para aderezar sus veladas. «Cada hora y media que pasen aquí, es un día completo que no ven a sus mujeres.» Eso sí lo entendieron y lo celebraron. Poco a poco los clientes se iban inclinando por el vodka y el propietario hubo de surtir bien la cantina. Ya había considerado cambiarle el nombre. Bar Sályut o Sályut Bar, aún no se decidía.

Allá en el espacio no había bacterias ni prestamistas. Era un mundo seguro siempre y cuando no se escapara el oxígeno por la escotilla.

Llegó la hora de partir. Esta vez Nikolái le había hallado el gusto al alcohol. Lo bebió sin malestar, disfrutando cada minuto que lo hacía flotar por el espacio exterior.

No fue a casa. Aprovechó la osadía que le daba el alcohol para dirigirse al Hospital Civil. Habló con la enfermera en la recepción, manteniendo la distancia para que su aliento no lo delatara. «Tengo aquí un amigo con tuberculosis, pero no sé en qué habitación está.»

La mujer lo miró con recelo.

Nikolái puso diez rublos sobre el mostrador y los empujó hacia la mujer. Ella los empujó de vuelta.

«Tercer piso», dijo. «Saliendo del elevador, es la última puerta a la derecha.»

Una vez fuera del elevador, Nikolái siguió su oído. Del fondo del pasillo provenía una tos que parecía risa, pero que en otro entorno podría confundirse con una risa que pareciera tos.

Hubiera esperado un pabellón de la muerte con decenas de tísicos expectorando la vida, como en ese barco chejoviano en cuya «cubierta yacen varios paralíticos y tuberculosos en fase terminal». Son soldados

con la esperanza de volver a casa, pero a muchos de ellos los irán tirando al mar envueltos en una lona y con lastre de metal.

Nikolái halló sólo a un flacucho de unos cincuenta años. El vientre se le inflaba y desinflaba de modo chocante con cada aliento.

Hacía más calor que en la taberna. A Nikolái se le pegosteaba el aire insalubre. Supuso que ni siquiera su traje espacial lo protegería del miasma. Pudo ver la habitación de tísico que describió Tolstói «con las paredes cubiertas de escupitajos y la atmósfera impregnada de olor a suciedad».

Se acercó al basurero donde el hombre echaba sus secreciones. Tomó un vaso de la mesa de noche y le echó algo con mucho aspecto de estar contaminado.

A la mañana siguiente, en ese mismo vaso, Nikolái le sirvió a su mujer leche tibia. Para velar el color y el sabor, le agregó un poco de café.

«Qué rico», dijo ella.

Él le acarició la nuca.

3

Nikolái Nikoláievich Pseldónimov dijo a Marfa Petrovna Pseldonimova que estaban resultando unos novatos en eso de tener el alma grande. Si las cosas no prosperaban, él procuraría tomar otro empleo. Volverían a soñar sueños vulgares. Se sentarían a ver el televisor y llegarían a viejos para que al final les pusieran dos fechas en la lápida. Le habló de su exjefe, el licenciado Domínguez. Estaba en el tercer nivel del escalafón. Se le daba trato de excelencia. Tenía condecoraciones. Daba órdenes y se creía gran personaje. Incluso se consideraba un buen hombre. ¿Pero a quién podía interesarle su alma? Sin duda volvía a casa luego de cada jornada, besaba a su mujer y besaba a sus dos niños limpios. Esa vida alcanzaba para media frase de Tolstói.

Puso el periódico sobre la mesa. No leyó las noticias, sólo fue señalando los avisos comerciales. «Joe Brand, ropa fina para caballero.» «Ford… Un mundo aparte.» «No permita que la diarrea le interrumpa sus actividades… Medicina Percy.» «Compre en Sears y ahorre. Sólo diga: Cárguelo a mi cuenta.» «Venta tradicional Robert's… Extraordinarios descuentos de hasta 50% certificados ante notario público.» «Sensacional oferta sólo hoy… Bata en algodón fantasía, sin cuello y sin manga.» «Medias Nena 100% *nylon* en todas tallas y colores, ahora dos por 7.90.»

«Hoy todo pierde valor», Nikolái dejó el periódico, tomó su ejemplar de *Crimen y castigo*, y muy pronto dio con las palabras de Marmeládov. «¿Sabe usted, señor mío, sabe usted que yo me he bebido hasta sus medias? Ni los zapatos, que esto, al fin y al cabo, habría estado más en el orden de las cosas, sino las medias. ¡Me he bebido sus medias!»

«Serían de seda.»

«Claro que eran de seda. No de nailon. Un hombre podía regalarle a la mujer unas medias y era gran cosa. O podía robárselas para venderlas ya usadas, hasta con pequeñas rasgaduras. En los campos de trabajos forzados, las mujeres podían matar o ser muertas por unas medias de seda. ¿Pero ahora? ¿Dos pares por 7.90? ¿Qué borrachera

alcanza con eso cuando la botella en el Sályut cuesta sesenta?»

Volvió al periódico. «Relojería Suiza… Modelos de ensueño para la culminación de su más caro anhelo.» «Compre en Sears y ahorre. Asiento para W. C. en plástico jaspeado por sólo 24. Camisa de lavar y usar, planchado permanente, con el novedoso cuello Coronet a 89.90. Grandes atracciones: Refrescos, payasos, cigarros, café, hoy Pepsicola para todos nuestros clientes.»

«No sigas», dijo Marfa.

«En San Petersburgo se usa un capote hasta que se deshilacha, el sombrero Zimmermann se lleva tan ajado que provoca burlas, los uniformes se compran de segunda o tercera mano, los agujeros de las botas se disimulan con tinta, los guantes viejos se limpian con bencina para hacerlos pasar por nuevos y las monedas se llevan en la mano porque los bolsillos han perdido el fondo. A los niños se les regalaba medio cubo de azúcar. A la camarera se le seducía con una pañoleta. Pero ahora hasta payasos y refrescos nos ofrecen. Si Akaki Akakiévich hubiese podido cargar el capote a su cuenta, la humanidad hubiese perdido mucha humanidad. ¡Oh, vulgaridad! ¡Oh, bajeza!»

Pasaba de las diez de la noche cuando salieron a beber unos tragos. Marfa llevaba una bata estampada. En una bolsa de papel había echado siete pares de medias.

«Me voy a beber tus medias», dijo Nikolái.

Korolenko había escrito sobre Opanas, un hombre de buen corazón, pero muy amoroso del vodka, que se bebió el abrigo, el sombrero, las botas y al final cantaba: «Los bueyes van andando, y yo ya no puedo ni andar, me bebí las ruedas de mi carro, y el carro he de beberme ya». Pero esto, al fin, estaba en el orden de las cosas.

Llegaron a la cantina. Ignoraron el letrero que decía «Prohibida la entrada a mujeres, menores de edad, vendedores ambulantes, policías, militares y demás uniformados».

Apenas entraron, los parroquianos guardaron silencio. La mesera hizo ver a Marfa la inconveniencia de su presencia.

«¿Es porque soy judía?»

El propietario hizo una seña para que les franquearan la entrada.

A Nikolái le desconcertó lo mucho que habían cambiado las cosas. Declararse judío en una novela de Gogol habría alcanzado para recibir insultos, jalones de cabello o ser arrojado al río.

Aterrizaron en la mesa de Guerásim.

«Él es mi querido amigo Guerásim.»

Ella saludó con una inclinación de cabeza. Él se cohibió por ver ahí dentro a una mujer que no fuese la mesera.

Nikolái se dirigió a la barra y puso sobre ella la bolsa de papel.

«Voy a beberme las medias de mi mujer.»

Desde el otro lado de la barra el propietario lo miró sin expresión, sin querer ser partícipe de cualquiera que fuese la broma. Nikolái se avergonzó. El momento en que un hombre vendiera las medias de su señora debía ser el fondo en la caída de un ser humano, y él lo había convertido en una ligereza. Se sintió tan mal que se sintió bien.

Pidió su proverbial botella de vodka.

«Leí el libro», dijo Guerásim. «La perra Laika, la primera cosmonauta, ¿saben ustedes por qué la eligieron? Porque era callejera. Si había sobrevivido al hambre y los inviernos en Moscú, bien podía sobrevivir a una misión espacial.»

«Yo le había propuesto la calle a Marfa, pero nuestra nave llevará a un beodo, una tísica y un asesino.»

Bebieron pronto la botella.

Cuando salían, ya los parroquianos se habían apoderado de las medias. Algunos las estiraban para tantear su elasticidad, otros se las colocaron como ladrones de banco, unos más les prendieron fuego y un viejo solitario las acarició pensando en una mujer que nunca volvió.

En vez de caminar a casa tomaron rumbo al centro de la ciudad. Atravesaron las calles Guerrero, Galeana y Carranza, pero Nikolái decía que iban por Lomonosova, cruzando las calles de Sadóvaya, Suróvskaya y Dúmskaya.

Fue Marfa Petrovna la que tuvo la idea. Señaló la puerta cerrada de un comercio.

«¿Por qué no dormimos aquí?», dijo. «Como perros callejeros.»

Nikolái sintió que la amaba como nunca. «Palomita mía», comenzó a llamarla con nombres que Chéjov le había enseñado. «Rica mía, Marfucha, Pepinito, Piña Bonita.» La besó en las mejillas. «Filoxera de mi alma.»

Ella se acomodó en el centro, arropada por los dos hombres. Alguien dijo que pronto estarían listos para ser lanzados al espacio exterior.

Pensaron en Laika. Sin duda había sido la perra más bella de la historia; bella en cueros y aún más hermosa con su arnés espacial. Nadie supo determinar su raza ni cuándo había nacido, pero era casi

una niña. Un hombre de la administración espacial soviética la había descubierto en un basurero. Y así como Dios habló con Abraham, ese hombre habló con la perra: «Deja todo y ven conmigo», le dijo. «Llegarás adonde ningún ser humano ha llegado.» Y Laika aceptó su suerte a cambio de un bizcocho. La prensa la describió como «mansa y dócil; una perrita que, siendo rusa, ha sido siempre pacífica». Nunca peleó con sus compañeros durante los meses de duro adiestramiento, que implicaba pasar hambre y largas temporadas en una caja tan pequeña como su cabina espacial. Y Laika aceptó mal comer. Aceptó vivir encerrada como en un féretro.

«¿Tienes algo para beber?», preguntó Nikolái.

Guerásim extrajo un pomo del bolsillo del saco. Era una mezcla de sobrantes de brandy, tequila y whisky.

«Digno de un terrateniente ruso», dijo Nikolái, pues Gogol había escrito que «los terratenientes aficionados al madeira le echaban ron despiadadamente y a veces también vodka.»

Marfa dio un trago al potaje de Guerásim. «Exquisito», dijo. Se sentía cómoda entre esos dos hombres. Echaba la cabeza para recargarse en el hombro de uno, luego en el del otro.

Nikolái cuestionó por qué habrían mandado a una perra al espacio, si pudieron ofrecer la cabina espacial llena de vodka a cualquier borracho moscovita. El hombre no habría distinguido entre el despegue y la cruda, entre las órbitas y la embriaguez, entre el espacio y el cielo. Al final no habría hecho diferencia entre el sueño y la muerte.

«Miren», Guerásim señaló hacia el cielo.

Las luces de la ciudad impedían ver cualquier estrella fugaz, pero los tres juraron por sus madres, vivas o difuntas, que habían visto la nave de Laika, e incluso habían distinguido a través de la ventanilla a la hermosa pasajera Laika, que ladraba y sacaba la lengua, ondeaba la cola y desplegaba su curva por los cielos de Monterrey, de San Petersburgo y de su Moscú natal, donde aullaban los viejos amigos que nunca más la volvieron a ver.

4

«Te dije el otro día que éramos unos novatos. El alma se forja en el estómago, y nosotros no tenemos samovar, no bebemos té, ni comemos kascha, schi, okroshka, pepinos fermentados, vatrushki o galushki, borsch, tortas de alforfón, blinis, y ya ni se diga caviar o esturión.»

«¿No tendríamos que empezar por hablar ruso?»

«En todas las novelas que he leído, los rusos hablan español, aunque a veces se relamen con el francés. Acaso aparecen algunas palabras como *zemstvo*, *troika*, *lapti*, *starosta*, *isba*, *dacha*, *isvoschik, valenki*, *dvornik* o *ispravnik*.»

Algunas obras las había leído muy lentamente en inglés, pero ésas las consideraba traducciones.

Marfa Petrovna sugirió que intentaran buscarse el alma rusa con la música. «Como Natasha.»

Tolstói cuenta en *Guerra y paz* una de las escenas más conocidas de las letras universales. Los Rostov deciden pasar la noche en una aldea. Ahí cenan, beben y conversan en un ambiente de campesinos. Llega la hora de la música. El tío saca una vieja guitarra y comienza a tocar una canción popular con ritmos que Natasha nunca había escuchado. Educada con la aristocracia de Moscú, su vida musical consistía en valses y mazurcas; pero había algo más profundo que la educación: el alma. «¿De dónde, cómo y cuándo se había formado ese espíritu ruso que respiraba esa condesa educada por una joven francesa?», pregunta Tolstói, «¿de dónde provenía ese espíritu y esas maneras que el *pas de châle* hubiera debido borrar desde hace mucho?» Aun vestida de seda y terciopelo, Natasha había bailado con perfección la música rusa, popular, campesina. Había descifrado su esencia, la de su padre, su tía, su madre y la de cada ruso.

«*Por la calle empedrada*», dijo Marfa. «Así se llama la canción.»

Nikolái conocía bien el pasaje, pero sospechaba que Tolstói no había escrito tal episodio para hablar de Natasha, sino de sí mismo. Él era, a fin de cuentas, un conde, un terrateniente, un hombre educado primero por un preceptor alemán, luego en la gran ciudad, tal como

Natasha. Intentó absorber esa alma rusa de pueblo. Se disfrazó de campesino, trabajaba con ellos, comía lo que ellos; pero al final volvía a su casa señorial con su vajilla de porcelana y fornicaba a las campesinas como amo y señor. A fin de cuentas, los personajes más sólidos que poblaron sus novelas eran nobles, aristócratas, propietarios, altos funcionarios, generales e incluso emperadores.

«Natasha puede bailar como campesina», dijo Nikolái. «Son apenas dos o tres minutos en los que se apea de sus costumbres encopetadas. ¿Pero podría narrarse la versión opuesta? ¿Pudo Tolstói escribir sobre una cocinera que escucha el vals en el salón del palacio, se apersona con su uniforme engrasado, baila a la perfección y saca lágrimas de ternura a todos los nobles presentes?»

Más confiaba Nikolái en Dostoyevski, quien en sus *Memorias de la casa muerta* había dejado claro que los hombres de distintas religiones, nacionalidades y lenguas podían llegar a entenderse; pero entre los bien nacidos y el populacho había un abismo que ni siquiera se franqueaba en prisión a pesar de compartir un mismo espacio, un mismo potaje, una misma y desgraciada suerte.

«Me quieres enferma, me quieres cocinando como una aldeana», protestó Marfa Petrovna. «¿Y tú cuándo vas a matar a la usurera?»

Nikolái sacó de entre sus pertenencias un abrigo ligero. Había que coserle un lazo para colgar y ocultar el hacha. Siguiendo las instrucciones de Raskólnikov, Nikolái se procuró una vieja camisa. De ella cortó una tira con anchura de cinco centímetros y longitud de treintaiséis. Cosió ambos extremos por dentro del abrigo, debajo del sobaco izquierdo. Luego de reforzarlo con varias pasadas de aguja e hilo, comprobó su resistencia. Se sintió tan satisfecho como si el artilugio hubiese sido idea propia.

Seguía faltándole el hacha. Revisó todas las gavetas y lo más letal que encontró fue un cuchillo cebollero. Lo descartó. Raskólnikov nunca se hubiese presentado en casa de la usurera Aliona Ivanovna con un cuchillo. En vez de resolver el asunto en silencio con un golpe, habría necesitado hundir el filo varias veces entre los gritos y manotazos y pataleos y lloros de la víctima; el lector ya no habría tenido corazón para ver la escena repetirse tras el inesperado arribo de la hermana de Aliona.

Era la primera vez que Nikolái pensaba en serio matar a alguien. Lo había hecho muchas veces a modo de fantasía, pero consideraba que esas fantasías las fraguaban todos: matar a su mujer, a un vecino ruidoso, a un conductor impertinente, a un político ratero, a un niño llorón. La idea de asesinar era tanto como la idea de la muerte: algo

que ocurre a otros, que se lee en la prensa, que vaga en la mente de manera indefinida hasta que llega el momento de encontrarla cara a cara. Cerró los ojos y se hizo una imagen clara de la usurera, del golpe, de la sangre y del cadáver. No sabía por qué, cada vez que recreaba la escena, la muerta quedaba con los ojos abiertos. Tiempo atrás había subrayado una línea de Isaak Bábel: «Y yo, exhausto y doblado bajo la fúnebre corona, seguí adelante mi camino implorando al destino que me enseñara el más simple de los saberes: saber matar a un hombre».

Marfa notó que su marido comenzaba a perderse en ensueños.

«El hacha», dijo. «Puedes ir a Sears.»

Nikolái cayó en el lugar común de darse un golpe en la frente con la mano abierta. En ese tipo de tiendas las hachas estarían al alcance de la mano y no detrás de un mostrador.

Había hachas rojas como las de hoteles junto a los extinguidores, otras negras, otras sobriamente metálicas. Mangos de madera barnizada o pintada o forrada en plástico. Algunas tenían tales medidas que sería imposible ocultarlas bajo el saco. Nikolái se decidió por un hacha pequeña pero de aspecto letal, con cabeza del tamaño de un libro de bolsillo y mango de algunos treinta centímetros o media arshina.

«Cárguela a mi cuenta.»

«¿Es usted cliente nuestro?», preguntó la cajera, y ella misma ofreció: «Si quiere le abro una cuenta. Me llena una solicitud que tarda de dos a tres semanas en autorizarse».

Nikolái sacó efectivo de la cartera. En dos o tres semanas alguien podría asesinar a la prestamista; aunque ahora la costumbre de los estudiantes era robar bancos. Los periódicos abundaban en notas sobre asaltabancos que destinaban su botín a financiar la guerrilla.

«¿Y los payasos?», preguntó Nikolái. «¿Y los refrescos?»

«Sábados y domingos», dijo ella.

Él supuso que la cajera prestaba mayor atención al cobrar un hacha que al cobrar un asiento para baño en plástico jaspeado. Se dijo que cada movimiento, cada palabra podría incriminarlo, y sin embargo se sintió impelido a hablar: «Es para un pollo», Nikolái tenía preparada la respuesta que no supo darle a la mujer de la ferretería.

Ella lo miró con sorna. «Mejor es torcerles el cuello.»

«Entonces me perdería lo que cuenta Iván Bunin.»

Ella no supo de qué le hablaba. Se limitó a dar el cambio, la nota y

meter el hacha en una bolsa.

«El joven abrió la puerta y cogió del umbral un hacha», cuenta Bunin en *Una aldea*, «un minuto después se oyó un golpe seco, y la gallina, decapitada, con un trozo de pescuezo rojo, corrió por la hierba, tropezó y cayó, agitando las alas y sembrando todo a su alrededor de plumas y salpicaduras de sangre.»

Salió de la tienda con la osadía que da caminar por las calles con un arma. Se preguntó si era verdad lo que cuenta Bunin. Él nunca había decapitado una gallina. Su abuela siempre les había roto el pescuezo con un movimiento rápido y fino, y el animal se volvía flácido en cuanto se escuchaba el crujido. Podría creerlo si acaso hubiese un escritor más que hablara de gallinas decapitadas que corren y aletean, pero su memoria no halló ningún otro pasaje. Tendría que experimentarlo él mismo con una gallina. De paso se entrenaría en el uso del hacha para luego emplearla con naturalidad sobre la mollera de la usurera.

5

Marfa tenía fiebre y no salió de la cama. Nikolái deseaba que ya su mujer comenzara a toser. Ella no quiso desilusionar a su marido, pero suponía que se trataba de una fiebre ordinaria, quizá consecuencia de haber dormido en la calle.

Él se acostó junto a Marfa. A sus pies estaba el periódico. La prensa de esos días seguía hablando en sus planas principales sobre los viajes espaciales. Era el turno del Apolo 15, que llevaba entre sus aperos un automóvil para recorrer la superficie lunar. También portaban una placa conmemorativa con los nombres de los catorce astronautas muertos en lo que iba de la exploración espacial, incluyendo a los tres rusos del mes anterior, pero olvidándose de Laika. Años de estar leyendo ese tipo de noticias, desde el Spútnik hasta los Apolo, podían hacer a cualquiera conocedor de la astronáutica. Datos sobre aceleraciones, velocidades de escape, combustibles de propulsión, altura de las órbitas, temperaturas de reingreso a la atmósfera, cantidades necesarias de oxígeno, peso de los astronautas en la luna, vida sin gravedad, temperaturas del espacio exterior en la oscuridad o bajo la luz del sol eran cosa cotidiana para quien quisiera leer más allá del encabezado. Nikolái no quiso advertir a su mujer lo que sería viajar al cosmos con tisis, con la incomodidad de toser y expectorar en un mundo sin gravedad, con la cabeza atrapada en un casco de careta de cristal.

«Parte del entrenamiento es pasársela acostado», dijo Nikolái. «Pues uno aborda la nave en posición horizontal y así se queda durante mucho tiempo.»

«Acostados murieron los del Apolo 1», dijo Marfa.

Quizá lo más común en un ser humano era morir acostado. Acostados se iban los enfermos en los hospitales, los ancianos en sus casas. Incluso los heridos por armas o accidentes se dejaban caer al suelo y ahí daban su último aliento. Pero ninguno de los astronautas del primer Apolo sospechó que acostados los iba a sorprender el fuego cuando estaban mejor atados que un loco en el manicomio. Sus últimas palabras fueron gritos. Nikolái recordó un torpe encabezado

de prensa que daba un toque de penoso humor: «Murieron quemados vivos tres astronautas de EU».

Eso había ocurrido cuatro años atrás; no faltaron las condolencias del Santo Padre ni del presidente Díaz Ordaz. Enterraron a dos de los difuntos en el cementerio de Arlington y al otro en el de West Point; y sin embargo, a pesar del trato de héroes y los honores militares, quedaron lejos de alcanzar la distinción que supone yacer en los muros del Kremlin.

Nikolái fue a la estación Sályut para sacar de ahí a Guerásim y traerlo a casa. Entonces se acostaron los tres en la cama.

Apagaron la luz.

«La nada», dijo alguien.

«El infinito», dijo cualquiera.

La ventana estaba cerrada, la cortina también. Apenas por los cantos se filtraba una leve luz blanca que podía ser de luna o de alumbrado público. Así era un viaje espacial, oscuro y, una vez en velocidad constante, daba la sensación de completa inmovilidad, pues allá no había turbulencia ni baches ni resistencia.

Cada uno pensaba algo distinto.

Marfa quiso vivir en algún mundo del pasado, antes de la existencia de la luz eléctrica, en el que las noches no se disfrazaran de días; entonces, habitando en un bosque, cualquier ruido podía ser algo misterioso.

Nikolái se preguntaba por qué podía ser bella la narración de un evento que nada tuviese de bello.

Guerásim pensaba en Marfa.

Ninguno dormía. Ninguno decía nada. Los tres ponían atención en no moverse, en no hacer ruido siquiera al respirar, para que el otro par pensara que estaba dormido.

Pasada la medianoche, Nikolái rompió una regla del viaje espacial.

Cuando regresó del baño, dijo que cosa tan sencilla y cotidiana sería un acto embarazoso en gravedad cero. Abrió cortina y ventana. Agradeció que la masa de la tierra fuese tan diligente para ordenar la vida. Celebró ese bello equilibrio en el que las nubes flotaban pero la lluvia caía, en el que un vaso de vodka dejaba escapar el aroma, pero no el vodka, y la cerveza no estallaba, sino que daba poco a poco sus burbujas; en el que la soga pende ligera y el ahorcado cuelga pesado; en el que las cosas solían hallarse donde uno las había dejado y los muertos descendían sin inconvenientes a sus tumbas. Ahí en la tierra,

con las leyes precisas de Newton, podía partirle la cabeza a una anciana sin que la sangre se difundiera por la habitación como una niebla.

La gallina circulaba por la casa como ama y señora; iba del salón a la recámara, pasaba por el pasillo, se metía al baño a beber agua. Ignoraba el maíz palomero que le habían puesto en el suelo de la cocina. Picoteaba puertas y muebles con algo parecido al rencor. Por aquí y por allá dejaba una pluma y algunas cagarrutas.

Nikolái discutía con Marfa dónde hacerlo. Ella no quería un animal descabezado manchando suelos y alfombras. Dijo que la gallina era bastante fea, que esos animales se veían mejor muertos y desplumados, acéfalos, amarillentos y colgados patas arriba en el mercado; mucho mejor se veían recién sacados del horno, y no comprendía por qué tantas canciones infantiles se referían a gallos, gallinas y pollos. «En cambio», dijo Guerásim, «las de adultos prefieren a las palomas», y propuso llevar la gallina al Sályut. Pero a Nikolái le pareció mala idea. «Ahí la gallina se va a topar con tanta mesa y silla que no podremos conocer la auténtica conducta del cuerpo sin cabeza.» Sugirió salir a la calle. A dos cuadras de ahí había un tocón que podía servir como tabla de sacrificio.

La gallina corrió y saltó sobre una mesa para no dejarse atrapar. Pronto la metieron en un saco de ixtle. «Mi primera gallina», dijo Nikolái. Estaba pensando en «Mi primer ganso», un episodio de la *Caballería roja* de Isaak Bábel en el que el protagonista se ve en la necesidad de matar un ganso para comerlo. Lo habían hospedado con unos cosacos que hicieron burla de él, le destrozaron su baúl, le esparcieron los papeles. Entonces pasa por el patio muy orondo un ganso, acicalándose el plumaje. «Lo alcancé y lo aplasté contra el suelo; la cabeza del ganso crujió bajo mi bota, crujió y se puso a sangrar. El cuello blanco quedó extendido entre el estiércol, y sobre el ave sacrificada batieron las alas.»

Llegaron al tocón. La gallina protestaba y aleteaba como si tuviese algún derecho de vivir. «Ahora vamos a ver si Bunin cuenta la verdad.» Nikolái no lo sabía, pero ya otro escritor ruso había reincidido en la escena de Bunin, y por tanto el sacrificio de la gallina resultaba banal. En los años cincuenta la había escrito Vasili Grossman para una extensa novela llamada *Vida y destino*: «El viejo hizo entonces un gesto muy rápido, un movimiento apenas perceptible pero obviamente terrible, y lanzó la gallina por sobre su hombro. Ésta

comenzó a correr batiendo las alas y el niño vio que no tenía cabeza, lo que corría era sólo un cuerpo decapitado. Después de una carrera de pocos pasos, el cuerpo cayó arañando el suelo con sus patas fuertes y jóvenes, y dejó de vivir». Pero Nikolái no tenía la culpa de no conocer esa obra maestra, pues se hallaba inédita y refundida en algún sótano de la KGB, en ese mundo donde el censor debía ser el hombre más afortunado, pues podía leer lo que a los demás estaba vedado. Habían arrestado el original y las copias de los manuscritos tal como se arrestaba a las personas. Durante años, Grossman visitó comités, oficinas del partido, de la unión de escritores y la propia Lubianka para exigir, solicitar o suplicar que le liberaran su novela, del mismo modo en que se apersonaban madres y esposas para interceder por esos maridos e hijos que les habían arrebatado. Grossman habría de morir pocos años después, retorciéndose de dolor por un cáncer que le masticaba el estómago. Sus últimas palabras, sus últimos pensamientos, estuvieron con ese manuscrito que nunca pudo ver en forma de libro.

Nikolái acomodó la gallina para el sacrificio de tintes medievales. Con la palma de la mano inmovilizó el cuerpo y, alargando índice y cordial, mantuvo despejado el pescuezo. Pudo pedir ayuda, que Marfa tomara el ave de las patas, mientras Guerásim le cogiera el pico; ¿pero cómo iba él a liquidar a una prestamista si no podía con una desventurada gallina? Se escuchó el «golpe seco» del que habla Bunin y la cabeza se desprendió por completo gracias al agudo filo del hacha nueva. Nikolái soltó el cuerpo del animal, que en verdad comenzó a correr por la acera, aleteando como nunca lo hiciera en vida, chocando con la rueda de un auto estacionado, dando media vuelta y echándose a correr con más bríos, siempre eyaculando sangre, siempre desprendiéndose de algunas plumas.

Nikolái se preguntó por qué corría. Entendía que al animal le quedara poca vida, pero no tenía sentido que la gastara en correr. ¿Era acaso lo que haría un ser humano si le robaran todas las funciones cerebrales, excepto las motrices?

Él, Marfa y Guerásim sonreían, pero no estaban felices.

Isaak Bábel también fue arrestado por la policía secreta. Le tocó lo peor de la era de Stalin. Pudieron pisarle la cabeza como al ganso o cortarle el cuello como a la gallina. No fue así. Un verraquete sin talento, sin capacidad para escribir una historia que se llamara «Mi primer escritor» le puso el cañón de una pistola en la nuca.

Esa noche se comieron la gallina.

Al amanecer, Guerásim estaba en el suelo. Nikolái recordó que se habían acostado los tres en la cama para reanudar sus lances espaciales, pero Guerásim se había emborrachado de modo tan impertinente que lo acusaron de poner en riesgo la misión espacial y lo enviaron a dormir sobre el tapete. Lo último que había dicho Marfa antes de quedarse dormida fue que habían olvidado la cabeza de la gallina en la calle. Lo primero en que pensó Nikolái al despertar fue en esa cabeza. Antes de espabilarse, se enfundó en una bata y salió allá donde el degüello. Encontró la cabeza infestada de hormigas. La tomó de la cresta, la sacudió un poco y la llevó a casa. En el fregadero acabó de remojarla para quitarle todas las hormigas. En verdad tenía una expresión iracunda. El pico bien abierto, los ojos amarillentos, también abiertos de par en par. No recordaba haber visto tal gesto en un ave muerta. En cuanto a las cabezas humanas, esperaba que tuvieran los ojos cerrados. Así debía de ser, pues la reacción natural del ser humano ante una muerte inminente era cerrar los ojos. Tolstói no llegó a precisarlo, pero cuando Ana Karenina se tira al paso del tren, existe la posibilidad de que las ruedas le hayan cortado el cuello, aunque con una anchura de vía de metro y medio, lo más probable es que le pasaran por la cintura. Era difícil determinarlo. La narración dice que hundió la cabeza entre los hombros y se arrojó debajo del vagón, cayendo sobre las manos. Y como si quisiera levantarse, quedó de rodillas. «En aquel momento se horrorizó de lo que hacía. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Para qué? Quiso retroceder y echarse para atrás, pero algo enorme, inflexible le dio un golpe en la cabeza y la arrastró de espaldas.» Dado que estaba en la estación, el tren avanzaría lentamente, pero las ruedas tuvieron que provocarle una muerte sin tardanza. Si apenas le hubieran cercenado las piernas por encima de la rodilla, se habría dado una escena más grotesca de lo que Tolstói hubiese permitido para su heroína. Andreyev tiene también una suicida que igualmente elige el tren; si bien él es más sucinto: «Aquella tarde se arrojó al paso del tren, y el tren la partió por la mitad». Papá Karamazov pregunta al stárets: «¿Es verdad, gran padre, lo que se cuenta en la *Vida de los Santos*, no sé dónde, de cierto santo taumaturgo que padeció martirio por la fe y que, al cortársele finalmente el cuello, se levantó, tomó en alto su cabeza y, besándola con cariño, anduvo largo trecho, llevándola en sus manos y sin dejar de besarla con cariño?». Por supuesto el stárets le responde que no es verdad. «Así tenía que ser», se dijo Nikolái, «pues que el diablo me diga cómo alguien, decapitado o no, puede besar su propia cabeza.»

Nikolái se puso a preparar el café con la certeza de que el aroma

despertaría a su mujer. De Guerásim no aseguraba nada.

Bastó el rumor de la cafetera para que Marfa apareciera en la cocina. Vio la cabeza de la gallina en el escurridor, secándose como si fuese un enser de cocina. «¿Eso?», preguntó.

«Se me ocurrió que el cuerpo decapitado corre porque busca la cabeza. Hay que echarla con los huesos.»

Se sentaron delante de dos tazas vaporeantes.

«¿Hoy?», preguntó ella.

«¿La usurera?», Nikolái asintió. «Hoy.» Dio un ruidoso sorbo al café. «No pienses que le voy a cortar la cabeza.»

Había escenas de guerra en las que algún soldado perdía literalmente la cabeza. Ésas le interesaban poco. Por eso únicamente en *El maestro y Margarita* tenía Nikolái la certeza de una cabeza cortada. Luego de un diabólico resbalón, Berlioz cae bocarriba al paso de un tranvía. «La conductora tiró del freno eléctrico, el tranvía clavó el morro en los adoquines, dio un respingo y saltaron las ventanillas en medio de un estruendo de cristales rotos. En la mente de Berlioz alguien lanzó un grito desesperado: ¿Será posible? De nuevo y por última vez, apareció la luna, pero quebrándose ya en pedazos. Luego vino la oscuridad. El tranvía cubrió a Berlioz. Algo oscuro y redondo saltó contra la reja del parque, resbaló después por la pequeña pendiente que separa aquél de la avenida, para acabar rodando, brincando sobre los adoquines, a lo largo de la calzada. Era la cabeza de Berlioz.»

Aquí las cosas habían sido al revés que con la gallina, se dijo Nikolái. El cuerpo de Berlioz se había quedado yerto y la cabeza se puso a dar «saltos por la calle».

Nikolái tomó el trozo de gallina, que ya había dejado de escurrir. Lo echó en el basurero, junto con el resto del cadáver.

A las seis de la tarde Nikolái decidió que era la hora correcta para ir adonde la usurera. Se vistió el saco o gabán o abrigo o paletó, según la traducción, y encajó el mango del hacha en el lazo del sobaco o axila, según la traducción. Salió a la calle a encontrar su destino de criminal.

Otra vez Monterrey se le trocó en Petersburgo, con la mezcla de olor a heno y estiércol de caballo, y él mismo pudo verse como un estudiante pobre en monedas pero rico en ideas. Llegó a la plaza principal y se plantó delante de la estatua ecuestre de Ignacio Zaragoza, que a él le pareció la de Pedro el Grande. Invocó un par de

versos de *El jinete de bronce* de Pushkin. «¿Adónde galopas, orgulloso caballo? ¿Dónde tus cascos hallarán descanso? ¡Oh, poderoso señor del destino!» La estatua de Pedro el Grande estaba entre la catedral de San Isaac y el río Neva; la de Zaragoza se hallaba entre la catedral de Monterrey y el río Santa Catarina. Un par de frases de Dostoyevski en *Humillados y ofendidos* era intercambiable entre San Petersburgo y Monterrey, y quizás entre muchas otras ciudades: «Habíamos llegado ya a la plaza. Ante nosotros se alzaba la estatua entre tinieblas, algo iluminada abajo por los faroles de gas; y más allá se erguía la inmensa mole sombría de la catedral». Cuando Pushkin murió, esa catedral era el sitio predestinado para despedirlo. «La señora Natalia Pushkina solicita el honor de su presencia en la misa de cuerpo presente que habrá de celebrarse el primero de febrero a las once de la mañana en la catedral de San Isaac.» Pero cuando llegaron sus amigos y admiradores a la hora pactada, hallaron cerradas las puertas. Y es que el gobierno había tenido miedo de reunir a tanto amante de la poesía. «Ahí donde hay versos, hay gente libre», advirtió el zar. A esa multitud poética le hubiese bastado un poema incendiario para emprender una insurrección. La policía hizo perdidizo el cadáver, lo sustrajo de su casa a la medianoche y lo llevó a la pequeña iglesia del Salvador de la Imagen Milagrosa en una calle también pequeña que permitiera controlar el flujo de gente. Ahí se celebró la misa entre enemigos de Pushkin; pero la fama era la fama, así es que a la hora de pasar a besar el cadáver, muchos hicieron uso de tijeras o de francos tirones para llevarse un mechón de cabello o rizos de las emblemáticas patillas, y se cuenta que el muerto bajó despelucado y hasta depilado de cejas a la tumba.

Debidamente embebido de atmósfera petersburguesa, Nikolái se sintió listo para descargar el hacha sobre la cabeza de su víctima. Sólo entonces se dio cuenta de que no llevaba nada para empeñar. Así la usurera no le permitiría ir más allá del umbral.

Volvió a casa.

Aunque aún faltaba mucho para la hora de dormir, encontró en cama a sus dos colegas de viaje sideral. Le molestó que no le pidieran explicaciones por el hacha sin mancha ni se interesaran por el cráneo entero o partido de la estúpida usurera ni por la fortuna o calderilla que pudiese haber robado. Nikolái se desnudó y se echó sobre la cama.

«¿Qué es esto?», señaló una marca en el brazo derecho de Marfa. Ella no respondió, pues era obvio que se trataba de la cicatriz de una vacuna. «¿Tuberculosis?»

«No lo sé», dijo ella. «Me la pusieron de niña.»

«Yo a punto de matar a una mujer y tú protegida de todo mal.»

Guerásim balbuceó algo. Nikolái lo empujó fuera de la cama. Pudo verlo caer de la nave espacial, estirar los brazos inútilmente en un último intento por aferrarse a la vida. Fue haciéndose distante y pequeño en ese mundo oscuro, vacío, helado, donde las ondas sonoras no viajan y los gritos apenas se intuyen por una boca abierta y un gesto de pavor.

Salió de la cama con los primeros rayos del sol. Pensó en Turguéniev, en cómo se regodeaba con las albas y los ocasos. «Hacía una apacible mañana de verano. El sol, que iba bastante alto, refulgía en el limpio cielo, pero en los campos brillaba aún el rocío. Las recién despiertas colinas exhalaban una aromada frescura, y en el bosque, todavía húmedo y silencioso, revoloteaban alegremente los madrugadores pájaros.» Nikolái prefería a Chéjov, que no se andaba con tanto aderezo y acaso llegaba a decir: «Amaneció». Miró por la ventana, y era verdad que allá fuera había sol, nubes, pájaros y rocío, ¿pero qué necesidad había de mencionar lo que todo mundo ve? *Crimen y castigo* comenzaba con el estado del tiempo, pero de modo escueto: «A principios de julio, con un tiempo sumamente caluroso…». Se dio la vuelta para mirar la cama. En algún momento Guerásim había vuelto de su desbarrancamiento espacial y abrazaba a Marfa. Turguéniev nunca hubiera concebido la escena de un hombre mirando a su propia mujer en el lecho con un borracho. De haberse visto en tal exigencia, ahora estaría hablando del honor mancillado, de un duelo que llamaría «una satisfacción por las armas».

Sintió ganas de volver a la cama y hubo de empujar a su mujer aún más cerca de Guerásim para despejar un espacio donde tenderse. Estuvo mirando largamente a Marfa sin decidirse a besarla. Los novelistas no tenían pasiones desbordadas para una pareja con diez años de matrimonio; para ellos había aburrimiento, disputas, infidelidades.

Nikolái se preguntó dónde comprar una pitillera de plata para ofrecer a la usurera como prenda. Pronto recordó que Raskólnikov había llevado apenas un trozo de madera y una pequeña lámina de hierro, ambas cosas bien atadas y envueltas, para simular la prenda. Estaba cayendo en la cuenta de que sería más fácil comprar una pitillera real que procurarse una falsa, cuando alguien llamó a la puerta. No se acomidió a abrir porque los golpes no le llegaron como

un sonido sino como una idea y se preguntó quién podía ser, y pensó en tantas escenas que tenían esa precisa situación de escuchar que alguien llama a la puerta; ésta se abre y, entre quien entre, tiene que ser alguien que viene a cambiar el estado de las cosas. Los golpes se hicieron más fuertes y Nikolái fue a abrir.

Un muchacho de uniforme indefinido le entregó un sobre y le pidió que firmara. Nikolái lo hizo y cerró la puerta sin notar que el mensajero esperaba una propina.

Era un telegrama de la Embajada Soviética. «A nombre del pueblo Soviético agradezco su mensaje y condolencias. Igor Kolosovski.»

Se quedó mirando largamente el trozo de papel. Desconocía en qué nivel del escalafón estaban los embajadores, pero sin duda recibían el trato de «excelencia». En *Ana Karenina* aparece la esposa de un embajador, y tan sólo por eso le permiten decir frivolidades como gran señora. El príncipe Vasili de *Guerra y paz* debe dejar la animada fiesta de Ana Pavlovna para asistir a una aburrida recepción con el embajador inglés. Los demás escritores ni siquiera hablan de embajadores porque nunca estuvieron cerca de uno. Si un personaje de tanta altura en el escalafón le daba las gracias, él estaba obligado a responder con alguna fórmula de cortesía.

Tendría que ir de nuevo a la oficina de telégrafos.

Pero eso sería más tarde. Ahora debía volver a su habitación para tomar a Guerásim de los cabellos y echarlo a la calle.

Dos días después decidió comprar la pitillera en una tienda de regalos. La pidió al comerciante como «cigarrera», porque en México no se le llama pitillos, sino cigarros, a los cigarrillos. Nikolái pidió que se la envolviera como si se tratase de un regalo.

Una vez que salió de la tienda se dijo que no todo tenía que hacerse al pie de la letra. Raskólnikov había alzado el hacha con las dos manos por sobre su cabeza, para luego dejarla caer con fuerza justo sobre la mollera de la infortunada. Le había dado el golpe con el revés del hacha, y eso estaba bien, pues no era grato imaginar el filo sumergido en el cráneo, embutiendo los cabellos, emitiendo un sonido que nada tiene de extraordinario en las carnicerías. Mas para Nikolái el movimiento de arriba abajo no era natural; él descargaría el golpe por un lado, justo arriba de la oreja. Supuso que se trataba de una diferencia cultural, pues él nunca había cortado leña, y Raskólnikov jamás habría jugado al beisbol.

Llegó a la dirección que marcaba el periódico. La geografía le

pareció bien, pues se hallaba a trescientas arshinas del río Santa Catarina, que con un poco de artificio se volvería el canal de Ekaterina; sin embargo, se trataba de una casa de un nivel cuando él hubiese esperado un edificio de al menos cuatro plantas.

Palpó el hacha bajo el brazo izquierdo. Luego la cigarrera en el bolsillo del saco.

Tocó a la puerta.

Consideró marcharse, inventar una excusa, hacerse pasar por un predicador que va de casa en casa, decir que se había equivocado de dirección. Supo que no tenía agallas para cometer un asesinato; pero al mismo tiempo supo que cuando le abriera la anciana no tendría más remedio que matarla.

Oyó que descorrían el cerrojo.

La noche anterior había ido a beber unas copas al Sályut. Guerásim estaba resentido por la manera como Nikolái lo había echado de casa. Dijo que estaba dentro de lo normal actuar como marido celoso, pero a un amigo no se le despedía sin una taza de café ni se le arrojaba la ropa por la ventana. Para contentarlo, Nikolái le ofreció un poco de vodka, pero Guerásim no aceptó. No bebió en toda la noche.

Tampoco hicieron caminatas espaciales. Nikolái sacó de su bolsillo el telegrama de Igor Kolosovski y lo leyó en voz alta. «Sepan bien», clamó a los parroquianos, «que el pueblo de aquella nación está agradecido conmigo.» Algunos supusieron que Nikolái era un personaje importante. Nikolái habló con Guerásim sobre Dostoyevski, de cómo lo habían condenado a muerte por leer con algunos colegas una carta prohibida, y cómo en el último instante, cuando tenía los ojos vendados y esperaba la fusilata, llegó el perdón del zar Nicolás I para canjearle la muerte por cuatro años en Siberia.

Contó que en aquella época los escritores eran más que meros poetas o narradores; los consideraban profetas que buscaban salvar el alma rusa. Errar al escribir equivalía a un sacrilegio. Aquella carta que casi le cuesta la vida a Dostoyevski la había escrito el crítico Belinski a Gogol. El zar había declarado ilegal su reproducción y lectura. «Tu profundo conocimiento de Rusia es sólo el de un artista, no el de un pensador», señaló Belinski a Gogol, y le reclamó su solidaridad con la autoridad, con la religión y con la opresión de los campesinos. La carta era de un crítico para un escritor, pero su tono la convirtió en un pregón subversivo. Eran tiempos en que se había vetado la palabra «revolución» aun a los astrónomos que hablaban de órbitas celestes.

Nikolái se sintió aquel joven Dostoyevski; volvió a su tribuna sobre la mesa y recitó un pasaje de la carta. «Te fue imposible comprender que Rusia no ve su salvación en lo religioso, sino en el triunfo de la civilización, la ilustración y el humanismo. No necesita sermones ni plegarias sino que despierte en su gente un sentido de dignidad humana que se ha perdido por tantos siglos entre el lodo y la inmundicia.» Los parroquianos escuchaban con interés, pero ninguno se atrevía a mostrar el entusiasmo que provocaban las caminatas espaciales. «Necesitamos derechos y leyes, no de acuerdo con lo que predica la Iglesia, sino con el sentido común y la justicia.» Atrás de la barra, el propietario comenzaba a mostrar su nerviosismo. «Sólo la literatura, pese a la censura del gobierno, muestra señales de vida, sólo ella nos hace avanzar; por eso el título de escritor goza de tan grande respeto entre nosotros. El público mira a los escritores rusos como sus únicos líderes, defensores y salvadores contra la autocracia.»

El propietario alzó la voz para pedir silencio. Se apresuró a la sinfonola y alojó una moneda para hacer sonar cualquier canción.

Nikolái se aposentó en su silla. La mesera ya le había puesto la botella de vodka. Él dio un trago con la pesadumbre de un orador fallido. Mejor había sido su suerte que la de Dostoyevski, quien pronto estuvo delante del pelotón de fusilamiento. «¿Y si no tuviese que morir?», se había dicho el escritor en aquel trance. «¿Y si volviese a la vida? ¡Qué eternidad! ¡Y todo eso sería mío! Entonces yo convertiría cada minuto en un siglo, no perdería nada, a cada minuto le pediría cuenta, no gastaría ni uno solo en vano.»

En la pared, encima de los estantes con botellas, había un reloj. Nikolái lo miró. Vio una órbita completa del segundero: una revolución. Vio otra más y una tercera. La música dejó de sonar.

La troika se detuvo.

Oyó que descorrían el cerrojo.

En ese instante le vino la imagen de *Crimen y castigo* tal como la había imaginado: la puerta que se entreabría y los dos ojos penetrantes y recelosos de la vieja asomada por el resquicio.

El cerrojo se descorrió por completo y la puerta se abrió. Apareció un hombre semicalvo, moreno y de bigote ralo. Preguntó «¿qué desea?» sin pronunciar palabra, alzando un poco la cara, echando la barbilla adelante y levantando las cejas.

«¿Y la usurera?», preguntó Nikolái.

«¿Cuál usurera?»

«Aliona Ivanovna.»

El hombre notó a Nikolái ofuscado. Abrió la puerta de par en par. «Siéntese», se encaminó a un garrafón para llenar un vaso de papel.

Nikolái bebió lentamente. Luego extendió la cigarrera.

«Yo venía a empeñar esto.»

El hombre quitó el envoltorio y miró la cigarrera.

«Aquí prestamos sobre casas, terrenos, acaso automóviles. ¿Pero esta baratija? ¿Está usted de broma? ¿Qué podría yo darle por ella y de qué problema saldría usted con lo poco que le doy? ¿Necesita calcetines?» Miró detenidamente a Nikolái. Comenzó a hurgarse los bolsillos en busca de una moneda. «¿Aliona?, dijo usted, ¿Aliona Ivanovna?» Se echó a reír. «Yo también la leí», dijo. «¿No me diga que trae escondida un hacha?»

Nikolái abrió el saco para mostrar la axila izquierda. El hombre soltaba risas intermitentes. Hablaba de la pitillera, repetía el nombre de Aliona Ivanovna; se refirió a ella como la «maldita usurera». Entonces cambió su semblante; se puso serio y dijo con voz chillona:

«¿Pero qué quiere usted? ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que desea?»

Como Nikolái no se movía de su lugar, el hombre lo tomó de las solapas y lo puso de pie.

«Ande», le dijo, «haga su parte.»

«Mire, Aliona Ivanovna», Nikolái carraspeó. Reinició el diálogo con voz más adecuada. «Mire, Aliona Ivanovna. Soy un amigo suyo… soy Raskólnikov. Le traigo la prenda que le prometí.»

Continuaron con los parlamentos lo mejor que los recordaban. Con gestos de nerviosismo por la parte de Nikolái y de fastidio o temor por la del prestamista.

«¿Qué es esto?», el hombre tomó la pitillera.

«Pues la prenda… la pitillera de plata. Mírela.»

El prestamista o Aliona Ivanovna le dio la espalda a Nikolái o a Raskólnikov. Fue a la ventana para mirar con mayor claridad el objeto. «Cualquiera diría que no es de plata.»

Entonces Nikolái sacó el arma del saco, la esgrimió con ambas manos.

Asesino y prestamista se echaron a reír. Al final, Raskólnikov sí se decidió a alzar el hacha como para cortar leña. La bajó hasta aterrizarla sin fuerza sobre la cabeza de Aliona; lo hizo una segunda y tercera vez. Se escucharon algunos gemidos. Ella se quedó tiesa por unos instantes y se recostó en el suelo. Las pupilas de los ojos parecían querer salírsele de sus órbitas, mientras la frente y la cara muequeaban en las convulsiones de la agonía.

Cuando Nikolái volvió a casa, ya oscurecía. Desde la cocina, Marfa alzó la voz:

«¿La mataste?»

Él se encaminó hacia ella. Sacó el hacha del saco y la colocó sobre el fregadero para echarle agua. «Hubieras visto cuánta sangre.»

«¿Y qué harás para que no te atrapen?»

«Algo que ni a Raskólnikov se le ocurrió», dijo Nikolái con orgullo. «Me traje el cadáver.»

Marfa tenía la mirada puesta sobre lo que cocinaba. Se dio la vuelta. Ahí estaba el prestamista.

El visitante se aproximó para tenderle la mano, pero Marfa no correspondió sino hasta secarse la suya con un trapo.

Al día siguiente apareció en el periódico una esquela.

Ayer a las 18:20 horas
víctima de un hachazo en la mollera
dejó de existir la señora
Aliona Ivanovna,
habiendo vivido siempre en el seno de la Iglesia Ortodoxa Rusa
mas sin haber recibido la extremaunción.
Con profundo dolor lo participa su hermana
Lizaveta Ivanovna.
El duelo se recibe en el domicilio ubicado en
Degollado 467 sur.
De ahí partirá el cortejo fúnebre a la Estación Sályut, desde donde su cuerpo será echado al vacío.

Nikolái fue a enviar un telegrama al embajador Kolosovski. Tan pronto entregó el mensaje a la despachadora, ella solicitó la presencia de su supervisor. Fue él quien se encargó del asunto. «Su excelencia», decía el texto, «tengo dispuesta tripulación para nuevo viaje espacial.»

El supervisor lo leyó varias veces. Al fin dijo:

«¿Puedo saber qué significa esto?»

«Significa», Nikolái lo miró sin parpadear, «que tengo dispuesta tripulación para nuevo viaje espacial.»

El prestamista, llamado ahora Aliona Ivanovna, pagó la esquela y el féretro. Le entusiasmaba la idea de haber muerto con la cabeza partida. La tarde anterior, luego de dejarse caer al suelo y hacer unos ruidos de borboteo para significar la sangre expulsada por un corazón que aún latía, luego de sacudirse como epiléptico e irse poco a poco relajando hasta cesar todo movimiento y yacer así en el suelo un minuto, se había puesto de pie para decirle a su victimario: «Otra vez», y llegaron a hacerlo hasta en cuatro ocasiones, mejorando, según ellos, el realismo y dramatismo de la escena. Tras la última muerte y resurrección, Aliona Ivanovna abrazó contentísima a Nikolái.

Ahora el cadáver de Aliona se hallaba muy cómodamente recostado en el féretro emplazado en el centro del salón. Los deudos esperaron a ver si se presentaba alguien para rezar por su alma.

Marfa estaba celosa.

«Se supone que la muerta sería yo.»

El primero en presentarse fue un policía. «Vengo…», no encontró más palabras. Mostró el recorte de periódico.

Marfa le franqueó la entrada. Se disculpó por no haber puesto el samovar.

Aliona saludó desde su ataúd.

«Tu primer caso de asesinato», murmuró el policía. «Así me dijeron.»

Marfa le sirvió café. «El asesino fue él», señaló a Nikolái.

El policía tenía el rostro muy redondo; también el vientre. Sus manos eran pequeñas, de niño gordo.

Nikolái citó en voz alta a Lermontov: «Nuestro público es tan ingenuo e inmaduro que no entiende la broma ni percibe la ironía; está, llanamente, mal educado».

El policía no comprendió la cita. Se puso a respirar con mayor intensidad. «No sé si sea ilegal publicar en los periódicos que un vivo está muerto. Lo veré con mis superiores.»

Se marchó sin haber probado su café.

Nadie más se presentó. Ni siquiera Guerásim, que seguramente no había leído el diario.

Cuando llegó la hora de marcharse al Sályut, Nikolái y Marfa intentaron arrastrar el féretro, pero si de por sí era pesado, con el cuerpo de Aliona se volvía un trabajo imposible incluso para los sirgadores del Volga. «E-ey ujniem, e-ey ujniem…» se pusieron a cantar y apenas movieron el peso muerto unos treinta centímetros.

A duras penas pudieron montar el féretro en un carretón para llevarlo a la estación Sályut. Marfa reclamaba a Aliona que no cooperara; pero la muerta no se salió un ápice de su papel, salvo para maldecir a su asesino.

El policía no había vuelto, señal de que nada había de ilegal en la esquela sobre la muerte de la usurera.

«Griboyédov», murmuró Nikolái.

Empujaron el carretón por entre la noche. La pobre visibilidad hizo que un muchacho se aproximara creyendo que eran vendedores de elotes.

Nikolái pensaba en Aleksandr Griboyédov, un escritor famoso por varias cosas. En primer lugar, por una obra de teatro que, a pesar de haber sido prohibida por la censura del zar, halló el modo de copiarse y representarse en incontables funciones domésticas; en segundo, porque los literatos de *El maestro y Margarita* se reúnen en una casa llamada Griboyédov. Además, el hombre se había casado con una princesa georgiana que era de las grandes beldades de su época. Pero ahora Nikolái pensaba no tanto en Griboyédov escritor, sino en Griboyédov cadáver.

«Somos unas bestias de carga», dijo Marfa.

Recién casado, el joven Griboyédov dejó a su princesa en Tiflis y marchó a Teherán como embajador. No tenía ni dos meses en su puesto cuando le pidieron asilo dos mujeres y un eunuco que habían huido de un harén. Esto causó gran agitación entre los musulmanes, que rodearon la embajada para exigir que les entregaran a esas tres personas. Griboyédov no traicionó su deber como embajador; pero las hordas no estaban para lecciones sobre derecho internacional, de modo que asaltaron la embajada y lincharon al buen Griboyédov. Un carnicero le cortó la cabeza. El resto del cuerpo sirvió para que la multitud se entretuviera. Lo arrastraron por la ciudad, le escupieron a su paso, le dieron patadas, lo azotaron con varas. Cuando les cansó el juego, lo echaron en una pila de basura. El gran literato se llenó de moscas. Tanto lo maltrataron que al final se le pudo reconocer apenas por una antigua cicatriz en un dedo.

Cuando las noticias llegaron a Tiflis, la princesa georgiana parió un feto tan muerto y desfigurado como su padre.

«¿Y el eunuco?», preguntó Marfa. «¿Y las mujeres?»

Los habían hecho kebab.

Luego vino el recorrido de varios meses para llevar el cadáver desde Teherán hasta Tiflis. Por eso Nikolái pensaba en Griboyédov. Al cruzar las calles de Monterrey, imaginaba aquella carreta tirada por

dos bueyes, traspasando los montes Elbruz de picos nevados, y la cordillera de Zagros, para luego pasar por Azerbaiyán, Armenia y finalmente Georgia.

Un hombre detuvo el cortejo. «¿Qué lleva ahí?»

Nikolái dejó al extraño que se acercara. «A Griboyédov», respondió.

«¿No soy Aliona Ivanovna?»

«Ya no», Nikolái le pellizcó una mejilla al prestamista. «Ahora serás Aleksandr Serguéievich Griboyédov, y este señor», señaló al desconocido, «es Pushkin.»

En verdad Pushkin había relatado su encuentro con el cadáver de Griboyédov. Él iba en sentido contrario, marchaba hacia el destierro, y al cruzar la frontera entre Georgia y Armenia se topó con su antiguo compañero de letras convertido en una pasta seca y enjuta. «Nada miro con tanta envidia», expresó Pushkin, «como los últimos años de su tormentosa vida. Incluso la muerte que le sobrevino en medio de una valerosa y desigual batalla nada tuvo de terrible, nada de agonizante. Fue instantánea y hermosa.»

El desconocido se retiró. Las ruedas del carretón volvieron a girar.

«Seis años después vendría la muerte de Pushkin», dijo Nikolái. «Tendría mucho de agonizante y de banal; ni pizca de hermosura.»

Poco a poco la procesión fúnebre fue tomando solemnidad. Los transeúntes se santiguaban. Algunos se quedaban parados y contemplaban con piedad a Marfa Petrovna, a quien consideraban la viuda. Se acercó una mendiga anciana y se puso a seguirlos.

Llegaron al Sályut. Nikolái le dio una moneda a la anciana y le agradeció sus oraciones.

Marfa entró dando de gritos: «Traemos un muerto. Necesitamos ayuda para cargarlo».

Cuatro parroquianos se ofrecieron. Alguien juntó dos mesas para que colocaran encima el féretro.

«Es Griboyédov», dijo Nikolái. «Un escritor sensible para llorar con un verso; valiente para dar la vida por su deber.»

«Ya no los hacen así», dijo alguien.

«Hay que invitarle un trago.»

Sin salir de su cajón, Griboyédov alzó el torso. Recibió una copa y comenzó a beber. Brindó por su joven viuda, que llevaría el luto y le sería fiel hasta la muerte.

Los restos de Griboyédov habrían de depositarse en un convento a las afueras de Tiflis, a dos mil verstas de su Moscú natal. Los parroquianos desearon por un momento tener esas barbas largas de los monjes ortodoxos y voces profundas para cantar algún salmo de

muerte.

«Muy cierta es una cosa», Griboyédov citó unas líneas propias, «que para el hombre con tendencia a la locura, alcohol y libros dan el mismo resultado.»

El único que no participaba del feliz velorio era Guerásim. Estaba en su mesa del rincón, sin vaso ni copa ni botella ni nada. Con los ojos puestos en Marfa Petrovna.

6

El domingo por la tarde se citaron para comenzar con el entrenamiento. Montarse en una nave espacial no era poca cosa; sólo los más bragados y mejor adiestrados podían hacerlo. En el centro espacial soviético sometían a los candidatos a diversas pruebas. Los hacían pasar por calores y fríos excesivos, por hambre y por sed, les cambiaban los ciclos del sueño. Había también una cámara de aislamiento para poner a prueba a los futuros cosmonautas ante la soledad, la posible claustrofobia y concentraciones diferentes de oxígeno. También debían saltar en paracaídas y resistir una poderosa fuerza centrífuga sin desmayarse. Mayormente eran pruebas físicas en las que se evaluaba también el temperamento.

Los cuatro llegaron puntuales al sitio pactado y «¿Qué está haciendo él aquí?», preguntó Guerásim, señalando a Griboyédov. Sin ganas de responder, Nikolái hizo otra pregunta: «¿Sabes quién es Guerman Títov?».

Cuando a Yuri Gagarin le pidieron que participara en un programa que con el tiempo lo llevaría a convertirse en el primer hombre que saliera al espacio exterior, apenas fue uno de los tres mil quinientos candidatos. Se fueron descartando por miles, centenas y decenas debido a razones físicas, mentales, médicas, políticas, religiosas, ideológicas o el ineludible gusto por el alcohol. Luego de unos meses, tan sólo veinte candidatos a cosmonauta pasaron a realizar las más duras pruebas. Uno de ellos murió quemado, diecisiete fueron descartados y al final quedaron dos: Yuri Gagarin y Guerman Títov, pero la nave Vóstok tenía apenas un asiento. Quienquiera que fuese lanzado al espacio se convertiría en héroe de la Unión Soviética y del mundo entero; así es que ya no había que elegir entre ellos al mejor cosmonauta, sino al héroe más adecuado. Y aun aquí había dificultad para elegir, pues nadie podía estar seguro del éxito de la misión. Títov, con su aspecto serio y viril, sus aires de intelectual, de amante de la poesía, era el adecuado para abordar una nave que reventara en el espacio; en cambio Gagarin, con su sonrisa infantil, aspecto juguetón, carácter ligero, no iba bien para un réquiem sino para un

festejo, el festejo de darle la vuelta a la tierra y volver sano y salvo.

Cuando faltaban dos días para el despegue, los directores optaron por el optimismo; apostaron al héroe vivo.

Aquella mañana del 12 de abril de 1961, Títov habría de hacer lo mismo que Gagarin antes del despegue: amanecer a la misma hora, desayunar lo mismo, lavarse los dientes y vestir el traje de cosmonauta; recibir las mismas instrucciones finales, escuchar el mismo discurso patriótico, abordar el mismo autobús y dejarse llevar a la plataforma de lanzamiento. Ahí la cosa cambió. Ahí Títov se quedó mirando cómo montaban a Gagarin en la cápsula espacial. Títov había soñado las últimas horas con que Gagarin amaneciera con fiebre, alguna infección en los ojos, que tropezara y se rompiera la mano, que el gusto de viajar al espacio lo empujara a emborracharse. La escotilla de la nave se cerró. La cuenta regresiva dio inicio. Títov comenzó a quitarse el incómodo traje al momento en que Gagarin emprendía su vuelo allá donde los dioses.

«¿Y él es Títov?», Guerásim señaló de nuevo a Griboyédov.

Nikolái se encogió de hombros. Cualquiera podría ser Títov. Faltaban las pruebas, el implacable entrenamiento, explorar los límites de la resistencia física y síquica de cada uno; reconocer quiénes tenían madera de héroes para la vida y quiénes para la muerte.

Marfa los conminó a que dejaran de hablar y de una vez por todas ingresaran al centro de adiestramiento para cosmonautas. El lugar estaba lleno de gente; sobre todo de niños. Sin un plan hecho de antemano, los cuatro se quedaron mirando los artefactos: ahí estaba la centrífuga, los carros chocones, la batidora, el tiovivo, el martillo, la rueda de la fortuna y una pequeña montaña rusa. Nikolái señaló las sillas voladoras. «En ellas hay vértigo, aceleración, riesgo y vuelo orbital.» Comentó que mucha más gente había muerto en juegos mecánicos defectuosos que por fallos en naves espaciales. Se abrieron paso entre vendedores de algodones de azúcar, churros y manzanas acarameladas; entre niños gritones y ancianos que jugaban lotería.

Había sillas individuales y dobles. El encargado del juego no quería permitirles abordar en pareja. «Las canastillas dobles son para un adulto y un niño», les dijo. Nikolái lo convenció con unos cuantos rublos. Sin embargo, el encargado actuó como director de la misión: «Tenemos que balancear el peso, así es que la señorita se sienta con este señor» y señaló al prestamista que se llamó Aliona Ivanovna y ahora se llamaba Griboyédov. Nikolái y Guerásim ocuparon la

siguiente canastilla doble. En verdad iban apretados como en una cápsula Géminis. No hubo cuenta regresiva cuando todos abordaron. Alguien gritó una señal y el mecanismo comenzó a acelerar poco a poco con música de falsa pianola. Dio inicio el jolgorio y griterío, pero Nikolái y Guerásim sabían que ése no sería el comportamiento correcto de un cosmonauta. Pobre anécdota habría dejado Gagarin a la historia si en vez de frases como «Contemplo la tierra», «La visibilidad es buena», «Los escucho muy bien», se hubiese puesto a gritar tal como esos mocosos que iban adelante o atrás o a un lado, vaya uno a saber dónde, pues en un movimiento circular es difícil señalar direcciones. Para restar aún más decoro a ese simulacro de vuelo espacial, allá abajo los padres saludaban a sus críos cada vez que completaban una rotación. Los malogrados astronautas del Apolo 1 sí habían gritado, pero eso es natural cuando se está atrapado en una hoguera. Tres meses después también le tocaría gritar a Vladimir Komarov, cuando fallaron los paracaídas de su Sóyuz y se enfiló a toda velocidad hacia la muerte. Hay quien dice que en sus gritos insultaba a los técnicos del programa espacial, que se mostraron genios en las complejas ciencias de la propulsión de cohetes, resistencia de materiales, velocidades orbitales, comunicación de radio, salidas y retornos a la atmósfera, electrónica, leyes de Newton y la ecuación de Tsiolkovski, pero en cambio se mostraron como unos idiotas en algo tan sencillo como enrollar un paracaídas.

Nikolái sintió la emoción de flotar en el aire, pero se cuidó de no llevar el entusiasmo más allá de lo pertinente. «Las nubes allá abajo», dijo con tono sereno. «De pronto el sol. De pronto la noche. Ahora volamos sobre Moscú, y ahora sobre Río de Janeiro.» Guerásim había estado leyendo sobre los viajes espaciales. Comenzó a hablar de despegues y de por qué los cohetes tenían dos o más etapas. «Una vez que el combustible de la primera etapa se consume…», comenzó a decir, pero Nikolái lo interrumpió. «¡Malditos!» Guerásim volteó hacia donde indicaba su compañero de viaje. Adelante iban dos canastillas individuales. En una viajaba una niña de algunos doce años; en la otra iba un chico de edad parecida. Ambos agitaban las piernas, saludaban a la gente de abajo. Echó la vista más adelante hasta notar lo que inquietaba a Nikolái. Resplandecientes, hermosos e ingrávidos, Marfa y Griboyédov se besaban. «¡Paren esta máquina infernal!», Nikolái se revolvió cuanto pudo en la silla. Se revisó los bolsillos. Nada encontró para lanzar. «¡Marfa!», se puso a gritar, pero el rechinido de la máquina, la mezcla de músicas venidas de cualquier parte, la algarabía de la gente volvía imposible que ella lo escuchara.

«¡Palomita mía!», llamaba a su mujer con mimos chejovianos; en cambio a Griboyédov le lanzaba insultos de *Doctor Zhivago*: «¡Demonio bizco! ¡Hernia de astracán!». Más molesto y más celoso se sintió Guerásim. Su reacción fue silenciosa. Nikolái optó por lanzarles un zapato, pero la barra de seguridad de la canastilla le impedía alcanzarse los pies. Empujó el talón del zapato derecho con la punta del izquierdo hasta dejarlo suspenso. Entonces tiró una patada para lanzarlo como proyectil hacia Griboyédov. Por la fuerza centrífuga y la mala puntería, el zapato terminó sobre el techo de la casa del terror.

Nikolái quería detener el mecanismo, las órbitas de los satélites, la expansión del universo, y sin embargo fue aceptando giro a giro su papel de cosmonauta, de ente lanzado al más allá para comprender la grandeza del hombre como especie y su pequeñez como individuo.

Miró las manos de Griboyédov amasando el cuerpo de su mujer. Marfa debió ser una insulsa tuberculosa que pidiera limosna en las calles de Petersburgo; en cambio se había vuelto una Karenina con tres hombres a sus faldas. Nikolái tomó el billete con el que había abordado esa silla voladora. Lo hizo bola entre los dedos para tirarlo al vacío. «No es que no acepte a Dios», había dicho Iván Karamazov, «pero le devuelvo con el mayor respeto mi billete.»

Los cuatro cosmonautas estaban sentados a la mesa del Sályut. «Supongo», Nikolái fue el primero en romper el silencio, «mi querido Griboyédov, que ahora debo retarte a un duelo.» Consideró su obligación decirlo, pues ningún hombre de honor podía quedarse impasible viendo cómo le acariciaban a la mujer. Imaginó lo que ocurriría si él se quedaba en tierra por cualquier razón y los rusos enviaban a Marfa con Griboyédov y Guerásim al espacio. Pensó en una estación espacial en la termósfera que girara al mismo ritmo que la tierra para hacer la noche perpetua.

«Cuando gustes», respondió Griboyédov.

Nikolái sirvió cuatro vasos de vodka. Empujó uno de ellos hasta el extremo donde estaba sentado Guerásim. «Bebe.» Guerásim negó con la cabeza. «Ya no», dijo con la certeza de que la frase estaría cargada de dignidad, pero su voz tuvo un regusto de vergüenza. Marfa soltó una risa muy breve. También ella sintió vergüenza. «Tú eres el alcohólico», Nikolái empujó el vaso hasta la mera orilla, de modo que cualquier vibración lo haría caer sobre el regazo de Guerásim. Él miró unos segundos el vodka con ojos adormecidos; luego le dio un

manotazo.

«¿Cuándo nos vamos a matar?», preguntó Griboyédov.

Nikolái le explicó que los duelos no eran para matarse, sino para lavar una injuria. Por eso no resultaban mortales en la mayoría de las novelas: se fallaban los tiros o se disparaba deliberadamente al aire. Incluso podían ocurrir las dos cosas, como en *Aguas primaverales*. Ahí disparó primero el protagonista y no hizo blanco; la bala fue a clavarse en un árbol. Acto seguido, el contrincante descargó su pistola hacia las nubes, y sólo entonces dijo: «Estoy dispuesto a reconocer que procedí sin razón».

Marfa no quedó muy convencida con la historia. «¿Por qué no pidió disculpas desde el principio?»

«La trampa de un duelo es que no se puede rehusar. Antes de jugarse la vida, ¿cómo distinguir entre las disculpas y la cobardía?»

«Yo ya acepté tu desafío», Griboyédov moldeó la mano en forma de pistola y apuntó a la frente de Nikolái. «Si te mato, me quedo con la chica.»

Aunque podían originarse por cualquier insulto, la mayoría de esos desafíos tenían como origen a una mujer. Por una muchacha, Sanin desafió al barón Von Dönhof; por su mujer, Pierre Bezújov casi mata a Dólojov; a causa de una princesita se encadenan los celos y ofensas por los que Pechorin da fin a la vida de Grushnitski.

Apenas unos segundos atrás Marfa Petrovna había ridiculizado el duelo, pero ahora se sintió dichosa de saber que dos hombres estaban dispuestos a derrochar la vida por ella. Ante eso, consideró una nadería el sacrificio de Guerásim de mantenerse sobrio.

Nikolái leyó los pensamientos de Marfa y no quiso desilusionarla. Aunque ella o cualquier mujer fuera el germen de un duelo, la causa última y definitiva era el honor del hombre.

«Dejemos el duelo para un futuro episodio», dijo Nikolái. «Antes debemos ocuparnos de otra cosa.»

Salieron a caminar bajo esa noche repleta de estrellas, volando junto con la humanidad entera a bordo de un planeta que circulaba a más de cien mil kilómetros por hora en torno al sol.

Era pasada la medianoche. Los cuatro empujaban por turnos el carretón con el féretro. Llegó el momento en que Marfa Petrovna pidió morir por un rato. «Mi destino era enfermar y morir.» A los demás les pasó por la mente que el destino de todos era morir, pero ninguno dijo nada. Nikolái repasó tan rápido como pudo los decesos en las novelas;

se dio cuenta de que había muchos más muertos que muertas. Las mujeres tenían la ventaja de morir en un parto; pero las enfermedades, la guerra, el suicidio, los duelos, las ejecuciones, los asesinatos, los rigores de la prisión, el alcohol y diversos accidentes se presentaban en abrumadora mayoría para ultimar hombres. Cuando Andreyev mandó ahorcar a siete criminales, tuvo el buen tino de incluir a dos mujeres. Había dos horcas, de modo que la ejecución se llevó a cabo en tres pares y un remanente. Tania Kovalchuk vio cómo morían los otros seis. No los dejaban caer de gran altura. Apenas daban una patada a la banca que los sostenía a pocos centímetros del suelo. El final llegaba doloroso entre estertores parecidos a leña que se troza. Tania Kovalchuk era pequeña, ligera, lo cual la mantendría más tiempo en el tormento, observada morbosamente por los ejecutores y seis cadáveres. Llegó su turno. «Sola yo», dijo. «Murió Seriocha, murió Verner y murió también Vasia. Quedé sola, soldaditos, soldaditos, sola. Sola…» Apilaron los cadáveres. «Estirados los cuellos, locamente desorbitados los ojos, hinchadas y azules las lenguas, semejantes a terribles flores desconocidas que salían de entre los labios regados de sanguinolenta espuma.» Por supuesto pensó Nikolái en Ana Karenina, la más célebre de las muertas; pero para un modesto paseo nocturno era demasiado que Marfa se hiciera pasar por ella; pensó también en Katerina Ivanovna, mas ya estaba visto que Marfa no se iba a contagiar de tuberculosis. Entonces recordó que *Doctor Zhivago* comienza con el entierro de María Nikolaievna Zhivago, y que María Nikolaievna no figura en la novela sino para estar muerta. «Móntate en el féretro», dijo Nikolái. «Serás la difunta madre del doctor Zhivago.» Sin perder un segundo Marfa trepó al carretón. «El sacerdote», cuenta Pásternak, «con el ademán de la bendición, arrojó un puñado de tierra sobre María Nikolaievna.» Guerásim agarró un poco de tierra junto a las raíces de un árbol que se erguía rompiendo el concreto de la acera; lo lanzó hacia Marfa. Ella cerró los ojos ante la embestida del polvo. «Qué feliz soy», dijo. «Cerraron el ataúd», continúa Pásternak, «lo clavaron, lo bajaron a la fosa. Una lluvia de tierra lanzada con prisa por cuatro palas tamborileó sobre el féretro hasta que se formó un pequeño túmulo.» El carretón continuó su camino con ruedas chillonas. Nikolái, Guerásim y Griboyédov murmuraron una canción fúnebre, marcando con sus pasos los tambores de duelo, y «Qué feliz soy», volvió a decir Marfa Petrovna.

Estacionaron el carretón frente al hospital. En la recepción se

hallaba la misma enfermera de la vez pasada. Nikolái se presentó como «el hombre que la otra noche llegó vestido de invierno o de astronauta». La mujer asintió. Dijo que lo recordaba. «Esta señora», Nikolái señaló a Marfa Petrovna, «desea que su marido muera en casa; no en el desamor de un hospital.»

«Voy a fingir que le creo», dijo la enfermera.

En el elevador, Nikolái comentó que la vez anterior le había ofrecido diez rublos a la enfermera para que le permitiera ver al enfermo. «Pero no los aceptó.» Griboyédov preguntó cuánto eran diez rublos. «No estoy seguro», respondió Nikolái. «Leskov cuenta sobre un alguacil de provincias que gana diez rublos al mes. Dostoyevski nos dice que la primera noche en que Sonia vende su cuerpo regresa a casa con treinta rublos.»

Sin tener claro lo que pensaban, los tres hombres miraron a Marfa Petrovna.

Fueron a la habitación del final del pasillo. Ahí estaba el tuberculoso tan solitario como Tania Kovalchuk. Continuaba tosiendo, sólo que ahora con menos fuerza, esforzándose por jalar aire. Marfa se dirigió al lecho. Tomó la mano del enfermo. Le besó la frente. Sintió su fiebre. «Nos vamos a casa.» El hombre abrió los ojos con espanto, quizás pensando que Marfa era la muerte. Por eso no se resistió a los tres hombres que lo montaron en una silla de ruedas y lo condujeron a la planta baja, luego a la calle. Por eso aceptó con mansedumbre que lo levantaran en andas para depositarlo en ese féretro que echó a vagar sin prisa por las calles de Monterrey para realizar su última parada en el paraíso o donde el crujir de dientes.

Lo colocaron en el salón de la casa. El enfermo mostraba una apacible expresión de inquietud. Un niño asustado por no hallarse en el lugar de siempre.

Poco a poco se fue tranquilizando porque Marfa Petrovna lo llenó de mimos. «Rico mío», le decía. Le preparó una limonada. Se puso a leerle una fábula de Krylov que se iba alargando porque debía interrumpirla en cada acceso de tos. Era sobre un mono, una cabra, un burro y un oso que deciden tocar un cuarteto para cuerdas con dos violines, viola y bajo. No alcanzó a llegar al final cuando el tuberculoso se quedó dormido de puro cansancio. Quién sabe siquiera si el enfermo estaba escuchando el cuento; los más interesados parecían ser Guerásim y Griboyédov.

Llegado el silencio, Nikolái dijo en voz baja: «Ya tenemos al tísico».

Fue adonde la limonada y bebió largamente. «Esto tiene vodka», dijo. Miró el salón, los sillones acomodados en un semicírculo, tal como aparecen en los escenarios del teatro. Fue hacia Marfa y la abrazó. Pensó en el cándido erotismo de Lermontov, que llegaba a su clímax con el talle. «Me incliné solícito hacia ella y rodeé con el brazo su flexible talle», o bien: «Estreché con más fuerza su talle suave y delicado: mi mejilla casi tocaba la suya, que ardía». Aunque hubiese bastado un susurro para hacerse escuchar, Nikolái engoló la voz al modo de un actor. «Nos sigue faltando la mujer caída.»

A Guerásim se le descarriló el sosiego. «Y seguirá faltando mientras yo viva.»

Nikolái y Griboyédov se echaron a reír. Marfa consideró que ella debía mantenerse seria, pero reía con los ojos.

«Mi querido Guerásim», Nikolái continuaba con su voz de actor; se puso a caminar en torno al escenario, «tú eres el más grande entre nosotros. El pobre diablo, el pisoteado, humillado y ofendido. El alcohólico que muy sinceramente quiere redimirse pero volverá a caer en el vicio cuando su amada lo rechace.»

Algo le ocurrió a Marfa Petrovna en ese salón, en ese escenario, en ese momento en que se rindió a su destino de treinta rublos, de modo que en su semblante fulguraba una belleza que, a decir de Chéjov, escapaba a las palabras: «Esa belleza del dolor humano, apenas perceptible, que tanto ha de tardar aún en comprenderse y describirse, y que sólo puede ser transmitida e interpretada por la música». Pero a esos tres hombres y a la mujer no les hacía falta leer palabras ni escuchar música, porque nadie tenía por qué explicarles o transmitirles eso que estaban viendo y viviendo. En ese teatro saboreaban su propia obra maestra a la vez que actuaban en ella. Sabían que sólo ellos, ellos cuatro, llevarían en su alma ese momento de esplendor sin poder nunca transmitirlo a nadie; ni siquiera al bendito tuberculoso, que se había quedado dormido cuando daba inicio la escena infinita.

7

Marido y mujer se quedaron en cama hasta bien entrada la tarde. Desde que echaron a Nikolái de su empleo practicaban con frecuencia esta costumbre de Oblómov. «En la calle Gorojovaya», comenzaba la novela, «en una gran casa cuyo número de vecinos hubiera sido bastante para poblar una pequeña ciudad de provincias, estaba una mañana en su piso, acostado en un sofá que servía de cama, Ilia Ílich Oblómov», y no es sino hasta la página ciento veintitrés cuando «Oblómov se incorporó prontamente y se sentó en el sofá, luego bajó los pies al suelo, los metió suavemente en las zapatillas y se quedó así; después se levantó por completo y permaneció de pie dos minutos». Ahí hubieran seguido Marfa y Nikolái de no ser porque escucharon golpes en la puerta. Eran unos «golpes alarmantes», como los que habían despertado a Zhivago aquella madrugada de tormenta después de que Lara hubiese partido. Mientras bajaba con una vela en la mano para abrir, Zhivago se convenció de que era Lara; había regresado, sí, señor, había regresado y estaría empapada y temblando de frío y llena de amor. Mas al abrir se dio cuenta de que se trataba de la rama de un tilo meneada por el viento.

«La puerta», dijo Marfa. Nikolái vio tras la ventana que no era de noche, tampoco había tormenta ni un tilo que tañera con sus ramas.

Lara no había vuelto. Su tren la separaría miles de kilómetros de Zhivago. Pero Pásternak habría de manipular la historia, la geografía, la lógica y las leyes de la probabilidad para que volvieran a encontrarse en un sitio apartado al pie de los montes Urales, pues en caso contrario no habrían sido Zhivago o Lara quienes quedaran en el desamparo, sino el mundo entero, dispuesto a aceptar lo mismo en la vida que en la novela la irrupción de lo imposible con tal de ver juntos a los amantes, con tal de mantener la ilusión de que la vida tiene un sentido y éste se halla en la fugacidad de la belleza contrapuesta a la eternidad de la muerte, contrapuesta al cuerpo de Zhivago despatarrado en la calle Presnia tras descender de un tranvía, contrapuesta al cadáver de Lara, exhausto y sin nombre en cualquier campo soviético de concentración.

«¡La puerta!»

Nunca el espíritu se sentía tan enaltecido como cuando se le revelaba al mismo tiempo la fuerza y la fragilidad de la condición humana; pero incluso esos momentos gloriosos debían interrumpirse para atender la puerta.

Cuando salieron de la habitación, vieron al tuberculoso en el féretro, mirando hacia el muro que tenía enfrente. «¡El tísico!», exclamó Marfa. «Me había olvidado de él.» El hombre quiso decir algo, pero le salió una tosidura.

Nikolái abrió la puerta. Ahí estaban Guerásim y Griboyédov, que habían llegado uno detrás del otro con sendos periódicos de la tarde. Cuando vieron al enfermo, hicieron una seña para dirigirse a la cocina. Ahí mostraron uno de los periódicos: «Desaparece tuberculoso del Hospital Civil». El reporte decía que a una hora indeterminada durante la noche de anoche se había ausentado de su habitación el señor Antonio Chávez. Dado su precario estado de salud, se sospechaba que no había salido por su propio pie. El médico del turno matutino había presentado la denuncia. Por su parte, la enfermera nocturna declaró que el hospital tenía muy poco personal, que ella no era centinela y durante la noche tenía que abandonar la recepción para atender emergencias. «El mes pasado nos robaron la máquina de escribir.» El secretario de Salud hizo un llamado a la población para que mantuviera la calma, pues la tuberculosis era una enfermedad derrotada gracias a los programas de vacunación.

Marfa preparó más limonada.

El tísico la bebió entre jadeos. Pronto recuperó el ritmo de la respiración. En verdad, esa bebida que Marfa le preparaba con un toque de vodka lo hacía sentir mejor que cualquier pócima hospitalaria. «¿Dónde estoy, por favor?», preguntó con una voz rasposa. «¿Qué ciudad es ésta?»

«Pues Yalta», respondió Nikolái. Le explicó que era un balneario del mar Negro. «Te vamos a curar con un nuevo tratamiento. Se trata de ir al espacio, sacarte al vacío y verás que de inmediato se mueren todos esos gusanos que te saquean los pulmones.»

«Otro recluta», susurró Guerásim a Griboyédov. «A este paso seremos los veinte o los tres mil quinientos que compitieron por el puesto de Gagarin.»

«Escúchame bien, Antón», Nikolái buscó la mirada del tísico. «Cuando alguien te pregunte si te raptamos, tú dices que no, que estás con nosotros porque así lo deseas, porque somos tus únicos amigos, porque sólo nosotros te podemos sanar. De lo contrario nos pueden

dar a todos seis años en Siberia.»

Antón no tuvo que esforzarse para memorizar la respuesta, pues de todo corazón deseaba estar ahí. A Marfa la veía como a un ángel. Se sentía entre amigos y más que nada en el mundo deseaba curarse.

A Nikolái le vino a la mente la historia de Chéjov sobre un cínico guía de zoológico que se burla de las bestias en cautiverio. Luego de hacer escarnio del león, del gato montés y del mono, conduce a los visitantes a una jaula en la que hay una gacela pequeña y flaca, de ojos llorosos. «Está en las últimas», dice con burla. «Apenas ha tenido tiempo de llegar a la jaula, y ya tenemos el desenlace encima: tuberculosis en último grado.» Se echa a reír. «Fíjense ustedes: los ojos son como los de las personas. ¡Hasta lloran! Es joven y bella, quisiera disfrutar de la vida, correr libre por los bosques y juntarse con algún *gacelo* guapo; y en lugar de eso tiene que permanecer ahí tirada sobre la paja sucia, que huele a perros podridos y a estiércol. Cosa extraña: está a punto de morir, pero en sus ojos brilla la esperanza.» Ríe un poco más. «Despídete de tus ilusiones, hermana gacela. Con esperanzas y todo, estirarás las patas.»

«¿De verdad voy a sanar?», preguntó el tísico.

Marfa le dijo dos trivialidades para animarlo, como suele hacerse en estos casos. La gente sana se siente tan superior a un moribundo que acaba tratándolo como a un imbécil. «Hoy hace un día estupendo», dijo Marfa Petrovna, y por soltar una frase agregó: «De niña no me gustaba el ajo».

«¿Ajo cocido o crudo?», Guerásim pensó que en verdad se trataba de una conversación.

«Las gacelas», dijo Nikolái, «miran como los humanos cuando están tristes.»

Por debajo de la puerta se deslizó un papel. Era el ultimátum de la casera.

El propietario de la taberna había colgado un cartel luminoso sobre la puerta en el que anunciaba su negocio como Bar Sályut, con un dibujo torpe de la estación espacial. Desde la llegada de los cosmonautas no sólo habían aumentado sus clientes, también el consumo de cada cliente. Por eso no protestó cuando Nikolái y sus amigos trajeron a un tísico metido en el mismo féretro de la otra noche. Sólo mandó a la camarera a preguntar si no era contagioso.

En 1901, con una avanzada tuberculosis y con apenas tres años de vida por delante, Antón Chéjov se había casado con la actriz Olga

Knipper. Muchas veces Nikolái se preguntó cómo habrá sido la intimidad de esa pareja, si ella gustaba de besar largamente a un hombre que expelía sangre. Pero contagio no hubo, pues Olga habría de vivir hasta los noventa años, luego de una sana y larga viudez de más de medio siglo.

Algunos parroquianos habían leído aquella nota del periódico sobre el tísico que desapareció del hospital, y se preguntaron si ése del ataúd sería el mismo. Sin duda les pasó por la cabeza que deberían avisar a la policía, pero desecharon la idea con el siguiente trago. En *Memorias de la casa muerta*, Dostoyevski había escrito que «no está en el alma rusa acusar al delincuente», y por lo visto tampoco estaba en el alma de los mexicanos.

Reclinaron el féretro en una pared a cierto ángulo que daba a Antón la idea de hallarse erguido y recostado al mismo tiempo.

«Debimos vestirlo bien y no con esa túnica de hospital», dijo Marfa.

Bajo el faldón asomaban las piernas blancas y lampiñas del tísico; los pies tenían las uñas crecidas y en torno a las rodillas resaltaba un aro de piel arrugada.

«Damas y caballeros», anunció Nikolái, «les presento al tísico Antón.»

Los parroquianos aplaudieron. Antón dio las gracias y alzó los brazos apenas lo suficiente para que la túnica no se alzara. Los aplausos crecieron. Los parroquianos chocaron sus copas. Se pusieron de pie.

Antón Chéjov no asistió al estreno de *La gaviota* en Moscú. Pero de haber estado ahí, hubiese escuchado una ovación parecida. La última frase de la obra es: «¡Konstantín Gavrílich se ha pegado un tiro!» y entonces cae el telón. El público había sido testigo de un suicidio, podía imaginar la sangre y el cadáver fresco, aventurar la reacción de la madre del suicida, que estaba ahí mismo en el escenario, hablando de vino tinto y juegos de mesa; ese público empezaba a comprender lo vacua que alcanzaba a ser una existencia al punto de mejor acabarla con un disparo, y sin embargo todos aplaudían entusiasmados, tratando de equilibrar su propio espíritu por esa cuerda floja entre la dicha y la aflicción. ¡Bravo! Un brindis por la vida, por la muerte y la amargura, por los sueños que nunca se realizan. ¡Bravo, maestro! Volarse la tapa de los sesos y ¡bravo!

Ahí mismo en el Sályut alguien gritó: «¡Bravo por el tísico!», y el resto de los bebedores lo secundaron.

Allá en Moscú, el público había aplaudido sin parar, alentando a los actores a acudir de nuevo al escenario. Además de Olga Knipper,

que aún no sospechaba que uniría su vida a la del autor, ahí estaba Konstantín Stanislavski, que había hecho el papel del enamorado de la madre del suicida a la vez que había dirigido la obra, y con su revolucionario montaje cambiaría el teatro para siempre; y ahí estaba Vsevolod Méyerhold, el suicida, que algunos años después, padeciendo las impadecibles torturas de los esbirros de Stalin, habría de anhelar de todo corazón volver al papel de Konstantín Gavrílich, para que de una vez por todas le bajaran el telón tras la frase: «¡Vsevolod Méyerhold se ha pegado un tiro!».

Nikolái se dirigió a Guerásim: «Anda a la barra como si fuese botica y prepara un remedio para nuestro tísico amigo».

En una historia de Chéjov, dos hombres coquetean con la hermosa boticaria. Le piden vino tinto francés, pero para que suene a medicina, le llaman *vinum gallicum rubrum*.

Allá fue Guerásim. Tenía vasta experiencia en mezclar alcoholes. Había clasificado las bebidas en tres: hermanas, primas y extrañas. Según su paladar, las hermanas se llevaban bien; o sea, un rioja podía mezclarse con un burdeos, e incluso un blanco con un tinto, pues igualmente había hermanas güeras y prietas. Consideraba hermanas a todas las cervezas, claras, oscuras, cualquier tipo de lager, y en ellas los únicos defectos eran la temperatura o la ausencia de burbujas. Las extrañas no tenían raíces comunes. En sus tiempos de bebedor las había mezclado sin consecuencias negativas: tequila con whisky era su coctel preferido. También tomaba ron con anís, aunque debía rebajarlo con cerveza para que no fuese tan dulce. En cambio las primas le causaban problemas de estómago y cabeza; esto se daba cuando combinaba oporto y coñac o tequila y mezcal.

Alguna vez pensó en escribir un tratado sobre tales combinaciones. Ahora se le ocurrió que en verdad podía elaborar una pócima que curara la tuberculosis.

«¿Qué le sirvo?», se aproximó la camarera.

Él le pidió su libreta y una pluma. Estuvo un par de minutos garrapateando bebidas y cantidades. Al fin entregó la receta.

«Si funciona, nos hacemos millonarios.»

La fórmula contenía cuatro destilados de alta gradación, pues Guerásim supuso que esto mataría las bacterias. Pero cuando recibió de manos de la mujer un vaso triste de color turbio, decidió agregar un chorro de licor de café y medio limón exprimido. «Guerasimina», dijo para sí, y la imaginó decorada con una cereza en la portada de un manual médico.

Volvió con el tísico Antón para ofrecerle el remedio.

El moribundo dio un trago a la mezcla y eludió los gestos de asco. Sin embargo reconoció que había mucho de festivo en beber esa noble medicina. En cambio el etambutol que le daban en el hospital había de pasárselo con la formalidad, puntualidad y regularidad que nunca van de la mano de los placeres. Elevó el vaso y dijo: «Salud, amigos míos, brindo por la felicidad», con una voz baja y templada para no convocar un ataque de tos.

No se sentía dentro de un féretro; más bien se pensaba un hermoso muñeco en un exhibidor. «Bonito yo», pensó. Luego volteó hacia Marfa Petrovna, su ángel, y cuando sus miradas se cruzaron él estuvo seguro de que se habían dicho mil palabras.

El aire dentro del Sályut se fue viciando como el del hospital. «Como el del Apolo 13», dijo Nikolái.

Griboyédov brindó por esos tres astronautas. Marfa le correspondió y también Guerásim, así fuera con un vaso de agua. Pero no Nikolái.

Apenas el año anterior el mundo había seguido las peripecias de aquel Apolo 13, y habían celebrado con suma alegría su retorno a la tierra. Pero eso ocurrió porque la Nasa estaba regenteada por científicos de poco temperamento artístico, y le regalaron a la gente una burda historia de aventuras, acaso digna de un filme igualmente burdo. En manos de un gran novelista ruso, esa nave espacial habría perdido la órbita lunar para seguir una línea recta por los siglos de los siglos en un más allá cada vez más lejano, legándole así al ser humano, no un final feliz que en nada alimenta el alma, sino el prodigio del viaje sin retorno, la belleza del desamparo, y tres muertes que se volverían un clásico de la condición humana. Esa nave con estos hombres habría sido como la vela ante la que Ana Karenina leía su libro, la cual «resplandeció con una luz más viva que nunca, iluminando todo lo que antes estuviera en la oscuridad, chisporroteó, comenzó a extinguirse, y se apagó para siempre».

Montaron el féretro en el carretón.

Partieron a casa.

En el camino, el tísico Antón habló con entusiasmo entrecortado del viaje espacial. Prometió curarse, acondicionar su cuerpo, fortalecerlo.

Pero ya lo había dicho Pável Pávlovich en *El jugador*: «La tuberculosis es una enfermedad curiosa. El tísico se está muriendo y no sospecha que puede morir al día siguiente».

Se presentó el policía de la otra ocasión. Iba a hablar, pero no le

salieron las palabras. Entonces entregó un papel de parte de la casera. «Son tres meses que no se paga la renta.»

Marfa lo amonestó. Le dijo que una deuda era asunto entre particulares, y la policía no tenía por qué intervenir. «Además, aquí recibimos los martes.»

«Es nuestro amigo», Nikolái reconoció al hombre. «Ofrécele la taza de café que no se bebió la vez anterior.»

El policía se sintió avergonzado. Marfa había hablado con verdad. A estas alturas resultaba obvio que él había aceptado una propina de la propietaria para venir a amedrentar a los morosos.

«No escuche a mi mujer», Nikolái lo invitó a pasar. «Usted tiene todo el derecho de estar aquí.»

Había leído una novela de Gogol sobre un pintor que no pagaba el alquiler. Pronto se presenta un inspector de policía para apremiarlo: «Debe pagar si se ha comprometido a ello». Y de todos era sabido que a Raskólnikov lo habían llamado de la comisaría por el mismo motivo. «Usted viene obligado a pagar esa suma, con todos los recargos, gastos y demás.» Habitualmente el personaje de policía llevaba tintes de incompetente o de bufón. Inútil era el policía que permitió que a Akaki Akakiévich le robaran el capote; los de *Crimen y castigo* cometen un error detrás de otro; en *Los hermanos Karamazov* arrestan a un inocente; en *Guerra y paz*, unos parranderos agarran a un policía, lo atan a la espalda de un oso y lo tiran al río; y con Chéjov basta una perla del frondoso collar: «Ayer se celebró un funeral religioso por el alma de los caídos en Plevna. Asistieron todas las autoridades y ciudadanos, excepto el señor jefe de policía, que brilló por su ausencia debido a que consideró más interesante terminar su partida de naipes que compartir el sentimiento de los ciudadanos de Rusia». Aunque ya vendría el siglo veinte para darle un carácter más perturbador a estos personajes. «La policía entró a sablazo limpio», escribe Gorki. «Dicen que hay muertos.» Si bien la peor parte de las atrocidades policiacas no figurarían en las narraciones de los escritores, sino en sus propias biografías.

«Siéntese, Porfírii.»

El policía iba a decir que se llamaba de otro modo, pero reparó en el féretro.

«Es otro muerto.»

«Sí, pero también está vivo.»

Tolstói lo había dicho mejor al hablar del carcomido hermano tísico de Levin: «Aquel cuerpo muerto era su hermano vivo».

Antón tosió a manera de saludo.

Llegó la taza de café humeante. No era para beberse sino para propiciar la salida del policía.

«Beba, Porfírii.»

Él se puso de pie para dirigirse a la puerta. Se marchó sin siquiera recordarle a los morosos inquilinos que debían pagar.

El cuadro iba tomando color: había en casa un tuberculoso, faltaba dinero para el alquiler. Nikolái estaba desempleado, había matado a la usurera y comenzaba a hablarse de un duelo. La policía rondaba la casa. Ya iba siendo hora de que Marfa se ganara esos treinta rublos.

8

La escena representa una taberna llamada Sályut. Al fondo hay una sinfonola apagada. A la izquierda está la barra con el propietario y la camarera. Por una pequeña ventana se ve sólo negrura, indicando que es de noche. Hay doce o quince mesas repartidas sobre el escenario. En todas hay parroquianos. Hacen ademán de hablar, pero sus voces no se escuchan. Al centro, otra mesa. La ocupan cuatro personas: Nikolái Nikoláievich, Marfa Petrovna, Guerásim y Griboyédov. Junto a ellos, el féretro con el tísico Antón.

«Estamos muy retrasados», dijo Nikolái. «Nos falta entrenamiento y ni siquiera hemos completado la cuadrilla.»

«Sólo caben tres en la nave», Guerásim bebió de su vaso con agua, no como tratándose de un vodka de utilería, sino representando efectivamente agua.

«El tísico será el primero en viajar al espacio exterior», dijo Griboyédov, «aunque su cuerpo se quede aquí en la tierra bajo tierra.»

Antón tosió.

«¿Quién nos falta?», Marfa entró en el diálogo.

«Varios», Nikolái bebió de su vaso con vodka que sí era vodka. «Un doctor alemán… un cosaco… un general retirado… un terrateniente… un nihilista… un pope con dudas de fe… una pareja de campesinos… También nos falta un judío.»

En verdad las historias solían tener algún judío. Si bien se trataba mayormente de personajes secundarios, acartonados, pertenecientes a un mundo que los autores no sabían descifrar. Los tenían ahí para una breve escena de humillación en la que los insultaban o les jalaban los bucles; para que un jinete pasara junto a uno de ellos y le soltara un fustazo. Las lenguas largas de Taras Bulba y de sus cosacos colgaban siempre un calificativo: «infame judío», «impuro judío», «diablo de judío», «maldita raza de judíos», o les llamaban «oreja de marrano», llegando a decir que «ustedes los judíos han sido creados para fingir; engañarían al diablo en persona». Los cosacos detestaban a los judíos, por eso Isaak Bábel hubo de hacerse de mucha maña para sobrevivir a esa caballería roja compuesta de cosacos y de paso escribir una obra

maestra. En muchas ocasiones no había judíos alrededor, y la palabra de marras aparecía meramente como un insulto. «¡Ustedes, al lado de mi señor, no son sino unos mendigos, unos judíos!», dice el criado de Oblómov. A Gogol le viene sobre todo como sinónimo de «tacaño», y para esto usa expresiones como: «judío de cajero» o «qué impulsos de judío te gastas» o «maneras de judío». Dostoyevski camina por la misma senda cuando Razumijin le llama a Luzhin «falso y avaro como un judío», y más tarde el propio Luzhin, abrumado por haber procedido como un avaro, se dice: «¿Por qué diablos me porté tan judío?». Andreyev despacha esta conversación entre dos hombres:

«¿Es usted judío?»

«No.»

«Lo felicito.»

Y hasta el bueno de Chéjov muestra a unos niños que cantan:

¡Escucha, niño mío!
¡Coge el cuchillo afilado
y mata, mata al judío
un hijo muy desdichado!

El párroco de *Los señores Golovliev* asegura sin tapujos: «Los judíos son unos asquerosos. Por eso cuando los quieren irritar les muestran una oreja de cerdo». Dostoyevski se burla del único judío recluido en Siberia en *Memorias de la casa muerta*: «Cada vez que lo miraba se me venía a la memoria aquel judiíllo Yánkel que Gogol retrató en *Taras Bulba*, que al desnudarse para meterse de noche con su judía en la cama se parecía terriblemente a un pollo desplumado».

Ya con Pásternak la cosa andaba por otro camino: «Ese cosaco que se burlaba del pobre judío es un ejemplo entre mil de la más primitiva bajeza». Como él, otros judíos, asimilados o no, habrían de hacer ver que las caricaturas que de ellos hicieron en la literatura rusa se debían a que los gentiles nunca pudieron comprender el mundo ni el alma de los judíos; mientras que los judíos supieron muy bien pintar el alma de los gentiles.

«En esas historias», Nikolái dio un trago a su vodka, «los judíos suelen ser comerciantes o músicos o usureros o, sobre todo, taberneros.»

Los cinco voltearon hacia la barra. Ahí estaba el propietario de la taberna.

Nikolái fue con él.

«¿Es usted judío?»
«No.»
«Lástima.»

Estimulado por cinco o seis tragos de vodka, Nikolái dijo que relataría un caso sacado del teatro de la vida y de la vida del teatro; mas como no se ganaba la atención de su escaso público, reveló el desenlace: «Es sobre una mujer que se suicida». La actitud de los cuatro cambió. Acercaron sus rostros al de Nikolái para no perder detalle. «Iván el Terrible, ese mismo zar que asesinó a su hijo, tuvo ocho mujeres. La historia que les voy a contar se ocupa de la quinta, una tal Ana Vasilichkova.» Iván el Terrible se había enamorado de la que sería su sexta mujer, de modo que en el palacio se gesta una serie de intrigas, hasta que el zar de todas las Rusias decide enviarle a la zarina una copa con miel envenenada. Vasilichkova está segura de lo que contiene la copa y, sin embargo, la bebe.

«Eso no es suicidio», dijo Marfa.

Griboyédov dijo que ella pudo deshacerse de la copa, pero decidió beberla.

Nikolái dijo que ahí no terminaba el relato. «Los personajes son verdaderos, si bien yo conocí la historia porque la escribió Ostrovski para el teatro.»

«¿Hablamos del suicidio de la zarina o del personaje?», Guerásim miraba con deseo el vaso de vodka, pero no lo tocaba; miraba igualmente a Marfa, y lo mismo no la tocaba.

«Aún no termino.» Nikolái habló de una actriz llamada Eulalia Kadmina. Tenía esa belleza que inspira bondad antes que lujuria. «La Kadmina se había enamorado perdidamente», Nikolái se disculpó por utilizar tan vulgar adverbio, «de un oficial del ejército.» Poco antes del matrimonio, el oficial desbarató el compromiso para casarse con una mujer de familia adinerada. La Kadmina venía haciendo el papel de la zarina en la obra de Ostrovski. Le había dado al papel una sincera intensidad al saber, «más como mujer que como actriz, lo que significaba el abandono del hombre amado».

Vino a ocurrir que en una función de noviembre de 1881, desde el escenario que representaba las habitaciones y salones del palacio del zar en Moscú, la Kadmina distingue en las primeras filas a su oficial con esa fina mujercita. Aprovecha el entreacto para cortar decenas de cabezas de cerillos y zampárselas con té negro. Vuelve al escenario. Para cuando le ofrecen la copa con miel envenenada, ya el vientre se

le rasga por dentro. «Beberé», dice la zarina, «debo beber. Si él no me mata de esta forma, me matará de cualquier otra. Ve y dile al zar que la zarina ha bebido hasta la última gota.» Da un trago largo a la copa hasta apurarla. «Que Dios le otorgue a él y a su nueva mujer largos años de alegría y fortuna.» La Kadmina cae desplomada al suelo sin terminar su parlamento. El público comprende que está ante la mejor de las actrices. Nunca habían visto la agonía representada de modo tan auténtico; aunque algunos críticos teatrales opinan que la actriz está sobreactuando. «¡Ah, cómo sufro, cómo sufro, quema como el fuego!»

Aún no es tiempo de que caiga el telón, pero alguien lo hace caer.

No hay aplausos.

«La zarina se suicida. El personaje se suicida. La actriz se suicida.»

Marfa ya no repitió su juicio, pero algo le molestaba en la historia. «¿Y el oficial que engañó a Kadmina?», preguntó.

«¿Qué tiene que ver el oficial?», Griboyédov se enjuagó la boca con vodka.

Nikolái recordó un pasaje de *El maestro y Margarita*. Satanás organiza un gran baile. Los invitados vienen del infierno, donde padecen suplicios eternos. Margarita es la reina de la noche y va por el salón acompañada de Koróviev, asistente de Satanás, y un enorme gato infernal. Ahí está presente una bellísima muchacha de unos veinte años. Koróviev habla de su tormento: «Hace ya treinta años que un ayuda de cámara se encarga de dejarle todas las noches un pañuelo junto a la cama. Ella se despierta y el pañuelo está ahí. Lo quema en una estufa, lo echa al río, pero en vano». Margarita pregunta qué clase de pañuelo es ése. «Es un pañuelo de ribete azul. Es que cuando la muchacha estuvo trabajando en un café, el dueño la llamó al almacén y a los nueve meses tuvo un hijo. Ella se lo llevó al bosque y le metió el pañuelo en la boca. Luego lo enterró. En el juicio declaró que no tenía con qué alimentar al niño.»

«¿Y dónde está el dueño del café?», preguntó Margarita.

El gato respondió con su voz rechinante: «Majestad, permítame que le haga una pregunta. ¿Qué tiene que ver el dueño del café? Él no asfixió en el bosque a ningún niño».

Marfa propuso un brindis por Eulalia Kadmina. Desde su féretro, Antón correspondió con su vaso de guerasimina.

Cuando corrió la noticia de la muerte de la actriz, varios escritores alzaron la vista al cielo. «Cómo no se me ocurrió antes.» Aún no acababa de enfriarse el cadáver de la Kadmina cuando ya estaba Turguéniev arrastrando la pluma sobre el papel para narrar un texto

sobrenatural y oportunista en el que el suicidio de la actriz en escena parecía metido a la fuerza para lucrar con la tragedia, agregando un eslabón, porque ahora se trataba del personaje narrativo de una actriz de carne que actuaba el papel teatral de una zarina verdadera.

«Cuento la historia», Nikolái miró a su mujer como si no hubiese nadie más en el Sályut, «porque el fósforo no mata de manera instantánea. La cortina del teatro se cerró, pero lo cierto es que Kadmina vivió una semana más. El fósforo se apoderó de su interior como si se tratase de larvas voraces que fueron taladrando el estómago, el hígado, los intestinos, los riñones. Cuentan que la Kadmina gritaba en voz baja porque las fuerzas ya no le daban para aullar su dolor.»

«Está decidido», Marfa tomó las manos de Nikolái. «Tendré mi noche de treinta rublos.»

Nikolái se acercó para darle un beso tibio en los labios. Marfa lo tomó de los cabellos y le recetó las palabras de la protagonista de *Lady Macbeth de Mtsensk*: «Sólo los maridos besan así a sus esposas, como si estuvieran quitándoles el polvo de los labios. Bésame hasta que las flores de este manzano caigan sobre nosotros».

Lo dijo en voz tan alta que los parroquianos voltearon todos a mirar. Hubo suspiros, nostalgia. A varios les bajó sudor por la espalda.

Quién sabe cuándo estaban destinadas a caer las flores del manzano, pero después de dos minutos, el propietario mandó interrumpir esa escena amorosa que hubiese resultado excesiva en cualquier escenario de cualquier teatro del mundo.

Una vez en casa, Marfa le sirvió limonada a Antón porque ya se había medicado de más con la guerasimina. Se sentaron a la mesa con un mazo de cartas. «Quiero jugar», dijo Antón desde su féretro. Los demás negaron con la cabeza. No querían tener a tan corta distancia a un tísico tosedor.

Nikolái repartió cuatro cartas a cada uno. «¿Qué estamos jugando?», preguntó Griboyédov. Cada par de ojos miró alternativamente a los otros tres pares. Al fin respondió Nikolái. «No lo sé. He leído desde Pushkin hasta Shólojov: juegan vint, stosh, noski, filka, yeralash, préférence, durak, makao, otzko, piquet, tresette. Pero apenas aparece una nota al pie que dice: juego de cartas, sin explicar nada.» Por supuesto las cartas eran un pasatiempo para esa gente que quiere que pase el tiempo, pero a veces eran la excusa para acusar a un jugador de hacer trampa y desencadenar un duelo. O bien, para

crearse una deuda impagable. En cierta historia de Pushkin, el espíritu de una muerta engaña a un apostador hasta hacerlo perder la cordura, y en el manicomio no hace sino decir: «¡El tres, el siete, el as! ¡El tres, el siete, la dama!». Guerásim entendió que le solicitaban cualquiera de esas cartas. Descubrió un siete. «¡Quiero jugar!», Antón subió la voz y lo pagó con una metralla de tos. El más grande jugador y mayor perdedor en juegos de naipes fue Tolstói. Por eso fue tan comprensivo con uno de sus personajes en *Guerra y paz*, que pierde cuarentaitrés mil rublos jugando a las cartas. Sin dinero para pagar, acude a su padre y le dice que «eso le pasa a cualquiera». El padre responde: «¿A quién no le ha ocurrido? Tienes razón, ¿a quién no le ha ocurrido?». Griboyédov hizo cuentas. «Eso equivale a cuatro años del cuerpo de Sonia.» Nikolái meneó la cabeza. «Treinta rublos le dieron la primera noche porque estaba nueva. Luego serán diez o cinco rublos. Cuatro años después quizá no le den ni uno.»

«¡Quiero jugar!», volvió a decir Antón.

«¿A qué, maldito tísico? ¿A qué?», Guerásim alzó la voz. «No estamos jugando a nada.» Arrojó los naipes. Le temblaban las manos. Los brazos enteros.

«Parece que a nuestro amigo ya le hace falta un trago», Nikolái fue a la cocina y trajo una botella. Sirvió cuatro vasos. Uno más para Antón.

Los momentos más conmovedores de *Crimen y castigo* no los aportaba Raskólnikov y su familia, sino Marmeládov y la suya. Ese Marmeládov alcohólico que por un tiempo parecía que lograría regenerarse para salvarse a sí mismo, para salvar a su mujer, a su hija, a sus hijastros. «Así como tú, mi querido Guerásim, aunque lo hagas sólo por Marfa y por ti.» A Marmeládov le había llegado la oportunidad de redimirse cuando le ofrecieron de nuevo su empleo. Fue tanta la alegría de su mujer y de Sonia que lo mimaban el día entero, andaban de puntitas para no molestarlo, le daban crema para el café, cecina con rábanos, le compraron un uniforme, le lustraban las botas. Ah, cuánto regocijo había en salir del lodo. Pero tan pronto cobró el primer sueldo… «Anda, Guerásim, celebremos tu primer sueldo o tu último.» Marmeládov pasó cinco días fuera de casa, y hasta el uniforme lo dejó empeñado con un tabernero, para quedar vestido con harapos. «Más conmueve un borracho sin bebida que un niño sin comida», remató Griboyédov.

Guerásim intercalaba la vista entre el vaso y los ojos de Marfa.

«¿Yo qué te puedo decir?», dijo ella.

Nikolái fue a su librero. Repasó rápidamente los títulos. Se detuvo

en *El duelo*, de Aleksandr Kuprin. Pasó las páginas hasta el final del capítulo seis. Tachó el nombre de Rómochka y escribió el de Guerásim.

«Puedes decirle esto.»

Marfa leyó las líneas antes de atreverse a pronunciarlas. Al final dijo: «¡Por favor, Guerásim, no se haga ilusiones! ¡Usted ni siquiera es hombre ni cosa que se le parezca!».

La noche iba muy adentro cuando Nikolái salió de casa. Se había puesto su abrigo y gorro de invierno. «¿Adónde vas?», preguntó Marfa, pero él no respondió. Quería salir a caminar para mirar los cielos estrellados. Pensaba en *Guerra y paz*. Sobre todo pensaba en Pierre Bezújov. En esas páginas ocurrían eventos muy relevantes para la historia. Se enfrentaban las tropas napoleónicas a las rusas; ardía Moscú. Cientos de miles de personas morían por las armas, por el hambre y frío. Mas todo eso pasaba a segundo término delante de cuestiones más trascendentes: el vestido que usará Natasha para su primer baile, si el príncipe Andréi la sacará a bailar, si María Nikolaievna está destinada a volverse una solterona, si es verdad que Hélène tiene relaciones con su hermano Anatol.

Por sobre todos, había un párrafo que Nikolái releía porque condensaba un exceso de humanidad y belleza. Ahora deseaba mirar las estrellas, tal como lo hizo Pierre en aquella noche de diez grados bajo cero, tan rebosante de amor que se desabotonó el abrigo; esa noche en que, luego de dejar a Natasha, extasiado con sus propias pasiones, se comparó con el resto de los hombres y todos le parecieron pobres de espíritu. «Hacía un tiempo frío y claro. Por encima de la penumbra de las sucias calles y de los tejados negros, se elevaba el cielo oscuro y estrellado. Sólo al mirar aquel cielo, Pierre dejaba de sentir la bajeza ofensiva de todo lo terreno al compararlo con la elevación en que se encontraba su alma.» Y cuánto no daría Nikolái por sentirse igual. «Casi en medio del firmamento, por encima de la avenida Prechistenka, un enorme y brillante cometa rodeado de estrellas se distinguía del conjunto de los astros por su proximidad a la tierra, por su blanca luz y larga cola levantada. Era el cometa de 1812, que, según se decía, anunciaba una serie de horrores y el fin del mundo. Pero no despertó en Pierre ningún sentimiento terrible. Al contrario. Con los ojos húmedos, miraba alegremente aquel cometa claro que con una rapidez vertiginosa había recorrido un espacio incalculable, describiendo una parábola y, lo mismo que una flecha se

clava en la tierra, se había incrustado en un punto del cielo sombrío, alzando enérgicamente la cola, que irradiaba su luz blanca en medio de innumerables estrellas refulgentes. A Pierre le pareció que aquel cometa correspondía por completo a lo que encerraba su alma rebosante y enternecida, abierta para una nueva vida.»

En las alturas, Nikolái no vio ningún cometa, pero lo alumbró en su mente y en sus ojos con palabras. «El cometa de 1971, que trazaba su blanca estela para firmar la crónica de un alma grande, el alma de Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, delante del cual, cualquier hombre, cualquier alegría o sufrimiento eran poca cosa.» El cielo estaba más estrellado que de costumbre. Nikolái comprendió por qué los antiguos leían en él venturas y tragedias, la vida y la muerte, la salvación y perdición de los hombres. Se quitó la gorra en señal de respeto. Ya se contaban ocho astronautas que habían ido a la luna, y le habían traído piedras y polvo a la humanidad; en cambio Tolstói, sin quitar los pies de la tierra, había bajado el cosmos entero, un infinito hecho de palabras, porque a fin de cuentas, el alma, la eternidad, los dioses y el hombre estaban también construidos con palabras.

Llegó de vuelta a casa. Marfa y Griboyédov jugaban aburridos con los naipes. Antón respiraba con dificultad.

Guerásim se hallaba tumbado en el suelo. Había perdido la conciencia de tanto beber. «Quería llegar al sofá», dijo Marfa, «pero se quedó a medio camino.»

Nikolái le dio un par de bofetadas sin que el borracho reaccionara. Pidió a su mujer unos alfileres. Ella los sacó de un costurero.

Cada uno con un alfiler, Marfa, Griboyédov y Nikolái se acuclillaron ante el borracho.

«Turguéniev, Dostoyevski, Tolstói, Bunin, Bábel, Solzhenitsyn, Gogol, Gorki, Chéjov, Pásternak y todos los demás tienen personajes picados de viruela.»

Marfa dio el primer pinchazo. Guerásim apenas torció la boca como si una mosca se le hubiese posado en los labios. Entonces comenzaron a aguijonear con brío. «Mejillas, nariz y frente», advirtió Nikolái. «Nada de párpados porque se nos queda ciego.» Quizás en ninguna obra había tantos picados de viruela como en *El Don apacible*, donde parecía distintivo de la mitad de los cosacos, aunque por alguna razón las mujeres lo padecían menos y los personajes principales eran inmunes a este mal.

Nadie contó los alfilerazos, pero llegó el momento en que

consideraron terminada la tarea. A la vuelta de un par de minutos, el rostro de Guerásim comenzó a llenarse de minúsculas gotas rojas.

«Debimos desinfectar los alfileres con alcohol.»

«Al padre de Mayakovski le bastó un pinchazo de aguja en el dedo para morir.»

Nikolái roció un poco de antiséptico vodka sobre el rostro de Guerásim. Esto hizo reaccionar al beodo más que los pinchazos; sacó la lengua para lamer lo que pudiese atrapar. El aguardiente tuvo el efecto de remojar las heridas, provocando que aumentara el volumen de salida de sangre.

A decir de Dostoyevski, los alcohólicos tienden a relatar sus desgracias como si fuesen vergonzosas y heroicas al mismo tiempo. Así lo sintió Marmeládov cuando pregunta: «¿Ha tenido usted ocasión de pasar la noche en el Neva, en las barcas del heno?». Con avergonzado orgullo responde él mismo: «Yo ya llevo cinco noches», y muestra sin pudor las briznas de heno en la ropa.

En Monterrey no había río que llevara agua, mucho menos barcas cargadas de heno. Pero algo se podría hacer por Guerásim. Lo levantaron por los sobacos para llevarlo a rastras hacia el carretón. «¡Quiero ir!», llamó el tísico. Pero nadie le hizo aprecio.

Condujeron a Guerásim a lo largo de diez calles, hasta llegar a un lote baldío en el que crecían hierbajos y la gente echaba basura. Ahí lo recostaron. Marfa le acomodó la cabeza sobre una lechuga pasada. «¿Ha tenido usted ocasión de pasar la noche en un basurero?», preguntaría Guerásim a cualquier parroquiano del Sályut. «Yo ya llevo cinco noches.» Y mostraría sin pudor los rastros de lechuga, los añicos de cascarón de huevo en los cabellos.

«Un tipo así», dijo Griboyédov, «tuvo una mujer que lo amaba, una hija que sacrificó la vida por él. Es más de lo que pueden presumir la mayoría de los hombres.»

«Y su muerte», Nikolái tomó la barra del carretón, comenzó a empujar, «fue una de las mayores tragedias de la humanidad.»

«Sonia, hija, perdóname», había exclamado Marmeládov, y le tendió la mano. Resbaló y se desplomó sobre el diván y rodó de cabeza al suelo. Acudieron a levantarlo, lo acostaron de nuevo, pero ya estaba expirando. Sonia lanzó un débil grito, corrió a él, lo abrazó, y en aquel abrazo acabó de expirar.

«Dios es misericordioso», dijo la viuda, «pero no con nosotros.»

Pasaron dos noches. En la recepción del hospital se hallaba la

misma enfermera. Nikolái se aproximó. Iba a decirle algo, pero ella fue la primera en hablar. «Lo esperaba.» La entonación de las palabras fue tan sobria que él no supo si había en ellas cortesía o reclamo. Nikolái había pensado en agradecerle que no los delatara a la policía por el robo del tísico. Eligió saltarse cualquier prólogo.

«Se muere», dijo. También pudo evitar esa frase porque ella lo sabía. Entonces agregó: «Necesitamos una viuda».

«¿Ahora mismo?»

Nikolái le dijo que el tísico no se iba morir en ese momento, pero lo natural era que cualquier viuda pasara un tiempo junto al lecho del moribundo; a menos que se tratara de la mujer de Tolstói, que no pudo ver a su marido sino cuando le restaban dos latidos del corazón y ninguna palabra.

«Se llama Antón, como Chéjov.»

Nikolái apuntó los ojos al techo. Dos palomillas revoloteaban bajo una lámpara. Lo cierto es que Chéjov y el tísico apenas tenían en común la enfermedad. O quizás algo más. El Antón que tenían en casa se expresaba con frases cortas: «¡Quiero jugar! ¡Quiero ir! ¡Quiero beber!», pero también «¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir!». Esto lo hermanaba con aquel Antón Pávlovich Chéjov que murió en el desabrido balneario alemán de Badenweiler, lejos de casa, mayormente entre extraños, pero con el mismo tísico afán de vivir. Verdad es que eso hermanaba a ambos Antones con casi toda la humanidad y demás seres, ya que «hasta un insecto quiere vivir», había escrito Chéjov, y nadie como él rumió y proclamó con mayor claridad e intensidad la voluntad de aferrarse a la vida.

Ahora Nikolái estaba delante de esa enfermera, pidiéndole que fuese la viuda del tísico Antón haciendo las veces de Chéjov, el alma más bella que anduvo por el mundo, un alma que ella debía descubrir en ese maldito tísico sin encanto ni ingenio, pero que día a día, u hora tras hora, se ensanchaba como una supernova ante el final. Un pobre diablo, el tísico ése, pero maldito mil veces quien no sepa fantasear. A Nikolái le gustaba el teatro porque bastaba un lienzo con una cebolla del Kremlin para situarse en Moscú; le gustaba aún más la mera lectura de teatro porque ahí no hacía falta siquiera el lienzo. Cinco letras formaban el mapa, las avenidas, los edificios de Moscú. Cuando Nikolái leía teatro, se desdoblaba en todos los personajes, fueran principales o secundarios, hombres o mujeres, y siempre lo hacía convertido en el mejor actor, director y escenógrafo.

«¿Dónde está Antón?», preguntó la enfermera.

Nikolái le tomó las manos. A los demás les había ofrecido un viaje

espacial; a ella sólo le prometió viudez.

«Todavía lo tenemos en Yalta, donde podría tener un final adecuado, en su tierra, frente al mar que lo vio nacer. Pero debemos llevarlo a Badenweiler, porque le metieron la esperanza de que allá se puede curar.»

La enfermera miró su escritorio. Papeles de ingresos. Cuatro pacientes en lo que iba del turno. El último había llegado media hora atrás. Un electrocutado.

«Vamos.»

Tan pronto llegaron, Nikolái dijo: «Traigo a Olga Knipper». Ella lo miró con extrañeza. «Soy la enfermera.» Él se preguntó si no se había equivocado. «Usted es Olga, la actriz, la viuda, y su primer papel será de enfermera, pues representa usted a Larissa Fiodorovna Antipova, mejor conocida como Lara, que cursa estudios de enfermería para que la envíen al frente de guerra, donde piensa hallar a su marido, y en cambio termina enroscada con el doctor Zhivago. ¿Leyó usted la novela?»

Ella negó con cara de quien afirma, y dijo: «Vi la película».

El silencio fue tal que hasta el tísico dejó de toser.

En las primeras páginas de *Demonios*, Varvara Petrovna y su amigo Stepan Trofímovich reciben en su casa de provincia a un barón petersburgués. Todo ha de salir a la perfección para que ese hombre influyente de la capital no menosprecie a la aristocracia pueblerina. Mas vino a ocurrir que cuando el barón afirmó que pronto se decretaría la emancipación de los siervos, «Stepan Trofímovich no pudo contenerse y gritó: ¡Hurra!, e hizo no sabemos qué gesto simbólico de entusiasmo con la mano. Lanzó aquel grito por bajo y de manera distinguida; hasta es posible que tal entusiasmo fuese premeditado y aquel gesto lo hubiese estudiado ante el espejo media hora antes de tomar el té; pero por fuerza algo hubo de salirle mal, de suerte que el barón apenas se dignó a sonreír», y se dio prisa en marcharse. Varvara Petrovna guardó silencio por unos minutos, pero al fin hubo de encarar a Stepan Trofímovich, y pálida, echando fuego por los ojos, le soltó por lo bajo: «Nunca olvidaré esto».

Nikolái miró a la enfermera echando fuego por los ojos. «Nunca olvidaré esto», le soltó por lo bajo.

Si bien Dostoyevski cuenta que al día siguiente, al encontrarse Varvara Petrovna con su amigo «ya parecía como si no hubiese ocurrido nada».

Nikolái esperó unos segundos a que menguaran las palpitaciones en sus sienes. Se dirigió a la enfermera con la misma mala memoria de Varvara Petrovna.

«Tenemos un herido.»

De los escritores que narraban la guerra, ninguno pasaba por alto la escena del pabellón hospitalario repleto de heridos, poniendo énfasis en aquel vivo que pareciera más muerto: «Un fragmento de obús le había destrozado el rostro, reduciendo su lengua y sus dientes a una papilla sanguinolenta, pero sin matarlo, y se le había quedado alojado entre los maxilares, donde estuvo la mejilla ahora arrancada», dice Pásternak. Aún más terrible era la narración en *El Don apacible*: «De los escalones de la entrada salía arrastrándose Égor Zharkov. Su cara era un alarido y de sus ojos salidos de las cuencas caían sobre sus mejillas lágrimas de sangre. Se arrastraba con la cabeza hundida entre los hombros y gritaba como si le costara grandes esfuerzos separar sus labios de cadáver. Una de sus piernas seguía apenas sujeta al resto del cuerpo dentro de los chamuscados pantalones. La otra le había sido arrancada de cuajo. Se arrastraba moviendo lentamente los brazos, el grito agudo, casi infantil, que salía de su boca traspasaba los oídos. Ese grito se interrumpió bruscamente, el herido quedó tendido sobre un costado, con la cara pegada a aquel suelo hostil cubierto de excremento de caballo y cascote. Nadie se acercaba a él. Del vientre de Zharkov se salían los intestinos, humeantes, de suaves reflejos de color de rosa y azulados. El extremo de aquel revoltijo caía sobre la tierra y los excrementos, y se revolvía aumentando su volumen». Y tanto un autor como el otro coincidían en que ambos pedían la muerte con clamores que no parecían de hombre. Pásternak decía que «Con un hilo de voz que no parecía humano, el mutilado emitía breves gemidos entrecortados, que cualquiera entendería como una súplica para que acabaran con él lo más pronto posible». Shólojov relataba que «Zharkov se incorporó apoyándose en las manos y gritó con voz ronca que no parecía de un ser humano: ¡Mátenme, hermanos! ¿Qué están mirando? ¡Acaben conmigo, hermanos!».

«Tenemos un herido», Nikolái tomó del brazo a la enfermera haciendo el papel de una enfermera.

La condujo por el pasillo hasta la habitación. Ahí señaló un cuerpo tirado sobre un tapete en el suelo.

Guerásim tenía el rostro hinchado, colorado, amarillento y purulento.

«Picado de viruelas», dijo Nikolái.

Ella afirmó con cara de quien niega. Pidió alcohol, agua a punto de

hervor, servilletas. Con la paciencia de un relojero comenzó a pellizcar cada forúnculo.

Nikolái fue al salón y se acomodó en cualquier silla. Griboyédov estaba furioso.

«Necesitábamos a alguien que curara a Guerásim. Sólo eso.»

Marfa también protestó. «¿Le ofreciste un puesto en la tripulación?»

«Sólo le propuse que fuera la viuda de Antón.»

«No voy a morir», dijo el tísico.

«Y tú, Marfutka, necesitarás a alguien que sepa de medicina ahora que…», Nikolái bajó la voz, se acercó a su mujer para que sólo ella lo escuchara. «Sífilis y esos morbos.»

«¡Agua caliente!», salió el grito de la habitación.

Nikolái se dirigió a la cocina. Puso a calentar una olla con agua. Quizás la sífilis era la enfermedad más aborrecida en las novelas, lo cual significa que era la enfermedad más aborrecida por los hombres. Nadie se refirió de manera tan explícita a ella como Aleksandr Kuprin al relatar los avatares de un prostíbulo ruso en una novela que «a punto estuvo de borrarlo de la lista de los escritores rusos» y cambiaba de título con cada edición: *El estiércol* o *La tumba de las vírgenes* o *El burdel* o *El pozo* o *Iana* o *Iama* o *Yama* o *La mala vida* o *Basura* o *La fosa de la lascivia*... Una prostituta llamada Zhenya le pregunta a su joven cliente si ha oído hablar de la sífilis. Él le responde ingenuamente: «Creo que se come la nariz», pero ella es versada en el tema: «No sólo la nariz. Se pudre la persona. Se pudren los huesos, las venas, el cerebro… Todo se va consumiendo. Hay doctores idiotas que afirman que es posible curar esta enfermedad. ¡Pero nadie se cura jamás! Un hombre vive pudriéndose lentamente diez, veinte, treinta años… A cada instante puede quedar paralítico. Se le puede morir medio rostro, un brazo, una pierna. No vive ya el hombre, sino sólo su mitad. Media persona y medio cadáver». Zhenya tiene el chancro en la garganta; por eso no lo ha detectado el viejo médico que la revisa cada sábado. A Nikolái le parece dulce la palabra «sífilis», en cambio «chancro» le repugna. Zhenya utiliza su afección para contagiar a cuantos hombres puede. «En cuanto a esos bichos de dos piernas, infecto adrede a diez o quince cada día. ¡Que se pudran, que le lleven la sífilis a sus mujeres, a sus amantes, a sus madres! ¡Sí, a sus madres, a sus padres, a sus niñeras y hasta a sus bisabuelas! ¡Que revienten todos esos rufianes honorables!»

El agua comenzó a hervir. Nikolái la llevó a la habitación junto con unos trapos limpios.

Zhenya ató un cordón del corsé en el gancho del candil y con él se ahorcó.

Olga remojó los trapos en el agua caliente. Los colocó sobre el rostro de Guerásim como si fuese a rasurarlo.

«¿Ha usado usted corsé?»

Ella negó con la cabeza. Él se preguntó si de veras el cordón de un corsé podría sostener a una robusta ramera del siglo diecinueve. Seguramente sí. Entonces el vestuario era tan resistente que duraba años con apenas unos remiendos. Hoy todo era tan chafo como las medias que se vendían por 7.90.

Aunque con aspecto un poco más sano, el rostro de Guerásim continuaba luciendo imbesable. «Parece sifilítico», dijo Nikolái. Y es que la nariz infecta daba a suponer que podía desprenderse como en *La nariz* de Gogol. Ésa era la consecuencia que todos conocían. También Daria, la cosaca de «sucias pasiones amorosas», que confiesa a su cuñada: «Tengo sífilis. Es una enfermedad incurable. Se le cae a una la nariz».

«No es incurable», Olga retiró los fomentos de agua caliente. «Por lo demás, este señor no tiene sífilis ni está picado de viruelas.»

Dejaron a Guerásim en el suelo. Olga dijo que así era mejor para bajarle la fiebre; pero no estaba de más ir a la farmacia por analgésico y penicilina.

Nikolái ya se arrepentía de haber enganchado a la enfermera. La muy simple no tenía idea de quién era Chéjov, había mencionado la película de *Doctor Zhivago* y ahora negaba las viruelas de Guerásim. Él le explicó que en algunas novelas aparecían doctores como protagonistas, como el propio Zhivago, entonces sí llegaban a curar enfermos y heridos, sobre todo de guerra. Mas por lo general los médicos eran meros precursores de la muerte. Solían ser alemanes, calificados de eminencias, y su rol apenas llegaba a calcular cuántos días de vida le quedaban al paciente, recomendarle que visitara un balneario en Suiza o prescribir remedios y medicamentos inservibles: sangrías, quinina, opio, sales, yodo, bromuro de potasio, aceite de ricino, bicarbonato, ruibarbo, tisanas, agua mineral, nitrato de plata. Son siempre ignorantes en asuntos amorosos, y a las muchachas que sufren un desengaño les diagnostican «principio de un proceso tuberculoso».

«Bulgákov era médico», dijo Nikolái. «En uno de sus cuentos hay un médico que inyecta mercurio a un sifilítico.»

«Eso no sirve», dijo la enfermera. «Y ya mencioné que el mal de este hombre no es venéreo.»

Él le hizo una seña a la mujer para que lo acompañara. La condujo por el pasillo hasta la puerta principal. Ella se marchó sin decir nada.

Nikolái fue hacia el tísico.

Le acarició los cabellos.

«Ella iba a ser tu viuda, y viudo te quedaste tú.»

9

Estaban de vuelta en el Sályut. Al fin había llegado la noche en que Marfa Petrovna haría su caminata espacial. Una aventura a la que ni Valentina Tereshkova se hubiese lanzado. A diferencia de Laika, apreciada por ser una callejera, las mujeres del programa espacial soviético fueron elegidas entre paracaidistas. A los cosmonautas que estaban en lista de espera para viajar al espacio no les entusiasmó la aparición de esas mujeres. Ellos eran militares, pilotos, tenían años entrenándose, y he aquí que llegaban unas damitas improvisadas a ocupar el asiento de la nave Vóstok porque al general Kamanin se le ocurrió que la Unión Soviética debía enviar a una mujer al espacio antes que los Estados Unidos. El cosmonauta que más directamente se vio desplazado por Valentina Tereshkova se dio a la bebida y se echó kareninamente al paso de un tren. Otro de ellos quedó prendado de la belleza obrera de Tereshkova y acabaría casándose con ella.

«Si no viajas al espacio», Griboyédov dio a Guerásim una palmada en la espalda, «¿te quitarías la vida?»

«Voy a ir», respondió Guerásim.

Cuando despertó en el lote baldío, recostada la cabeza sobre una lechuga, con el rostro ardiendo de piquetes, no sospechó de sus amigos. Se trataba del destino de un beodo: amanecer en cualquier sitio sin recuerdos de la noche anterior. A veces sin camisa, alguna vez sin zapatos, casi siempre sin cartera; ahora con el rostro vejado. «Creo que fueron hormigas», dijo a sus compañeros.

Había pedido dos dosis de guerasimina; una para él, otra para el tísico. Ciertamente Antón lucía más sano en cada jornada, y Guerásim ya planeaba patentar su milagroso medicamento.

De las cuatrocientas mujeres propuestas para entrenar como cosmonautas, quedaron tres finalistas. La elección fue un concurso de belleza. El general Kamanin describió a Tereshkova como «una Gagarin con falda».

La noticia llegó al mundo entero. Hombres y mujeres por igual celebraron las órbitas de Valentina en el espacio. Tan sólo la novelista Bárbara Cartland, tan acostumbrada a escribir asnadas, declaró: «A

menos que vaya a tener un bebé en el espacio, no veo el sentido de enviar a una mujer».

Marfa estaba bebiendo más que de costumbre. Nikolái le dijo que a Valentina le hubiesen prohibido abordar la nave con cualquier grado de alcohol; en cambio ella debía ser como esos soldados que enfrentaban las misiones más temerarias gracias al elíxir de la valentía. Le sirvió un poco más. «El último», le dijo. «O pasarás del amor a la rapiña.»

Llegó la hora de los preparativos finales. Hubo una cuadrilla que vistió a Valentina Tereshkova con su traje espacial color naranja. Habían optado por ese color porque era el más llamativo para que el equipo de rescate localizara a los cosmonautas luego de aterrizar colgados de sus paracaídas. Debía ser el lance más emocionante del viaje. Salir de la nave a siete mil metros de altura y verla precipitarse al suelo a velocidad mortal. Para vestirse, Marfa se había bastado sola. Sólo tendría que quitarse la bata estampada para mostrar su atuendo de caminata espacial. También había elegido un vestido naranja para hacerse visible. La prensa había escrito sobre Valentina Tereshkova: «Sus curvas femeninas estaban ocultas por un tosco traje espacial y su cabellera se hallaba sujeta por un casco blanco». Muy distinto se habrían expresado sobre el vestido de Marfa. Tanto una como otra llevaban botas, pero las de Valentina carecían de tacón.

Marfa hizo una seña a Nikolái. Él fue al baño. Apresuró a un hombre que lo estaba utilizando. Marfa fue para allá. Por primera vez el propietario consideró la idea de instalar un baño de mujeres. A los pocos minutos salió debidamente peinada, maquillada, con aretes de fantasía y un aire de mujer de mundo que no podía emitir bajo la bata floreada. El silencio fue inmediato.

Ni los dioses han sido tan sabios como Chéjov para revelar lo que acontece en el corazón de un hombre cuando ve pasar una belleza que no le pertenece. «Lo que despertaba Masha en mí no era deseo, ni entusiasmo, ni deleite, sino una pesada aunque grata tristeza. Tal tristeza era de carácter indefinido, vaga como un sueño. Sin saber por qué, sentía lástima de mí mismo, del abuelo, del armenio y de la pequeña armenia. Experimentaba la sensación de que los cuatro habíamos perdido algo que nos era necesario en la vida y que no volveríamos a recobrar. El abuelo se puso también triste. Ya no hablaba de cereales, ni de ovejas, y permanecía callado y pensativo, mirando a Masha. Y cuantas más veces su belleza pasaba rauda ante mí, tanto más honda se hacía mi tristeza. ¿Acaso tenía yo celos de su belleza, lamentaba que esta muchacha no fuera mía, que no llegara a

serlo nunca? ¿O intuía que su rara belleza sería pasajera, innecesaria, perecedera como todo lo terreno? ¿O era mi tristeza sencillamente el sentimiento singular que despierta en el hombre la contemplación de la belleza auténtica?»

Marfa volvió a la mesa. El más triste de todos era Guerásim. Era difícil decir algo. Nikolái lo intentó: «¿Sabes cuál era el nombre clave de la Tereshkova durante su viaje?». Como no era una pregunta que esperara respuesta, él mismo dijo: «La Gaviota».

«De nuevo aparece Chéjov», dijo ella. «Aunque ahora siento que voy de la mano de Dostoyevski.»

La primera voz de mujer que llegó del espacio exterior declaró: «Soy la Gaviota. Soy la Gaviota». Tereshkova había completado cuarentaiocho vueltas a la tierra sin decir nada memorable. Había cometido tantos errores que ya resultaba un milagro haber vuelto a la tierra. Se equivocaba en los botones, apagaba el radio, se enfermó, vomitó sobre sí misma, dormía a deshoras, acabó por desmayarse. «Al saltar en paracaídas», le habían dicho mil veces durante el adiestramiento, «no voltees hacia arriba.» Ella desobedeció y se ganó un tajo en la nariz por un fragmento de metal que se había desprendido de la cápsula Vóstok. Según Nikolái, el gran defecto de ese viaje había sido que la cosmonauta no captó el significado de su nombre espacial. Grandioso hubiese sido que la Tereshkova citara unas líneas de Nina Mijailovna Sarechnaia, alias la Gaviota. «¡Frío, frío! ¡Vacío, vacío, vacío! ¡Miedo, miedo, miedo! ¡Los cuerpos de los seres vivientes desaparecieron en lo vano, y la materia los transformó en piedra, en agua, en nubes, mientras sus almas se unían hasta formar una sola. Esta alma total del universo ¡soy yo! ¡Yo! En mí vive el alma de Alejandro el Grande, de César, de Shakespeare, de Napoleón y de la última sanguijuela.»

Marfa Petrovna se puso de pie. Agravó la admiración y la tristeza que pesaba en los vientres de los parroquianos. El tísico mató la solemnidad con un ataque de tos. Guerásim nunca había leído a Chéjov, pero daba lo mismo. Con los codos en la mesa, miraba a esa beldad, y su rostro mostraba una expresión de ternura y tristeza profunda, como si en Marfa descubriera a un mismo tiempo «esperanza, sobriedad, limpieza, mujer, hijos; como si, profundamente arrepentido de toda su vida, tuviera conciencia de que esta mujer no era suya y que su propia torpeza, grasienta fisonomía y prematura vejez, le alejaba tanto de la felicidad vulgar, humana y terrestre, como del cielo».

Ella: la mujer, la diosa, la chiquilla, la beldad se dirigió lentamente

a la puerta. Allá afuera estaban las estrellas y el infinito. El silencio. «Soy la Gaviota», se dijo Marfa.

Tereshkova había venido a México junto con Gagarin. Los hombres que habían ido al espacio hablaban del espacio. Ella tenía que hablar de la mujer. «Los científicos han encontrado más resistente el cuerpo femenino en las pruebas espaciales», dijo. También decía que la presencia de las mujeres «es indispensable en el gobierno de los países, en las fábricas y en el mismo cosmos». Y aunque todos le daban la razón, pasarían veinte años antes de que la segunda mujer fuese al espacio.

Exceptuando a Marfa.

Abrió la escotilla. Cortó toda comunicación con el centro de control espacial. Sin tanque de oxígeno se lanzó al vacío, donde los aerolitos, donde las constelaciones y el zodiaco; flotó en ese cosmos que según la ciencia tenía un origen pero no un final. Planetas, soles, asteroides, galaxias y, entre todas esas luminarias, era Marfa la más brillante, la más eterna. Porque hasta la eternidad tenía grados. La Tereshkova se sintió adalid de las mujeres porque se sentó a dar vuelta y vuelta a la tierra hasta marearse. «Soy la Gaviota», decía, «soy la Gaviota», sin la menor idea de lo que significaba tal cosa. «No, mi querida Valentina», Marfa alzó la vista al cielo, «la Gaviota soy yo. La mujer soy yo. La eterna soy yo. La divinidad soy yo.» Khrushchev dijo a Tereshkova: «Le deseo feliz viaje. Nos alegraremos mucho reuniéndonos con usted en nuestra maravillosa tierra soviética». Ella le respondió: «Estoy profundamente conmovida por sus palabras de aliento, por su paternal preocupación. Me siento muy bien. De todo corazón doy las gracias al pueblo soviético por sus buenos deseos. Le aseguro, Nikita Serguéievich, que se cumplirá la honorable misión de la patria». Marfa sintió náuseas. ¿De veras se llega a un momento único en la historia para pronunciar esas frases sin sabor? Pero el servicio espacial soviético había reclutado paracaidistas, no poetas. Debieron mandar al espacio a Ana Ajmátova. La humanidad se hubiese ahorrado multitud de lugares comunes. «¿Puede usted describir esto?», alguien le habría susurrado señalando el cielo. «Puedo», habría respondido ella, y a Khrushchev le habría dicho: «Las estrellas de la muerte pendían sobre nosotros. Y la inocente Rusia se retorcía bajo las botas manchadas de sangre». Más adelante, cuando su Vóstok escapara de la órbita terrestre, se acurrucaría en ese espacio mínimo que surcaba el espacio infinito, esperaría largamente, y por fin, lejos de las amenazas, persecuciones, prisiones, torturas y ejecuciones, habría pronunciado, cuando ya las señales de radio fueran una tibia interferencia: «Llevo el

universo por delante, como carga ligera sobre la palma extendida de la mano, y en las entrañas germina en secreto la semilla de lo que queda por venir». Marfa volteó hacia atrás. Ahí estaba la estación Sályut, con sus luces brillantes, la música que escapaba por la puerta entornada, sin que por eso se escapara el oxígeno hasta que murieran todos de asfixia. Reanudó su marcha. Por delante se tendía el universo que se tendió delante de Ajmátova, junto a lo mucho o lo poco que restara al porvenir. Marfa Petrovna remontó el vuelo en ese mundo ingrávido. «Soy la Gaviota», dijo una vez más y enfiló por las calles negras con la entereza de un cometa que con su estela va desconsolando a los hombres que lo ven pasar.

Sólo una persona había salido del Sályut, pero el desamparo se volvió general. Aparte del tísico, se escuchaba un exceso de toses y carraspeos como en un concierto sinfónico. Fue Griboyédov el primero en improvisar un tema. «Otra vez está Solzhenitsyn en los diarios», y bastó esa voz para que se reanudaran las conversaciones en las distintas mesas, para que la camarera fuera de sitio en sitio a ofrecer más bebidas; pero algo restó del abatimiento, pues no se reavivaron las risas y la música fue lánguida en la sinfonola.

«Solzhenitsyn», Nikolái asintió, bebió un trago.

Casi un año atrás, cuando le concedieron el Premio Nobel, la prensa tuvo varios tropiezos antes de acordar la grafía de su nombre: Aleksander o Aleksandr o Alejandro, Soljenitsin, Solchenitsin, Solschenizyn y otras variantes. Aún no había recibido su homenaje ni el dinero que lo acompañaba, pues el gobierno comunista amenazó con exiliarlo si viajaba a Estocolmo y no aceptó que una delegación sueca visitara Moscú para efectuar ahí una especial ceremonia de premiación. Además, no había forma de realizar libres transferencias de dinero entre Suecia y la Unión Soviética.

Por eso aquel diez de diciembre de 1970 hubo un asiento vacío en la sala de conciertos de Estocolmo. El rey Gustavo Adolfo condecoró a Louis Néel, Julius Axelrod, Ulf von Euler, Paul Samuelson, Hannes Alfvén, Luis Federico Leloir y Bernard Katz, que con su presencia no se volvieron tan memorables como el ausente. La silla vacía estaba muda, y sin embargo clamaba. Era la misma silla que Boris Pásternak había dejado vacía en 1958. La misma en que sí se había sentado cómodo, feliz, lambiscón y estalinista Mijaíl Shólojov en 1965.

Para los escritores, las cosas no cambiaban en Rusia, pues si Dostoyevski había parado en un campo de trabajos forzados por leer

una carta, a Solzhenitsyn le había caído la misma suerte cien años después por escribir una. Por supuesto, Stalin nunca vislumbró que estaba creando un monstruo literario, que precisamente escribiría sobre la vida en esos campos. De haberlo sospechado, la condena de Solzhenitsyn no habría sido de ocho años preso sino de un expedito tiro en la nuca. Perseguido y odiado por los comunistas, Solzhenitsyn habría de ver morir a Lenin, Stalin, Malenkov, Khrushchev, Brézhnev, Andrópov, Chernenko e incluso a varios agentes de la KGB que intentaron asesinarlo.

«Damas y caballeros», Nikolái se puso de pie, caminó al centro de la estación Sályut. Supo que el plural de «damas» debió ser singular. Llamó con una seña a Griboyédov. Le susurró: «Tú, Aleksandr Griboyédov, serás hoy otro Aleksandr». Entonces Nikolái lo señaló y alzó la voz: «Hoy hacemos entrega del Premio Nobel de Literatura al señor Aleksandr Isáyevich Solzhenitsyn por la fuerza ética con la que ha mantenido las tradiciones esenciales de la literatura rusa». El tísico Antón, que con su túnica de enfermo estaba vestido lo más cercanamente posible a los ajuares de un rey, tomó un cenicero metálico a modo de medalla y con voz entrecortada dijo: «¡Te condecoro, maestro!». Solzhenitsyn hizo una reverencia al rey Gustavo Adolfo el Tísico; le pidió que aguardara un instante. Entonces se dirigió a sus detractores. «¡Desempolven sus relojes! ¡Abran las cortinas, que afuera ya amaneció! Ya no corren esos tiempos sombríos, opresivos, inexorables cuando maldijeron a Ajmátova de la misma manera. Ni siquiera estamos en ese periodo tímido y templado cuando pisotearon a Pásternak. ¿Es que aún no les basta la vergüenza? ¿Es que pretenden agravarla? Sepan que ya viene el día en que dirán que no dijeron lo que dijeron.» Los parroquianos aplaudieron. No acabaron de entender la arenga de ese hombre, pero respaldaron su osadía. «Majestad», Solzhenitsyn se volvió al rey, «cuando guste.» Treinta veces tosió el rey sin alcanzar a decir nada. Guerásim se acercó. «No se preocupe, su majestad, yo me encargo de las palabras.» Engoló la voz. «Aleksandr Solzhenitsyn, mi querido amigo, le comunico la más cálida felicitación de la Academia Sueca y le pido que reciba de las manos de su majestad el Rey la insignia del premio a cuyo valor usted ha agregado su honor.» Solzhenitsyn recordó aquel día de 1945 en que lo encerraron en una pequeña celda de la Lubianka, pensó en los distintos campos de trabajo que habitó durante ocho años, evocó aquel trece de febrero de 1953 cuando por fin le abrieron la puerta de la prisión y le permitieron marcharse. En ese momento su ambición era conseguir un empleo como maestro de escuela; ahora estaba en

Estocolmo recibiendo el mayor honor que podía recibir un mortal. Se acercó al rey. Aceptó el cenicero redondo como medalla e hizo un esfuerzo inútil para que no le brotaran las lágrimas.

Aún no amanecía pero ya el cerro de la Silla lucía un halo de pálida luz. Nikolái no recordaba dónde habían quedado tísico y féretro. Se los habrían llevado Griboyédov y Guerásim. Aturdido por el alcohol, evocaba turbiamente la ceremonia del Premio Nobel. Se dirigió a la habitación y la encontró vacía. Se sentó en el salón a esperar.

No habían pasado ni cinco minutos cuando entró Marfa. Llegó descalza. Con las botas en la mano. El cabello desaliñado. El maquillaje corrido. Algunas magulladuras en las piernas. El vestido mal dispuesto. Se miraron sin decir nada. Ella avanzó por el pasillo con pasos lentos. En algún momento dejó caer los treinta rublos.

Entró en la habitación.

Se desnudó.

Arrojó la ropa al suelo.

Se echó en la cama.

Nikolái la miró desde el umbral.

Recordó el regreso de Sonia, de Sónechka. «Volvió a esa hora y se fue derecha a Katerina Ivanovna, y sobre la mesa, delante de ella, echó treinta rublos en plata. Pero ni una palabra dijo, sino que cogió nuestro gran chal verde, con dibujo de juego de damas, se cubrió completamente el rostro y se tendió en la cama. De cara a la pared, y sólo sus hombros le temblaban con escalofríos que le sacudían todo el cuerpo.» Marfa no se había cubierto con un chal. Miraba el techo con la tenue luz que se colaba por la ventana. Ahora a Nikolái le correspondía adorarla, tal como Katerina Ivanovna había adorado a Sonia por haberse ofrecido en sacrificio. «Katerina Ivanovna, sin hablar palabra, se acercó a la camita de Sónechka, y se pasó toda la noche, a sus pies, de rodillas, y le besaba los piececitos y no quería levantarse.»

Nikolái se fue acercando poco a poco a esos pies desnudos. Quería pensar en la pequeña Sonia que tan amorosamente describía Dostoyevski, pero con cada paso que daba, se le iba montando una historia de Leonid Andreyev; un relato que asqueó tanto a la mujer de Tolstói que escribió a la revista que lo había publicado: «Andreyev nos hace ver el cadáver descompuesto de la degradación humana». Tolstói, que en tantas cosas la contradecía, ahora estuvo de acuerdo; como

cuando su mujer dijo que Andreyev era un peligro para la sociedad. «¿Por qué iluminar la lascivia y la maldad?», se preguntaban. El relato trata sobre dos jóvenes enamorados que salen a pasear por el bosque. El tono es un tanto ingenuo, casi infantil. Ella le pregunta si sería capaz de morir por la mujer amada; él responde que sí. El sol se oculta y pronto han de aceptar que no conocen el camino a casa. Al fin se topan con tres hombres sentados alrededor de una botella. El muchacho se acerca a preguntar: «¿Saben ustedes por dónde se va hacia la ciudad? ¿Vamos bien por aquí?». Ellos no le contestan. Andreyev nos dice que «estaban borrachos, y el cuerpo les pedía pendencia, amor y jaleo». Al joven lo golpean hasta hacerle perder el sentido. Dos de ellos se lanzan de inmediato sobre la muchacha. El tercero se siente ofendido porque, habiendo sido el primero en fijarse en la chica, lo dejaban ahora al último. «¡Yo también! ¡Yo también!» Se sonaba las narices con los dedos y continuaba diciendo: «¡Yo también, hermanos, yo también!».

Hasta ahí ya había suficiente anécdota para irritar a la señora de Tolstói, mas lo peor estaba por venir.

Nikolái se acercó a los pies desnudos de Marfa o de Sonia. La luz crecía. Eran más visibles las magulladuras de las piernas, un rasguño en el vientre, una mordida en el hombro.

Ya es de noche cuando el muchacho despierta de su inconciencia. Busca en la oscuridad a su amada. Luego de deambular angustiado, la encuentra tumbada, sin sentido, desnuda. «¿Qué es esto? ¿Qué te han hecho?» Se arrodilla junto a ese cuerpo impasible. Ruega, amenaza, habla de matarse. «Y asió a la joven, estrechándola contra sí y casi hincándole las uñas. El cuerpo, templándose, cedía blandamente a sus esfuerzos, amoldándose dócil a sus ademanes, y todo aquello era tan terrible, incomprensible y bárbaro.» El muchacho exclama para pedir ayuda, pero su llamado es falso. «Y otra vez, se abalanzó sobre el indefenso cuerpo, besándolo, llorando, sintiendo ante sí un abismo tenebroso, tremendo, atrayente.» Aquí ya estaba asqueada la señora de Tolstói. Ni en la escena más cruel de guerra o celos o duelo o enfermedad o venganza había su marido concebido semejante vileza. Ahora el muchacho «con apasionada crueldad manoseaba el cuerpo sumiso, sonriendo con la astuta sonrisa del loco», y decía: «¡Responde! ¿Es que no me quieres?». Y con aquella misma risita maliciosa acercó sus desencajados ojos al rostro de la muchacha. «Apretó más fuerte contra el suyo aquel blando cuerpo sin voluntad, que con su inanimada docilidad provocaba un placer bárbaro. Y con fuerza se apretó contra sus labios, sintiendo cómo sus dientes se hundían en

aquel cuerpo y perdiendo, en el dolor y fuerza de sus besos, las últimas vislumbres de razón.»

En ese amanecer, en esa habitación, junto a ese cuerpo quieto, Dostoyevski estaba perdiendo la contienda contra Andreyev.

Nikolái miró los pies de Marfa. Pensó en los treinta rublos. Imaginó a los hombres con los que su mujer pudo haber pasado esa noche. Entonces, sintiendo que lo habían dejado al último, dijo: «¡Yo también, hermanos, yo también!».

Guerásim estuvo llorando como si alguna tragedia le hubiese ocurrido precisamente a él. Nikolái pensó en darle un par de bofetadas, pero luego se dijo que el llanto debía de ser algo natural en los hombres. Lloró Raskólnikov cuando leyó la carta de su madre, lloró Marmeládov al contar la historia de su destrucción; el viejo Karamazov lloraba porque era un sentimental, porque se emborrachaba, porque era viejo; Zhivago lloró luego de traicionar a su mujer, y lo mismo hizo Oblonski; lloró Iván Ílich por su impotencia, por su espantosa soledad, por la crueldad de los hombres, por la crueldad de Dios, por la ausencia de Dios; lloraban los ministros, los consejeros titulares, los generales, los literatos, los maestros, los cocheros, los mújiks, los cosacos, los tártaros, los judíos, los gitanos; lloran los hombres enormes y barbados por la poesía, la música, la belleza, la mujer y la muerte, porque el jefe se jubila, por el recuerdo de la madre, por un discurso, por las despedidas y los encuentros, por la traición de un amigo, por el camino a Siberia, por un enojo del amo, por la batalla perdida y el cuerpo mutilado, por el retorno a casa e incluso se llora para seducir a la mujer que se deja seducir con lágrimas.

Ahora Guerásim lloraba «porque la vida es así y no de otra manera». A diferencia de Nikolái, él sí le había besado los pies a Marfa. Llegó a pensar que ahora, como mujer caída, podía estar al mismo nivel de un borracho, y entre beso y beso en los empeines, le ofreció o le suplicó que pasaran una vida juntos. El tísico Antón se perturbó sólo de mirar la escena. Nikolái no sabía si Guerásim se estaba humillando porque entendía poco o porque comprendía las cosas perfectamente bien. Como legítimo marido de la mujer, supuso que era su deber intervenir.

«Mi querido Guerásim», lo tomó de un brazo, lo llevó a una silla, «nuestra Marfa ha sido enaltecida por encima de todos nosotros.»

De sus ojos aún brotaban unos lagrimones, a decir de Chéjov, «del

tamaño de guisantes». Sin embargo no era ya un gimoteo de pena, tampoco de alegría; el llanto a veces se presenta por una sobrecarga de emociones indescifrables, como en el clímax de una sinfonía que no pudiera calificarse de triste o alegre, sino imponente.

Para Nikolái, la más imponente de las escenas la había escrito Dostoyevski.

Raskólnikov va a la casa del canal, donde vivía Sonia. Cuando ella abre la puerta, le viene una de esas sobrecargas de emociones y le brotan lágrimas porque «sintió sofoco y vergüenza y dulzura». Hablan sobre el inminente fin de Katerina Ivanovna, del niño y la niña que quedarán en el desamparo, de que la niña habrá de seguir los pasos de Sonia; y de que Sonia, aun habiéndose sacrificado para dedicarse a lo que se dedica, vive en la miseria, con días en los que no ingresa ni un kópek. Entonces Raskólnikov de pronto se agacha, se arrodilla y le besa los pies. Ella se asusta, se aparta de él como de un demente. Y, en efecto, todo el aspecto de un demente tenía. «¿Qué hace usted, qué hace usted delante de mí?», balbuceó ella después de empalidecer, y de pronto se le encogió dolorosamente el corazón. Él se levantó de inmediato y dijo: «No he caído de rodillas ante ti, sino ante todo el dolor humano».

Nikolái besó la frente de Guerásim.

Él supo lo que debía hacer.

Volvió a Marfa. Se puso de pie delante de ella. Se inclinó hasta sus pies.

No tuvo que decir nada. Cada palabra que pudiera brotar en ese momento ya había sido escrita un siglo atrás por un expresidiario epiléptico en Petersburgo.

Ahora todos los presentes tuvieron permiso para llorar porque no todos los días se lleva en los hombros el peso de la humanidad.

Griboyédov perdió la oportunidad porque no estaba ahí.

El tísico Antón lloró con más sentimiento que ninguno porque hubo de agregar la ternura que sintió por sí mismo.

10

Durante el tiempo en que se mantuvo sobrio con ganas de restablecerse, Guerásim había perdido todo encanto. Ahora era otra vez un borracho querible. Por eso tanto Marfa como Nikolái se compadecieron de su soledad.

Pensaron en buscarle pareja.

En *El Don apacible* hay un muchacho que aprovecha la ausencia del vecino, que se ha marchado a hacer el servicio militar, para entrar en amores con la desabrigada esposa. Cuando el padre del muchacho se entera, le descarga su puño sobre el cuello. «¡Haré que te azoten ante la asamblea de cosacos! ¡Simiente del diablo! ¡Maldito! ¡Te voy a casar con la idiota! ¡Te voy a castrar, para que sepas lo que es bueno! ¡Te casaré! ¡Te daré a la idiota del pueblo por mujer!»

Así, con la iracundia del padre termina el capítulo. Nikolái se frotaba las manos ansioso por seguir leyendo. Páginas más adelante el padre se apacigua. Cumple su promesa de casar al hijo, sí, pero le encuentra a una joven bella, despabilada y con dinero.

A Nikolái le pareció una oportunidad perdida.

Se escuchó un chancleteo que venía de la acera. Él y Marfa fueron a la ventana.

Miraron a la muchacha de dos calles más abajo. Llevaba las manos manchadas por una barra de chocolate que se derritió antes de que siquiera la probara. Se las limpió en el vestido. La madre la seguía tres pasos atrás, pidiéndole que no hiciera tanto ruido con las chanclas.

Vistieron lo mejor que se pudo a Guerásim. Lo peinaron también. Llevaba corbata y saco prestados de Nikolái. El saco le iba grande. La barba era de una semana, si a esos pelos esporádicos podía llamárseles barba. Con un pañuelo, Marfa le quitó la capa blancuzca de crema que le habían puesto para que no se le infectaran de nuevo las picaduras de viruela. Griboyédov trajo una botella de loción. Le pusieron unas gotas en el bozo para disimular el olor de alcohol. Marfa dijo que ahora olía peor.

La petición de mano era escena muy favorecida por muchos escritores. Examinaban si los matrimonios debían pactarse por razones pecuniarias o surgir del amor; si la señorita tenía el derecho de rechazar al hombre que le eligieran sus padres o si debía aceptarlo aunque fuese viejo y jorobado; y ya encarrilados, discutían el asunto de la liberación femenina, que en la literatura rusa se llamaba «emancipación de la mujer». Chéjov decía a través de un idealista: «¡Maravillosa y extraña criatura! ¡Último grito en la emancipación de la mujer! ¡Oh, si hubiera más mujeres así! ¡Son estas mujeres las que necesitamos!». Dostoyevski pone en boca de un mocosuelo con aires de intelectual: «No soy partidario de la emancipación de la mujer. Reconozco que la mujer es una criatura inferior nacida para la obediencia». Y Tolstói advertía sobre quienes diferían entre la idea y los hechos. En *Ana Karenina* se podía leer sobre un terrateniente que «en el asunto de la emancipación de las mujeres se pronunciaba a favor de las teorías más radicales, la libertad total para ellas y especialmente su derecho a trabajar; pero viviendo en perfecta armonía con su esposa, organizó su vida de tal manera que ella no tuviera que hacer nada, sólo estar a su lado y pensar cómo pasar el tiempo de la manera más agradable»; y en *Resurrección*, Tolstói plasmó esta visión en un revolucionario: «Aunque en principio era partidario de la emancipación de la mujer, en el fondo de su alma consideraba a todas tontas e insignificantes». En cambio Chernishevski pone en boca de un socialista: «¡Qué inteligencia tan perspicaz, poderosa y penetrante dio la naturaleza a la mujer! Y esta inteligencia permanece sin utilidad para la sociedad, porque la rechaza, la reprime, la asfixia. La historia de la humanidad avanzaría diez veces más rápidamente si esta inteligencia no fuera rechazada y abatida, si se le dejara actuar».

Cuando la pareja no se conocía, lo más cómodo era que se presentara una casamentera a hacer la propuesta, pero también con mucha frecuencia se apersonaban los aspirantes a suegros, lo cual podía volver incómoda la negociación.

Una vez que terminaron de acicalar al novio salieron a la calle.

«¡Quiero ir!», el tísico Antón luchó para salir del féretro, pero sus esfuerzos fueron los de una tortuga volteada al revés.

Nikolái habló en voz baja. «Yo pensé que a estas alturas ya estaría muerto.»

«Es la guerasimina», Guerásim ya pensaba en una patente.

«Tiene las siete vidas de un gato», dijo Marfa.

«Pues habrá de morir siete veces», remató Nikolái, y cambió el tema. «Tu futura esposa, mi querido Guerásim, es un bollo recién

horneado.»

«¿No podría ser para mí?», Griboyédov pensó en su propia soledad.

En *El dolor de tener talento*, la famosa obra de teatro de Aleksandr Griboyédov, la protagonista es una muchacha estúpida, y sin embargo los hombres de caletre compiten para ganar su corazón. «Pero la obra es una comedia», dijo Nikolái, «y esto va en serio.»

Recorrieron el cuarto de versta hasta casa de la muchacha. No había portero, ni un criado que anunciara su llegada. Tocaron el timbre.

Abrió la madre: una viuda entrada en carnes. Las viudas proliferaban en estas historias.

A las madres, sin importar su edad, solían calificarlas de ancianas. La excepción notable era Tolstói, que sentía antojos por ellas.

Era la primera vez que Nikolái pedía una mano, pero la falta de experiencia se compensaba con el caudal de lecturas. Decidió basar su guion en las palabras de *El Don apacible*.

«Veníamos a hablarle de un pequeño asunto. Usted tiene una moza casadera, nosotros tenemos novio. ¿Podríamos entendernos? Veníamos a preguntar si tiene la intención de casarla este año. Si nos arreglamos, podríamos emparentar.»

La madre nunca pensó verse en tal situación. Observó a los tres hombres. Clavó sus ojos en Guerásim. «Ojalá no sea ése.» Abrió la puerta de par en par.

Los cinco se sentaron en un pequeño salón con sillones de forros gastados y una mesa de centro decorada con una especie de bola de cristal llena de agua y una rosa de plástico sumergida. Nikolái miró a su alrededor y pensó en Dostoyevski, que tenía manías de decorador de interiores, por lo que hacía precisas descripciones de las habitaciones a las que entraban sus personajes. Le angustiaban los techos bajos, la mala disposición del mobiliario, la falta de simetría o unidad en el estilo. Y en verdad Nikolái percibía que Dostoyevski le había refinado el gusto, le había señalado los errores que pueden cometerse al mezclar espacios, ventanas, muebles y adornos. Del departamento de Sonia, Nikolái recordaba sobre todo «la pared con tres ventanas que daban al canal». Por mucho que Dostoyevski se empeñara en denigrarlo hasta el punto de decir que parecía un cobertizo, para Nikolái era un lujo poseer tres ventanas por las que pudiera mirar las aguas del canal de Ekaterina, fluyendo en verano, rígidas en invierno, ese mismo canal que los comunistas, queriendo borrar la memoria del imperio, renombraron canal de Griboyédov. Con esta última idea, Nikolái dio una fuerte palmada a Griboyédov en

la espalda, sacó del bolsillo del saco una pequeña botella de vodka y la puso sobre la mesa.

«Podríamos emparentar», repitió.

De su bolso, Marfa extrajo una botella más grande.

La señora fue a la cocina por vasos. Desde una puerta entreabierta al fondo del salón se miraban en torpe disimulo los ojos de la novia.

«Miren ustedes», dijo la mujer al regresar, «mi hija no es apta para esas cosas.»

«Somos gente progresista. Creemos en la emancipación de la mujer.»

«Que ella decida», intervino Marfa.

«¿Quién es el postulante?»

Guerásim se puso de pie. Hizo una reverencia. A la madre se le agrió el gesto. Llamó a su hija.

Ella se mostró vestida muy a la moda, con los llamados «pantalones calientes», que con frecuencia aparecían en notas de prensa, pues propiciaban bonitas fotografías, al tiempo que las damas antiguas los censuraban por atrevidos, la Iglesia por inmorales, y Fidel Castro por tratarse de «una penetración imperialista». En las puertas de la basílica de San Pedro habían puesto a una monja para impedir la entrada a las jóvenes que mostrasen pierna de más. En los diarios de ese día pudo leerse que «el portavoz del Vaticano informó que la hermana Fiorella había sufrido un desplome nervioso» luego de dos semanas con tamaña responsabilidad.

Muy lejos de tal desplome se sintieron los tres caballeros presentes en la petición de mano.

«Ven acá, Elena», llamó la mujer a su hija. «Los señores quieren proponerte algo.»

«Lenochka», Nikolái se acercó a la muchacha, le tomó la mano. «¿Quieres casarte con el bueno de Guerásim?», señaló al pretendiente con el índice para que no hubiera lugar a dudas.

«Sí», dijo ella.

«No sabe lo que dice.» La madre protestó. «No conoce al señor.»

«Querida Lenochka, ¿quieres casarte con este borracho, pobretón, desempleado, picado de viruelas, llamado Guerásim, que te dobla la edad y un poco más?»

«Sí.»

Nadie había bebido vodka. La madre se sirvió un vaso y lo bebió como agua. Llevó a Nikolái aparte. Le habló en voz baja.

«Mi hija…» Hizo una pausa. «Su mente…» Tenía bien hecha la frase en la cabeza, pero hay palabras que una madre no pronuncia. «Es

como una niña.»

«No mienta, señora, su hija está perfectamente bien y es capaz de decidir.»

Una vez abierta, Guerásim se ocupó de la botella.

«Dime, Lenochka», Nikolái le puso las manos sobre los hombros, «¿estás de acuerdo con Tolstói cuando dice que la Historia, es decir, la vida inconsciente, la vida común, la del enjambre de la humanidad, se aprovecha de cada momento de la existencia de los reyes como de un arma para conseguir sus propios fines?»

«Sí.»

«Querida Lenochka, Iván Karamazov asegura que durante los primeros trescientos años, el cristianismo se manifestó como Iglesia, y sólo Iglesia era, pero cuando el gentil imperio romano quiso volverse cristiano, se sorbió a la Iglesia, continuando él mismo tan imperio pagano como antes. ¿Estás de acuerdo?»

«Sí.»

Nikolái besó las manos de la muchacha. «Hay quienes presumen de doctos y no saben responder con tanta certeza.»

La mujer se paró entre su hija y Nikolái. «Váyanse ahora mismo», dijo, «o llamo a la policía.»

Nikolái puso otro telegrama para el embajador Kolosovski. Solicitaba acceso a instalaciones adecuadas para continuar el entrenamiento. Para él la parte más difícil de las primeras misiones era pasársela recostado en una pequeña nave durante tres, cinco o más días, sin siquiera la posibilidad de estirar las piernas para ir al baño porque el traje espacial tenía retrete incluido. Oblómov hubiera sido el astronauta mejor dispuesto, ya que para él «estar acostado no era una necesidad, como lo es para un enfermo o para un hombre que tiene sueño; ni algo incidental, como lo es para un hombre que está cansado; ni una delicia, como para un perezoso; era su posición normal». Con la estación Sályut la cosa cambiaba. Ahí sí se podía vivir durante un mes, bailando en la ingravidez y brindando con vodka. Por supuesto, el alcohol estaba prohibido allá arriba, pero Nikolái pensaba llenar de aguardiente un tanque de oxígeno. «Salud, queridos terrícolas», diría delante de la cámara que filmara sus movimientos para la televisión estatal, «soy el vagabundo interestelar.»

No habían vuelto al Sályut desde la caminata espacial de Marfa. Cuando entraron, hubo silencio. Todos los ojos estaban sobre ella. Un hombre comenzó a decir una lisura, pero de inmediato lo calló su compañero de mesa con una trompada. Había dos clientes en la mesa que regularmente ocupaban los cosmonautas; se levantaron a sabiendas de que no tenían el derecho de sentarse ahí. El rincón estaba reservado para el tísico. La mesera puso sobre la mesa una botella de vodka y un vaso de guerasimina.

«Nos estamos volviendo un lugar común», dijo Guerásim.

«Pídele una botella de *vinum gallicum rubrum*.»

Fue a la barra.

Regresó a los pocos minutos.

«Dice la mesera que sólo hay *hispanicum*.»

Nikolái no recordaba que los rusos bebieran otro vino español que el málaga. Por lo general preferían burdeos. También bebían champaña por litros. O vinos georgianos, pero sería mucho suponer que en el Sályut los tuvieran.

«Que sea de Málaga.» Nikolái recordó a Pushkin contando algunas anécdotas en su paso por Tiflis. «Los georgianos mantienen el vino en enormes vasijas enterradas. Cuando las abren celebran solemnes ritos. Hace poco un soldado ruso, tras abrir en secreto una de esas vasijas, se cayó dentro y se ahogó en el vino de Kajetia, igual que el desdichado Clarence en el barril de vino de Málaga.»

Volvió Guerásim con las manos vacías. «Dice que sólo tiene *ripa Durii*.»

«Da lo mismo, con tal de ya no beber este maligno vodka hecho en México.»

Pensó que México no estaba en la imaginación de los rusos. Apenas recordó que en *El maestro y Margarita* se menciona a Huitzilopochtli, llamándole un dios terrible y poco conocido. Mayakovski había escrito sobre unos días que pasó en México, pero su talento de cronista era exiguo. Julio Jurenito, el personaje mexicano de Ilia Ehrenburg, no pasaba de ser una caricatura. Arkadi Averchenko hizo un intento sincero, pero infructuoso por entender este país. Tiene un cuento titulado «Mexicanos», en el que un hombre se encuentra con una linda joven en un jardín público y, para iniciar conversación, le dice: «No comprendo a esos mexicanos. ¿Por qué vierten sin cesar torrentes de sangre? No acierto a explicármelo. Yo creo que todo ciudadano tiene derecho a una vida tranquila. Es un derecho elemental».

En cambio Griboyédov no tenía inclinaciones de vida tranquila. «Ya te reté a un duelo y no me has respondido», chocó su copa con la

de Nikolái. «Si gustas, yo puedo ser d'Anthès; y tú, Pushkin.»

D'Anthès había seducido a la Pushkina de modo tan descarado que por todo Moscú y Petersburgo circuló un acta de «los comandantes y caballeros de la Serenísima Orden de los Cornudos que, reunidos en sesión plenaria, han nombrado al señor Alexandr Serguéievich Pushkin lugarteniente del Gran Maestro de los Cornudos e historiador de la Orden». Ante tal provocación Pushkin no tuvo más opción que desafiar a d'Anthès.

Las damas sonrieron con malicia. Ya habría tiempo para leer al poeta, pues sus versos quedarían para siempre; en cambio la juventud del francés había que sorberla ahora mismo.

Luego del duelo, Pushkin volvió a casa con el vientre agujerado. El cuerpo se pudría. Los médicos le pusieron treinta sanguijuelas en el abdomen. Tanto se revolcaba por el dolor que una y otra vez se caía de la cama. Sus últimas palabras carecieron de poesía. «No puedo respirar. Algo me aplasta.»

La segunda botella de vino fue para brindar por Pushkin. «La dicha se presenta y se despide. Por un instante tocamos la euforia. De nuestra juventud, dicha y ternura, tan sólo la añoranza quedará.»

Los parroquianos correspondieron al brindis sin alegría.

Griboyédov se marchó del Sályut sin poner siquiera un kópek en la mesa.

«¿Quién va a pagar la cuenta?», dijo Guerásim. «¿Pushkin?»

11

A media mañana tocó la puerta uno de esos jóvenes que piensan que la expresión de indolencia los hace lucir perspicaces. «¿Envió usted un telegrama a la embajada soviética para solicitar entrenamiento?», preguntó a Nikolái. Afuera esperaba un auto. El conductor mantenía el motor en marcha. Nikolái afirmó con la cabeza. «¿Es usted un novato?», cuestionó el joven. «Manda esos mensajes y deja su dirección verdadera. Imagino que también ha de ser su nombre real el que escribe como remitente.» Cuando guardaba silencio, el visitante movía la boca como si estuviese mascando. El conductor pisaba el pedal para que el motor bramara. «Estas cosas se estropean por gente como usted», las palabras del joven tomaron un tono burlón. «Además, ya no tiene edad.»

Nikolái pensó en lo del nombre verdadero. Dostoyevski, Tolstói, Andreyev, Pásternak, Solzhenitsyn, Tsvietáieva, Bábel, Pilniak, Mandelstam, Ajmátova, Bulgákov y tantos otros se habían enfrentado a un poder absoluto y criminal desde sus hogares con dirección bien conocida, con sus propios nombres, con su propia cara y, sobre todo, con sus propias palabras. Pensó en la edad. Esos escritores habían sido fieles a sus aspiraciones, sin pérdida de agallas, desde que aprendieron a balbucear hasta que una bala o natura los silenció, y hasta podía decirse que entre más años sumaban, más combativos se volvían.

Nikolái apretó el puño.

Mientras el joven, desde su pináculo intelectual, citaba una frase de Lenin o de Marx o de Fidel o del Che, Nikolái se preguntó: «¿Hace cuánto que no le parto el hocico a alguien?». Y cinco segundos después, cuando le vino el ardor en los nudillos y sintió un esguince en la muñeca y miró al joven en el suelo sangrando por la nariz, se respondió: «Hace cinco segundos».

Marfa había dicho que el tísico tenía las vidas de un gato, y aunque se sabe que los gatos tienen la misma vida que todos los animales, aceptaron que habrían de hacerle varios funerales con muertes que no

vinieran por razón de los tubérculos.

«Hoy, mi querido Antón, serás un Gogol muerto.»

La muerte más espantosa entre los literatos rusos la había sufrido Gogol, incluso más terrible que el linchamiento de Aleksandr Griboyédov en Persia. Varias personas se habían confabulado para torturar y asesinar a Gogol con todo lujo de crueldad, sin que por eso hubiese quien se considerara torturador o asesino.

Le pidieron al tísico que se sentara en el sofá, mientras Nikolái y Guerásim llevaban el ataúd al carretón. Esa mañana no había venido Griboyédov.

Un sacerdote desquiciado había convencido a Gogol de que su literatura y su vida estaban llenas de pecado, y lo condenó a morir de hambre. El escritor, en busca de la salvación de su alma, quemó la inédita segunda parte de *Almas muertas* y cerró la boca a todo bocado.

El tísico Antón no estaba muy metido en su papel, pues mientras sus amigos echaban el féretro en el carretón, él fue a la cocina, donde Marfa le sirvió un par de galletas y un vaso de leche.

Cuando le llamaron fue con sus pasos breves, solicitando ayuda para bajar los tres escalones de la puerta principal a la acera. Ya pasaba de mediodía. El concreto estaba caliente y quemaba los pies descalzos. Alguna diferencia habría con aquel febrero de 1852 en Moscú, en el que aún había nieve.

A Gogol le habían hecho su ceremonia luctuosa en la universidad, de modo que Nikolái señaló en dirección norte y dijo: «¡A la universidad, damas y caballeros!».

El tísico montó en el carretón y se recostó en su estimado féretro.

«Muy lejos», dijo Marfa.

«¡A la universidad!», dijo el tísico y tosió. Entrecerró la tapa porque pegaba fuerte el sol de mediodía.

«Muy lejos», Guerásim hizo eco.

«Vamos al Aula Magna, entonces.»

Se trataba del teatro universitario, a una media hora de camino, y un teatro siempre sería más adecuado para un autor también de teatro. Guerásim fue el primero en tomar el extremo de los dos largueros, levantar la popa del carretón de modo que se alzaran las dos patas y todo el peso quedara sobre las ruedas. «Vamos volando al infierno», comenzó a andar.

«Ha muerto Gogol», repetía Marfa mientras hacía sonar una campanilla.

Cuando Gogol dejó de comer, fue debilitándose noche tras noche al punto de no sostenerse en pie y ponerse a delirar. Entonces llegó una

partida de médicos quesque a salvar al patético escritor, pero lo único que lograron fue martirizarlo. Hicieron justo lo que nunca debe hacerse con una criatura al borde de la inanición: le practicaron sangrías, le metieron incontables supositorios, le hincaron una docena de sanguijuelas en la nariz y en la boca, le metían el cuerpo en agua helada y al mismo tiempo le vertían agua caliente en la cabeza; también le aplicaron por todo el cuerpo esos sinapismos de mostaza que a Bazárov tampoco le sirvieron para nada. Alguna vez Gogol escribió el *Diario de un loco*, y ahora el loco era él, tanto así que podía aullar las palabras textuales de su personaje: «¡No, ya no tengo fuerzas para aguantar más! ¡Dios mío! ¿Qué hacen conmigo? Me echan agua sobre la cabeza. ¿Por qué me atormentan? ¿Qué esperan de mí? ¡No tengo fuerzas, no puedo aguantar más los martirios a los que me someten! ¡Sálvenme, llévenme de aquí!». Espantados por los gritos, los peatones se detenían frente a esa casa de la avenida Nikitski. Gogol miraba aterrorizado las sanguijuelas en su rostro, quería arrancárselas, pero los médicos bienhechores le sujetaban los brazos, cosa tan fácil de hacerle a un hombre ya sin fuerzas. Fue bajando el volumen de sus alaridos. Siguiendo siempre el guion de su *Diario de un loco*, que había escrito diecisiete años antes sin sospechar que anticipaba su final, Gogol dijo: «Madre, salva a tu pobre hijo. Vierte unas lágrimas sobre mi cabeza enferma. Mira cómo me martirizan. Madrecita, ten piedad de tu hijo enfermo». Y dejó de gimotear, de respirar, de palpitar, y los médicos se maravillaron de que hubiese muerto pese a sus eficaces tratamientos.

«Descanse en paz, Nikolái Vasiliévich Gogol», proclamaba Marfa.

«Así sea», coreó un grupo de gente que se sumó al cortejo. Otros no se sumaron pero se persignaban al ver pasar el féretro. Los autos, que hacían sonar sus bocinas en cualquier embotellamiento, ahora iban en silencio y aceptaban con paciencia avanzar al paso de los pasos.

Cuando llegaron al Aula Magna, encontraron una numerosa concurrencia de estudiantes. «Gogol era muy popular», dijo Nikolái.

Los jóvenes armaban gran alboroto. No se comportaban con la solemnidad de un velorio. Gritaban consignas. Un cartel con el orden del día anunciaba temas como la autonomía universitaria, la condena a los asesinatos de estudiantes del mes de junio, la conmemoración de los compañeros caídos en 1968, el repudio al gobierno de Luis Echeverría, la demanda de que se diera fin a la represión y se liberara a todos los presos políticos. «¡Gogol ha muerto!», Marfa daba voces,

«¡Gogol ha muerto!», y sonaba la campanilla. Los muchachos vieron entrar la procesión con el féretro y habrán supuesto que se trataba de una alegoría relacionada con los estudiantes asesinados. «Gogol ha muerto», comenzaron a corear algunos. El féretro iba cerrado. No faltaron ayudantes para conducirlo por el pasillo hasta depositarlo en el proscenio. Del interior afloraban las tosiduras asfixiadas del tísico. «¡Ya lo dijo Dostoyevski!», Nikolái se paró en el centro del escenario, engoló la voz. «¡Todos salimos de *El capote* de Gogol!» Aplausos. Sacó del bolsillo del saco un libro semejante a una pequeña biblia: las obras completas del difunto autor, y como si leyese de algún evangelio, pronunció el primer parlamento de *El inspector*: «Los he reunido aquí, señores, para comunicarles una noticia muy desagradable. Nos ha sido enviado un inspector.»

«¡Cómo! ¿Un inspector?»

«Un inspector de Petersburgo, de incógnito, y portador de una misión secreta.»

Era bien sabido que el gobierno metía a sus agentes en cualquier asamblea; pero no era lo mismo saberlo que decirlo. Los estudiantes se miraron unos a otros, miraron alrededor, hasta que los ojos se fueron clavando en un gordo recargado en un muro. Se lanzaron sobre él, lo golpearon en la cabeza con las manos abiertas, lo escoltaron entre amenazas hasta la salida. El gordo negaba los cargos, pero al final fue arrollado por las letras de Gogol.

Nikolái barajó las páginas hasta dar con un subrayado de *Taras Bulba*: «¡Los jefes se han hecho unos holgazanes y la grasa les tapa los ojos! ¡No hay justicia en el mundo!».

«Es verdad», dijeron los estudiantes tal como habían dicho los cosacos. «No hay justicia en el mundo.» Entre ellos estaba el muchacho al que recién Nikolái había dado un puñetazo. Ahora no había burla, sino respeto en su expresión.

Nikolái ya no quiso tentar su suerte. ¿Qué haría si al abrir el volumen en otra página le apareciera un fragmento de «La nariz»? «Si hubiera perdido una mano o un pie, cualquier cosa sería mejor, o si me faltaran las orejas, sería horrible, mas se podría, con todo, soportar. Pero un hombre sin nariz es… ¡qué diablos! Un pájaro que no es un pájaro, un ciudadano que no es un ciudadano. En fin, que no queda más remedio que tirarse por la ventana.»

Quizás los estudiantes le darían un sentido a eso que no significaba sino haber perdido la nariz. Quizás. Pero Nikolái bien sabía que las ironías no funcionan con las masas.

«¡Viva Gogol!», gritó Guerásim.

«¡Viva!», coreó la muchedumbre.

Entonces Nikolái vio que los estudiantes no estaban sólo para corear consignas, sino para saciar el hambre de su espíritu. Abrió el capítulo once de *Almas muertas*: «Las pasiones humanas son innumerables como las arenas del mar, y no tienen semejanza entre sí. Todas son bajas y magníficas; al principio obedecen al hombre y luego se convierten en terribles dominadores suyos. Bendito el que sabe elegir la pasión más bella; aumenta y crece con cada hora su inconmensurable felicidad, haciéndole penetrar cada vez más profundamente en el infinito paraíso de su alma».

Ahora nadie coreó nada. Nikolái se preguntó cuántos de esos muchachos que andaban entre los diecisiete y veintipocos años se volverían almas muertas luego de obtener su primer empleo.

Hizo una seña. Se aproximaron varios pares de brazos para cargar con el féretro. «Adiós, Gogol. Hasta siempre.»

Salieron con el difunto en andas. Y en verdad el tísico se hallaba a punto de morir asfixiado ahí dentro. Cuando estaban por acomodarlo en el carretón, se escuchó un fustazo.

Era Griboyédov, montado en una desvencijada carreta tirada por un caballo. «No querrán ir a pie.»

Los estudiantes echaron ahí el cadáver de Gogol. Marfa se sentó junto a Griboyédov en el pescante. Nikolái y Guerásim se instalaron en la caja.

«¿Qué les parece mi troika?», dijo Griboyédov.

Marfa iba a decir que las troikas eran de tres caballos, pero notó que sobre el lomo del animal se tendía una cuerda que en cada extremo llevaba atado un caballito de plástico. «Muy teatral», pensó.

Los estudiantes se despidieron para regresar a su asamblea.

Guerásim se acordó del tísico. Abrió la tapa. Estaba bocabajo, pero aún respirando.

A Gogol lo habían enterrado en un monasterio a las afueras de Moscú. Años después, cuando lo trasladaron al cementerio de Novodevichi, hallaron su cadáver también bocabajo, dejando por siempre la duda de si lo habían sepultado vivo.

Dos hombres se acercaron. Se dirigieron a Nikolái en tanto mostraban sus identificaciones.

«Va a tener que acompañarnos», dijo uno.

Se oyó el chasquido de la fusta. La troika arrancó tan velozmente que apenas pudieron evitar que el ataúd se resbalara al pavimento. Los hombres se apresuraron al auto que tenían estacionado a unos metros. Se lanzaron detrás de su presa rechinando las llantas.

Pero la troika sabía moverse entre el tráfico, subiendo por las aceras, hallando huecos más angostos que un auto. Troika, pájaro troika, ¿quién te ha inventado? No podías haber nacido sino en esa tierra donde todo es profundo y las llanuras se extienden por medio mundo. Corre, troika, por esas planicies de Rusia o por estas calles de Monterrey, corre a contar verstas o kilómetros; corre, troika inalcanzable, levanta nubes de polvo, haz crujir los puentes, ignora los semáforos, las señales de alto, los sentidos contrarios y deja atrás a quienes te persiguen. Todo lo que hay en la tierra pasa volando junto a ti, todos se apartan mirándote de soslayo, y te ceden el paso.

Nunca habían estado tan radiantes en su vida de aspirantes a cosmonautas. Los habían perseguido unos policías o agentes secretos o mafiosos o infiltrados soviéticos o porros o lo que fueran en un flamante vehículo de ocho cilindros; y ellos los habían superado con un armatoste de la Edad de Bronce. Se habían fugado con el cadáver de Gogol; más que eso, se habían fugado con la prosa de Gogol. Hasta el tísico llegó a comprender la magnitud de lo ocurrido y movió el cuerpo con el remedo de un baile. Nikolái sacó algo de beber y Marfa fue a la cocina por jamón. Griboyédov dijo que si hubiese más arte en los encargados de los programas espaciales, la nave rusa de tres cosmonautas, en vez de llamarse Sóyuz, se habría llamado Troika. Saboreaban la hermandad de un equipo, del amor por el compañero cuando todo sale bien, y por primera vez sintieron que les dolía el corazón porque el tísico Antón hubiera de morir tan pronto. Los cuatro se pararon a su alrededor, tomados de las manos, y cerraron el círculo hasta atraparlo como en telaraña. «Te vamos a salvar, Antón», dijo alguien, pero fue como si los cuatro lo hubieran dicho, como si el propio Antón hubiese dicho «me voy a salvar».

Se oyeron tres golpes tibios en la puerta.

A continuación sonaron golpes más fuertes.

Nikolái miró por la ventana. Ahí estaba el caballo. Seguía enganchado a la carreta, mordisqueando unas hierbas. Unos niños lo miraban con curiosidad y se envalentonaban para acariciarlo. En los días de Gogol, las calles estaban llenas de troikas, carruajes, kibitkas, cabriolés; también de caballos de cualquier alzada, calidad, raza y pelaje, todos dando a la ciudad el característico olor de la caballería. En cambio ahora, un caballo era cosa de llamar la atención. Aquellos agentes tendrían que ser muy chejovianos para no encontrarlo.

Abrió la puerta.

Era la madre de Lenochka.

«De acuerdo», dijo. «Mi hija se casa con el señor.»

No tenía ni veinte minutos de haberse marchado la señora y ya estaba Guerásim tumbado de borracho y alegría. «Me ama, Lenochka me ama.» Pidió un terrón de azúcar porque en algún lugar de su cerebro tenía guardado que esos momentos requerían de algo dulce. Por supuesto nadie se lo dio.

Vino el dueño de la troika. Era un viejo que se dedicaba a comprar periódicos viejos y también botellas. Pasaba por las calles malpronunciando sus productos, pero ya todo el mundo le entendía. «¡Boteo papé!», llamaba, y así se puso a llamar tan pronto se montó en su carreta y azuzó al caballo. Antes Griboyédov le había pagado y le dijo que quería otra vez el vehículo para antes de las seis de la tarde y también para el sábado, pues habría boda.

«Eso está por verse», dijo Nikolái, y fue a casa de Lenochka.

La señora lo invitó a pasar.

«Quizá podamos emparentar», Nikolái se inclinó sobre la mesa de centro para tomar una aceituna. La royó hasta que pudo sacarse de la boca un hueso mondo. Él había leído que en estos casos se servía pepino fermentado. «Antes hay que llegar a un arreglo.»

Las mujeres no pasaban a brazos del marido con las manos vacías. El oficio de casamentera era de suma importancia porque ella sabía evaluar las posibilidades de la familia de la novia, y negociaba sin empacho. Nikolái había leído sobre incontables matrimonios en todo estamento social. Las dotes entre las clases bajas solían ser en especie. Ropa de cama, patos, gallinas, iconos, dos o tres sillas, una lámpara o, ya mejor acomodados, un caballo, un cerdo o una vaca. Nikolái había leído de matrimonios que se adjudicaban apenas con un molinillo de café o el colchón donde murió la abuela o un cepillo para ir a la casa de baños. En la dote podía asentarse el grifo de un samovar, una mesa con telarañas, dos almohadas, un pañuelo de seda, un fusil, dos tazas, dos docenas de cucharas de plata, un trineo. Los terratenientes debían incluir alguna desiatina de tierra cultivable, un huerto o invernadero, quizás un molino, cincuenta, cien o mil almas. Por supuesto, el dinero era siempre importante. Había una historia sobre un hombre que armó una reyerta el mismo día de la boda porque de los mil quinientos

rublos prometidos sólo recibió mil. Los pretendientes miraban a las muchachas con ojos mercantiles: «La preciosa niña de trescientos mil rublos de dote». O bien, cuando la doncella no era de aspecto agraciado, alguno podía decir: «Si a esta chica se le diera una dote de doscientos mil rublitos, se convertiría en un bocado de lo más suculento». Tratándose de dinero, la dote más modesta que había visto Nikolái era de diez rublos; la más alta, de tres millones. Asimismo, entre campo y ciudad había diferencias de valoración. Si bien los aristócratas moscovitas distinguían la belleza de Natasha en sus refulgentes ojos oscuros, la fineza del cuerpo, su exquisitez al bailar, los pies pequeños, el encanto de su sonrisa y los brazos delgados, para un mújik eso era fealdad; el mújik se dejaba atraer por brazos y piernas robustos, una espalda resistente y un par de pechos lácteos. Ni a unos ni a otros les gustaba que la mujer llevara bigote. En una y otra clase social, si la mujer era coja, sorda, bizca o jorobada, tales defectos debían compensarse duplicando o triplicando la dote. En la alta sociedad, los defectos eran estéticos; entre los campesinos, eran de funcionamiento.

«La dote», dijo Nikolái, «tenemos que hablar de la dote.»

Ambos voltearon a ver los evidentes ojos de Lenochka que jugaban a ser invisibles detrás de una puerta entreabierta.

Lenochka no era doctora en filosofía, pero tenía un encanto juvenil que rozaba con el alma de una niña. A decir de Lermontov, «tenía un talle esbelto y fino», y si se le miraba a través de los ojos del teniente Piragov, Lenochka no tenía defecto alguno, sino pura virtud, pues «la tontería constituye el encanto principal de una esposa guapa; yo, por lo menos, he conocido a muchos maridos que se sienten encantados de la estupidez de sus mujeres y ven en ellas todos los síntomas de una ingenuidad infantil».

«La casa», dijo Nikolái.

«¿Y qué será de mí?»

«Nada tan natural como vivir los tres bajo el mismo techo. En una casa como ésta, los bolcheviques meterían hasta cuarenta personas.»

La mujer asintió. Lenochka salió de su escondite. Puso sobre la mesa una masa amorfa con betún azul.

«Ella misma lo hizo.»

Nikolái tomó un poco con pulgar e índice. Estrechó la mano de la señora. «Es un honor emparentar con usted, Prascovia Fiodorovna.»

Ella le pidió que repitiera el nombre para memorizarlo.

Nikolái tomó el plato con el mazacote embetunado para llevarlo a casa. «Mejor que un terrón de azúcar.» Se marchó a informar la buena

nueva a Guerásim.

Volvió el hombre de «boteo papé». Griboyédov le dio un par de billetes. Le gustaba su nuevo oficio de isvoschik. Se montó en el pescante con la suficiencia de un Gagarin abordando su Vóstok. El cochero solía ser un hombre maltratado. Recibía órdenes sin cortesía. Le pagaban los servicios por debajo de lo justo. El pasajero parecía tener el derecho de aporrearlo desde el asiento trasero en la nuca, cuello o espalda, ya fuera con la mano o un bastón. Las damas preferían utilizar la sombrilla. «¡Arrea, vuela! ¡Vamos, vamos! De prisa. ¡No sabes conducir, gallina! ¡Dale más! ¡Dale más! ¡Llegaremos tarde al tren! ¡Rápido, bribón, que suban por tu cuello un centenar de demonios! ¡Sé más veloz!» En lo más hondo del invierno, el isvoschik debía cambiar la carreta por un trineo, permanecer al descubierto bajo nieve y ventiscas en espera de un cliente. Los pasajeros conversaban entre ellos, pero de ordinario no deseaban escuchar al cochero, ni aun si éste quisiera hablar de su hijo muerto. Encima, el isvoschik tenía fama de malhablado, borracho y cruel con los caballos. Era moneda corriente reprobar a alguien diciendo que «maldecía como cochero» o «se emborrachó como un cochero».

«Vámonos», Griboyédov voceó a sus amigos.

Tocaba la muerte de Tolstói. Del conde Lev Nikoláievich Tolstói. De tal suerte se montaron todos en la carreta o troika para dirigirse a la estación del ferrocarril. Salía un tren cada día rumbo a la capital a las seis de la tarde. «¡De prisa!», Nikolái le dio al cochero en la nuca con la mano abierta. «¡Llegaremos tarde al tren!» Por eso el recorrido no se hizo a velocidad de cortejo fúnebre, aunque tampoco a ritmo de fuga. A medio camino se dieron oportunidad para detenerse en un depósito y comprar unas cervezas. Marfa sonaba la campana. «Tolstói va a morir.»

Era difícil imaginar la literatura rusa sin el tren. Por supuesto aparecía en las historias como medio de transporte, pero solía ser más que eso. Un espacio en el que inevitablemente se encuentran desconocidos cara a cara, como ocurría en *La sonata a Kreutzer*, que no era sino una larga conversación, casi un monólogo, durante un viaje ferroviario. El tren también hacía las veces de alegoría social, pues los vagones eran de primera, segunda y tercera clase; los que iban en primera podían meterse por un rato en la segunda o tercera, pero los de tercera debían pasar el viaje entero en su clase. Chéjov escribió varios cuentos de tren. Quizás el más célebre fuese aquél del recién

casado que baja a la estación para tomarse un par de copas; luego aborda con prisa y busca a su mujercita por todos los vagones hasta comprender que se montó en un tren que iba en sentido contrario. No sólo había dejado en el otro vehículo a la «¡Almita mía! ¡Ángel mío! ¡Gorrioncito mío! ¡Filoxera de mi alma!», sino también su equipaje y cartera, por lo que «los viajeros, risueños, cambian unas palabras en voz baja, hacen una colecta y proveen de dinero al feliz mortal». Andreyev, siempre más retorcido, cuenta sobre un pope que se monta en una máquina vacía, se pone a jugar con los controles hasta que la hace arrancar y se dirige sin remedio a causar un accidente mayúsculo. Para Pásternak buena parte de la Revolución y de su novela se hicieron sobre rieles, y en esta Revolución estaba también el famoso Tren Blindado 14-69. La escena ferroviaria preferida de Nikolái aparecía en *El idiota*. Una mujer lleva un perrito en el regazo. Irritada por un general que viene fumando en el mismo compartimiento, le arrebata el cigarro y lo echa por la ventana. «Sin decir palabra», cuenta el general, «con extraordinaria cortesía, la más perfecta cortesía, la más refinada cortesía, acerqué dos dedos al perrito, lo tomé delicadamente del pescuezo y lo arrojé por la ventana para que acompañara a mi cigarro.»

Llegaron a la estación. Griboyédov dio unas monedas a un chico. «Cuídame el vehículo.» El tísico hubo de salir del féretro, pues Tolstói no llegó muerto sino muy enfermo a la estación de Astapovo.

Incapaz de seguir padeciendo a Sofía, su mujer, Tolstói se había fugado de casa unos días antes. Ningún tren le parecía lo suficientemente veloz para distanciarse de la larga mano conyugal. A doscientas verstas de casa, le vinieron fuertes fiebres. El doctor que lo acompañaba convenció al jefe de la estación de Astapovo para que cediera su habitación al ilustre enfermo.

Entraron en la estación avanzando al paso del tísico. Había sido un acierto la ocurrencia de Marfa de cargar con la campanilla; imponía autoridad, respeto y solemnidad. «Abran paso», voceaba, «se nos muere Tolstói.» A la mayoría de los viajantes y empleados de la central ferroviaria el nombre les era ignoto.

Llegaron al andén. La estación de Monterrey era muy distinta a la de Astapovo. Aquélla era apenas un apeadero con la casa del encargado junto a las vías. Ahí hospedaron al enfermo Tolstói mientras afuera se instalaba el frío de noviembre.

Tal como lo temía Tolstói, muy pronto llegó Sofía, pero le impidieron ver a su marido. «Se moriría del coraje», habrá dicho el médico. Hubiese sido una muerte instantánea. En cambio el

desahuciado aguantó otros cinco días en cama, cada vez respirando menos. Entre los pocos a quienes se abrió la puerta para visitar al moribundo estuvo un joven con ambiciones de poeta llamado Boris Pásternak.

A falta de una casa donde meter al tísico Antón, tuvieron que acomodarlo en una banca. Los viajeros estaban interesados en abordar el tren, en despedirse de sus parientes, y no en la salud de un escritor, así fuera el autor de novelas que podían admirar sin leerlas.

Se escuchó la tercera llamada y el tradicional «¡vamonós!». El tren dio un tirón, luego empezó a moverse, muy a tiempo, porque a los pasajeros ya les incomodaba el diálogo por señas que sostenían tras la ventanilla con quienes fueron a despedirlos. Escuchar el rechinar de las ruedas, verlas avanzar, obligaba a pensar en Ana Karenina. Allá en Astapovo, lo más poético hubiese sido que levantaran a Tolstói de la cama para recostarlo en los rieles. Nadie se atrevió a hacerlo ni cuando se perdió toda esperanza. Optaron por un remedio tan eficaz como la guillotina. Dejaron entrar a Sofía. Ella dijo «Aquí estoy», y él murió en el acto con los ojos abiertos, como mueren los que mueren de espanto.

Le pidieron a un maletero que fuera por el ataúd. Antes de tres minutos regresó con él, lindamente acomodado en su carretilla. El tísico Antón cadáver de Tolstói se montó en él. Nikolái le ató la mandíbula con un pañuelo y los tobillos con un cordón del maletero porque así habían hecho con el príncipe Andréi en *Guerra y paz*.

Los que continuaban perfectamente vivos miraron al tísico. Era una ventana hacia la muerte. Qué cosa tan descomunal era la muerte.

Del tren ya no quedaban ni las vibraciones de los rieles. Marcharon lentamente hacia la troika. «Eterna memoria», canturreó Nikolái con notas inventadas porque cuentan las crónicas que eso habían cantado en el funeral de Tolstói. Era lo que solían cantar los rusos delante de los muertos. La primera frase de *Doctor Zhivago* decía: «Andaban y andaban y cantaban *Eterna memoria* y, cuando se detenían, parecía que los pies, los caballos y el hálito del viento prosiguiesen, obstinados, la entonación del canto».

«Eterna memoria», cantó Griboyédov con sus propias notas.

«Eterna memoria», secundó Marfa.

Los parientes, amigos, periodistas, curiosos y demás gente se marcharon junto con los despojos de Tolstói en una procesión en la que no habría misa de muerto porque el muerto había sido excomulgado.

El jefe de la estación pudo volver a su recámara. Se la habían

dejado oliendo a hospital, convertida en un santuario sin iconos ni crucifijos. Pronto, la estación y el pueblo de Astapovo habrían de llamarse Lev Tolstói.

Nikolái echó un último vistazo a las vías del tren. Ahí no estaba el cadáver de Karenina. Tampoco el de Tolstói. Pero en la esfera de las palabras yacían los cadáveres de los dos.

Esa misma noche decidieron corregir un grave error en la historia de las bellas letras. El cartel en el Sályut decía: «Ceremonia de Premio Nobel. Dos por uno en bebidas nacionales». El lugar estaba lleno de bote en bote. «Damas y caballeros», anunció Nikolái, «la literatura, amigos queridos, es la más alta manifestación del espíritu humano.» Hubo aplausos. Las cabezas asintieron. «Podemos morir y reencarnar diez veces y ni aun así seríamos capaces de vivir todas las vidas que vivimos cuando leemos *Guerra y paz*.» A continuación, Nikolái habló de una biblioteca de muchos volúmenes y dijo que ni las matemáticas del infinito podrían ocuparse de un cosmos tan amplio como el que contiene un librero. «Pero estos secretos no los conocen las personas de alma pequeña.» Aquí se miraron unos a otros los parroquianos. ¿De qué tamaño tendría el alma cada quien? «Pues bien, queridos amigos, damas y caballeros, gente de bien, ¿desde cuándo?, díganme ustedes, ¿desde cuándo han sido los suecos, entre todos los pueblos, los más aptos para apreciar lo que de verdad significa ser hombre, lo que bulle en la sangre humana de manera incontrolable, y que transformado en palabras puede volverse un arte que es vida?» Ahora sí hubo un murmullo de anuencia. «Y para embadurnar el palo, de entre los tibios suecos, se le encomienda la más noble de las tareas a una cuadrilla de hombres que saben más de lo que sienten, pese a que en cosas de arte sabe más el que más siente.» Nikolái fue a la barra. La camarera le iba a servir vodka, pero él pidió tequila. En verdad el tequila era ideal para tender un puente entre el alma rusa y la latina. «El difunto señor Alfred Nobel había confiado una gloriosa misión a la Academia Sueca y, en 1901, se le podía preguntar al conductor de un tranvía, a la señora del aseo, a un campesino, a una soprano, a un banquero, a cualquier estudiante del primer grado o a un zapatero que quién era el escritor más grande que pisaba esta tierra, y todos responderían sin dudar: Tolstói. En todo el mundo sólo podía hallarse a un puñado de personas tan desorientadas, tan erradas que no respondieron Tolstói, sino Sully Prudhomme.» Nikolái chocó su vaso contra la barra. «¡Sully Prudhomme!», alzó los brazos en desesperación. «¿Quién diablos es

Sully Prudhomme?» La gente comenzó a abuchear. «Y la vida le dio a esos académicos nueve oportunidades para rectificar, ¿pero qué hicieron? Errar en otras nueve ocasiones. Y de cierto les digo que si Tolstói hubiese sido inmortal, ellos habrían errado nueve veces nueve.» Por alguna razón inconsciente, cada vez que Nikolái se refería a los académicos, señalaba a Guerásim. Los presentes comenzaron a arrojarle colillas de cigarro y cáscaras de cacahuate. «Así pues, compañeros de poesía y prosa, sobrios y borrachos, es para mí un honor notificarles que el comité del Premio Nobel reunido esta noche en la estación Sályut ha decidido corregir tan continuada errata y otorgarle el supremo reconocimiento a Lev Nikoláievich Tolstói, porque *La muerte de Iván Ílich* vale más que la vida de Sully Prudhomme.» La algarabía hizo vibrar las botellas y los vasos. «¡Tolstói! ¡Tolstói!», clamaban los parroquianos. El tísico alzó la mano derecha para agradecer. «Soy Natasha», dijo Marfa. «Soy el príncipe Andréi», dijo Griboyédov. Como la sinfonola no tenía valses, los parroquianos entonaron uno, imitando lo mejor que podían una orquesta. Griboyédov se acercó a Marfa haciendo ademán de tomarla por la cintura antes de haberla invitado a bailar. El rostro palpitante de Natasha, listo para la desilusión o el entusiasmo, se iluminó de pronto con una sonrisa infantil, feliz y agradecida. Nikolái detuvo a Marfa o Natasha y a Griboyédov o Andréi. «Se supone que debían ser los reyes de Suecia.» Pero la novela era superior a una ceremonia de premiación, superior a cualquier discurso de aceptación. El tísico salió del féretro y se puso también a bailar. ¿Quién lo iba a decir? Apenas esa tarde fue un escritor muerto en una estación de ferrocarril, y ahora era un escritor admirado y galardonado en un baile de gala ofrecido por la corona sueca, con todos los periódicos del mundo informando sobre él. Se puso a bailar solo con su corta túnica hospitalaria. El vals se le metió por las venas. Estaba tan contento con el honor que le había otorgado la Academia Sueca que dejó de pensar en la muerte y en cambio tocó la inmortalidad.

12

Había llegado el feliz sábado. La troika estaba adornada con flores y cascabeles. El novio se había vestido muy a la moda, con saco verde de delcrón y pantalones de campana a cuadros; la camisa blanca, como corresponde para una boda, pero sin corbata y con los tres primeros botones desabrochados; recién rasurado y oliendo a vetiver. «¿Qué les parece?», Guerásim extendió los brazos como quien recibe una ovación. Se sentía el hombre más peripuesto del imperio ruso. Nikolái enunció las palabras del héroe de *El casamiento* de Gogol: «Yo opino que el frac negro da un aspecto más respetable. Los de color son más a propósito para los secretarios, los empleados y demás gente sin importancia».

Con su chaqué negro y sombrero de copa, el cochero Griboyédov iba más elegante que el novio, si bien armonizaba mejor con una carroza mortuoria que con una nupcial.

Marfa Petrovna llevaba un conjunto amarillo y Nikolái se había puesto un traje de los que solía llevar a la oficina, por lo que no parecía sino un consejero titular.

Quien sí se sintió alcanzar la divinidad fue el tísico Antón. En vez de su eterno andrajo de sanatorio, había tomado prestada la bata estampada de Marfa. Se había duchado y afeitado y acomodado bien los escasos cabellos. Como feliz remate, se cortó las uñas de los pies. Con palabras entrecortadas, delante del espejo, alcanzó a decir: «Cuánta hermosura hay en el hombre, hay en mí». Un alma pequeña se hubiese burlado del tísico. Enfermo, flaco, débil, avejentado, rostro asimétrico, piernas lampiñas, ojos hundidos, verrugas por aquí y por allá. ¿Cómo era posible ver belleza en ese ser? Y sin embargo en él se concentraba lo bueno, lo bello y lo verdadero. Tolstói tenía un largo ensayo sobre el arte; en él compilaba muchas citas de filósofos que habían intentado definir la belleza, pero ninguna explicaba lo que el tísico Antón percibía en el espejo. Mucho más se acercó Dmitri Karamazov en pocas frases: «La belleza es una tremenda y espantable cosa. Lo que a la inteligencia parece ignominia, al corazón se le antoja belleza». Dmitri aseguraba que en Sodoma había mucha belleza; y

siendo así, ¿cómo no habría de existir también lo bello en el tísico Antón? «Pavoroso es eso de que la belleza no sólo sea terrible», insistió Dmitri, «sino también algo misterioso. Ahí el diablo lucha con Dios, y el campo de batalla es el corazón del hombre.» Antón miró su reflejo un instante más. Su batalla era aún más cruda; para sobrevivir, para perpetuar la belleza, él tendría que vencer a Dios y al diablo sin poder distinguir a uno del otro.

Griboyédov dio un fustazo al caballo en la grupa. «Vamos, animal», dijo, «condúcenos adonde el himeneo, adonde los labios de novia aguardan impacientes los de su amado.» Al equino le hubiese bastado con que le dijeran: «¡Arre!». Se pusieron en marcha. Algunos pétalos se iban desprendiendo de las flores, más por el viento que por la velocidad de la troika.

Era verdad que la novia aguardaba en la iglesia de San Juan Bautista de La Salle. Ahí se hallaba Prascovia Fiodorovna caminando en círculos, en tanto Lenochka dejaba pasar los minutos entretenida con un juego de plastilina. Sentada en la escalinata de la iglesia, se esmeraba en hacer un cerdo. Le gustaban más los perros, pero los cerdos eran fáciles de modelar. La madre le pidió que no amasara la plastilina en el suelo porque se le iba a ensuciar de tierra y pelos. Lenochka no hizo caso. «Un puerco», dijo. A la cabeza esférica le pegó dos pequeños conos a modo de orejas y un cilindro con dos hoyos que hiciera de nariz. Cuando se disponía a modelar las patas, llegó la carreta.

Se apearon todos para ir con la novia y la suegra, excepto el tísico, que echado en su féretro no alcanzó a darse cuenta de que habían alcanzado el destino. Prascovia iba vestida de luto; Lenochka, de vestido corto blanco, botitas blancas, velo blanco. A Nikolái no le gustó la iglesia. Era una estructura moderna, toda ella cúpula, que por su forma apodaban «la Crinolina». Él hubiese preferido realizar el matrimonio en la Iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, esa construcción en Petersburgo con arquitectura moscovita de remates de cebolla, erigida sobre el suelo donde el zar Alejandro II derramó su sangre el día en que una bomba le voló las piernas.

Marfa mencionó al tísico y los hombres volvieron por él. Se echaron el ataúd a cuestas. Marcharon a las prisas hasta depositarlo en el pasillo central de la iglesia, frente al altar. No había más asistentes que ellos siete. Por lo visto Prascovia y Lenochka a nadie habían invitado; quizá ni siquiera tenían a quien invitar.

«¿Dónde está el pope?», Nikolái dio voces. «¿Dónde el stárets?»

El eco retumbó unos segundos en la nave hasta que se oyeron pasos y un cura apareció a la derecha del altar. Sus ojos quedaron atrapados en el féretro.

Se acercó al cadáver y lo halló con los ojos abiertos.

«No queremos una misa de difunto», explicó Griboyédov, «sino una bendición nupcial.»

«Aquí los novios», Nikolái señaló a Guerásim y Lenochka.

El cura los miró por cinco segundos, si bien le había bastado apenas uno para darse cuenta de la condición de ambos.

«¿Qué bajeza están fraguando?»

«Ninguna, señor pope, la niña ya no es una niña y ha expresado su consentimiento. ¿Verdad, Lenochka?»

«Sí», se acercó al cura para extenderle su nueva creación. «Un puerco.»

A Guerásim le pareció la muchacha más suculenta del orbe.

«Si no se marchan en diez minutos, llamaré a la policía», dijo el cura confiando en la justicia terrena más que en la celestial. Se retiró tras la puerta por la que había aparecido.

«Rápido», dijo Nikolái, «tenemos diez minutos.»

Desconocía los detalles de una ceremonia matrimonial, pues así fueran centenares de parejas las que se enlazaban en las novelas, el asunto se resolvía con una frase, a veces en perspectiva. En un párrafo Pierre se compromete con Hélène, y el siguiente comienza con: «Al cabo de mes y medio, Pierre estaba casado». Luego la pareja se deshace, Hélène muere, y ya en los albores de *Guerra y paz*, Natasha y Pierre están listos para unir sus vidas. Pocas páginas más adelante, puede leerse: «El matrimonio de Natasha, celebrado en 1813, fue el último acontecimiento alegre de la familia Rostov».

Chéjov le había enseñado que bastaba la bendición frente a una imagen sagrada para que un matrimonio quedara sellado. Le pidió a Marfa que fuese a la carreta por la imagen.

Prascovia se había sentado en una banca. Rezaba con tanta pena que pareciera que el tísico hubiera muerto y la ceremonia fuera en su honor.

Sobre un atril reposaba una biblia. Nikolái la hojeó. Vio que tenía mil novecientas sesenta páginas. Supo que podía solemnizar la ceremonia con ese azar del que hablan los creyentes. «Lenochka, dame un número del uno al mil novecientos sesenta.»

«¡Uno!»

«¿Por qué, niña? Tienes casi dos mil posibilidades.»

«¡Uno! ¡Uno!»

Nikolái fue a esa página y leyó: «La Biblia, que es los sacros libros, del Viejo y Nuevo Testamento». Engoló la voz, alzó las manos al cielo. «Confrontada con los textos hebreos y griegos, y con diversas traducciones, por Casiodoro de Reina»; ahora señaló a los asistentes como si les reclamara sus pecados, «y revisada por Cipriano de Valera.» Asintió, bajó la voz: «Con referencias», y remató ampulosamente: «Sociedad Bíblica Americana».

«¡Amén!», dijo Guerásim. «¿Ya puedo besar a la novia?»

«Falta la bendición», Marfa entraba con la imagen. La entregó al pope Nikolái.

«Cabeza hueca», dijo Nikolái. «¿Es ésta acaso la imagen?»

En vez de un Cristo Pantocrátor o una Virgen de Kazán o un San Basilio, Marfa había traído el retrato del literato Lazhéchnikov.

«Da lo mismo», dijo ella.

Y en verdad daba lo mismo.

El pope Nikolái alzó la imagen, bendijo a la pareja y los declaró recién casados.

Guerásim besó a Lenochka. Ella dijo: «Un puerco».

Se dirigieron al banquete de bodas. El caballo no tuvo problema en acarrear a siete personas, pues estaba acostumbrado a recorrer distancias más largas, hasta las afueras de la ciudad, por caminos de terracería, con muchos kilos de botellas y periódicos viejos. Para darle acomodo a todos, cerraron la tapa del féretro, de modo que hasta cuatro personas pudieran sentarse sobre él. El trayecto era breve, así es que el tísico no se asfixiaría. Al final hasta sobró un poco de espacio, ya que Guerásim había sentado a Lenochka en su regazo. Ella apretó la figura de plastilina con tal fuerza que ya no asemejaba nada vivo.

A Prascovia le ofendían las manos de Guerásim sobre su hija; a Griboyédov le despertaban codicia; a Marfa, celos, pero no estaba segura de qué.

Nikolái comenzó a vocear: «¡A-mar-go! ¡A-mar-go!», y los demás repitieron en coro. Era la manera rusa de invitar a los recién casados a besarse. El marido succionó los labios apáticos de Lenochka. Descubrió que había mayor embrujo en esa apatía que en cualquier respuesta golosa.

En casa destaparon el féretro. El tísico no se había asfixiado, pero ya le faltaba el aire y sudaba intensamente. Le explicaron que no lo

habían encerrado por crueldad, sino que se trataba de terapia curativa y entrenamiento cósmico a la vez. «Mi querido Antón», dijo Nikolái, «en aquel hospital ya te habrían matado. Somos nosotros quienes te regalamos la vida.»

«Viva yo», dijo el tísico.

«¡Viva!», respondieron algunas voces.

La mesa estaba puesta. Marfa y Nikolái habían discutido sobre cuál debía ser el plato principal. Lo habitual hubiese sido servir esturión, al fin era la delicia que ningún autor omitía, pero llamaron a varias pescaderías y siempre recibieron la misma respuesta negativa. A cambio les ofrecieron pargo, huachinango, robalo, bagre y pulpo. Cuando Marfa preguntó por el precio del caviar sólo escuchó risas al otro lado de la línea. «La mesa», dijo Nikolái, «es lo más difícil de emular.» Se lamentó de que fuera más fácil bailar el kazachok o armar una revolución para instaurar el comunismo que conseguir un maldito esturión, que estaba en la mesa de cualquier ruso, hasta en la de Iván Ílich, que lo tenía terminantemente prohibido.

Salvo Tolstói, que desde joven perdió la dentadura, y por eso se volvió vegetariano, casi todos los autores rusos se las daban de gourmets. Héroes y villanos bebían vodka, pero también champaña, coñac, jerez, madeira, kajetia, málaga, burdeos, borgoña, tokai, marsala, oporto, karabaj y muchas otras denominaciones. Por siete rublos, el hombre del subsuelo se emborrachó con jerez, champaña y Château Lafite. Para sus juergas, Dmitri Karamazov ordenaba tres docenas de botellas de champaña, otro tanto de vino tinto y blanco, salmón ahumado, jamón, caviar, queso, pasteles de Estrasburgo, sandías, chocolates, bombones, palanquetas y caramelos.

Con frecuencia aparecían viandas que Nikolái desconocía: okroshka, kísel, kasha, tiuria, balyk, baranka, kréndel, kumys, blinis, borsch, prianiki, pirozhki, shashlik, njá, varéniki. También otras con las que se le hacía agua la boca: lechón con ruibarbo, perdices asadas, ganso con manzana, filetes de mirlo con trufas, codornices a la genovesa y muchas más.

Sostuvo conversaciones imaginarias en las que algunos escritores le sugerían lo más apetecible de sus variadas cartas novelescas. «Le recomiendo», dijo Iván Shmeliov, «tartines de sesos de buey, acompañados de un Johannisberg de setentaicinco rublos la botella.» Arkadi Averchenko le aconsejó «una suprema de pollo a la Kiev con Monopole seco». Saltykov-Shchedrin era partidario de las comilonas. «Mi estimado amigo», le dijo, «sirva usted una frugal cena de caviar, esturión ahumado, setas de Dubrovino, empanadas, sopa, jamón con

chícharos, carpa a la crema agria, espárragos gordos y urogallo asado.» En cambio Gorki, con su fachada de proletario, apenas le sugirió «una gruesa patata con sal».

Sin embargo, había tres viandas que Nikolái recordaba por encima de todas. Al hablar de la sopa de coles de la prisión en Siberia, Dostoyevski cuenta: «A mí me asustaba la enorme cantidad de cucarachas que se encontraba uno en ella. Pero los presos no ponían la menor atención a tal detalle». En *El Don apacible* se cuenta del manjar que enviaron a los cosacos en el frente de batalla: «Nos dan de comer carroña», dijo uno. Voltearon el perol al suelo y, «¡Gusanos! Por mi madre», dijo otro. «La carne está llena de gusanos.» Todos se apartan con un gesto de asco. «En el suelo, junto a un trozo de carne rojiza, sobrenadando en los círculos de grasa, se veían unos gusanos gordos, blanquecinos, cocidos, hinchados.» Pero entre todas las delicadezas culinarias, una se había ganado lugar eminente tanto en la literatura como en la historia. Corrían los tiempos de la invasión napoleónica a Rusia. Sin ocultar el llanto, el general Kutúzov aseguró que ganaría la guerra con paciencia y tiempo: «He obligado a los turcos a comer carne de caballo». Meneó la cabeza. «Los franceses harán lo mismo. Cree en mi palabra», continuó Kutúzov, envalentonándose, golpeándose el pecho. «Les haré comer carne de caballo.»

Eso que para el orgulloso ejército napoleónico significó la deshonra, para Nikolái no fue sino un guiño. En el mercado se presentó frente a un tablajero. «Quiero dos kilos de carne de res», guiñó el ojo, «de la barata.»

Así fue como se resolvió el asunto del banquete.

Ahora Marfa salía de la cocina con un platón de carne equina término medio.

Los vinos, la champaña, el vodka corrieron por cuenta de Griboyédov, en suficiente cantidad para que ya estuviese el flamante novio derrumbado en el suelo. Lenochka lo miraba con divertido espanto.

«Magnífico», Griboyédov paladeaba un bistec. «Sabe a percherón.»

Marfa se sonrojó. «Es una receta tradicional de 1812. En vez de sal lleva salitre.»

Prascovia no probaba bocado.

«Tengo un recetario soviético muy bueno», Marfa fue al librero y trajo un libro mal encuadernado. «*Canard a l'orange*», se puso a leer. «Como en nuestra patria no se consigue pato, podemos sustituirlo por un pollo, si acaso tiene la fortuna de encontrarlo; y a falta de naranja, puede usarse un limón…» Cerró el libro. «La receta del filete miñón no

lleva carne.»

«Cuando nos manden al espacio, habrá que llevar nuestras propias tortillas.»

Al fin Prascovia se inclinó sobre la bandeja. Tomó una loncha de carne. La cortó en trozos pequeños que llevó al tísico. Los pinchaba con el tenedor. Se los ofrecía en la boca.

«Come, bonito.»

Nikolái ayudó a Guerásim para que se incorporara. Lo sentó en un sillón.

«La novia espera tus caricias», le dio un par de suaves bofetadas. «El mundo te envidia, y tú como pez muerto.» Fue a la estantería por un libro de Iván Bunin. «Dile alguna terneza a la muchacha», señaló un párrafo en el libro abierto.

Guerásim recuperó la compostura, despertó la lengua y comenzó a leer. «¡Qué graciosamente y con qué simpática torpeza infantil abres tu gran boca cuando te ríes! No te ofendas… Precisamente por esa boca te quiero. Sí… Y además por tus grandes ojos bizantinos.»

Lenochka hizo un gesto de quien toma medicina.

Nikolái brincó algunas páginas y señaló otra línea.

«Antes de que nos demos cuenta de ello», Guerásim leía con más temple, «nuestro corazón ha quedado ya esclavo de amor hasta la eternidad.»

Lenochka resopló.

«No seas irrespetuosa, niña», intervino Nikolái, «son palabras del primer nobel de Rusia.»

Guerásim continuó. «La mujer maravillosa sólo ocupa el segundo peldaño; el primero corresponde a la mujer amable. Ésta es, precisamente, la que se adueña de nuestro corazón.»

Lenochka se tapó los oídos.

Todavía Guerásim volteó algunas páginas y reanudó la lectura: «¡Qué terrible resulta todo lo cotidiano cuando se tiene el corazón atacado, sí, ahora lo comprendía, por una terrible insolación, por un amor demasiado grande y una felicidad demasiado grande!».

«Lenochka tiene razón», dijo Nikolái. «Cállate.»

Le arrebató el libro. La Academia Sueca le había otorgado el premio a Bunin «por la gran destreza con que ha dado continuidad a las tradiciones clásicas rusas en la escritura de prosa». Él hojeó el libro. Miró otros ejemplos. Concluyó que el premio había sido «por la prosa melosa e historias moralinas que conmovieron a unos académicos incapaces de distinguir entre el trigo y la paja». Entregó otro libro a Guerásim. *Caballería roja*. «Éste sí», le dijo. «Lo abras

donde lo abras.»

«¡Los ha hecho santos en vida!», Guerásim se puso de pie para leer. «¡Los ha rodeado de inefables atributos de la santidad, a ustedes, que han caído tres veces en el pecado de la desobediencia; a ustedes, destiladores clandestinos, usureros despiadados, falsificadores de pesas y traficantes de la virginidad de sus propias hijas!»

Lenochka se lanzó sobre Guerásim.

Lo abrazó.

Le besó las mejillas envirueladas.

Esa noche se presentaron en el Sályut. El propietario se mostró reacio a la presencia de Lenochka. Le aseguraron bajo juramento que no sólo había alcanzado la edad adulta, sino que era una mujer casada e instruida.

«¿Verdad, Lenochka, que la velocidad de escape de la tierra es de once punto dos kilómetros por segundo?»

«Sí.»

El propietario quedó muy bien impresionado. Al mismo tiempo le perturbaron las inocentes facciones de Lenochka. No se atrevió a servirle una cerveza. Antes se imaginó ofreciéndole un barquillo con una gran bola de helado sonrosado.

Fueron a su mesa. El grupo había crecido al punto de que ya no cabían cómodamente en ese breve cuadrado. Prascovia y Griboyédov se apretujaron en un flanco de la mesa. Guerásim se sentó a Lenochka en las piernas, con el derecho moral, legal, religioso e histórico de poner la mano sucia sobre sus muslitos.

«¿Quieres ir conmigo al espacio, a la luna, a darle vueltas al planeta, allá lejos donde sólo estemos tú y yo?», le preguntó con su aliento de tres destilados.

«Sí.»

Prascovia giró su silla para quedar de frente al tísico y su féretro. Le alzó la bata floreada por encima de las rodillas. Le acarició las corvas.

El tísico elevó la voz. «¡Soy el tísico!», como si de pronto sintiera orgullo por eso que le avergonzaba. «¡Soy el tísico!»

Prascovia lo abrazó. «Alabado seas», y se puso a llorar en silencio. «Tú y yo, todos vamos a morir.»

Los parroquianos tenían rato de no prestar interés a sus propios asuntos para atender lo que ocurría en la mesa del rincón.

Entraron cuatro hombres ensombrerados, con acordeón, bajo sexto,

tololoche y tarola. Se acercaron a algunas mesas para ofrecer su música.

«¿Me complace?», Nikolái se dirigió al del acordeón.

«¿Cuál le gusta?»

«Aquí la niña va a bailar», señaló a Lenochka. «¿Se saben *Por la calle empedrada*?» Los músicos se miraron mientras negaban con la cabeza. «Una polka», Nikolái cambió la señal, «para que la niña se mueva.»

Prascovia Fiodorovna dejó al tísico. «Ella no baila.»

«Polka, señor. Es lo que sabemos.»

Hubo unos segundos en los que todos parecían posar para un retrato. Fue Griboyédov el que reanudó la acción. «*La Cacahuata*», dijo.

Los músicos, sin mirar a nadie, se aprestaron a tocar. El del acordeón quitó el broche de su instrumento y lo hizo respirar en silencio; el de la tarola buscó un trozo llano del suelo para aposentar el tripié; el del tololoche y el del bajo sexto ajustaron un par de clavijas. Si acaso hicieron una señal entre ellos, nadie la captó. Comenzaron a tocar al unísono, con el acordeón en el papel principal. *Allegro*, hubiese apuntado un italiano.

Lenochka saltó a esa pista de baile con escupitajos, limones exprimidos, servilletas hechas bola, colillas de cigarro. Puso los brazos en jarra, con las manos cerradas en puño sobre las caderas. Entonces movió la fina grupa como abeja que encontró la flor. Poco a poco el resto del cuerpo fue asimilando el compás. Comenzó a bailar con tal gracia y desenvoltura que los hombres se empujaban unos a otros para conseguir la mejor vista. Pronto Lenochka cambió la gracia por el arte. Giraba, componía signos misteriosos con los brazos, giraba otra vez y la falda en vuelo dejaba ver sus braguitas; sabía cuándo zapatear, cuándo clavar la punta o dar el taconazo, cuándo embestir con elegancia y cuándo retroceder con donosura. Se lanzó sobre los senderos abiertos entre las mesas, yendo y viniendo con movimientos gráciles e inesperados como los del fuego. Había erotismo en sus meneos, en su sonrisa, en la falda que flotaba a la par de los cabellos, pero esto era eclipsado por algo superior. La niña resplandecía en belleza, pero también había algo superior. Era la combinación de todo: sensualidad, hermosura, música, piel, sonrisa, baile y juventud que causaban una explosión de vida.

Tolstói había bailado la polka; lo habían hecho Turguéniev, Chéjov, Andreyev, Bunin, Shólojov, y hasta el epiléptico Dostoyevski que se acercaba poco al baile; lo habían hecho con pianos, guitarras,

balalaikas, acordeones, concertinas y organillos, habían bailado ellos y sus personajes, con cuerpo y con palabras. La polka había corrido por el mundo, intoxicando a Rusia, y al final de su periplo había llegado a Monterrey, donde no fue un baile, sino el baile, donde halló su máximo resplandor, su tono más festivo, su lenguaje más sincero para expresar lo que las almas a veces llevan dentro, y ahora, en ese bar de poca monta, en esa estación espacial, de la mano de esos cuatro músicos y del cuerpo de Lenochka, alcanzaba lo divino.

La pieza no solía pasar de los dos minutos y medio.

Un guiño del hombre de la tarola mandó la señal de repetir el estribillo antes del remate final; pero los otros músicos negaron con la cabeza. La perfección que se alarga no es perfecta.

Sonó la última nota. El acordeón se desinfló. No hubo aplausos. El silencio era tal que en todo el bar se percibió cómo iba muriendo la cuarta cuerda del tololoche.

Muchos ojos tenían lágrimas. Poco antes, cuando Prascovia dijo «todos vamos a morir», los parroquianos habían aceptado con indiferencia tal verdad, pero ahora que con los ojos y con el alma vieron bailar a Lenochka, maldijeron tal destino.

Griboyédov se acercó a los músicos con cuatro billetes.

Ellos no aceptaron el dinero. Qué vulgaridad ponerle precio a un milagro.

Se preguntaron si el mismo milagro habría ocurrido de haber pedido Griboyédov otra canción.

Si esa noche los músicos se hubiesen entretenido en otra cantina, si se hubiesen retirado temprano, no habría sucedido lo que sucedió, y nadie sabría, ni siquiera presentiría, que algo grande se había perdido.

Los parroquianos no podían entender cómo en sus corazones se había amalgamado tanto júbilo y tanta tristeza; pero estuvieron seguros de que al final de sus vidas, en ese último aliento que les llegaría como un último acorde, habrían de recordar a esa niña, a la niña Lenochka, a la santa niña Lenochka de Monterrey, que durante un baile, durante el instante de una polka, les hizo soñar con la eternidad, con el infinito, con lo sublime, con la beatitud y con la belleza incorruptible.

A Guerásim le dieron de beber en exceso para que se quedara dormido. Lenochka también se durmió sin haber bebido alcohol. ¿Cómo habrían de protegerla de ese sensual borracho? Por lo pronto, dejaron que Guerásim pasara su noche de bodas tirado en cualquier

acera. A la niña la llevaron con ellos.

«¿Por qué guardan al tísico Antón en un féretro?», preguntó Prascovia.

Iban a paso lento en la troika. Gozando el fresco de la noche. Nikolái le dio un manotazo en la espalda al cochero Griboyédov.

Años atrás, Marfa había cambiado el foco de una lámpara por otro de mayor luminosidad. Guardó el foco rechazado en el cajón de mero abajo del ropero. Desde entonces, comenzaron a echar ahí toda chatarra eléctrica. Cables, baterías, bulbos, carretes de una vieja grabadora, interruptores. Si alguien le preguntara por qué guardaba ahí las cosas eléctricas, habría respondido: «Porque sí». Miró a Prascovia y pensó darle tal respuesta.

No lo hizo.

Ni el mismo tísico se había preguntado el porqué. Era su sitio natural. Nadie lo obligaba. En el Sályut, en casa, en la carreta se sentía bien dentro del féretro. Si debía abandonarlo para ir al baño o para aligerarle la carga a los demás cuando cargaban con él, siempre regresaba de propia voluntad a su cajón. «Es mi lugar», pensó responder.

Pero no lo hizo.

Nikolái se dijo que todos iban a acabar pasando años y años dentro de un féretro, quizás para siempre o hasta que pasaran los huesos a un osario o cuando la podredumbre y la corrosión fueran tales que al féretro ya no pudiera llamársele féretro, de modo que no tenía nada de particular que el tísico Antón se fuera acostumbrando a su morada.

Tampoco dijo nada.

El que sí tenía una respuesta certera, genial y hasta filosófica para curiosidad de Prascovia era Griboyédov. Sólo que por estar ocupado del caballo no escuchó la pregunta.

Cuando bien entrada la madrugada llegaron a casa, ya estaba Boteo Papé esperando para irse a recoger botellas y periódicos viejos. Bajaron todos de la troika. Lenochka en brazos de su madre. El hombre montó en el pescante y dio un fustazo al caballo. El animal no se movió.

«Tiene que descansar», dijo Griboyédov.

«Déjelo dormir», dijo Nikolái.

El hombre dio un fustazo aún más fuerte. El caballo avanzó un par de metros y se detuvo. Otro fustazo, una imprecación, un lamento equino, y las ruedas de la carreta dieron apenas medio giro.

Entraron en casa. Si el caballo los había traído del Sályut sin ningún remilgo, y si ahora pedía un descanso, el dilema ético le

correspondía a Boteo Papé.

Dostoyevski hizo ver en distintas ocasiones que consideraba una salvajada mortificar a un caballo. En medio de sueños, Raskólnikov ve un caballo escuálido y pequeño enganchado a un pesado carromato de carga. De la taberna sale un tropel de campesinos borrachos. «Suban, suban», grita el dueño del caballo, «a todos los llevaré.» Aun ebrios, los campesinos comprenden que es un despropósito. «¿Estás en tu juicio, Mikolka? Mira que enganchar una yegua tan frágil a semejante carro.» Además hacen ver que el animal ya está bastante viejo. «¡Monten, que a todos los llevaré», repite Mikolka. «A esta yegüecita ya la haré galopar.» Los borrachos cambian la sensatez por el jolgorio. Entre risas y pullas montan seis campesinos en el carro. «No le tengan lástima», vocea Mikolka, «coja cada quien un látigo.»

«Después de la boda, nosotros éramos siete», dijo Marfa.

Pensar que esa bestezuela iba a llevar a todos a galope era cosa de risa. Dos de los campesinos sacaron sus látigos para ayudar a Mikolka. Pero la yegua apenas pudo arañar la tierra sin que las ruedas se movieran. Las risas se redoblaron. Mikolka empezó a llenarse de rabia. Sus golpes ya no eran para azuzar al animal, sino para atormentarlo. Montaron también una mujer gorda y otro muchacho. «¡Que monten todos!», llamó Mikolka.

«Nuestra carreta es ligera», dijo Griboyédov, «además es más fácil rodar en el pavimento que en aquellos enlodados caminos de Rusia.»

«Denle hasta que reviente», invita Mikolka. El animal jadea, hace su mejor esfuerzo por tirar, pero las patas se le resbalan y está a punto de caerse. Por ser domingo hay mucha gente en el camino. Alguien grita: «¡La están asesinando!», y Mikolka responde: «No te apures. ¡Es mía!».

Al tísico le vino un ataque de tos. Nikolái lo mandó callar.

Subió más gente al carro. Dos jóvenes se acercaron a la desdichada bestia y le fustigaron los ijares con sus látigos. «¡En el hocico!», gritaba Mikolka. «¡Denle en los ojos!»

A bordo del carromato, los borrachos se pusieron a bailar. La mujer gorda cascaba nueces y reía. Mikolka perdió la paciencia. Sacó un largo y grueso palo. Lo asió con ambas manos y con todas sus fuerzas descargó varios golpes sobre el espinazo de la yegua. Ahora a Mikolka le enrabiaba que una yegüecita tan débil para remolcar un carro fuese tan resistente para soportar la tortura. «¡Con el hacha!», gritó alguien. «¡Acabemos con ella de una vez!» Mikolka cambió el palo por una palanqueta de hierro. Atinó el golpe. El animalito se tambalea, recula, pugna por arrancar; pero la palanqueta vuelve a caer sobre su

espinazo, y entonces da con su cuerpo en tierra. Algunos jóvenes echan mano de lo que pueden: látigos, palos, la tranca, y se abalanzan sobre el animal moribundo. La pobre bestia alarga el hocico y respira profundamente.

Murió.

«¡Era mía!», gritó Mikolka, alzando el palo con aires de un guerrero que esgrime la espada.

De la calle llegó el sonido de un fustazo. «¡Avanza, animal!»

«Ojalá no le dé con una palanqueta de hierro», murmuró Prascovia Fiodorovna. Había recostado a Lenochka en la cama de Marfa y Nikolái. Ahora le acariciaba al tísico los cabellos.

Iván Karamazov retoma el asunto. Cita un poema de Nekrasov que narra los azotes que un mújik le propina «en sus mansos ojos» a un caballo que no puede remolcar la carreta atascada en un bache. Primero le pega para dominar su voluntad, luego le pega por placer, hasta que, fuera de sí, el animal arranca y tira, y se adelanta, todo trémulo, de costado, de un modo forzado, antinatural y vergonzoso.

«En gratitud por sus esfuerzos», escribe Nekrasov, el mújik «le da alas con más azotes, y el caballo avanza torcido y ligero.»

Nikolái se sirvió un vaso de vodka. Dio un trago. «En Dostoyevski, el caballo es un caballo; en Nekrasov, es el pueblo ruso.»

Fueron todos a la ventana. Ahí continuaba Boteo Papé, injuriando y dando latigazos. La luna y los arbotantes daban luz suficiente para reflejarse en los ojos mansos del animal. Se escuchó un chasquido más. Y otro más. Por fin la carreta comenzó a moverse. El pueblo ruso avanzó con lentitud hasta perderse de vista al torcer en la siguiente esquina.

13

Otra vez vino el policía.

«¡Porfírii!», lo recibió Nikolái como a un viejo amigo. «Ya lo echábamos de menos.» Le franqueó la entrada. Lo invitó a sentarse. «¡Marfa, mira quién está aquí!», llamó en voz alta. Luego casi en un susurro preguntó al visitante: «¿Qué lo trae? ¿Otra vez viene a cobrar la renta? ¿Me viene a arrestar? ¿Quiere saber si el tísico sigue vivo?».

Marfa se aproximó con la taza de café de la vez pasada. La puso en la mesa delante del policía. Le habían crecido formas de vida algodonosa.

Si no fuese por la pistola al cinto, podría confundirse a Porfírii con un organillero.

«Los vecinos…», Porfírii tomó la taza de café; la sostuvo lejos de sí, como esperando un brindis. «Dicen que estuvieron torturando un caballo.»

De la cocina llegaba el aroma del café recién hecho. Eran pasadas las once de la mañana, pero apenas iba despertando la gente luego del desvelo de la noche anterior. El tísico asomó del féretro. Griboyédov salió del lecho que improvisó bajo la mesa. Prascovia y Lenochka llegaron por el pasillo bostezando y estirando las extremidades. Quién sabe en qué callejón estaría amaneciendo el alcohólico recién casado.

«Comimos carne de caballo», dijo Nikolái. «Lo trajimos del mercado», abrió la puerta. «Ya muerto. Apenas dos kilos de aguayón.»

«Gracias por su visita, Porfírii», dijo Marfa.

El policía agradeció el café. Pidió disculpas por visitarlos en domingo.

Echó a andar a paso lento, mirando las puntas de sus zapatos. Nikolái fue tras él.

«Mi querido Porfírii», le puso la mano en el hombro. «Viene usted a cobrar la renta, a socorrer un caballo.»

«Esta semana, aquí a dos calles, un perro ensuciaba el jardín del vecino. Y poco antes, una señora que pasa el día en el teléfono con voz muy alta.»

«Mire, Porfírii, yo tengo contacto con la embajada soviética. El otro

día me visitó un muchacho que quería adiestrarme en Corea del Norte. Estamos planeando un viaje espacial. Fui orador en un mitin de estudiantes. Escapé a una persecución policiaca.» Porfírii comenzó a caminar a paso más veloz. Nikolái lo tomó del brazo para detenerlo. «Y le voy a decir lo más grave. En esta casa hay libros prohibidos.» Porfírii prefería ocuparse de rentas, perros y señoras de alta voz. «Por escribir o por leer esos libros la gente ha sido apresada, desterrada, torturada y fusilada.»

Era raro un escritor de Rusia o de la Unión Soviética que no hubiera sido acosado por el aparato del zar o del partido, pero sólo unos cuantos escribieron sobre tal tema, pues se ganarían justo la suerte que estaban denunciando. En *El camarero*, ante la inminente visita de la policía, el padre le pregunta al hijo: «¿Tienes, quizá, en tu cuarto libros prohibidos?». La literatura clandestina era prueba más contundente que una declaración firmada.

«Esta noche, Porfírii, venga con nosotros al Sályut.»

A la censura política, había que sumar la moral, que metía sus pudibundas narices en cualquier verso. Ahí donde Pushkin había escrito «no muchas noches venturosas el destino le había dado», el censor tachó para escribir «no muchos días venturosos el destino le había dado», pues, según justificó, «la ventura nocturna huele a sexo». Pushkin protestó: «¡Noches, noches! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué hora de las veinticuatro ofende la sensibilidad del censor?».

«Le prometo, Porfírii, que no le serviremos su café.»

El policía no dijo ni sí ni no.

Nikolái supo que debían guardarle un lugar en la mesa.

Esa noche no usarían la troika. El caballo debía descansar. Además, tenían otros planes.

Como el teléfono de casa estaba arrancado, usaron una caseta pública para llamar a varios sitios de taxi, pero ninguno disponía de autos negros. «Esta ciudad rascuache», dijo Marfa. «En cualquier lugar civilizado se rentan limosinas negras.» Griboyédov tenía un amigo que regenteaba una agencia funeraria. No había gran diferencia entre cualquier auto negro y una carroza fúnebre. «Podremos transportar dignamente al tísico en su féretro», dijo Nikolái. Griboyédov le llamó a su amigo. Le propuso, le suplicó, apeló a la amistad, enalteció el arte, la historia y la literatura, pero nada. Al final le ofreció dinero.

«A las nueve de la noche vendrá el chofer», dijo cuando colgó el teléfono.

El hombre fue puntual. Justo a la hora acordada se detuvo el auto negro. Le extendió las llaves a Nikolái. «Mañana tenemos entierro», dijo. «Vendré temprano por la carroza.»

El vehículo fúnebre compartía su negrura con la noche. En verdad insinuaba una de esas marías negras de las que habla Ajmátova en su *Réquiem*. «En la bendecida muerte no habré de olvidar el rumor de las marías negras, la puerta repugnante que se cierra con un golpe, y la anciana que gritaba como bestia malherida.»

Echaron al tísico en su féretro en un espacio reservado para cargar con él. Griboyédov se apropió del volante. Nikolái tomó el otro asiento delantero y las tres mujeres se acomodaron en el espacio libre de la plataforma.

Cuando llegaron al Sályut, vieron el cartel. «Noche de los poetas asesinados. Botana gratis.»

En la mesa ya los esperaba Guerásim. Su rostro era hosco. Él debía haber pasado su noche de bodas de otro modo. Ahora estaba mal afeitado, oloroso, y así Lenochka no lo iba a querer.

Bebieron varias rondas. Otra vez le procuraron a Guerásim una dosis que le hiciera perder la conciencia. Nikolái miraba el reloj. Ya se hallaba inquieto y malhumorado cuando se acercó un parroquiano. «Allá afuera lo busca un policía.» Nikolái apuró su copa y fue a la salida.

«¿Por qué no entra?»

Porfírii señaló el cartel. «Prohibida la entrada a mujeres, menores de edad, vendedores ambulantes, policías, militares y demás uniformados.»

«Mi querido amigo», Nikolái lo tomó del brazo, lo condujo adentro. «¿Cómo quiere usted instaurar un régimen de terror si se detiene ante la ley?»

El propietario dejó su sosegado puesto tras la barra para cerrarles el paso.

«Es un disfraz», dijo Nikolái.

Como hasta la fecha todo lo que organizaran los ocupantes de la mesa del rincón se había traducido en mayores ventas, el propietario los dejó pasar. Porfírii se sentó en ese círculo que se continuaba ensanchando. Marfa de inmediato le sirvió vodka en un vaso. El policía lo miró un rato con desconfianza. Luego comenzó a beber. En efecto, sabía a vodka.

«Deme la pistola.» Nikolái extendió la mano como quien espera una moneda.

No era normal ver un arma en el Sályut. En los viajes espaciales

debían de estar prohibidas, puesto que apenas serían útiles para suicidarse o matar a un colega cosmonauta. Ningún director de los programas espaciales tomaría en serio la posibilidad de encontrarse con un enemigo extraterrestre. De cualquier forma habría sido interesante llevar una pistola a la luna para hacer algún experimento práctico como el de la pluma y el martillo. En un viaje realizado seis meses antes, Alan Shepard había cargado con un palo de golf y dos pelotas. Hizo volar una de ellas una distancia indeterminada. Él dijo: «Millas y millas», en tanto la veía recorrer el vacío. Quizás una bala escaparía de la luna para surcar eternamente el cosmos. Cualquier navegante espacial del futuro correría el riesgo de morir por una bala perdida.

«¿Está cargada?»

Era doce de agosto. Se conmemoraban diecinueve años de la Noche de los Poetas Asesinados. «¿Diecinueve?», dijo Griboyédov. «Esperemos hasta el año entrante para celebrar los veinte.» Desde su rubicunda borrachera, Guerásim no entendía el amor de los hombres por los números redondos. «El veinte», dijo, «es un número prostituible por el uno, el dos, el cuatro, el cinco, el diez y por sí mismo; en cambio el diecinueve es monógamo u onanista.»

Para no dejar los números primos, Nikolái dijo que aquella noche de 1952, habían sido asesinados trece judíos en la prisión de Lubianka. Entre ellos estaban los poetas Peretz Markish, Itzik Feffer, Leyb Kvitko y Dovid Hofshteyn, y también el narrador David Bergelson. «Así es, damas y caballeros, este esbirro de Stalin», Nikolái señaló a Porfírii, «sin más conciencia que la ideología del partido, acabó con éstas y otras almas; pero hoy nos ocupan los poetas.» El policía se revolvió en su asiento. Los parroquianos lo miraron con odio respetuoso. Luego de cuatro años de arresto, se celebró el juicio. Todos los acusados, a excepción de Feffer, habían sido torturados con asidua crueldad. Uno de ellos llevó la cuenta. Había recibido dos mil ciento treintaitrés golpes. Al final, tal como estaba planeado desde un principio, a todos se les declaró culpables. «Los declaro enemigos de la Unión Soviética», Nikolái fue señalando a Griboyédov, al tísico, a Marfa, Prascovia y Guerásim, «agentes del imperialismo norteamericano, burgueses nacionalistas y sionistas». Marfa gritó: «¡Soy inocente!», pero el juez la mandó callar. «Y por lo tanto, los condeno a la más severa medida de castigo.» Tal como se guardó silencio en aquella fecha de 1952, ahora los parroquianos se mantenían callados y expectantes. «Ejecución mediante pelotón de fusilamiento», proclamó Nikolái, «y toda su propiedad será

confiscada.» Esto último significaba que sus viudas quedarían en la calle, sus libros serían proscritos, sus versos inéditos habrían de permanecer inéditos.

La sentencia hablaba de un pelotón de fusilamiento porque así estaba redactada la ley, pero Nikolái no podía imaginar que tal norma se siguiera al pie de la letra en los sótanos de la Lubianka. Sin duda la usanza era un huérfano tiro en la nuca.

Nikolái se paró delante del féretro. Tomó al tísico de la oreja. «Venga para acá.» Le preguntó a Porfírii en un susurro. «¿Está descargada la pistola?», pero el policía ya estaba un poco ebrio. «Yo, señor…», respondió.

La estampa del tísico era la de un hombre torturado. Bata hospitalaria, temblorosas piernas flacas, rostro quebrado. «Señor David Bergelson», dijo Nikolái, «usted salió de Alemania huyendo de la persecución de los nazis, y mire dónde vino a parar.»

El tísico se puso de rodillas. «Tierra, oh, tierra, no cubras mi sangre.» Entonces Porfírii le puso el cañón en la nuca y disparó.

Tal como corresponde en esos casos, el tísico se dirigió a su féretro.

«Leyb Kvitko», llamó Nikolái, condujo a Griboyédov lentamente hacia el claro entre las mesas que conducía al baño. «Usted declaró que su único dios es el poder de los bolcheviques, pero de poco le ha servido delante del antisemitismo de Stalin.»

Griboyédov sintió el metal del arma de Porfírii en la nuca. «Y esta amarga calamidad nos alcanzó justo cuando más brillaba nuestro sol», clamó. El gatillo se accionó y el poeta cayó junto a la puerta del baño, en el que se acumulaban peores tufos que los de la muerte.

«¡Dovid Hofshteyn!», la voz de Nikolái fue marcial. Prascovia Fiodorovna abrazó a Lenochka. «Adiós, hija, recuerda que un poeta nunca muere.» Caminó con la mirada altiva al sótano de la Lubianka. Le dirigió una mirada compasiva a Porfírii, luego clavó los ojos en su hija. «El recuerdo de mi sangre, la calidez de mi corazón, es lo que entrego a mi madre, a mi tierra.»

El disparo.

Cayó sobre el cuerpo tibio de Kvitko.

En la mesa, bebiendo una limonada, Lenochka lloraba.

Fue el turno de Peretz Markish. Marfa se dirigió al improvisado patíbulo. La ejecución hubo de postergarse unos minutos, pues la mesera pidió un receso para reponer las botellas de cerveza vacías. Se apresuró cuanto pudo para no romper la solemnidad del evento. En vez de la fusilata, se escuchaba la voladura del gas carbónico al saltar las corcholatas. Peretz Markish pensaba que tal interrupción sólo

prolongaría su pesadumbre, pero también se dio cuenta de lo grande que resultaba prolongar la vida, así fuera por un momento. Mirar a la mesera yendo y viniendo con bebidas, haciendo las cuentas, ver el humo que expulsan los fumadores, aspirar ese humo, sentir el temblor de las manos, recordar un momento de la vida, el sabor del mandelbrot, la última copa de vino. Respirar. Ah, si tan sólo esa mesera se moviera más despacio. «La vida», se dijo Marfa, «la vida es cosa preciosa aun en ese sótano delante de los cadáveres de los compañeros, escoltada por esos esbirros sin alma.»

«Listo», dijo la mesera.

El verdugo Porfírii se acercó silencioso. Peretz Markish lo sintió a su espalda. «No sientas vergüenza por tu cuerpo agujerado, por tu dolor», murmuró Marfa entre dientes. «Deja que se avergüence la eternidad.» Y se sumó a la eternidad de la muerte.

Itzik Feffer fue el último convocado. El más renuente. Guerásim estaba a gusto en su silla, sorbiendo su alcohol. Pero hubo de obedecer. Todavía en el último momento pensaba que se trataba de un equívoco. Quizás, como con Dostoyevski, llegaría una orden para salvarlo de la ejecución. Feffer había sido informante, había delatado a cientos de judíos que ya habían sido eliminados o enviados a campos de concentración. Pero él había escrito un poema titulado «Soy un judío», en el que repetía ese verso como letanía. «La ruin espada de dolor y lamentación nada sagrado en mí destruirá: mi gente, mi fe, mi cabeza sin inclinar. No impidió que yo fuera libre y fiel. Bajo esa espada grité: ¡Soy un judío!» Comprendió que estaba en ese sótano a punto de morir, no porque hubiese conspirado contra la Unión Soviética, no porque hubiese sido un criminal, no porque sus versos fuesen peligrosos, sino precisamente porque era un judío. «¡Soy un judío!», clamó Guerásim dando una gran voz, y la respuesta fue el estruendo del arma de Porfírii, para hacer ver que ése no era el imperio de la hoz y del martillo, sino de la horca y del gatillo.

La detonación retumbó en el espacio cerrado del Sályut sin metáforas: como un disparo. El más sorprendido fue el propio Porfírii, que se enfundó el arma caliente con la mano temblante y apenas alcanzó a decir: «Yo creí que…». Tampoco hubo retórica atinada para el olor a pólvora, que se había extendido como reguero de pólvora.

Esa noche en que se conmemoraba la Noche de los Poetas Asesinados hubiera sido tan trágica como la propia Noche de los Poetas Asesinados si no fuera porque allá en el fondo del baño se quebró el espejo y Guerásim se reía quién sabe de qué, tal vez de la bellísima broma de estar vivo.

El mundo no tiene noticia de que alguna vez viajaran muertos tan felices como los que iban esa madrugada en aquella carroza fúnebre y zigzagueante recorriendo las calles de Monterrey. Eran muertos borrachos y amorosos que nunca durante su vida habían sentido tanto apego por la vida. Eran poetas muertos. El más radiante era el tísico Antón. Tosía melódicamente. A cualquiera decía que lo amaba, sin distinguir sexo, edad, raza o religión. Sólo Prascovia le respondía «yo también, yo también» y le amasaba las rodillas. El tísico defendía su puesto en el féretro porque ahora parecía el lugar más apetecible de todos. Y claro estaba que el sitio de privilegio en una carroza lo tenía él y los demás muertos iban acaso vestidos para la fosa común. «Bésalo, Prascovia», gritó alguien, y la mujer se echó encima del tísico y las bocas embonaron y, cada vez que ahogaban un tosido, a ambos se les inflaban las mejillas y los ojos parecían estallar. El volante se lo habían dado a Guerásim porque su estado de ebriedad completa lo haría gobernar la carroza como una nave sideral que no ha de detenerse por semáforos en rojo ni señales de alto ni por señas de algún trasnochado agente de tránsito. Porfírii se echó a reír diciendo que su deber era arrestarlos a todos para llevarlos a algún sitio de torturas porque «en este país de mierda», así lo dijo, «porque en este país de mierda…» y ya no supo continuar. Griboyédov le pidió a Guerásim que se acercara a la orilla de la calle; asomó medio cuerpo por la ventanilla para jugar a esquivar los postes de luz que le pasaban rozando por la cabeza. «Ole», decía Marfa cada vez que lo veía hacer un pase. De cuando en cuando escuchaban algún rechinido de llantas de los autos que frenaban en seco para no chocar con ellos. «Esto es mejor que la troika», dijo Nikolái. «¡Sí!», asintió Lenochka. Griboyédov les dio la sorpresa de sacar dos botellas, una de brandy, la otra de whisky. Sin ninguna ceremonia las destaparon y las pasaron de trago en trago. Brindaron por la poesía, por las novelas, por la vida que era poesía y las novelas que eran la vida. Para entonces ya habían salido de la ciudad y enfilaban por una carretera, quién sabe si hacia el norte o hacia el sur, a Petersburgo o a Moscú. El velocímetro temblaba «como una gallina cuando la sumergen en agua fría», según dichos de Chéjov, manteniéndose en el rango entre los ochenta y cien kilómetros o verstas por hora en ese vehículo acostumbrado a no rebasar el lento paso de una procesión. La noche era clara, estrellada, y quizás eso fue lo que dio a Nikolái la idea. «Hagamos una caminata espacial, mis queridos poetas asesinados.» La celeridad del viento estorbaba la fantasía, pero igual era el viento lo que la volvía emocionante. «Hora de abrir la escotilla», dijo Marfa. Nikolái quitó el seguro y empujó las

dos portezuelas traseras. Resultaba más arrebatador mirar hacia atrás, hacia el planeta que se deja, que hacia adelante, al firmamento que nunca se alcanzará. Nikolái se paró en la orilla del abismo. La carroza estaba adornada con ciertas molduras metálicas en el techo que representaban cruces, pero que en esa andanza no eran sino agarraderas. Se aferró a ellas para abandonar el apoyo de los pies y subir al techo. El viento presentaba gran resistencia y el ruido que provocaba al chocar con las orejas ahogaba los demás sonidos. Gritó, suponiendo que sí lo escucharían. Gritó fuerte que una vez más el hombre había conquistado el cosmos. «¡El cosmos!» Necesitaba emitir palabras magnas. «¡La humanidad!» Quiso ponerse de pie, pero muy pronto supo que sería imposible. «¡El infinito!» Entonces pidió la correa que utilizan los enterradores para bajar el féretro al foso. Sí lo escucharon, y una mano se alzó con ella. Nikolái la hizo pasar por entre la ventanilla izquierda y la derecha, y ató un nudo ciego, de modo que hiciera las veces de un cinturón de seguridad para quienes quisieran subir al techo. Y así, uno a uno fueron subiendo, no por la escotilla trasera, sino por las ventanillas. Subió incluso el tísico, que se sentía sin fuerzas, aunque era quien presentaba menor resistencia al viento. Allá arriba se aseguraron a la correa. Se hablaban a gritos, sin certeza de que se estuviesen escuchando. Lenochka alzaba los brazos y reía. Prascovia abrazaba a su tísico. Porfírii temblaba de miedo. Sólo Guerásim se sentía como el desdichado piloto del módulo de comando que debía perderse de la fiesta, mientras los compañeros bajaban a la luna, cantaban, bailaban, jugaban, y de paso se volvían héroes. Decidió apagar los faros de la nave espacial. Con mucho esfuerzo alcanzaba a distinguir las rayas de la carretera, y en más de una ocasión no fue con los ojos, sino con el oído, como se dio cuenta de que ya estaba perdiendo la ruta. Escuchó la algarabía sobre su cabeza. Se cantaba una canción judía de quebranto, pero con un ritmo alegre al que sólo los muertos tienen derecho. Él jugaba con el volante tratando de llevar la cadencia de la música y no se dio cuenta de que en sentido contrario venía un enorme camión cargado con géneros o calabazas o fierros viejos. El maldito camionero, sin ver la carroza de luces apagadas, se sentía dueño y señor de la carretera, y no se preocupaba por guardar su carril. Cuando por fin Guerásim lo detectó, se quedó encandilado y paralizado como dicen que se quedan los conejos cuando el cazador los alumbra con una lámpara. Allá entre los caminantes espaciales, Prascovia notó el trance y alcanzó a decirse que esa noche le tocaba morir dos veces, y que mejor había sido su muerte de poeta. Tomó la mano del tísico y comenzó a decirle que,

después de todo, no sería su viuda. También Lenochka vio las luces mortales, pero ella no percibió el peligro. Estaba segura de que los fanales eran dos cometas que pasarían a izquierda y derecha. A Guerásim lo único que se le ocurrió para escapar del destino, fue pisar aún más el acelerador en busca de la famosa velocidad de escape. Y el azar, que siempre anda causando accidentes que nunca debieron ocurrir, por esta vez desdeñó una tragedia que estaba firmada y sellada en todas sus copias.

Todos se menearon con el bamboleo que provocó el roce de las dos naves y gritaron, no con espanto, sino con la euforia que provocan los juegos mecánicos.

«¡Viva la vida!», Griboyédov arrojó al vacío la botella vacía de brandy.

Y quienquiera que esa noche junto a la carretera los viera pasar, dejaría de temerle a la muerte.

Al final, el único que sufrió la borrachera fue aquel difunto que sería enterrado por la mañana, pues ante la falta de carroza, habrían de meterlo en una camioneta repartidora de pan.

14

En el trato con prestamistas, podía hacerse algo más bajo que partirles el cráneo con un hacha. Quizás ni siquiera había bajeza en asesinarlos de manera brutal, pues tal acción podía justificarse al punto de convertirla en algo digno, hasta heroico. Dostoyevski poco a poco nos va describiendo a la usurera Aliona Ivanovna. Dice que es «de ojos agudos y malignos», que tiene un «fino y largo cuello parecido a la pata de una gallina». Su departamento es ordenado, los muebles bien encerados y no se distingue ni una mota de polvo; esto podría parecer una virtud, pero se nos informa que «así suele suceder en casa de las viudas viejas y malas». Luego nos enteramos de que la usurera le pega a la hermana, que ofrece a los clientes la cuarta parte de lo que vale una prenda; se le tilda de «vieja estúpida, imbécil, inútil, mala, enferma», y así, cuando Raskólnikov se dirige a matarla con un hacha, está seguro de que «lo que él se proponía llevar a cabo no era un crimen». A esas alturas, sólo un lector sin rasgos humanos podría desear que Raskólnikov se viera iluminado en el último momento por un rayo de bondad y acabara por darle a la prestamista, no un hachazo, sino un beso en la mejilla.

Algunos personajes de Tolstói cargan contra banqueros y prestamistas por igual; dicen que su oficio «es una infamia, es ir contra la ley», es de gente que «procede mal, que ha olvidado a Dios», aseguran que el dinero «ellos se lo embolsan y despellejan al pueblo».

Ningún prestamista era atractivo, fino, valeroso; solían ser viejos, de cara repelente, gordos, abotagados, indignos, desalmados, decrépitos, bribones, crápulas, y hasta los había jorobados. Tenían el mayor de los defectos humanos: la codicia. Con frecuencia eran judíos, lo que para algunos autores era un defecto más, y si no eran judíos, podían lo mismo insultarlos con tal epíteto.

Nikolái se apersonó en la oficina de Griboyédov, no el cosmonauta Griboyédov, no el amigo de juergas y entierros, sino Griboyédov el prestamista. Tenía la intención de cometer la más grande bajeza a la que se puede llegar con gente de esa calaña: pedirle un préstamo.

«Necesito unos rublitos», dijo Nikolái con la idea de que el

diminutivo aligeraba la vergüenza.

«¿Traes el hacha?»

«Hoy no vengo a matarte. En verdad necesito dinero.»

El deudor pierde estatura; el acreedor la gana. El deudor procura el mayor recato, como si tuviera una enfermedad afrentosa; el acreedor hace preguntas impertinentes. ¿Para qué quieres el dinero? ¿Cuándo vas a pagar? ¿Y si no? ¿No será para alcohol? ¿Tu mujer está enterada? ¿Por qué no mejor consigues un empleo?

Hay amigos o parientes que siempre ostentan su dinero, excepto cuando se les solicita un préstamo. «El único dinero que me queda es para el ataúd y para que digan misas por mi alma.»

Griboyédov ofreció una silla a Nikolái, y él se sentó al otro lado del escritorio. «¿Cuánto?»

Más que dinero, lo que Nikolái necesitaba era pedir dinero. Chéjov llegó a escribir: «Pedir prestado a todo el mundo es un rasgo nacional de todos los rusos». No había que ser un pordiosero para pedir; al contrario, era actividad más común entre la clase acomodada, y siempre hay mayor vergüenza en pedir un kópek que en pedir cien mil rublos. El mismo Chéjov modeló un personaje con la manía de pedir dinero y la desfachatez de agregar: «No se trata de un préstamo porque no tengo la intención de pagarle».

«Tres mil rublos.»

Nikolái dijo tal cifra porque era la cantidad que apremiaba a Dmitri Karamazov, por la que estuvo dispuesto a matar.

«Te doy treinta», dijo Griboyédov. «¿Y la prenda?»

Tres mil o treinta. A Nikolái le daba lo mismo.

«No hay prenda. Se supone que somos amigos.»

Griboyédov se rio.

Dmitri Karamazov se había humillado delante de la señora Jojlákova. «Usted me pide tres mil rublos», le dijo ella, «pero yo le daré más, incomparablemente más; yo voy a salvarlo Dmitri Fiodoróvich, pero es preciso que me escuche.» Y el orgulloso Dmitri ha de volverse un lambiscón, elogiar a la señora Jojlákova mientras la oye pronunciar una estupidez detrás de otra. «Esos tres mil rublos es como si los tuviera ya usted en el bolsillo, y no tres mil, sino tres millones.» La señora desvaría, habla de cría de caballos, de minas de oro, de la misión de la mujer, y cuando por fin parece que va por el dinero, regresa con apenas una medallita de cierta mártir. Le da a Dmitri su bendición, una serie de consejos, y lo manda a explorar el mundo en busca de minas de oro.

«Espérame», Griboyédov se incorporó. Se perdió tras una puerta.

Nikolái se sumergió en una espera infinita. Se sintió en un cuento de Bábel. Esperó resignado, como el campesino espera en una oficina pública. Dormitó durante dos horas o quizás más. Hacía mucho tiempo que la tarde se había transformado en noche, el cielo ennegreció y sus vías lácteas se colmaron de oro, de brillo y de frescor. Esperó hasta la una de la madrugada y llamó.

«¿Te burlas de mí?»

Griboyédov abrió por fin la puerta. Tenía un contrato en la mano.

Nikolái lo leyó. Volvió a preguntar. «¿Te burlas de mí?»

La prenda era Marfa Petrovna.

«La vendiste por treinta rublos», dijo Griboyédov. «Te ofrezco la misma cantidad.»

Nikolái firmó.

Oblómov había dicho que «una deuda es un demonio que no se puede exorcizar más que con dinero».

«Estoy endemoniado», dijo Nikolái. Lo hubiese dicho con orgullo si no fuese porque contrajo la deuda para perder el orgullo.

Griboyédov sacó un fajo de billetes. Fue colocando uno a uno sobre el escritorio hasta el veintinueve. Por un fingido accidente, el último billete cayó al suelo. Nikolái lo recogió.

«Treinta rublos el día treinta.»

Por deudas se había perdido el jardín de los cerezos; por deudas el mayor de los hijos Golovliev había perdido su casa de Moscú, para luego morir intoxicado de alcohol y melancolía; por deudas Dostoyevski había tenido que interrumpir *Crimen y castigo* para pagar con *El jugador*; por deudas a Tolstói le habían enajenado la casona paterna; pero Nikolái no había leído sobre alguien que perdiera a su mujer por deudas.

Se había esforzado en vano por comprender por qué existía total obligatoriedad de pagar las deudas de juego. En el caso de un préstamo, se entendía que cierta cantidad de dinero pasaba de unas manos a otras, y ésta debía volver a su legítimo dueño; pero en un juego de cartas alguien pasaba a deber sin que la otra parte hubiese transferido nada. Las deudas por préstamos a veces se condonaban, se aligeraban, se postergaban, se olvidaban o se eternizaban según las reglas de los negocios o la bondad de los hombres. No las deudas de juego. Nikolái se preguntaba por qué el ser humano podía rebelarse a tantas cosas, pero no a una dama de picas que apareciera por mero azar.

Volvió a casa endeudado. Guardó los treinta rublos entre las páginas de *Almas muertas*, justo ahí donde dice: «Bueno, ya estaría de

Dios. Deme treinta rublos por cabeza y quédese con ellas».

Marfa comenzó a hablarle de quién sabe qué. Él no prestaba atención. Miraba a su mujer y pensaba en la cláusula tres del documento que acababa de firmar. Ella seguía hablando y Nikolái asentía con la cabeza. Sólo dejó su isla cuando captó que Marfa esperaba una respuesta. El silencio se iba alargando. En ella se percibía una irritación creciente.

Él la abrazó. Fue la respuesta correcta.

Después de varias jornadas de estar emborrachando a Guerásim con el propósito de evaporar su memoria, llegó el momento en que el recién casado tuvo apetencia por la vida conyugal. ¿Por qué iba a dormir otra noche en cualquier calleja si había recibido en dote esa bonita casa amueblada en estilo moderno con dos cómodas habitaciones, amplia sala-comedor, cocina integral, lavandería, dos baños completos, terraza de doce metros cuadrados, patio de servicio, pisos de loseta, cancelería de aluminio y acabados de primera? «Llévame a casa, Lenochka», dijo Guerásim, «a nuestra casa.»

Los demás se quedaron en silencio. Sabían que su deber era protestar, pero cada uno se quedó esperando a que otro fuese el primero en alzar la voz.

La más osada fue Prascovia Fiodorovna. «Señor Guerásim», dijo. «Tome en cuenta que la habitación de la niña está decorada con muñecas.»

Guerásim se despidió de todos con una silenciosa inclinación de cabeza. Tomó a Lenochka de la mano. Ambos salieron a encontrar su fortuna.

A Dostoyevski acudían constantes pensamientos de hombres perversos con niñas. «Sensuales», les llamaba a esos hombres, «voluptuosos». En *Crimen y castigo* tiene a Svidrigáilov, un tipo de cincuenta que piensa casarse con una muchacha que no ha cumplido los dieciséis. «Aún con la falda por la rodilla, un capullito todavía sin abrir», se relame Svidrigáilov delante de Raskólnikov. «Me parece que esos dieciséis años, esas miradas todavía de niña, esa timidez y ese pudor a punto de las lágrimas son superiores a la belleza.»

Miraron por la ventana. Lenochka se había detenido. Quizás deseaba volver. Mandar al diablo a ese podrido borracho.

Guerásim le acarició la mejilla. Le dijo algo al oído. Le dio un caramelo.

Continuaron su camino.

También continuó Svidrigáilov. «Me la siento en las rodillas y ya no la suelto. Ella, claro, se pone colorada como la aurora, pero yo la estoy besando a cada instante. Su mamá le hizo ver que, ¡diantre!, para eso es tu marido, y así es como hay que hacer. Y ella se puso toda encarnada y derramó unas lagrimillas y no quería rendirse.» Svidrigáilov termina diciendo que, en pocas palabras, la chiquilla «es una perla».

Raskólnikov le había partido el cráneo a dos mujeres, pero seguía siendo un buen muchacho; en cambio Svidrigáilov consentía sus fervores y eso lo volvía un hombre siniestro. «En resumen», escupe Raskólnikov, «que a usted esa enorme diferencia de edades y de experiencias le produce voluptuosidad.»

Enseguida, Svidrigáilov pasa a relatar la historia de una niña de trece años a la que hacen bailar el cancán, la hacen dar vueltas y piruetas. Pero Raskólnikov ya no quiere escuchar más: «Deje usted sus mezquinas y ruines anécdotas, hombre corrompido, bellaco, sensual».

Svidrigáilov podía dejar las anécdotas, no así Dostoyevski.

Griboyédov maldijo a Svidrigáilov con palabras igualmente dedicadas a Guerásim.

Esperaban ver en la ventana a Lenochka, pero la calle estaba vacía.

Nikolái se tumbó en el sillón. «Dostoyevski había hablado de una muchacha, enteramente una niña, que alguien embriagó para abusar de ella.» Raskólnikov dijo al policía: «Mire usted cómo lleva de roto el traje, mire usted cómo va vestida. Por fuerza la han vestido manos inexpertas, de hombre».

Marfa dijo que si esa noche no habían podido emborrachar a Guerásim, «ahora mejor será que nos emborrachemos nosotros».

Había en casa una especie de luto. Prascovia no le hacía mimos al tísico; apenas le aferraba la mano.

«Pero Dostoyevski», dijo Nikolái, «no se detendría ahí, e hizo pasar a Svidrigáilov por una fantasía con una niña de cinco años.»

Cada quien concibió a su manera esa habitación decorada con muñecas. Sólo Prascovia usó la memoria y no la fantasía.

Esa niña de cinco años, desde la cama «ha abierto ambos ojos, los cuales lanzan su mirar inflamado e impúdico, le llaman, le sonríen… Algo infinitamente monstruoso y afrentoso había en aquella risa, en aquellos ojos, en toda aquella ruindad». Svidrigáilov se espanta. «¡Cómo! ¡A los cinco años!», balbucea. Pero ya ella se ha vuelto hacia él con toda su carilla encandilada y le tiende los brazos.

«Menos mal que ese hombre tenía un límite», dijo Marfa.

El que no lo tenía era Dostoyevski.

Se escucharon golpes en la puerta. Todos sintieron un gran alivio. Tanto así que nadie fue a abrir, hasta que otra vez se escucharon los golpes. «Mi niña», dijo Prascovia y fue a abrir.

Era Porfírii. «Yo…», dijo.

«El maldito esbirro de Stalin», anunció Griboyédov.

«Me olvidé», dijo Nikolái. «Le pedí a Porfírii que viniera a arrestarme por matar a la usurera o por tener literatura prohibida.»

Lo invitaron a entrar. Marfa le trajo su café. Él supo que debía pasar por ese trago si deseaba ser aceptado. «Dos de azúcar», dijo.

«Estamos, Porfírii», dijo Prascovia, «estamos en una noche de bodas que no es la nuestra.»

«Iván Karamazov», dijo Nikolái, «habla de un flagelador que tortura a una niña de siete años y se calienta con cada golpe hasta la pasión, literalmente hasta la voluptuosidad. Asegura que en cada hombre se esconde una fiera de placer excitado por los gritos de la víctima torturada.»

«¿Por qué tenemos que hablar de tal brutalidad?», a Prascovia le temblaba la voz. «Amor debe haber entre marido y mujer.»

«Eso es aún peor, Prascovia Fiodorovna», Nikolái caminaba alrededor del féretro. «Con la violencia tenemos al agresor sin máscara, podemos distinguir al diablo en sus ojos. Yo, señora, maté a una usurera. Le partí el cráneo con un hacha. ¿Tendría usted mejor opinión de mí si la degüello mientras le musito linduras al oído?»

Porfírii se revolvió en su asiento sin decir nada.

Tolstói no hubiese compartido el espanto de Dostoyevski hacia esos hombres. Él se apasionó por una muchacha porque era «¡Una niña! O sin duda parece niña». Tolstói le doblaba la edad cuando se casaron. La noche de bodas la poseyó con violencia, goloseando la inocencia de su mujer. Ella habría de escribir en su diario: «Comenzó el tormento por el que han de pasar las esposas. Fue agónico, vergonzoso. ¡Cuán doloroso! ¡Cuán terriblemente humillante!».

Dostoyevski llegó a espantarse de su propia disipación artística. Escribió un capítulo tan depravado que hubo de extirparlo de su novela *Demonios*. Mas no lo destruyó, y fue su viuda quien años después lo dio a la luz. Cuenta la historia de un tal Stavroguin que acusa falsamente de robo a una niña de doce años para ver cómo la patrona la golpea con un palo de escoba hasta hacerle sangre. En otra ocasión, cuando la encuentra sola, el hombre le besa las manos suavemente. Entonces, según la confesión de Stavroguin: «La niña me echó los brazos al cuello y empezó a darme besos apasionados. Tenía el semblante en éxtasis». Se da un silencio en la narración para no

mencionar lo inmencionable, y se reanuda con un simple: «Cuando todo terminó…».

Los presentes escuchaban a Nikolái casi sin respirar. Nunca se captaba tanto la atención de las personas como al narrar una atrocidad. El propio Dostoyevski, antes de que optara por la censura de ese capítulo, lo había leído a un grupo de amigos igualmente silenciosos.

Stavroguin sabe que la niña se va a suicidar. No la detiene. La ve subir al desván. Le da veinte minutos. Luego decide aguardar quince minutos más. Para cuando sube a buscarla, ya está el cuerpecito sin vida pendiente de la soga.

Ahora sí se oyeron las fuertes aspiraciones de pulmones que dejan su modorra. Si bien Nikolái había hablado de una niña llamada Matrioscha compuesta cien años atrás con palabras, todos le dieron sustancia con las facciones de Lenochka.

Entretanto a Guerásim le iban colgando los pecados de Stavroguin, de Svidrigáilov; la lascivia de Tolstói.

Porfírii llevó la mano a la cacha de la pistola porque estaba componiendo en su cabeza una historia de justicia o de venganza.

«No vayan ustedes a creer que Stavroguin no tenía conciencia.» Nikolái volvió a captar la atención. «Ocurre que veía grandeza en una conciencia enfangada.» Se acercó a Prascovia, le puso las manos en los hombros. «El hombre pensó en pegarse un tiro, pero después halló algo mejor para lisiar su vida de por vida.» Miró unos segundos a esa mujer buena. «¿Sabe usted qué hizo?» Y ante el silencio de Prascovia, él mismo respondió: «Se casó con una idiota». Nikolái soltó una carcajada. «¡Con una idiota!» Continuó su risotada tan fuerte que no pudo darse cuenta de que él solo se reía. El tísico dejó de toser para que nadie confundiera lo que salía de su pecho. «¡Se casó con la idiota del pueblo!» Se reía y se reía y le daba palmadas a Prascovia en la espalda y le brotaban lágrimas de la risa. «¡La idiota!» Él mismo se avergonzaba de su risa sin poderla contener ni podía explicarse a sí mismo qué carajos le causaba tanta gracia. Y por más contagiosa que pudiera ser la risa, esta vez no contagió a nadie, ni hubiera podido contagiar a nadie en la época en que Matrioscha se ahorcó, ni a los borrachos de cualquier pasado en que el humor fuera vulgar y torcido, ni al séquito de Pedro el Grande, que soltaba risotadas ante las conductas más ramplonas, ni contagiaría a nadie en un futuro en que se relatara el suceso de la noche de la carcajada imparable que casi asfixia a un tal Nikolái Nikoláievich Pseldónimov.

Recuperó la compostura. Buscó un sitio donde sentarse. «La risa

roja.» Sintió una mezcla entre vergüenza y temor. «Cuando la tierra enloquece, empieza a reírse así. Porque ya sabes que la tierra se ha vuelto loca.»

Habían apagado las luces. Si alguien tenía que hablar, lo hacía en voz baja. El tísico Antón tosía discretamente.

«Es hora», dijo Porfírii. «Vámonos.» Nikolái asintió. Extendió ambas manos para que el policía lo esposara. «Por atrás.» Las manos fueron a la espalda y ahí quedaron capturadas.

Nikolái no había leído que los soviéticos o los zaristas emplearan esposas, pero tampoco había leído lo contrario. Grilletes sí. Eran muy comunes, y se hablaba de la humillación de llevar grilletes, uniforme de presidiario y, sobre todo, la cabeza rapada.

Sí le constaba que los arrestos no los realizaba una sola persona. Iban en pares, al menos. Pero no solía haber violencia. Todo escritor verdadero esperaba la visita nocturna de la Cheka o la NKVD o la KGB. Algunos dormían vestidos. Otros tenían su neceser de presidiario. Sólo Gorki dormía tranquilo.

Dos hombres habían arrestado a Solzhenitsyn. Le arrancaron las charreteras, la estrella de su gorra.

Tres bestias habían llegado una noche por Mandelstam.

Dos habían arrestado a Isaak Bábel.

Nikolái se hubiese sumado a la lista de no ser porque sintió que Porfírii lo liberaba.

«Otra noche», dijo. «Ahora tengo mucho sueño.»

«La maldad del hombre tiene horarios.»

«Yo…», el policía se guardó las esposas y se fue a casa.

En verdad así era mejor. Todos estaban cansados.

15

Nikolái vio que era una mañana como cualquiera; pero Iván Bunin solía adornar esos ordinarios amaneceres con melifluas palabras: «Cuando despertó por la mañana, lo primero que encontraron sus ojos fue el alegre sol; lo primero que escucharon sus oídos fue el jubiloso repicar de las campanas de la iglesia aldeana, un sonido que conocía bien desde la infancia, que surgía tras ese jardín cubierto de rocío, lleno de sombras, de resplandores alados y de flores».

Ya habían descansado con largueza. Se hallaban en torno a la mesa tomando café y pan dulce. Desde ahí vieron que se estacionaba un automóvil oscuro. Del asiento trasero, bajaron dos hombres correctamente vestidos. «Maldito Porfírii», Nikolái fue a vestirse.

Marfa recibió a los dos hombres y les ofreció café. Ellos apenas respondieron un monosílabo y se siguieron derecho a la habitación. Miraron con paciencia a Nikolái en lo que se abotonaba la camisa. «Póngase zapatos», habló uno.

Así solían ser los esbirros soviéticos, preocupados por el calzado de la víctima. Cosa natural, pues los sacaban de madrugada a un exterior en el que podía enseñorear el frío y la nieve. Nikolái ató las agujetas sin prisa. Luego se puso el abrigo y el gorro de lana que había usado en sus primeras andanzas petersburguesas.

«Se va a cocinar», dijo uno o el otro.

Lo llevaron al salón. Ahí lo sentaron junto a Marfa. Marido y mujer se tomaron las manos mientras los dos agentes procedían a la confiscación.

«Son muchos libros», dijo uno.

«Habrá que inspeccionarlos», dijo el otro.

Nikolái susurró a Marfa que eso de «uno» y «el otro» iba a cansar pronto. Le hizo ver que ambos eran jóvenes y tenían la fuerza para someterlo en caso de que se resistiera al arresto; pero él había leído que con los agentes todo era miedo y docilidad. Casi ni de palabras de protesta. El que en ese momento se hallaba a la izquierda de ellos, mirando el librero, era alto y fibroso. «Se llama Sidórchuk», dijo Nikolái. «El otro, con cuerpo de luchador, es Zablovski.»

«Yo no sé», volteó Sidórchuk. «Dígame usted.»

«Es natural», respondió Nikolái. «Usted es un agente, policía, testaferro o sicario. Sujetos como ustedes terminan incautando todo, y dejan que alguien en la Lubianka se encargue de leer.»

Zablovski tomó un libro al azar. «*Doctor Zhivago*», anunció.

«Rotundamente prohibido», dijo Nikolái. «El manuscrito tuvo que viajar a escondidas para publicarse en Italia.»

«*El maestro y Margarita*», señaló Sidórchuk.

«Censurado. Nunca pudo ver la luz en vida del autor.»

«*El dolor de tener talento*.»

«Prohibidísimo, pero la gente igual hacía copias y lo representaba en casa.»

«*Demonios*.»

«A veces permitida, a veces censurada.»

«*Un día en la vida de…*», comenzó a leer Zablovski.

«Ése sí se publicó, pero por una relajación en la censura», dijo Nikolái. «Ahora mismo ya está prohibido.»

«*Almas muertas*.»

«¡Basta, señores! Prohibida o tolerada, toda buena literatura es revolucionaria, revoltosa, insurgente, liberadora, dignificadora. ¿Necesitan que les enliste más delitos?»

«Zablovski», dijo Sidórchuk, «¿tienes un saco de yute?»

«Sólo el que le pondremos en la cabeza al detenido.»

Entonces se dirigió a Marfa. «Señora, ¿nos facilita un saco?»

Ella les trajo la talega del mercado. Ellos echaron dentro diez o doce libros. Echaron también lo que les pareció una obra en proceso: resma de papel, tintero y plumas.

«¿Y el señor por qué está en un féretro?», Zablovski señaló al tísico.

La puerta se había quedado abierta y entró Porfírii, saludando muy contento. Esperaba tomarse un café recién hecho.

«Son un poco brutos tus amigos», le dijo Nikolái.

Porfírii hablaba poco. Ahora fue suficiente no decir nada.

Los hombres tomaron uno de cada brazo a Nikolái. Lo condujeron a la salida. Él quería caminar lentamente, pero ellos lo impelían con fuerza y potestad. Pronto estuvieron en el auto. Pronto el auto arrancó.

No le pusieron el saco de yute. Bastó con que le jalaran el gorro de lana hacia abajo.

Les habrá parecido gracioso a esos hombres, porque rieron.

Nikolái pensó en tantos escritores arrestados. A ellos no les cubrieron la cara. A nadie se la cubrían. No hacía falta. Todos sabían

bien adónde los llevaban.

Y al mismo tiempo era un gran secreto.

Metido en una celda con apenas una mirilla en la puerta metálica, Nikolái clamó por sus derechos. Escuchó risas. Se sofocaba con el abrigo y el gorro, pero no se decidía a quitárselos. Sobre él, un foco pendiente de unos cables. Lo que más le mortificaba era una vasija de peltre en el rincón. Nikolái quería gritar «¡Soy inocente!», pero ¿inocente de qué?, o ¿culpable de qué? Afuera de esas cuatro paredes había un sistema de injusticia que armaba delitos a partir de cualquier fruslería. Se entraba inocente en la prisión de Lubianka y se salía rumbo a los trabajos forzados o hacia la muerte con un amplio historial delictivo. Uno de los poetas judíos asesinados había dicho que estaba listo para asegurar que era sobrino del papa y trabajaba bajo sus órdenes. En cuestión de torturas, Stalin no tenía derechos de autor, pero sí de producción en masa. Era heredero de una larga tradición impulsada por Iván el Terrible, quien llegó a hacer de los suplicios un arte o una diversión. Aquel zar practicaba los tradicionales empalamientos y desollamientos. Perfeccionó las hogueras comunes para rostizar a sus víctimas a fuego lento como lechones, y cuentan las crónicas que llegaba a despertarse su apetito. Embalaba a marido y mujer, a veces incluyendo hijos pequeños, y los echaba por un hueco recién abierto en el hielo de un río. Gustaba de ahorcar a alguna mujer sobre la mesa de un comedor; ahí servía la cena para el marido y los hijos, con la advertencia de que perdería la cabeza quien no comiera alegremente. Nikolái pensaba en esas cosas aunque sus captores en ningún momento habían utilizado la violencia, pero el cautiverio ya era un modo de tortura. Fue a la puerta y se paró de puntas para mirar por la mirilla. Apenas vio un muro sucio. Pensó en gritar «¡sáquenme de aquí!» o «¡auxilio!», pero ambas opciones eran ridículas. Pensó en Isaak Bábel. Stalin y otros mandos comunistas le tomaron malquerencia desde que publicó *Caballería roja*, pero tenía un protector: Máximo Gorki. A Gorki le había dedicado un cuento autobiográfico en el que el niño Bábel tiene la ilusión de poseer un palomar. Luego de más de un año de esmerarse en los estudios, lo aceptan en la escuela, por lo que su padre lo premia con el dinero para las primeras palomas. Las compra en el mercado, y va regresando feliz a casa con las aves cuando alguien se las arrebata. Agarra la más bonita y, mitad con el puño, mitad con la paloma, le da al pequeño Bábel un fuerte golpe en el rostro. «Estaba tirado en el suelo y por mi

sien se escurrían los intestinos del pájaro despachurrado.» Bábel pierde sus palomas, y a su alrededor se lleva a cabo un pogromo en el que habrían de morir cientos de judíos.

No parecía un cuento que enalteciera los ideales marxistas, y ningún otro texto de Bábel lo hacía. Por eso, cuando Gorki murió repentinamente en 1936, Bábel dijo a su mujer: «Ya no me permitirán vivir».

Se oyeron pasos firmes por el corredor. Así era de esperarse: pasos firmes, sonoros, dejando eco. Algo más militar que policiaco. También, como era de esperarse, para abrir la puerta fue necesario un estruendo de llaves, pasadores y cerraduras. En cambio los goznes estuvieron bien aceitados.

Nikolái acompañó al personaje por el pasillo que conducía a la sala de interrogatorios. La lectura le había enseñado que la saña de los tormentos iba en función de la resistencia del detenido. Si todo lo confesaba de una buena vez, el proceso sería breve y pronto estarían deportándolo a un campo de trabajos forzados o pegándole un tiro. En la época de los zares, había un sacerdote para encargarse del auxilio espiritual de los condenados; después de la Revolución, cada quien se encargaba de su alma.

Lo sentaron en una silla sin acojinamiento delante de un escritorio. Ahí estaban sus libros.

«Señor Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, ¿sabe usted de qué se le acusa?» El silencio se prolongó. Una lámpara fluorescente se hizo notoria con su zumbido eléctrico. Nikolái sabía que la pregunta era un anzuelo; el arrestado podía morderlo e inculparse de un crimen que no estuviera considerado por los captores.

Le costaba mantener la fantasía de estar en la Lubianka porque en vez de un gran retrato de Stalin, el muro exhibía uno de Luis Echeverría.

«Aquí está su declaración», Zablovski le acercó tres papeles mecanografiados.

Ahí se enlistaban sus varios delitos. «Conspiración con agentes extranjeros para derrocar al gobierno. Posesión y distribución de literatura prohibida. Asesinato de la usurera Aliona Ivanovna. Sedición. Proxenetismo. Secuestro de un tuberculoso. Corrupción de menores.»

«Aquí lo único verdadero es la literatura y la usurera», dijo Nikolái. Mas apenas había hablado, decidió negarlo también, pues recordó una anécdota sobre Isaak Bábel. Se había encontrado en casa de Gorki con el jefe de la policía secreta, y le preguntó: «¿Cómo se debe actuar en

caso de caer en las garras de sus hombres?», a lo que el funcionario contestó: «Hay que negar todo, sea cual sea la acusación, hay que decir no, y seguir diciendo no». Suena sencillo. Pero uno no está negando una infidelidad ante la mujer. Vsevolod Méyerhold había dicho no. Lo había negado todo. Pero luego tuvo que gemir: «Me pegaron, a mí, un viejo enfermo de sesentaicinco años: me obligaron a tenderme en el suelo boca abajo y me golpearon con una correa de goma en los talones y en la espalda. Días después, cuando mis piernas mostraban abundantes signos de hemorragias internas, me aporrearon de nuevo con la correa sobre esos mismos moretones rojos, azules y amarillos, y me dolía de tal manera que parecía que me estuvieran vertiendo agua hirviendo y me puse a gritar y a llorar de dolor. Los ojos derramaban torrentes de lágrimas causadas por el insoportable dolor físico y moral. Descubrí mi capacidad de enroscarme y convulsionarme, de aullar como un perro».

Nikolái sabía que las torturas físicas se guardaban para los más curtidos. El inicio se daba con tormento sicológico. Comenzaba con largos interrogatorios que se podían alargar más de veinticuatro horas sin descanso.

Sidórchuk revolvió los libros como si fuesen enormes fichas de dominó. «Están subrayados.» Tomó uno al azar, o quizá ya lo había elegido con antelación. Era el primer tomo de *El Don apacible*. «Si no te ves en la necesidad, no tienes que matar a los animales, a un ternero u otro cualquiera, pero al hombre sí. El hombre es un ser impuro, es una basura que ensucia la tierra, vive como una seta venenosa.» Pasó unos capítulos y leyó: «¡Abajo la autocracia! ¡Abajo la guerra imperialista! ¡Viva la unidad indestructible de los trabajadores de todo el mundo!».

Nikolái interrumpió la lectura: «Disculpe, amigo, pero esa novela no está prohibida, todo lo contrario. Antes de que le dieran el Nobel al autor, ya le habían dado el Premio Lenin y el Premio Stalin.»

«Aquí no estamos haciendo crítica literaria», Zablovski acompañó su frase con un palmazo en la nuca de Nikolái.

Sidórchuk tomó otro volumen. «*La madre*», dijo con voz solemne, y abrió el libro en las primeras páginas. «Somos todos hijos de una sola madre, de un mismo pensamiento invencible: el de la fraternidad de los trabajadores de todos los países.» Leía como si estuviese pronunciando un discurso. «El derrocamiento del orden existente es una gran obra, camaradas. Somos enemigos de la propiedad privada que desune a los hombres, los arma a unos contra otros, crea una inconciliable rivalidad de intereses, miente pretendiendo ocultar o

justificar este antagonismo y pervierte a los hombres con la mentira, la hipocresía y el odio.»

«Me suena comunista», Zablovski clavó la mirada en Nikolái.

«¡Es comunista!», dijo Nikolái. «Por algo Stalin le obsequió a Gorki una enorme residencia *art déco* en el centro de Moscú.» Cerró los ojos unos segundos, hasta que sintió que lo golpeaban con un libro de la Editorial Progreso encuadernado en pasta dura: *Así se templó el acero*, de Nikolái Ostrovski.

«Los bolcheviques lanzaron a todo el mundo unas palabras terribles para los burgueses», Sidórchuk continuaba en su papel de orador: «¡Proletarios de todo el mundo, únanse! He aquí donde está nuestra salvación, nuestra esperanza de una vida feliz, en la que los trabajadores sean hermanos. Afíliense, camaradas, al Partido Comunista».

En un principio a Nikolái le había confundido que los libros más celebrados en la Unión Soviética fueran los que ahora le echaban en cara; pero no dejó de confortarle vivir en un mundo en el que la literatura fuera tan principal que debía coartarse por razones políticas, morales, religiosas o sociales.

Tomaron a Nikolái por las axilas para llevarlo de nuevo a su celda. Él podía caminar perfectamente, pero supuso que debía aflojar las piernas para que lo arrastraran como a un desbaratado.

Tan pronto se quedó solo supo que su situación era muy auténtica precisamente porque parecía una mala comedia.

Las historias de prisión eran muy socorridas por los literatos, pero apenas en ocasiones tenían que ver con temas de justicia o injusticia y pasaban a ser de supervivencia. El relato más inquietante en asuntos de justicia lo había escrito Tolstói. El comerciante Axionov es condenado por un asesinato que no cometió. Jueces, amigos, sociedad y hasta su mujer lo consideran culpable. Así es que decide no apelar a la justicia terrena sino a la divina. Se pone a rezar con suma devoción. Reza durante veintiséis años en la prisión hasta que se da con el verdadero asesino. Axionov muere justo cuando llega la orden de su liberación.

Nikolái no rezó. Estaba satisfecho con su suerte, lo mismo inocente que culpable. Sólo esperaba que no lo condenaran a muerte. Entre los ajusticiados, siempre sintió mayor piedad por Isaak Bábel.

Desde niño, Bábel había sido un prodigio. Su cerebro absorbió cuanto los cerebros pueden absorber. Su memoria tenía versos,

cuentos, pasajes completos de novelas, de la Biblia y el Talmud, ideas, proyectos, bromas ingeniosas, chistes de judíos y muchas palabras por escribir. El cerebro del sicario que le metió el tiro en la nuca tenía interferencia radial, dos monosílabos y tres consignas partidistas.

«No me dejaron terminar mi trabajo», había dicho Bábel cuando lo arrestaron.

Le incautaron sus papeles.

Llevaron a cremar su cadáver el diablo sabe adónde.

Sus manuscritos, llenos de palabras vivas, fueron a la hoguera.

En muchos libreros hay un hueco; en muchas almas quedó el mismo hueco.

El hombre de la pistola y los monosílabos sonrió satisfecho por haber cumplido con su deber de asesino, pero no de hombre.

«¡Tengo hambre!», Nikolái gritó por la abertura en la puerta.

El hambre es natural en el ser humano. Se llega a sentir más de una vez al día. Sin embargo, cuando la literatura habla de hambre, por lo general se refiere a una condición más profunda y duradera. En casa, bastaba la expresión «tengo hambre», para echar a andar la preparación de alimentos. El hambre era la expectativa de un placer. Ahora Nikolái había gritado eso mismo y no obtuvo respuesta. No podía pensar que Sidórchuk y Zablovski, al escucharlo, se hubiesen metido en la cocina a preparar ese pato rociado con alcohol que un cazador había obsequiado a Zhivago. «¡Un pato silvestre!», dijo la mujer de Zhivago. «¿De dónde lo has sacado? ¡No puedo creerlo! En los tiempos que corren resulta una verdadera fortuna.»

«¡Tengo hambre!», llamó Nikolái con poca convicción.

Dostoyevski repitió en distintas novelas que «la pobreza no es un vicio» y otros trataron de caminar por la misma vereda, asegurando que los pobres estaban más cerca de Dios; por eso hubo muchos ánimos que rabiaron cuando Chéjov publicó *Campesinos* y rompió con la tradición sentimental del buen menesteroso. Hizo ver que nada hay más bajo en el ser humano que la pobreza y el hambre, que es difícil distinguir entre un pobre y una bestia. Tolstói se escandalizó, dijo que ese texto era un pecado contra el pueblo; pero lo dijo desde su invención moral, desde su posición de noble y terrateniente. Chéjov venía de familia de campesinos esclavos, por eso no creía en la filosofía de Tolstói. Aseguró que veía más amor por la humanidad en la electricidad y en la máquina de vapor que en la castidad y el vegetarianismo.

«¡Hambre!», clamó Nikolái que ya no quería pensar en Isaak Bábel porque le resultaba vergonzoso lamentarse de un vacío en el estómago cuando estaba por ser ejecutado.

Averchenko tenía una historia navideña sobre la pobreza, el hambre y el frío. En la Nochebuena caminan un novelista y un pintor. «El frío era muy intenso, el viento atacaba furioso las casas y los árboles y no perdonaba a los transeúntes.» Entonces se topan con un niño indigente. «Me muero de frío», dice el pequeño. Al principio se compadecen de él, piensan ayudar al hambriento, pero pronto se dan cuenta de que en los cuentos de Navidad siempre hay un niño pobre en necesidad. Entonces lo tildan de lugar común y siguen su camino.

Eso se sentía Nikolái: un lugar común. Una vez que un hombre se halla en una pequeña celda, ha de plagarse de lugares comunes: el encierro, el hambre, el temor, las incomodidades, la desazón de la primera noche, la humedad, el sonido de los pasos por el pasillo, las palabras talladas en los muros, la rendija por la que se puede atrapar un poco de sol, los cantos de las aves allá en el exterior que hacen anhelar la libertad.

Por la abertura de la puerta entró una mano que dejó caer una manzana.

Nikolái se imaginó a sí mismo como un preso desarrapado que va por el alimento con meneos de simio y se apresura a devorarlo. Se quedó tendido en el camastro. Ahí se quedaría a menos que le arrojaran un pollo asado.

La manzana le había puesto triste. La imagen de esa manzana que había rodado por el suelo sucio hasta quedar cerca de la vasija de peltre. Era esa manzana y eran todas las manzanas. Hacía tiempo que manzanas y peras lo ponían triste.

Años atrás había leído un cuento de Andreyev titulado «La niebla». Un terrorista perseguido se esconde en un burdel. Se encierra con una prostituta en una pequeña habitación. Ella no sabe que él es un prófugo; lo considera un cliente como cualquiera. Dice: «Mandaré que traigan dos peras y dos manzanas».

Nikolái se llenó de tristeza.

Una prostituta.

Dos peras y dos manzanas.

Dado que para el terrorista es un escondrijo y no una casa de placer, pasa ahí mucho más tiempo que un cliente ordinario, y alarga sus conversaciones con la muchacha. En la relación comienza a flotar

algo parecido al amor. Quince páginas más adelante, ella le pregunta: «Y usted, ¿no quiere una perita?».

Al final se presenta la policía luego de recibir un pitazo. Con poco forcejeo arrestan al criminal. Sin ser una obra maestra, el relato tuvo gran efecto sobre Nikolái. Sobre las manzanas y las peras.

Andreyev supuso que su historia trataba la relación de un hombre fuera de la ley con una mujer fuera de la virtud, pero Nikolái supo ver que el centro estaba en esas dos manzanas y esas dos peras. Quizás sólo él. Y supo que si en ese momento entrase alguien en su celda, así fuera un abogado, un escritor o un pintor, lo primero que atraparía sus ojos y su conciencia no sería el malhadado prisionero, sino esa manzana amarillenta, triste y golpeada, tan ajena a una prisión como a un prostíbulo.

Nikolái aceptó de buen grado la prisión. Se dijo que era parte del entrenamiento de un cosmonauta. Todo candidato debía permanecer de diez a quince días en una cámara de aislamiento. No sabía cuál era la utilidad de semejante prueba, cuando la misión de Gagarin había durado menos de dos horas desde el despegue hasta el aterrizaje. Otras pruebas parecían bastante lógicas. Vestir el traje espacial en un ambiente con temperatura de cincuentaicinco grados, tirarse en paracaídas, pasar por el simulador de gravedad cero, la máquina centrífuga, la cámara de baja presión y la cámara de vibraciones. ¿Pero quince días en soledad? Aun cuando saliera de su órbita y se perdiera para siempre en el espacio, la cápsula Vóstok no llevaba oxígeno para quince días.

El adiestramiento de un recluso era más estricto. Cámara de aislamiento por varios años, fríos bajo cero sin cobija, palizas continuas, privación del sueño, baños con agua helada, pésima alimentación, picar toneladas de piedra. Los señoritos del espacio eran unos mimados.

Le habían traído un plato con frijoles y tortillas. La manzana seguía en el suelo. Ni Pushkin ni Dostoyevski ni Tolstói habían probado las tortillas; pero sí lo hicieron Mayakovski, Gagarin, Tereshkova y Yevtushenko cuando pasaron por México. Llevó el plato a la cama. Se preparó un taco. Luego se puso de pie sobre la cama y, en el momento de morderlo, saltó al vacío. Subió de nuevo a la cama y volvió a saltar en el momento de tragar. Los cosmonautas solían abordar un Tupolev que subía y bajaba en parábolas, alterando sus velocidades de ascenso y descenso para semejar una caída libre y suscitar la fantasía de

ausencia de gravedad. Cada simulación duraba unos treinta segundos, tiempo que aprovechaban los futuros seres del espacio para realizar ciertas actividades cotidianas, como comer.

Morder, masticar, tragar.

Salto, salto, salto.

Morder, masticar, tragar.

Sidórchuk lo observó por la mirilla. Fue a darle el aviso a Zablovski. «Enloqueció.»

Ambos se tomaron turnos para observar al prisionero.

Al fin se acabaron los frijoles. Nikolái jadeaba de cansancio porque no era cualquier cosa hacer en esa pequeña celda lo que se hace en Tupolev.

Se corrió el cerrojo.

Entraron los dos hombres.

Quién sabe qué le iban a decir, pero cambiaron de plan cuando Zablovski señaló la manzana en el suelo.

Solzhenitsyn condena a Iván Denísovich a tres mil seiscientos cincuenta y tres días de trabajos forzados, aclarando que los tres días de más corresponden a los años bisiestos; Dostoyevski envía a Raskólnikov a Siberia por un periodo de ocho años; y Tolstói hace que un juicio torpe e inhumano sentencie a la inocente Máslova a la privación de todos sus derechos civiles y a la deportación para realizar trabajos forzados durante cuatro años.

Para Iván Denísovich una jornada transcurre como cualquiera, y le llama «un día casi feliz». Luego de un año, Raskólnikov se dice: «¡Siete años, sólo siete años! Al principio de su felicidad habrían estado dispuestos a considerar aquellos siete años como siete días». Mientras que Máslova pierde interés en cualquier recurso para anular su condena: «Si no la anulan, no me importa. Si no merezco el castigo por esto, lo merezco por otra cosa». Ante el cautiverio, los tres tomaban una actitud de valentía, resignación y hasta aprobación.

Nikolái, en cambio, cumplía apenas veinticuatro horas preso y ya perdía la entereza.

Había hecho una lista de las bendiciones de vivir en libertad, y la que ocupaba el primer sitio era dormir en su propia cama con la mujer a canto.

No iba a caer en la usanza de pensar que cuando se pierde la libertad se comienzan a valorar las pequeñas cosas, porque nada es pequeño si se valora.

A pesar de su inclemencia, Nikolái entendía el sistema presidiario de los trabajos forzados. Se trataba de que el criminal retribuyera algo a la sociedad a cambio de su delito. Eso opinaba Dostoyevski y había que creerle, puesto que lo vivió de primera mano. Hablaba dos tipos de trabajos: uno que se realizaba simplemente para entretener a los presos y otro que sí tenía sentido. Los presos, al primer tipo de trabajo, «se entregaban siempre con indolencia y apatía». Pero si el trabajo era práctico y útil, «entonces literalmente se animaban, y aunque la faena no les produjese ningún provecho, yo mismo pude ver cómo apuraban sus fuerzas para terminar cuanto antes y lo mejor posible; el amor propio contribuía también a interesarlos».

Nikolái llamó por la abertura de la puerta hasta que acudió Sidórchuk. «Deme, su señoría, mis enseres de escribir.»

Oyéndose llamar así y no viendo problema en cumplir con la petición, trajo los aperos de escritura.

Nikolái se aposentó en el suelo y admitió el camastro como mesa. Miró esa hoja que había dejado a inicios de escritura en un tiempo que ya le parecía muchas vidas atrás. «San Petersburgo, Imperio Ruso, Fiesta de la Epifanía, 1871.» Leyó en voz alta. «Contrato celebrado entre.» Se preguntó qué habría ocurrido si aquella noche, en vez de presentarse en el Sályut, hubiese hecho las cinco copias del documento. Escribió: «Todas las familias felices se parecen unas a otras». Se preguntó por qué el anhelo del ser humano era llegar a ese estado de sonriente futilidad. Así habían sido él y Marfa antes de aquella Fiesta de la Epifanía del seis de enero, o diecinueve de enero, según el calendario que Rusia adoptó en 1918, por lo que la Revolución de Octubre había comenzado el siete de noviembre; fecha en la que se podía celebrar el aniversario de la muerte de Tolstói, a menos que se hiciera cada veinte de noviembre. Volvió a mojar la pluma en el tintero, la sostuvo un rato sobre el papel sin alcanzar a escribir nada. Una gota escapó de la punta afilada y se estrelló contra la blancura de la hoja. Pensó en cómo iniciaban las novelas de prisioneros. «En las remotas regiones de Siberia, en medio de estepas, montañas y bosques impenetrables, se encuentran a veces pueblos de mil y hasta de dos mil vecinos, de casas de madera, destartaladas y con dos iglesias: una en el pueblo, la otra en el cementerio», eran las primeras palabras de *Memorias de la casa muerta*. En cambio *Un día en la vida de Iván Denísovich* comenzaba: «A las cinco de la mañana, como siempre, suena el toque de diana: unos martillazos sobre un trozo de riel, suspendido ante el barracón del Estado Mayor. El intermitente repiqueteo llega atenuado a través de los cristales, cubiertos con dos

dedos de hielo. Pronto cesa porque, como hace frío, el guardián no tiene ganas de estarse mucho rato en el exterior agitando el brazo». Shalámov también comenzaba con una imagen de invierno: «¿Cómo se abre camino en la nieve virgen? Un hombre echa a andar, sudando y maldiciendo, apenas arrastrando los pies, atascándose a cada minuto en la nieve suelta y profunda». Nikolái suponía que el encierro lo acostumbraría al encierro, pero el frío nunca lo acostumbraría al frío. Solzhenitsyn pregunta si acaso el que está caliente es capaz de comprender al que se está helando. En nada era el ser humano tan caprichoso como en la temperatura. Ésta podía ir desde el cero absoluto, a menos doscientos setentaitrés grados, hasta una indecible cantidad de millones de grados, y sin embargo el ser humano se sentía apenas cómodo en un rango de cinco o seis grados; debajo de eso, se quejaba de frío; arriba, se lamentaba del calor. Ninguna frase en la novela de Solzhenitsyn le había impresionado tanto como: «La temperatura es de veintisiete grados bajo cero. Shújov tiene treintaisiete sobre cero. ¿Quién vencerá a quién?». Había leído que en una estación espacial, la temperatura exterior podía ir de menos ciento cincuenta grados hasta ciento cincuenta grados, dependiendo si le pegaba el sol o se hallaba en la oscuridad. Allá arriba quedaba claro quién vencería a quién.

Nikolái era un vil preso, pero ninguno de esos arranques narrativos le servían para expresar su propia situación. Con su mejor caligrafía, escribió: «*Un día en la vida de Nikolái Nikoláievich*». Luego ensayó varios inicios:

«Estoy entre cuatro paredes…».

«Oh, libertad, preciado don que…»

«La manzana, reseca, yacía en el suelo…»

Se preguntó para qué las comas, y escribió: «La manzana reseca yacía en el suelo…».

Esta línea le gustaba más, pero no sabía cómo continuarla, de modo que tachó todo lo escrito. La prisión era un buen tema literario, pero sólo si caía en manos de alguien con talento. Ya lo había dicho Dostoyevski: «No está la cosa en el argumento, sino en saberlo ver; el que sabe ver siempre encontrará un argumento; el que no, andará como ciego; nada valioso hallará en ningún argumento. ¡El modo de ver es lo principal! Lo que para uno es un poema, para otro es una pila de estiércol». A él, como presidiario sin talento, le correspondía buscarse un fierro afilado para tallar en el muro: «Nikolái estuvo aquí».

Llegó el segundo interrogatorio. En vez de la imagen del presidente Echeverría pendía una de Stalin. Sobre la mesa de los agentes Sidórchuk y Zablovski se hallaba la declaración en espera de ser firmada.

«Cuando la gente llega aquí», dijo Sidórchuk, «se cree inocente, pero a la vuelta de unos días se acusa de crímenes que nosotros ni siquiera habíamos imaginado.»

Isaak Bábel se había creído culpable de escribir poco; al final, firmó que era un espía del gobierno francés confabulado con André Malraux. Si se dice que los seres humanos repasan su vida poco antes de morir, los escritores repasan sus obras. «¿Dónde está la maldita línea que ofendió a las autoridades? ¿En qué párrafo me incriminé? ¿Por qué mis historias son antisoviéticas?» Zablovski dio un manotazo sobre un folio con un soneto manuscrito. «¡Explíqueme esto!»

Nikolái murmuró los primeros cuatro versos:

> Yo conquistador con peto de acero

Yo venturoso cazando una estrella
Yo voy por abismos y acantilados
Y en jardines dichosos me doy tregua

«Es un poema de Gumíliov», dijo.

Sidórchuk le dio una bofetada. «Ésa no fue la pregunta.»

«¿Por qué los tres primeros versos comienzan con la primera persona del singular?», cuestionó Zablovski. «¿No le parece individualismo?»

«¿Por qué me lo pregunta a mí?»

Otra bofetada; esta vez se la dio Zablovski, más fuerte y certera.

Nikolái pensó en *El que Recibe las Bofetadas*, una pieza teatral de Andreyev. El protagonista es un hombre inteligente y respetable, pero derrotado, que pide trabajo en un circo. Sin experiencia como cirquero, se hará llamar El que Recibe las Bofetadas. Su acto consiste en tratar temas de hombre culto, mientras que Poly y Tily le dan bofetadas. El público lo disfruta en exceso porque así es el público. A veces la jornada termina con cincuenta bofetadas; a veces, más de cien.

«En el segundo verso», Zablovski amenazaba con la mano abierta, «¿qué estrella quiere cazar? ¿No será la estrella roja del partido?»

«Eso pregúnteselo a Gumíliov.»

Poly y Tily le dieron varios bofetones. Nikolái pudo ver perfectamente a un público que lanzaba risotadas.

«Si se escribe *nosotros* en vez de *yo*, se muere el ritmo y el endecasílabo.»

Bofetadas.

«La estrella será otra, pues el poema se publicó antes de que existiera el partido.»

Bofetadas.

Nikolái ya no estaba preso delante de dos policías, sino en un circo que lo llenaba de aplausos. Tenía que decir algo inteligente para recibir las bofetadas. Eso encantaba al público. Porque abofetear a alguien por estúpido haría que el público se sintiese abofeteado.

Citó a Pásternak: «El arte sirve siempre a la belleza, y la belleza es la felicidad de poseer una forma; la forma, a su vez, es la llave orgánica de la existencia, pues todo ser vivo debe poseer una forma para existir, y de ese modo el arte, incluida la tragedia, es el relato de la felicidad de existir».

Poly lo abofeteó.

Citó a Solzhenitsyn: «La tarea de un escritor es elegir los asuntos más universales y eternos, los secretos del corazón y la conciencia humanos, la confrontación entre la vida y la muerte, el triunfo sobre el desconsuelo espiritual, las leyes de la historia de la humanidad que nacieron en tiempos inmemoriales y que dejarán de existir sólo cuando el sol deje de brillar».

¿De verdad esa tarea tan magna se echaban encima los escritores? Hubo unos segundos de solemne silencio, uno de esos instantes en que el ser humano está a punto de dejarse tocar por lo más elevado, pero le vence el miedo, se refugia en la vulgaridad, en la masa y el pastelazo.

Bofetadas de Tily.

Ya sin voluntad para citas largas, invocó a Alekséi Rémizov: «La fantasía es el don de la juventud eterna».

Metralla de bofetadas.

Una bofetada dolía más por la deshonra que por el manotazo; pero luego de varias docenas, el dolor era más físico que moral.

«No estoy en oferta», Nikolái forcejeó para ponerse de pie y se retiró a un rincón. Puso los puños y brazos en guardia.

«Firme aquí», dijo Poly.

Dócil, vencido, lloriqueante, Nikolái fue a firmar.

Cuando se retiraba a su celda, recibió de Tily una bofetada más.

De vuelta en su encierro sentía el rostro ardiente, pero no se iba a quejar. Imaginó que el ardor de Guerásim habría sido mayor cuando lo picaron de viruelas.

La prisión era algo indeseable en tiempo presente, pero no en pasado. ¿Qué hubiese sido Dostoyevski sin la prisión? Tal vez un narrador sentimental. ¿Qué hubiera sido Solzhenitsyn sin los ocho años en Siberia? Quizás un maestro aldeano. ¿Y Varlam Shalámov sin sus casi veinte años de presidio? Quizás un poeta pasadero. Hacía falta la prisión o cualquier equivalente, ya fuera el destierro, la enfermedad, la guerra, el hambre, algo que permitiera ver más adentro de la piel.

La reina de todas las condiciones era el cautiverio en Siberia, porque entrañaba el destierro, la enfermedad, la guerra, el hambre, el frío y los trabajos forzados; la injusticia, la nostalgia, el deseo de libertad, de vida y de muerte, el miedo, el compañerismo, el paso del tiempo, la sumisión, la rebeldía, prácticamente todas las inquietudes humanas, excepto el gusto por los huevos Fabergé. «Digno de envidia es el destino de los pisoteados», escribió Pasternak, «porque ellos

tienen algo que contar de sí mismos.» Tolstói llegó a asegurar que: «Puedes inventar todo lo que gustes, pero no la sicología, y Gorki está lleno de invenciones sicológicas porque ha descrito lo que no ha sentido». Iván Dmítrich, en *La sala número seis*, dice a su médico: «Usted ignora por completo la realidad, pues jamás ha sufrido, y como una sanguijuela se ha nutrido de los sufrimientos ajenos». ¿Qué hubiese sido el propio Chéjov sin la tuberculosis? Quizás un ingenioso humorista; en cambio ningún autor cómo él buscó desentrañar el sentido de la vida. Ningún filósofo, tampoco.

«¡Soy un presidiario!», clamó Nikolái.

Se abrió la puerta y detrás de ella aparecieron Poly y Tily. «Sin necesidad de conducirlo a la sala de interrogatorios le haremos unas preguntas.» Aunque uno de ellos era fibroso y el otro tenía cuerpo de luchador, lo cierto es que daba lo mismo quién era quién. «¿Es verdad que usted solicitó un préstamo a un usurero de la calle Arista?» Nikolái asintió. «¿Es correcto que se comprometió a pagar al final del mes o de lo contrario entregaría al acreedor…?» Sidórchuk o Poly o Tily o Zablovski dijo que no podía continuar. Que sentía ganas de partirle el hocico a quien ofrece a su mujer como garantía. «Voy a pagar», dijo Nikolái, «ni siquiera gasté el dinero.»

Poly y Tily le dieron sendas bofetadas. Aunque no llevaban fuerza, el golpe sobre la piel herida dolía tal como lo había expresado Méyerhold.

«Sepa el ciudadano Nikolái Nikoláievich Pseldónimov que por divergencias entre los calendarios juliano y gregoriano, ha vencido el plazo, y a estas alturas el deudor ya se habrá apropiado de la fianza, prenda, resguardo o como se llame legalmente.»

«Usufructo», dijo el otro. «Creo que se llama usufructuar a la dama.»

Los dos hombres salieron. Cerraron con un portazo. Corrieron el cerrojo. Sus pasos firmes se fueron alejando.

No rieron.

Pero Nikolái escuchó sus carcajadas retumbando y haciendo eco toda la noche.

Fue una noche insomne. Los agentes soviéticos solían amenazar con ultrajar a la mujer que el acusado había dejado en casa. Eso solía demoler la resistencia. Nadie se creía con derecho de ser valiente en pellejo ajeno. «Pero yo ya me declaré culpable.» Las torturas eran para obtener una confesión. Que Sidórchuk y Zablovski vinieran a

notificarle que Marfa había sido embargada tenía que ser mero morbo. O quizás no. Después de que Méyerhold aceptara los delitos que le impusieron, dos sicarios entraron en su departamento para acuchillar mortalmente a su mujer, la actriz Zinaida Reich. Ella había hallado su mayor éxito actuando el papel principal de *La dama de las Camelias*, dirigida por su marido. Quiso la malaventura que a Stalin se le ocurriera asistir a una de las funciones. Ese hijo de zapatero se había convertido en el crítico de teatro más importante de la Unión Soviética, y en este caso su juicio fue devastador. Odió la puesta en escena. Hasta ahí, la cosa iba mal, pero se pondría peor. A Zinaida le vino la voluntad de escribir una carta a Stalin: «Usted, de teatro, no sabe nada». De modo que la siguiente crítica del dictador llegó en forma de puñaladas, torturas y balas. Con todo, los carceleros de Méyerhold no fueron tan crueles, pues cuando lo fusilaron, él no se sabía viudo y pensaba que su mujer seguía esperándolo en el departamento de la calle Briusov, que ya para entonces ocupaba una joven amante de Lavrenti Beria. Las viviendas de los artistas e intelectuales solían ser cotizadas, pues esa gente tenía buen gusto para decorar aun en la escasez. El maestro y Margarita vivían en un hermoso departamento de la calle Arbat, y un tal Aloísio Mogarich los denuncia para apropiarse del lugar. Al final, el maestro y Margarita recuperan su domicilio, y el tal Aloísio «a las dos semanas ya tenía una preciosa habitación en la calle Briusov». Si bien la casa más envidiable entre los escritores era la mansión modernista que Stalin le había obsequiado a Máximo Gorki para convertirlo en todo aquello contra lo que había escrito.

En la oscuridad Nikolái pensaba que no habían hecho falta dos sicarios para robarle a Marfa sino un papel firmado en mala hora. ¿Ella habría protestado? ¿Se habría dejado expropiar con la piel caliente? ¿Con esa misma docilidad con que los arrestados se montaban en el auto negro de los esbirros de Stalin? Pero no era lo mismo la indefensión para ir a una cárcel que para dejarse tumbar en un lecho. Imaginó la escena de varias formas: con Marfa dispuesta, Marfa indignada, Marfa decidida a resistir, pero el desenlace era el mismo y el maldito usurero se quedaba con la prenda.

Nikolái no escuchó la puerta abrirse. Descubrió a los dos hombres ahí delante de él. «Póngase el abrigo», dijo uno. El otro le acomodó la gorra de lana.

Lo llevaron al auto. Le bajaron la gorra hasta la nariz. Nikolái sabía que a muchos condenados los conducían a las afueras de Moscú. Allá había un cementerio que a la vez era campo de fusilamiento. A Boris

Pilniak lo habían ejecutado en ese lugar. Pero la policía secreta tenía muchos tiraderos de cadáveres, crematorios, osarios. Quién sabe cuál le iba a tocar a él. Cualquiera que fuese el lugar, en el futuro habría una placa conmemorativa. «Aquí yacen cientos o miles de víctimas del estalinismo.» Y las viudas irían a conmemorar ante una y otra fosa común con la presunción de que tarde o temprano atinarían a la que celaba los huesos del que fue su amado.

Dieron vueltas por más de una hora. Ahí le vino una pregunta. ¿Qué habría sido de Chéjov si hubiese llegado vivo a la Revolución? Con su amor a la vida, a la libertad, a la creación artística, nunca hubiese aceptado las ideas bolcheviques. ¿Acaso Lenin o Stalin se hubiesen atrevido a torturarlo, a asesinarlo? La respuesta era «sí». De sobra se sabía que ni uno ni otro respetaban a los viejos. Al triunfo de la Revolución, Chéjov habría tenido cincuentaisiete años; en lo más duro del terror estalinista habría cumplido setentaiocho. Era larga la lista de ancianos ejecutados. Aunque para deshacerse de hombres como ése, bien conocidos en el mundo, el régimen tenía una amplia variedad de accidentes o venenos que provocaban infartos repentinos. Al igual que a Solomon Mijoels, a Chéjov pudieron pasarle varias veces un camión sobre su cuerpo, para luego lamentarse del desafortunado accidente y darle un entierro de Estado.

Por fin el auto se estacionó. Bajaron a Nikolái. Lo pusieron de rodillas.

«No se mueva», dijo Sidórchuk.

Se escucharon pasos. El auto arrancó.

Por fin Nikolái se atrevió a levantarse la gorra de lana. Estaba solo, delante del Sályut.

«Esta noche: Fusilamiento de Nikolái Nikoláievich Pseldónimov», anunciaba el cartel. «Vodka dos por uno.»

Estaba cerrado. Era de madrugada. Nikolái tocó la puerta. ¿De verdad se habían emborrachado por su ejecución? ¿Hubo ambiente de fiesta o de velorio?

Aún no salía el sol, pero ya las nubes del oriente se comenzaban a encender.

Nikolái quería un trago de vodka, de cerveza, de lo que fuera. Comprendió en carne propia lo que Dostoyevski había sentido cuando le perdonaron la vida justo antes de ser fusilado. «¡Estoy vivo!», gritó a unos jornaleros que andaban al otro lado de la calle.

Ahí sobre la acera estaba el saco con sus libros. La vida, la libertad y hasta los libros le habían devuelto. Si Dostoyevski estuvo feliz porque le trocaron la muerte por Siberia, cuánto más feliz habría

estado si el perdón hubiese sido completo. Por eso Nikolái quería un trago. Los grandes momentos necesitaban alcohol. Dio patadas a la puerta del Sályut. Por un momento se imaginó que estaban todos ahí dentro, bebiendo, celebrando, riendo sin él.

Pero todo era silencio.

Hubo sólo un compañero de Dostoyevski que no celebró la clemencia del zar, un tal Grigóriev. Para cuando se retiraba el pelotón de fusilamiento y lo desataban del poste, ya se había alienado; su cuerpo se quedó en la tierra, pero su mente se había marchado a otra dimensión. También, por suerte, Dostoyevski había enloquecido un poco.

Nikolái deseó que su experiencia de encarcelado le hubiese desordenado el seso. Se hizo un rápido dictamen, y «estoy perfectamente cuerdo», se lamentó. Había perdido una gran oportunidad. Chéjov cuenta la historia de Kovrin, un hombre genial que, para filosofar, para encontrar las verdades profundas de la vida, conversa con un monje que sólo a él se le aparece. Su mujer se da cuenta de esto y, como es muy buena y lo quiere mucho, lo obliga a visitar médicos, tomar remedios, descansar. El monje no aparece más y Kovrin cae en la desolación por haberse convertido en un hombre ordinario. «¡Qué suerte la de Buda, Mahoma o Shakespeare, porque ellos no tuvieron familiares bondadosos ni médicos que les curaran de sus éxtasis e inspiración! Si Mahoma hubiera tomado bromuro de potasio para curar sus nervios, trabajado sólo dos horas al día y bebido leche, ese hombre notable habría dejado tan poca huella como su perro. Los doctores y los familiares bondadosos terminarán por conseguir que la humanidad se embote, la mediocridad pase por genialidad y la civilización perezca.»

«¡Mucha verdad en esas palabras!», Nikolái clamó como si tuviese un público. Maldijo a las mujeres buenas, a los padres prudentes, a los sicólogos, a los maestros metódicos.

Se echó el saco de los libros al hombro. Se encaminó a casa. Lo vieron unos niños que iban a la escuela y se echaron a correr, creyendo que era el robachicos.

16

Cuando acabó de asomarse el sol, Nikolái se dio cuenta de que su sombra se proyectaba infinita hacia la dirección en que caminaba. Sentía que eso le pasaba sólo a él, pero ocurría lo mismo a cualquier sombra de persona, de poste de alumbrado, de automóvil, de árbol. Y sin embargo hay un momento en el que un individuo metido entre una multitud se reconoce único. Él había estado en los sótanos de la Lubianka, lo habían condenado a ser fusilado y había sobrevivido. No era poca cosa. Ahora sí estaba listo para vivir, para viajar al espacio, para que su existencia dejara más huella que el perro de Mahoma y, cuando llegara el verdadero momento de partir, descansaría en una muralla del Kremlin. «¿Y usted?», preguntó a un hombre con el que se cruzó. «¿Sobrevivió?» Nikolái era un superviviente. Las vidas de seres como Dostoyevski o Solzhenitsyn no eran ordinarias. Ellos fueron al infierno y pudieron regresar. Hay algo grande en esas existencias. El adagio de que sólo se tiene una vida era válido para el común de los mortales, mas no para gente como Nikolái Nikoláievich. Él había sido un funcionario como Akaki Akakiévich, pero también había estado en Moscú para ver la partida de los remanentes de las desarrapadas tropas napoleónicas; había padecido en la Siberia imperial y en la Siberia comunista, había crecido en Yásnaia Poliana, cursado el liceo en Tsárskoye Seló, fue jurado en el juicio contra Dmitri Karamazov, conversó con el Gran Inquisidor, vivió en el apacible valle del Don, fue campesino, terrateniente, noble, miembro de la corte del zar, un apático tumbado en cama, un asesino; había sido soldado, cosaco, apostador, suicida, asesino, médico; también había sido mujer, había amado y odiado, pero sobre todo amado; conocía la rabia, el miedo, el arrepentimiento; había sido antisemita, pero sobre todo había sido judío; tuvo largas y breves enfermedades, venció inviernos que matarían a un oso; a veces sano, a veces herido o amputado, había vuelto de las guerras contra los turcos, contra Japón; de la Primera Guerra Mundial, de la Gran Guerra Patriótica, había adorado al zar, pero también colocó alguna bomba para asesinarlo; luchó con los blancos y con los rojos; y había sentido un amor muy sincero por

Odinstova, Karenina, Natasha, Dunia, Ana Sergueievna, Sonia, y perdió la cabeza por Grushenka y Margarita. «¿Y usted?, preguntó a otro hombre con el que se cruzó. «¿Se ha ido de parranda con Grushenka?» El hombre aceleró el paso. «¡Qué mujer!», Nikolái le gritó. «Por ella se dilapida una fortuna y se mata al padre.» Esas novelas hacían que el individuo llevara consigo multitudes. «Legión me llamo», podía decir un lector. Por eso muchos gobiernos perseguían a lectores y escritores. «La gran literatura», había dicho Vasili Grossman, perseguido por ser escritor y por ser judío, «defiende el derecho de cada persona de vivir en la tierra, pensar y ser libre.» Y Nikolái, con estas ideas, andaba más embriagado que si se hubiese tomado una botella entera de vodka. Mandelstam había hecho notar la importancia que tenía la poesía en su país. «En ningún lugar del mundo matan a tanta gente por ella.» Era una tradición que venía desde Pushkin, a quien el zar había desterrado por escribir su «Oda a la libertad», y es que no eran versos inanes, sino que se habían vuelto un himno de insurrección contra el poder absoluto. «Quiero cantar libertad al mundo, doblegar la vileza de los tronos.» Ahora que estaba vivo y libre, Nikolái se arrepentía de no haberle espetado un par de esos versos a sus captores: «¡Tiemblen, tiranos del mundo!», recitó desde el cruce de dos calles. «¡Esclavos caídos, levántense como hombres!» Era una pena que apenas ahora viera todo con tal claridad. Bien estuvo que no lo ejecutaran. Matar a ciertos hombres era apenas borrar una existencia; pero matarlo a él habría sido mayor crimen, pues él era portador de una estafeta hecha de palabras, y así las cosas, ningún crimen mayor había en el mundo que matar escritores. «Sea lo que sea nuestra literatura», había escrito Belinski, «tiene mucha mayor importancia de lo que aparenta: en ella, y sólo en ella, está comprendida la totalidad de nuestra vida intelectual y toda la poesía de nuestra vida.» Hay mucha muerte cuando muere un escritor verdadero.

Nikolái se detuvo a mirar a un hombre que abría su negocio. Encuadernación Artística, S. A. El letrero del aparador anunciaba: «Cuide sus libros y haga más agradable su lectura con una buena encuadernación. Servicio a domicilio. Impresiones de lujo. Encuadernación de tesis y toda clase de trabajos en plástico o en piel, pasta blanda o dura, con espiral o cosido. Sellamos credenciales al minuto. Copias fotostáticas».

Nikolái entró.

El hombre se persignó.

Unos partisanos habían secuestrado al doctor Zhivago para que les prestara sus servicios como médico. Hubo de pasar dos años con ellos, hasta que pudo escapar. Entonces busca a Lara y la lleva a su casa familiar de Varíkino, que había quedado abandonada cuando su mujer, su hija y su suegro partieron a Moscú. Hallaron la casa expoliada, aunque «una parte del mobiliario continuaba ahí». Zhivago no encontró ningún objeto personal, pero le era imposible saber qué se habían llevado sus parientes y qué se habría rapiñado.

En esto pensaba Nikolái porque cuando llegó a casa vio un letrero que decía «Se renta», y cuando quiso abrir la puerta notó que habían cambiado la cerradura.

Tocó la puerta. Hizo anteojeras con las manos para mirar por una ventana. Ahí estaban sus muebles, ahí estaba el ejemplar de *Almas muertas* en que guardó los treinta rublos, pero la casa se notaba sin gente.

Se sentó en la escalinata.

Estaba pensando en ir a casa de Prascovia y Lenochka cuando se acercó una vecina y le entregó un papel. Nikolái no reconoció la letra. «Estamos veraneando en la dacha de Griboyédov en Mélijovo.» Esto comenzaba a ponerse chejoviano.

El recado incluía un mapa hecho a mano. Mélijovo era en realidad Montemorelos, a unas ochenta verstas. Nikolái se dirigió a la central de autobuses. Como no tenía ni un kópek, pasó por una librería de viejo para vender sus libros.

El librero inspeccionó la mercancía con gestos de desagrado. «Esto ya está muy leído», señaló el desgaste en portadas y cantos. «Subrayados y apuntados.» Abrió *Un héroe de nuestro tiempo* en cualquier página, señaló una línea subrayada: «La historia de un alma humana, aunque se trate de la más mezquina, puede resultar más curiosa y útil que la historia de un pueblo entero». Alzó la mirada. «¿Está usted de acuerdo?» Nikolái se sentía otra vez interrogado. El hombre sopesó el tomo de *Guerra y paz*. «Ahora la gente prefiere versiones resumidas de trescientas páginas.» Luego inspeccionó *La madre*. «¿Se enteró?», dijo el librero. «Dicen que Stalin le ordenó a Yagoda que matara a Gorki.» Aunque el rumor era viejo, se había revitalizado en ese año tras la publicación de un libro titulado *Siete mil días en Siberia*. Nikolái no creía en tal versión. En cambio sí se sabía que ese Yagoda había emborrachado al hijo de Gorki, y lo había abandonado sin abrigo sobre la nieve para que muriera y así quedarse con su enamorada. Eso iba a decir Nikolái, pero se encogió de hombros. Sabía que el hombre había improvisado una conversación

para de pronto pronunciar la ridícula cantidad que estaba dispuesto a pagar por los libros. «Yo mismo vendré a comprarlos en pocos días», Nikolái los metió de vuelta en el saco. «Ahora deme sólo para comprar un billete de autobús a Montemorelos.»

Salió de ahí con apenas ocho rublos. Cuando la policía secreta de Stalin arrestaba a una pareja, solían encomendar a los hijos con un vecino. «Volveremos por ellos», solían decir los padres, aunque lo normal era que nunca más volvieran a verlos. Desde la puerta, Nikolái vio al librero echar el saco en un rincón como si estuviese acopiando cualquier mercancía.

Nikolái pensó que el autobús era un vehículo poco literario. El único que recordaba lo aborda Koróviev en *El maestro y Margarita* para huir, al tiempo que el gato Popota tiene que viajar de mosca en un tranvía porque no le permitieron pagar su pasaje. Nikolái se acomodó en su asiento. Deseaba que nadie se sentara a su lado. El autobús se puso en marcha cuando varios pasajeros aún se hallaban en el pasillo acomodando sus cosas. Un hombre sudoroso y pasado de peso se acomodó junto a Nikolái. «¿Para dónde va?», preguntó el recién llegado, y luego de escuchar la respuesta, prosiguió: «¿De negocios o de placer?». El motor retronaba más de la cuenta. Los trenes eran silenciosos; se viajaba en compartimientos en los que seis u ocho personas se miraban cara a cara. Eso invitaba a la conversación. Pero sobre todo en aquel entonces daban ganas de conversar porque la gente estaba preparada para eso. Quizás la pregunta inicial no fuera atractiva, pero dependía de los personajes conducirla a terrenos interesantes. Dostoyevski comienza *El idiota* en un vagón de tercera clase. La primera pregunta entre los desconocidos es: «¿Frío?» y eso da pie para que pronto se estén haciendo confesiones más personales: «Usted quizá no lo sepa, pero debido a mi enfermedad congénita, yo no conozco en absoluto a las mujeres». Chéjov tiene a dos viajantes de primera clase que entablarán una interesante conversación sobre la fama y la gloria, mas el intercambio comienza con una frase poco promisoria: «A mi padre, que en paz descanse, le gustaba que, después de almorzar, las criadas le rascasen los talones». Y acaso el viajero más desagradable de la historia ferroviaria había sido Posdníchev, aquel que en *La sonata a Kreutzer* confiesa los motivos y circunstancias que lo llevaron a asesinar a su mujer en un arrebato de celos. Según él, el origen de dicho crimen estaba en que, cuando era un muchacho, nadie le había impedido que visitara burdeles, y también en que comía

carne. Según él, lo que la gente llama amor carnal es algo «digno de cerdos», y «si no me cree, pregúntele a una niña inocente». Posdníchev aborrecía a su mujer y cargaba con una moral que todo lo enlodaba, en tanto pretendía asegurar que su situación era la de todos los hombres casados. «¿Ha notado usted algún paralelo entre la confesión de Posdníchev y la vida marital de Tolstói?», preguntó Nikolái a su compañero de viaje. Sabía que preguntas de ese tipo cortaban cualquier conversación. El hombre asintió, se quedó callado y miró al frente. Nikolái cerró los ojos. El jurado había absuelto a Posdníchev, quien concluía sus confidencias con bárbaras obviedades: «Sólo comencé a entender cuando la contemplé en el ataúd. Sólo cuando vi su rostro muerto entendí lo que había hecho. Comprendí que era yo el que la había asesinado, que ella había estado viva, activa, cálida, y por obra mía se había vuelto inmóvil, pastosa, fría. Comprendí que aquello era irreparable. Quien no conozca tal situación, no puede entenderlo». Nikolái pensó en la crítica que Tolstói hizo sobre Gorki: «Ha descrito lo que no ha sentido…», y ciertamente, aunque Tolstói nunca mató a su mujer, en incontables ocasiones se imaginó haciéndolo.

Nikolái se dijo que Posdníchev era un imbécil. Había acuchillado a su mujer cuando la vio junto al profesor de música. «Yo encontraré a mi mujer en compañía de Griboyédov, y no la voy a asesinar. Algunos hombres, mi querido Posdníchev, comprendemos sin necesidad de ver a la mujer en un féretro. Algunos hombres, mi querido Posdníchev, no queremos a la mujer muerta, sino de vuelta.»

Nikolái tocó la campana en la verja de la dacha. El autobús lo había dejado en el centro del pueblo. Se sintió un preso recién liberado luego de pasar años en algún campo de trabajos forzados en Siberia. Tenía que pensarlo así, «campo de trabajos forzados en Siberia», y no meramente «gulag» porque faltaban aún dos años para que Solzhenitsyn popularizara el término tras publicar su *Archipiélago Gulag*. Nikolái estaba inquieto por lo que hallaría en la dacha. No era una inquietud original. A más de veinte millones de reclusos que estuvieron en un gulag les había llegado el tiempo de recuperar la libertad; muchísimos de esos veinte millones tocaron una puerta que ya no se les abrió.

A él nadie le abrió, pero pudo escuchar voces. Rodeó la dacha y atrás de ella encontró un naranjal, que bien podía llamar *El jardín de los naranjos*. Ahí, bajo la sombra de los árboles, vio a su gente en torno

a una mesa. Antes que nadie, se acercó un hombre vestido de lino blanco y panamá también blanco; barba malcrecida pero bien recortada. «¡Miren quién está aquí!» Sólo entonces Nikolái reconoció que era el tísico Antón. Lo recibieron con afecto, con cortesía, pero no con la efusividad que cree merecer un expresidiario cansado y hambriento, que ha debido vender sus posesiones para costearse el viaje. «Llegaste», fue la salutación de Marfa Petrovna. Guerásim ondeó la mano. Griboyédov sólo sonrió, al igual que Prascovia y Lenochka. Él se volvió consciente de su facha, de sus varios días sin ducharse. Quería lanzarse sobre la comida. Ahora que veía a su mujer confirmó que no tenía ganas de matar a nadie. Pero esa pasividad no era lo que el mundo esperaba de un hombre. Alexéi Karenin era un tipo despreciable porque en vez de retar a Vronski a un duelo, en vez de acuchillar a Ana, en vez de volarse la tapa de los sesos, había funcionado de acuerdo con una ética de comprensión, conveniencia, bondad y perdón. «Considero que los celos son un sentimiento humillante y ofensivo, y nunca me dejaré llevar por ellos», dijo Karenin a Ana cuando sospechaba de su infidelidad. Tiempo después, habría de disiparse toda duda cuando llegan en coche a casa y Ana confiesa a su marido: «Lo amo y soy su amante». En vez de armar una escena, Karenin se apea y ayuda a Ana a bajar con su cortesía habitual. Luego tantea su situación. Sobre un posible duelo, se pregunta «¿qué sentido tiene asesinar a un hombre para definir mis relaciones con mi esposa culpable y con mi hijo?». Al final, luego de sopesar todos los factores, incluyendo al niño, le escribe a Ana: «Nuestra vida debe seguir como antes». Nikolái no se decidió a avanzar hacia Marfa. «¿Acaso soy tan detestable como Karenin?» Ana terminó bajo las ruedas de un tren porque comprendió que nunca nadie iba a dar la vida por ella. Nikolái se quedó mirando a Marfa. Le pareció la mujer más bella del cosmos. Sabía lo que el mundo esperaba de un hombre en su situación. Debía soltar una frase decisiva, cargada de significado, o desafiar a su rival, o tomar a la mujer del talle y llevársela por las buenas o por la fuerza a lomo de caballo, debía sacar la espada, escribir un poema, cantar bajo el balcón. Pero el hecho era que su mente y su alma estaban secuestradas por el jamón, los quesos y el vino que se hallaban sobre la mesa.

Antón era el más contento. Ya no se referían a él como «el tísico». Ahora que podía hilar frases sin toser, resultó que no era un monigote. Había aprovechado su estancia en casa de Nikolái y Marfa para leer

algunos libros y pidió disculpas por haber dejado un esputo entre las páginas finales del cuento «Un hombre conocido», de Chéjov, justo cuando la encantadora Vanda «iba por la calle escupiendo sangre, y cada uno de aquellos esputos rojos le hablaba de su vida, de su mala y penosa vida, de las ofensas que había soportado y de las que soportaría mañana, dentro de una semana, dentro de un año, toda su vida y hasta la misma muerte». Antón dijo que tan pronto volviera a una actividad productiva compraría una nueva edición. «Haré lo que se dice en *El dolor de tener talento*: leer, leer y ser osado.» A su lado estaba Prascovia Fiodorovna. Le tomaba la mano, lo miraba con ojos amorosos. Algo había de antiguo en el aspecto de Antón. Quizá las huellas de edad que imprimió la enfermedad; quizás ese traje de lino que había pertenecido al difunto marido de Prascovia. Se sirvió vino y rellenó las copas que halló vacías. «Brindo por Nikolái y por mí», su voz era asombrosamente clara, nada que ver con las tosiduras de un tuberculoso. «Él salió de prisión y yo del ataúd.» Las copas chocaron. «Ahora sí conquistaremos la tierra y el espacio.» Agradecía a Guerásim por la guerasimina, al aire limpio de Montemorelos o Mélijovo que le había aclarado los pulmones, a los cuidados de su amada Prascovia y, sobre todo, a esos valerosos cosacos que, cual si fuese una doncella, lo habían raptado de aquel hospital que era un moridero.

Allá en el fondo del jardín, recargado en un naranjo, se hallaba su ocioso féretro. El viento era de azahar.

Marfa fue a la veranda para encender el tocadiscos. Comenzó a sonar un danzón.

Antón se dirigió a Lenochka: «¿Bailamos, hija mía?».

La hierba del jardín no era el mejor terreno para danzar; aun así ambos se deslizaban con gracia. Prascovia se acercó a ellos; llevaba con las palmas un ritmo anómalo. Fue maravilla que las piernas flacas de Antón se movieran con tanta arrogancia.

Nikolái aprovechó que la música escondía sus palabras para hablar con Griboyédov. «¿Desde cuándo se siente bien?»

«Casi desde que llegamos. Tiene dos días sin toser.»

Los bailantes se notaban felices. Los demás miraban con caras inexpresivas.

«Dos días», murmuró Nikolái. «Seguro se muere esta noche.»

Griboyédov sentó a Marfa en sus piernas. La tomó del talle. «El famoso talle», Nikolái pensó en aquellas generaciones de autores rusos que se dejaban llevar por ciertos atributos. A los hombres de la clase

aristocrática les enloquecía un talle «exageradamente fino» o «inverosímilmente delgado» o «angosto, cincelado, efímero como la respiración de una criatura». Gran cualidad era que la mujer tuviese «pie pequeño», además de «delicado y suave», pues en esos tiempos de tanto andar a pie en tierra inhóspita de áridos inviernos, los hombres estarían acostumbrados a mirar las patas callosas, agrietadas, casi hidropésicas de las campesinas, con dedos obesos y deformes, con uñas bastas y polvosas. Tan preciado era el pie que cuando uno de ellos se le hinchó a la señora Jojlákova, Rakitin usó todo su talento para componerle unos versos: «Su piececito, su piececito, se ha puesto malito». «Es tu precioso pie», declara Kuprin, «el advenimiento de un delirio celestial.» Con mejores palabras, Pushkin se imagina ante el balcón de una sevillana; escucha la guitarra y el murmullo del Guadalquivir: «Ángel mío, arroja la mantilla, asómate cual día luminoso, y a través de la férrea barandilla, muestra tu pie minúsculo y precioso». Estaba también aquel Nikolái Evgráfich que enfurece cuando descubre una carta del amante de su mujer: «Bebo a la salud de la muy amada mía y beso mil veces su minúsculo pie». A tales atributos de talle y pie, podían agregarse los dientes blanquísimos o una nariz bien delineada. Pechorin llega a decir sobre una dama: «La perfección de su nariz me hacía perder el juicio».

Nikolái no se sintió un aristócrata moscovita sino un cosaco que admiraba en Marfa «el ancho trasero como el de una yegua bien pacida».

«¿Entonces?», Griboyédov se quitó a Marfa de encima.

Nikolái no hubiese propuesto un duelo; pero ahora se lo arrojaban en la cara. Su repulsa contra los duelos no era literaria. Siempre le gustaron las historias en las que un par de hombres se desafiaban. Pero estas situaciones se resolvían en las novelas de la mejor manera para la propia novela. Hubiese sido ridículo que Pierre Bezújov muriera en su duelo, porque entonces ¿con quién se habría casado la fascinante Natasha Rostova para acabar siendo una fofa ama de casa con cuatro hijos? Lo más natural fue que Eugenio Onieguin matara a su rival, y no al contrario, pues el poema se habría truncado con un velorio inesperado. Nikolái había gozado de los duelos poéticos y narrativos de Pushkin, pero no del que lo llevó a la muerte. ¿Es que el gran hijo de puta d'Anthès fue tan poca cosa para suponer que su puntería valía más que la vida de Pushkin? ¿Cuántas páginas de poesía y prosa habrían de quedar en blanco por ese infausto día? Pushkin muerto a los treintaiséis años. D'Anthès habría de vivir cincuentaiocho años más. «¿Y qué le agregó al mundo tu biografía,

franchute de mierda?», Nikolái se puso de pie. «En la historia no serás sino el que mató a Pushkin, maldito Eróstrato a la francesa.» Hablaba hacia un punto indefinido en los naranjales, de modo que nadie se sintió aludido. «Hay vidas como la tuya, d'Anthès, que no se justifican.» Nikolái lo imaginaba en sus últimos días, a la edad de ochentaitrés años, en su enorme casona familiar, echando la ceniza de su puro en un cenicero de porcelana, bebiendo coñac y diciendo hasta con orgullo: «Sí, sí, yo lo maté». También Lermontov había muerto a manos de un don nadie. Ése era el gran fallo que tenían los duelos. Dos escritores al pozo y dos cretinos al gozo. A Nikolái la muerte de Pushkin le parecía mayor tragedia que la de Lermontov, pero la muerte del propio Nikolái le parecería más grave aún que la de Pushkin. Él no escribía versos, en cambio sí pensaba viajar al espacio, vivir novelas y soñar como nadie. Él no era Pushkin, pero él era él. No se trataba de un razonamiento simple, sino de algo más categórico que toda la filosofía de Tolstói. Nikolái decidió que era inaceptable un duelo en el que tanto futuro podía irse al carajo. Y sin embargo dijo: «Acepto».

Grande alegría hubo en la dacha de Griboyédov. Un duelo era función de gala. Antón y Guerásim pidieron sus roles como testigos o segundos o padrinos o como se llamara a ésos que colaboran sin jugarse el pellejo. La más contenta era Marfa. «Por mí», hablaba con voz contenta. «Por mí.»

Griboyédov puso sobre la mesa un estuche de madera. Lo abrió para mostrar dos antiguallas de pistolas con todos los accesorios para cargarlas. Las balas eran canicas ásperas de metal. «Hace mucho que quería estrenarlas.»

Nikolái hizo la pregunta obvia. La respuesta fue: «Los usureros nos hacemos de muchas cosas antiguas. Tengo instrumentos musicales, obras de arte, esta casa». Señaló a Marfa. «Y alguna que otra cosa.»

Por lo regular, los duelos se celebraban muy temprano por la mañana. Cuando el sol aún no acababa de asomar. De ese modo había una claridad uniforme. A ninguno de los rivales se le enturbiaría la vista con impertinentes rayos o reflejos. Además, por la mañana la gente solía estar sobria. En cambio el duelo entre Pushkin y d'Anthès se había pactado a las cinco de la tarde. Era lo más crudo del invierno petersburgués y justo a esa hora se ocultaba el sol.

Guerásim y Antón descifraron con facilidad el procedimiento para cargar las pistolas. Calcularon una cantidad de pólvora que les pareció

pertinente. La apisonaron en el cañón y echaron la bala. Ésta rodaba libremente por el cilindro y se salía si el arma se apuntaba hacia abajo. Embutieron en el cañón un poco de borra a modo de tapón.

Pronto el sol se ocultó y los duelistas estuvieron uno delante del otro a veinte pasos. Las reglas que se impusieron fueron como las del último duelo de Pushkin. Habían colocado dos barreras distantes diez pasos entre sí, marcadas con botellas de cerveza. A la señal de inicio, los rivales podían avanzar y disparar desde cualquier punto que no sobrepasara la barrera.

La responsabilidad de Guerásim y Antón era tratar de negociar una reconciliación de último minuto, pero no lo hicieron, por ignorancia o apetencia.

Entre las historias de duelos, la preferida de Nikolái la había contado Mijaíl Artsibáshev. Ocurre que Sanin es desafiado por un amigo al que ha ofendido. Pero Sanin no acepta batirse en duelo. Esto causa conmoción en el pueblo. Lo acusan de cobarde, de cínico, de inmoral; pero él no admite ningún insulto. Simplemente piensa que los duelos son cosa estúpida, que él no tiene ganas de morir ni de matar. Sanin le suelta un puñetazo al amigo, pero no quiere oír hablar de duelos. El amigo, incapaz de recuperar la honra, se pega un tiro.

Por supuesto Nikolái pensó en actuar como Sanin, si no fuera porque en este duelo había algo muy torcido: «Yo soy la parte deshonrada», se dijo Nikolái, «y fue Griboyédov quien lanzó el desafío».

Ahora su vida se balanceaba entre la puntería y el azar, porque en la mano que tiembla la puntería es azar.

Marfa pidió ser ella quien diera la señal de inicio e hizo un comentario sin gracia sobre un balazo de salida. Se paseó sobre el terreno bélico como belleza de verbena popular. A falta de una mejor señal, alzó los brazos y dijo: «¡Comiencen!».

Nikolái avanzó tres pasos y disparó. Eso del humo que se disipa le pareció mero artificio literario. De manera instantánea pudo notar que había fallado el tiro. Ni siquiera estuvo seguro de haber apretado el gatillo. Las reglas decían que ahora ninguno se podía mover de su posición, y que Griboyédov tendría hasta dos minutos para realizar su disparo.

Nikolái tenía la esperanza de que Griboyédov decidiera disparar al aire o fallara el tiro, tenía la expectativa dostoyevskiana de la salvación. Cuando disparó, Nikolái veía a su enemigo allá en la lejanía; ahora que le apuntaban le parecía que entre los dos había una mínima distancia de quemarropa. Marfa no se lanzaba contra

Griboyédov. Se supone que una mujer amorosa debería derramar lágrimas, pedir clemencia. «Adiós, querido amigo», dijo al fin Griboyédov y jaló el gatillo. Nikolái cerró los ojos, hundió la cabeza en los hombros ante la detonación. No sintió nada. Lo siguiente que escuchó fue el grito de Griboyédov. La pistola le había estallado en la mano.

Ahora sí, corriendo, sonriendo con dientes no tan blancos, contoneando su trasero de yegua bien pacida, Marfa se lanzó a abrazar a su marido.

Del asador sacaban deliciosos cortes de carne. Sobre la mesa había más bebida que en el Sályut. Nikolái ya se había duchado para dejar de apestar a presidiario. El tufo de los presos era cosa muy conocida. «¿Qué finalidad puede tener para un recluso su propia higiene si al día siguiente traerán una nueva partida de presos y pondrán a su lado a un hombre lleno de insectos y que despide un olor nauseabundo?», escribió Chéjov. Cuando los sacaban a trabajar, a veces el frío era tal que los prisioneros preferían ensuciarse los pantalones antes que bajárselos para aliviar el vientre como es debido. Nikolái tenía a Marfa sentada a su lado, dándole los mimos que merece un marido recién llegado de Siberia. «¿Por qué tienes las mejillas tan coloradas?», preguntó ella. Él prefirió no hablar de Poly y Tily.

«Quiero proponer un brindis», la voz clara y viril de Antón continuaba asombrando a todos. «Brindo porque pudiendo no ser, somos.» Prascovia le besó las manos. Pensó en su felicidad y no sintió ningún sinsabor por sentirse contenta de haber enviudado o de haber entregado a su hija a ese borracho. Se había inventado un mundo de reclusión para ella y Lenochka, pero ahora esos rusos o cosmonautas o soviéticos o trastornados o lo que fueran le habían abierto la puerta. «Nikolái Nikoláievich», dijo Prascovia, «tú no eres el único que salió de una mazmorra.» Al fondo del jardín, Guerásim impulsaba a Lenochka en un columpio. Ella reía, «¡más, más!», y cuando llegaba a lo más alto alzaba las piernas y mostraba el edén. El único malhumorado era Griboyédov. Pero poco a poco se le iba pasando. Tenía una vasija con agua fría donde metía la mano quemada y magullada.

Nikolái miró a su alrededor. Aspiró el perfume de los naranjos en flor. Era la vida de apariencia idílica con la que comenzaba *El jardín de los cerezos* o *Tío Vania* o *Tres hermanas* o *La gaviota*. Podía describir su entorno usando las indicaciones de Chéjov para el escenario de *Tío*

Vania con apenas dos palabras cambiadas. «La escena representa un jardín y parte de la fachada de la casa ante la que se extiende una terraza. En la arboleda, bajo un viejo naranjo, está dispuesta la mesa. Sillas, bancos y, sobre uno de ellos, una guitarra. A corta distancia de la mesa, un columpio. Son más de las nueve de la noche.» Ahí estaba la guitarra sin que nadie la tocara. Pero según recordaba Nikolái, en *Tío Vania* tampoco nadie la toca.

Marfa sirvió un vaso de té.

«Toma, palomito.»

«Creo que no me apetece», dijo Nikolái.

«Puede que quieras un poco de vodka.»

«Sí», Nikolái se salió del guion. «Me hace falta una buena cantidad.»

Esa vida idílica de jardines y salones, de vasos de té o vodka, de naranjos, cerezos y columpios, había de revelarse en tragedia o muy pronto la sala quedaría vacía.

«Tráeme, Marfucha, una libreta y una pluma.» Ella solía cargar con ambas cosas en su bolso. Fue al interior de la casona por ellos. «También un huevo duro.» Pensó que tardaría al menos diez minutos, pero Marfa volvió casi de inmediato con la misión cumplida.

«Sobró del desayuno», hizo rodar el huevo sobre la mesa.

«Mi estimado Antón», Nikolái tomó libreta y pluma y se puso a escribir un poema de Ósip Mandelstam, «ahora que hemos descubierto tu voz de declamador, te pediré que nos recites unos versos.»

Mandelstam vivía en Moscú. Una noche de 1934 recibió la visita de Ana Ajmátova, que venía de Petersburgo, entonces llamada Leningrado.

«Griboyédov, si de pronto llegase Ajmátova, ¿qué le ofrecerías?»

«Tengo mejores vinos de los que les serví a ustedes.»

«¿Qué más?»

Antes de responder metió la mano en el agua fría. «Yo qué sé. Creo que esta carne es muy buena. Aguacates. Tortillas recién hechas. A una dama como ella...»

Nikolái habló sobre la precaria vida de los poetas en aquellos días. «Me refiero a los que no tuvieran el aval de la Unión de Escritores.» Ajmátova había llegado al departamento de Mandelstam y él, con la alacena vacía, avergonzado por no tener los vinos, la carne o los aguacates de Griboyédov, fue a tocar las puertas de los vecinos.

«¿Y saben con qué regresó?» Nikolái alzó el huevo duro. Había que imaginar esa escena. Un largo viaje desde Leningrado. Ana, Ósip y Nadezhda, su mujer, sentados en torno a una pequeña mesa del salón,

hablando de poesía, de arte, de la existencia, de la belleza, de lo más sublime en el ser humano; y en el centro de los tres, un huevo duro. Se transmitían oralmente los poemas para memorizarlos, pues era riesgoso tenerlos en papel; y en tanto, asimilaban las palabras, el ritmo, las posibles rimas, los significados: el huevo duro entre los tres.

«¿Y se lo comieron?», Prascovia tomó el huevo con delicadeza. Lo puso sobre un plato de barro.

Esa noche llegó la policía a arrestar a Mandelstam. Dieron inicio las torturas, el destierro, los trastornos, la incesante vigilancia, los intentos de suicidio, el deterioro, más miseria, más hambre, otro arresto, el envío a Siberia, la muerte.

Antes de que se lo llevaran, Ajmátova le dijo: «Cómete el huevo».

Y él se lo comió.

Nikolái terminó de escribir el poema. Arrancó la hoja. Antón comenzó a leer.

> Me han dado un cuerpo.
> ¿Qué debo hacer con él?
> Tan único y tan mío.

La voz recorría el huerto, se perdía allá en la distancia. Mandelstam había muerto de hambre, sin siquiera un huevo duro en el bolsillo. Había muerto de paso por Vladivostok. Lo último que escribió no fueron versos, sino una carta: «Estoy exhausto, he adelgazado tanto que nadie me reconocería. No tengo ropa. Me estoy congelando».

> Por la dicha de respirar y vivir,
> ¿a quién, díganme, he de agradecer?

Escuchaban a Antón, mas era como escuchar a Mandelstam; como si sus palabras no se vieran alteradas por el cambio de idioma, por el paso de los años, por la distinta geografía, por la hermosa libertad de los versos clandestinos.

> Soy el jardinero, soy también la flor
> No voy solo en este mundo
> No estoy solo en la prisión

Las mujeres tenían los ojos vidriosos. Los hombres también. ¿Qué fuerza movía a los poetas para vivir y morir por hilvanar palabras? La voz de Antón se iba adelgazando, quebrando. ¿Es que también deseaba llorar?

> En el cristal eterno quedó ya impreso
> Mi aliento, mi calor…

Antón tosió. «No es nada», dijo. «Un vaso de agua, por favor.» Se disculpó por haber truncado el prodigio cuando faltaban pocos versos. Dijo que comenzaría de nuevo. «Me han dado un cuerpo…» Ahora tosió más. «No es nada», repitió. Las miradas que antes le dirigían de embeleso procuraban ahora no mirar. «Me han dado un cuerpo…» Tosió. «Me han dado un cuerpo» y tos y «maldita sea, no es nada, maldita sea, me han dado un cuerpo, ¿a quién he de maldecir?» Aquella voz viril se volvió delgada, aflautada, y la tos se volvió imparable. Antón se ahogaba, tosía y comenzó a echar sangre. «Respirar, vivir.» Sangre. «La dicha de respirar y vivir.» Sangre y tos.

Morir de hambre y frío es terrible, pero suele ser un sueño del que ya no se despierta. Así durmió para siempre el irreconocible Mandelstam. El tísico Antón se resistía, luchaba. Prascovia se sumaba al drama con llanto e imprecaciones. «¡No lo vamos a permitir!», clamó. «¡Nadie aquí lo va a permitir!», como si la vida dependiera de echar montón.

Nikolái se acercó a Griboyédov. Le dijo al oído: «Pon a enfriar la champaña».

Antón Pávlovich Chéjov fue también un tísico Antón. Tuvo la muerte más ordinaria entre los grandes escritores rusos. Quizás por eso fue la más triste. Veinte años transcurrieron entre la primera vez que tosió sangre y la última. Eso lo volvió el más mortal de los escritores. Si Dostoyevski estuvo cinco minutos en el paredón, Chéjov pasó veinte años esperanzado en un indulto que no habría de llegar. De los médicos sólo obtuvo recomendaciones de buscarse un aire limpio, prohibición de beber café e inyecciones de alcanfor. Desterrado por la medicina, dejó su Rusia para trasladarse a Alemania, a un sitio peor que Siberia llamado Badenweiler. Él deseaba volver a Rusia, al menos huir a Italia o a Francia. En sus cartas escribió: «No puedo acostumbrarme a esta tranquilidad alemana. En ningún sitio

hay una gota de talento, por ningún lado se ve una gota de buen gusto. No hay una sola alemana que vista bien; me desconsuela su falta de gusto». Al principio se había alojado con su mujer en el hotel más lujoso del lugar. Pero los echaron a los dos días porque «su constante tos inquieta a los demás clientes».

«Alemanes», Nikolái arrojó cuan lejos pudo una botella vacía. «Debieron echar a todos los clientes antes que a Chéjov.»

«La historia tarda tiempo en germinar», dijo Griboyédov. «El presente es vulgar.»

«Eso no le hubiese ocurrido en Moscú», dijo Marfa. «De haberse hospedado en el Slavianski Bazar, se habría tenido que largar cualquier alemán al que le inquietara su tos.»

Pronto volvería Chéjov a Moscú. El cadáver de Chéjov.

Del interior de la casa llegó la tos del tísico como ladridos.

Fueron todos a la habitación del lecho de muerte. Prascovia estaba al lado del moribundo, tal como Olga Knipper estuvo al lado de Chéjov. Él había escrito para ella el personaje de Masha en *Tres hermanas*. En su último diálogo, Masha exclama: «¡Es preciso vivir!».

El tísico se sentó en la cama. Luego se puso de pie. «¡Es preciso vivir!», clamó, «¡Es preciso vivir!» Y no era que estuviera citando a Chéjov, era que Chéjov había citado el alma de todo ser humano.

Y Prascovia, que tampoco había leído a Chéjov ni sabía de la existencia de *Tres hermanas*, pronunció el parlamento final de Irina: «Llegará un día en el que todo el mundo sepa por qué es todo esto… Para qué son estos sufrimientos… Ya no habrá misterios, pero entre tanto ¡hay que vivir!».

Y Marfa citó a la tercera hermana. «¡Pasarán los años y nos iremos para siempre! ¡Seremos olvidados! ¡Se olvidarán de cuántos éramos y de cómo eran nuestros rostros… nuestras voces.»

El tísico Antón se esforzaba por jalar aire.

Se escuchó el sonido inconfundible de una botella de champaña al destaparse. Griboyédov sirvió siete copas. Se escucharon veintiún choques de cristal.

Todos bebieron. El tísico Antón apuró prontamente su copa.

«Hace mucho que no bebía champaña», dijo.

Y se murió.

17

El amanecer pescó a todos dormidos en el jardín.

Se habían quedado mirando el cielo mucho más estrellado en ese pueblo que en la ciudad, hasta que uno a uno fueron perdiendo la conciencia. Guerásim estaba acostumbrado a suelos terrosos o empedrados, tiraderos de escombro y de basura.

La más exhausta era Prascovia. Más de uno había pensado que armaría un espectáculo de llanto, pero guardó silencio. Una viuda muy digna. Se había armado con trapos, esponjas y detergente. Pidió que la dejaran sola para lavar el cuerpo. No pidió monedas para los ojos ni cinta para la mandíbula.

Ahora estaba extendida, boca abajo, soñando con su desamparo.

Fue hasta el mediodía que Marfa se levantó. Se metió en la cocina a preparar el café. Lo cual significaba hervir agua y dejar que cada quien echase la cantidad de café instantáneo que gustara.

La conversación se dedicó a resolver una pregunta. «¿Qué hacemos con el muerto?»

Prascovia quería despedirlo con todos los ritos de la religión, pero le hicieron saber que la cosa no era tan sencilla. «A su difunto amado», le explicó Nikolái, «lo robamos de un hospital.» Griboyédov dijo que además de secuestro, los acusarían de asesinato. «En tercer grado», aclaró.

«Yo propongo esperar a la medianoche», Guerásim habló como quien confía un secreto, «subirlo al auto y tirarlo en cualquier camino abandonado.»

«Suena bien, pero al estilo estaliniano, pasándole un par de veces el auto por encima.»

«¡Sí!», dijo Lenochka.

«Yo propongo embalsamarlo», dijo Prascovia. «Me lo llevo a casa y me quedo con él.»

«A Tolstói lo enterraron en el jardín de su casa», dijo Nikolái. «Podemos cavar aquí mismo su tumba.»

«¡No!», dijo Griboyédov.

«Será mejor decidirlo más tarde», propuso Marfa, «cuando no haya

restos de alcohol en nuestros cuerpos.»

A todos les pareció prudente la sugerencia. No tomaron en cuenta que con el paso de las horas habrían de embriagarse aún más y acabarían por tomar la más impropia de las decisiones.

Griboyédov volvió con una enorme barra de hielo y tres bolsas de ostiones. Los ostiones habían sido encargo de Nikolái, y hubo necesidad de ir muy lejos para conseguirlos. El hielo era para conservar al muerto. Ni el muerto ni los ostiones estaban muy frescos.

Todos participaron para poner el féretro en la terraza, el cuerpo en el féretro y picar hielo.

Dostoyevski cuenta en *Los hermanos Karamazov* la anécdota del cadáver hediondo del stárets Zósima. Tratándose de un hombre santo, se esperaba que su cuerpo fuese incorruptible, incluso que exhalara una dulce fragancia, pero muy distinta sensación captaba el olfato. Cuando aún no se cumplía un día del fallecimiento, ya corría la noticia acerca del aire mefítico que emanaba del cadáver. Los enemigos del difunto se regocijaron y fueron a constatar el hecho con sus propias narices. Para los creyentes, la pestilencia demostraba que de santo Zósima no tenía nada. Y aunque los muertos suelen ser ensalzados en los velorios, a él le colgaron todos sus defectos, acabaron por considerarlo un endemoniado y le practicaron exorcismos.

«Lo mismo le pasó al papa Pío XII», dijo Prascovia.

«¿Lo exorcizaron?», preguntó Guerásim.

«Se pudrió muy pronto», encajó sendos hielos en las axilas de Antón. «Tuvieron que envolverlo en celofán.»

«Veamos cómo resulta el tísico», dijo Nikolái, «pues él ya estaba podrido antes de morir.»

Se sentaron en torno al féretro. Aprovecharon el hielo para poner unas cervezas, vino blanco y los mejillones. Lenochka comenzó a chupar un hielo. Prascovia le dijo que mejor no.

Guerásim estaba enfurruñado porque ya no haría negocio con la guerasimina.

A Marfa se le ocurrió que el muerto iba a abrir los ojos. Puso sobre los párpados un par de hielos.

Griboyédov sacó de su bolsillo una navaja. Comenzó a abrir los ostiones.

«¿Es lo mismo una ostra que un ostión?», preguntó Nikolái.

«En español no», dijo Griboyédov. «Pero en otros idiomas sí.»

La respuesta no acababa de tener sentido, y sin embargo se comprendió bien.

«Ostras», dijo Nikolái. «Así vamos a llamarles.»

En 1884, Chéjov escribió un cuento titulado: «Ostras», que en español pudo titularse «Ostiones». Trata de un niño pobre y hambriento al que por primera vez le dan ostras. Las describe como «algo viscoso, salado, con sabor de humedad y moho». Cosas de la imaginación, pues pasarían dos años hasta que Chéjov las probara por primera vez. Opinó que «de no ser por el chablis y el limón, serían un verdadero asco». Pero aquél era su paladar joven e inexperto, y acabaría por cambiar de opinión. Les habrá agarrado gusto en su viaje a la isla carcelaria de Sajalín, donde las comió en abundancia. En una biografía mínima contó: «En 1891 hice una gira por Europa, en la que bebí vinos excelentes y comí ostras». Cada vez más las fue apreciando. Años después escribió una carta desde Niza: «Siempre estoy comiendo ostras», y tres meses antes de morir, enaltecía la deliciosidad de las ostras en otra carta.

Griboyédov continuaba abriendo y repartiendo ostiones. El relato de Nikolái les hacía apreciar con deleite ese sabor húmedo, salado, viscoso y mohoso. Bebían un vino blanco que no era chablis. Sólo Lenochka, como el joven Chéjov, las rechazó.

«Las ostras, mi estimado Griboyédov», Nikolái se engolfó una, «no te las había pedido para comer.»

Chéjov había muerto en el triste balneario alemán sin gusto de Badenweiler. Él hubiera preferido morir en su casa de Yalta, con la brisa del mar; pero en busca de la última esperanza fue allá a matar la poesía de sus últimos días. «*Ich sterbe*», tuvo que decir cuando ya se iba, dirigiéndose a su doctor alemán, en vez de pronunciar un «me muero» en su lengua natal, un «*ya umiraiu*», que no habría sido una observación médica, sino un clamor humano, no dirigido a una sola persona en esa habitación, sino al mundo entero de entonces y de hoy.

«¿Para qué, entonces, si no son para comer?» Griboyédov seguía repartiendo ostiones.

«No devoren todas las ostras», dijo Nikolái. «Y echen las conchas vacías de vuelta en el féretro.»

La viuda Olga Knipper tuvo que regresar a su marido a Moscú para darle sepultura. Eran tiempos en que los viajantes cargaban con enormes arcones de ropa y trastos; sin embargo, un cadáver era otra cosa. Chéjov no había muerto como Tolstói o como Gogol o como Pushkin o Dostoyevski a bonitas temperaturas bajo cero. No, a él se le ocurrió morir en lo más intenso de un verano: era un quince de julio

en Alemania, un dos de julio en Rusia. ¿Cómo evitar que su cadáver se pudriera al igual que el del stárets Zósima y dejara sus efluvios a través de un recorrido aún más largo que el de Griboyédov para ir de Teherán a Tiflis? La única solución fue meterlo en un vagón refrigerado que ostentaba el letrero: «Transporte de ostras».

Dejaron en el féretro los ostiones que restaban. Echaron las conchas. Vaciaron el agua. Le pusieron más hielo. Colocaron la tapa. Antes de cinco minutos, con un cartón, Marfa había ya confeccionado el letrero de marras. Lenochka le agregó el dibujo de una concha como del camino de Santiago.

«Vamos a velarlo en el Sályut.»

Habían llegado a Montemorelos en la camioneta guayín de Griboyédov. Era más corta que la carroza funeraria de la otra noche, pero aun así pudieron introducir el féretro tras plegar el asiento trasero. Les resultó tan pesado el muerto con el hielo que Guerásim aseguró que le había salido una hernia por tanto esfuerzo. Esperaron a que anocheciera para retornar a Monterrey. Iban muy apretujados. Marfa dijo que como sardinas enlatadas; Griboyédov le dijo que podían sentirse como sardinas, berberechos, anchoas, espárragos, chícharos, jalapeños, alcachofas o duraznos en almíbar, porque todo iba apretado en una lata. Avanzaron lentamente sobre el camino de terracería.

Ya en la carretera tomaron velocidad. Cantaron «Eterna memoria», otra vez con texto inventado y melodía espontánea. «Oh, tísico Antón; oh, tísico Antón, yo te vi morir, yo te vi partir», fue la letra que sugirió Guerásim, «mas tú lo verás, que eterna será…». No supo seguir la rima, y Griboyédov entró al quite como experto rimador: «La memoria sí, la memoria sí.»

Con el espíritu de la caminata espacial en la carroza fúnebre, Marfa salió por una ventanilla de la izquierda, se arrastró por el techo y dejó que la atraparan para meterla por el lado derecho. Los demás aplaudieron. Celebraron. Ella dijo que tuvo miedo de morir.

Iban más borrachos que nunca, pero Nikolái les hizo notar algo:

«Apenas tomamos un poco de vino».

Entonces repasaron sus recientes estados de ebriedad. Era verdad que bebían poco.

«O somos los peores bebedores del mundo…», dijo Marfa.

«O nos embriaga otra cosa», remató Griboyédov.

El único que bebía y se emborrachaba como correspondía era

Guerásim. Él sí perdía el sentido, devolvía el estómago, padecía crudas.

«La memoria sí, la memoria sí», cantaban. Lenochka acompañaba alegre la última sílaba.

«Nos embriaga la vida», Marfa alzó una copa imaginaria. Alguien abrió el féretro y comenzó a lanzar hielos. Pronto se armó una guerra de hielazos.

A Griboyédov le dieron un hielazo en el ojo y estuvo a punto de perder el control del vehículo.

«La memoria sí, la memoria sí.»

A una centena de verstas por hora pasaron frente a gente que caminaba en los poblados aledaños a la carretera. A esas personas no las embriagaba la condición humana.

Pero acá, dentro de esa guayín que se desplazaba como vehículo espacial, había un muerto que les enseñaba cuán soberbia era la vida. «Un poco tarde, Antón, porque eso ya lo sabíamos.»

«Yo te vi morir, yo te vi partir.»

Todos chocaron los puños con fuerza, como si de veras tuviesen una copa de vino que desearan reventar en un brindis, y beberla así, entre cristales, entre sangre, entre los amigos más queridos. Fue Prascovia quien sacó del féretro la mano derecha del difunto para que él también brindara; un brindis no tan festivo, pero no por eso triste.

«Oh, tísico Antón; oh, tísico Antón.»

Otro auto los rebasó. Llevaba prisa para llegar a ningún lado.

Los estaban esperando cuando llegaron al Sályut. Griboyédov había llamado horas antes por teléfono; por eso junto a la puerta ya se leía el cartel: «Hoy velorio de Antón Chéjov. Sinfonola apagada por luto». Escurrieron el agua del féretro para bajarle el peso. Comoquiera debieron pedir ayuda a otros parroquianos. El propietario se inquietó. «¿No traerán un muerto ahí dentro?» Nikolái le dio una palmada en el hombro. «Las cosas que se le ocurren.»

En la mesa de la esquina estaba sentado Porfírii.

«Viene todos los días», dijo el propietario. «Un perro desamparado.»

La sonrisa de Porfírii cuando los vio fue leve, los ojos se le pusieron cristalinos. No sabía si quedarse sentado, si ir a abrazarlos.

Los cosmonautas lo vieron sorprendidos. En ningún momento se les había ocurrido que Porfírii fuese parte del grupo.

Esta vez no recostaron el féretro en la pared. Lo colocaron

haciendo puente entre dos mesas. Marfa hizo caer el letrero de las ostras para que los parroquianos le prestaran atención y concluyeran que el tufillo que emanaba del ataúd era olor de marisco.

Olga Knipper había estado a punto de cometer el desatino de enterrar a Chéjov allá en el insustancial pueblo de Badenweiler.

Por la insistencia de parientes y amigos decidió llevarlo a Moscú.

A diferencia de un vivo, que requiere un pasaporte, al muerto le hacen falta permisos consulares, de sanidad, ferroviarios y aduanales. Todo lo tramitó Olga lo más pronto que pudo y se puso en marcha con su difunto marido. Pasó por Berlín y Varsovia. Cuando llegó a Petersburgo, hubo de cambiar de estación. A la vista del féretro, una banda militar comenzó a tocar una marcha solemne. A la viuda le conmovió el inesperado gesto del gobierno. Pero la música se detuvo tras el grito de «¡Ése no es!». La banda esperaba el cadáver del general Obrúchiev. Sólo el hombre de la tuba, ensordecido por su propio sonido, continuó el tañido de su infernal instrumento.

«¡Amigos todos!», Nikolái alzó la voz. «Venimos hoy a despedir al hombre que mejor comprendió que el sentido de la vida es buscarle un sentido a la vida.»

Aplausos.

El féretro llegó a Moscú. Ahí lo esperaban más de cuatro mil personas que lo acompañaron en una lenta procesión de cinco verstas hasta el cementerio de Novodevichi. Los más contentos eran los taberneros, pues todo ese gentío bajo el calor canicular iba dejando una estela de bebedores en el camino. En un cuento titulado «El orador», Chéjov lo contaba tal cual: «Como el féretro iba conducido a un paso muy lento, antes de llegar al cementerio, los amigos tuvieron tiempo de entrar tres veces en alguna taberna y de beber unas copitas a la salud del difunto».

De tal modo, antes de continuar su discurso, Nikolái se sentó a beber una copa.

«¡Queremos ostras!», gritó un borracho.

En las tabernas, restaurantes, cafés donde hacían escala los miembros del séquito, se discutía sobre cuál era la mejor obra teatral de Chéjov, o el mejor cuento, o la mejor novela. «¿Escribió novelas?», preguntaba alguien. Comentaban que la viuda estaba de buen ver, juzgaban la vestimenta de los deudos, y algún orador leía algún fragmento de ese mismo cuento: «¡Aquel que hasta hace tan poco vimos lleno de vigor, de juventud, de frescura y lozanía! Aquel que aún hace tan poco tiempo, ante nuestros mismos ojos, llevaba su miel, cual abeja incansable, a la colmena común del bien público… ¡Es

ahora el mismo que vemos convertido en un despojo!».

El féretro del tísico Antón comenzaba a derramar agua. Guerásim enjugó el suelo con un trapeador.

«¡Ostras, denme ostras!», el borracho abrió la tapa del cajón.

Ante la imagen del tísico Antón a medio cubrir por hielo se desbordó un rumor en todo el Sályut. Nikolái puso la tapa en su lugar.

«Es un entrenamiento», dijo con calma, «para esos viajes espaciales que duran siglos.» Se sentó de nuevo a beber.

Comenzaba a ser evidente que el olor no era de ostras.

«Si no se lo llevan ahora mismo», dijo el propietario, «voy a llamar a la policía.»

«Aquí está la policía», Griboyédov señaló a Porfírii.

El propietario acabó por donar un poco del hielo de las cervezas para la conservación de Antón. «Vinagre, chile y sal», sugirió alguien.

Para engañar su negligencia, el propietario preguntó por aquel viaje espacial. Nikolái le explicó que Antón era un tipo con agallas. El único participante de la Misión Oblómov. Dormiría varios años. Enviaría saludos más allá de Plutón, y entonces moriría.

Porfírii dijo que él estaría atento para que no se violara la ley.

Al borracho que había abierto la tapa le dieron tres ostiones.

Pasaría dos días intoxicado.

También Gorki se había intoxicado con todo el ceremonial fúnebre de Chéjov. Le irritó lo del vagón de ostras, le abrumó que hubiera tanta gente; tuvo muchos adjetivos para denostar el entierro, e incluso le fastidió que depositaran el cadáver al lado de la tumba de una tal señora Kukaretkina. Chéjov se hubiese reído de esos detalles y habría escrito un bello cuento sobre su propio funeral.

«Antes que la belleza», dijo Nikolái, «Gorki veía el lodo.»

Por eso a Nikolái le había costado trabajo leer *La madre*, que apenas en el primer par de párrafos habla de «el humo y el olor a aceite del barrio obrero», «las casuchas grises», «la gente hosca» que salía «como cucarachas asustadas»; menciona los ojos «cuadrados y viscosos», el «chapoteo de los pasos en el fango», las «injurias soeces que desgarraban el aire»; decía que la fábrica «vomitaba de sus entrañas de piedra la escoria humana» y que los obreros tenían «dientes de hambrientos». Por eso mismo, mientras Lenin y Stalin mandaban matar a los más finos prosistas, llenaban de mimos a Máximo Gorki.

Una vez más terminó la noche. Echaron el féretro en la guayín y se encaminaron a casa.

Le dijeron a Porfírii que no había lugar para él.

Nikolái no halló en el trayecto valor para decirle a Marfa que había perdido la casa.

Estacionaron el auto. Marfa dijo que ella abriría la puerta, que los demás cargaran con el difunto Antón. A Nikolái se le atoraron las palabras. Dejaría que ella sola se diera cuenta al fracasar con la nueva cerradura y descubrir el letrero de «Se renta».

Marfa entró sin dificultad. Sostuvo la puerta abierta de par en par. Los demás pasaron con el féretro y lo colocaron en el suelo del salón.

Guerásim volvió a hablar de una hernia.

Nikolái no dijo nada. Fue por lo bajo a la puerta e intentó encajar su llave.

Griboyédov y Marfa lo miraban. Estaban abrazados.

«Ya no es tu casa», dijo Marfa.

Nikolái repasó tan velozmente como pudo todas las situaciones de sus novelas. De seguro había leído algo como eso, pero no pudo recordarlo.

Se fue a dormir al sofá.

Estaba recostado, tratando de conciliar el sueño. Se puso a pensar en su arresto para no especular sobre lo que estaría ocurriendo en la habitación que hasta hace poco fue suya. Había sido anormal. También su liberación. El proceso entero había tenido un aire poco oficial, pero lo cierto es que muchos de estos arrestos se hacían fuera de la ley, pues no había justicia que autorizara la tortura ni la pérdida de libertad por poseer cierto tipo de literatura. Supuso que había sido una martingala de Griboyédov. De todos era sabido que los usureros tenían pactos con policías, falsos o verdaderos, que con amenazas, encierros, golpes y torturas agilizaban la cobranza de ciertas deudas. «La propia rentera mandó a Porfírii para sacarme un susto; con la salvedad de que Porfírii no asusta a nadie.» Decidió no averiguar más. Prefería saberse un superviviente de la prisión como Dostoyevski o Solzhenitsyn o Shalámov, y no víctima de una broma pesada. Haber estado en prisión, haber salido de prisión, era una condecoración espiritual que se ostentaba con más orgullo que la Orden de Estanislao. Cada nota de prensa sobre Solzhenitsyn tenía que hablar de su reclusión en un campo de trabajos forzados. En cuanto a Dostoyevski, casi un siglo después de su muerte, su paso por la prisión

no parecía ser lo más relevante; sin embargo, cuando estaba vivo, todos conocían su experiencia de destierro en Siberia, y eso sumaba mucho a su reputación, a la devoción que por él sentían muchos jóvenes. Por eso el día de su entierro hubo quienes llevaron grilletes, y no flores, a su tumba.

Llegó Prascovia Fiodorovna recién bañada, enfundada en una bata. «Ése es mi lugar.»

Nikolái se sentó. Palpó el acojinamiento a su lado derecho. Ambos se acomodaron delante del féretro. Ambos querían decir algo sobre el muerto ahí encajonado, mas nada les venía a la mente.

«Usted, Prascovia, ¿alcanzó a casarse con el difunto?»

Ella fue por su bolso. Sacó un papel de libreta. «Yo, Prascovia Fiodorovna… Yo, el tísico Antón…», el texto ordinario de promesas y las firmas de los dos.

«¿Y por qué nos ha dejado disponer del cadáver? Usted es la propietaria.»

«Tengo una cripta en el cementerio, pero hacen falta papeles, permisos, acta de defunción.»

Nikolái se arrellanó en el sofá. Cerró los ojos un minuto. «Lo podemos resolver. El tísico Antón descansará en su cripta y usted podrá llevarle flores cada aniversario.»

Fue al librero. Eligió seis o siete libros y los puso sobre el féretro.

«A su marido habrá que cambiarle el nombre: Serguéi o Vladimir.»

«Ambos son más sedosos que Antón.»

«¿Sabe, Prascovia, quién fue Isadora Duncan?»

«Fue la que murió cuando…»

«Sí, pero en la vida hizo algo más que morirse.»

Nikolái tomó un par de libros. Uno lo puso en el regazo de Prascovia. Le pidió que mirara la fotografía del autor. «Nunca hubo poeta tan bonito», dijo él o dijo ella.

Prascovia acarició la imagen. En verdad a ese poeta podía amarlo como hombre o como hijo, como amante o como niño. Como las dos cosas a la vez.

«Serguéi Yesenin», anunció Nikolái y leyó del otro libro: «No lo sé, no recuerdo, en un pueblo, quizá en Kaluga, quizá en Riazán, hubo un chico de familia simple y campesina, cabellos rubios, ojos azules. Y se volvió un adulto, poeta para más, de leve, pero descarnado talento, y a una dama de su doble edad, él llamaba mi malcriada, mi adorada.»

«Habla de sí mismo y de Isadora», Nikolái cerró el libro. «Se casaron cuando él tenía veintidós años y ella cuarenta.»

Ambos habrían de morir estrangulados. Ella, en esa avenida de

Niza delante de la que Chéjov se sentaba a devorar ostras. Él, dos años antes, en un cuarto de hotel en Leningrado.

A Raskólnikov le dan un fustazo cuando va cruzando el puente del Teniente Schmidt. Dostoyevski aprovecha para hablar del paisaje y decir que desde ningún otro sitio se contempla mejor la cúpula de la catedral de San Isaac. Sergei Yesenin no estaría de acuerdo. Desde la ventana de su habitación en el Hotel d'Angleterre, colgado del cincho con el que se había estrujado el cuello, su última visión fue la clara y resplandeciente cúpula, el reflejo de la luna sobre el oro.

«Le había faltado tinta para escribir su último poema. Se hizo un tajo. Escribió con sangre y la peor caligrafía.»

«¿Se ahorcó por ella?», Prascovia hambreaba por una historia sentimental.

«Exceso de amor, de vida, de alcohol y de poesía.»

Prascovia besó la imagen en el libro.

Yesenin había escrito: «En las calles torcidas de Moscú, he de morir, porque así lo quiere Dios». Mas para no hacer la voluntad de Dios, fue a morir a Leningrado.

«Hay otra fotografía de él», dijo Nikolái. «Recién descolgado, lo recuestan sobre un diván. No parece muerto, sino que llora.»

«¿Puedo yo?»

Nikolái se encogió de hombros.

Prascovia tardó en elegir. Iba y venía por las páginas. Por fin comenzó a leer. Nikolái la miraba sin poner atención. Sí captaba que era una lectura torpe, mal entonada, hasta con tartamudeos. Al fin escuchó: «…mas si demonios habitan en mi alma, es porque ángeles vivieron ahí…».

El sillón era tan angosto que Nikolái y Prascovia hubieron de dormir abrazados.

Encima del féretro quedaron los libros de Vladimir Mayakovski, pero esa noche sus versos no tendrían voz.

Al amanecer, Marfa sirvió el café a Nikolái como cualquier día. Él lo bebió como siempre. Ambos se hallaban sentados a la mesa delante de esa ventana que dejaba entrar los primeros rayos del sol. El diálogo espontáneo entre una mujer y el hombre que había pasado la noche en el sofá era tan vulgar que lo omitieron. En las novelas, si dos personas se encontraban en la perspectiva Nevski, iban al grano. Terrible sería leer a Gogol procurando un realismo en tales situaciones: «Buenos días, ¿cómo ha estado, Aleksandr Petróvich?» «Muy bien, Iván

Iványich. ¿Y usted?» «También bien, Aleksandr Petróvich, gracias a Dios.» «¿Qué novedades hay en su vida, Iván Iványich?» «Ninguna, Aleksandr Petróvich, la faena de siempre en el ministerio.» «Dicen que el invierno se va a adelantar…» Y así otra página y media. La rutina doméstica entre Marfa y Nikolái sería igualmente inane. «¿Cómo está tu café?» «Un poco cargado.» «Ayer me dijiste que estaba desabrido; por eso le eché un poco más.» «Voy a ponerle leche para rebajarlo.» «¿Quieres azúcar?»

Por eso guardaron silencio.

Eran cuatro personas bajo ese techo y un muerto. Podían invitar a otras diez para vivir como en esas viviendas comunales de los soviéticos, enterándose de cada intimidad ajena, aprovechando la ocasión para hacer revoltijos de carnes y lechos, altercando por el tiempo que cada quien usa el baño o las hornillas de la estufa.

Nikolái fue al féretro y lo destapó. Ya venía siendo urgente sepultar al difunto. Miró un par de bichos que se regodeaban en la piel muerta, uno se asomaba por la fosa nasal, el otro forcejeaba para entrar por la boca cerrada. Recordó que en *El Don apacible* Grigori Mélejov «se estremeció de miedo y asco» al ver el cadáver de su padre, pues «los piojos llenaban las cuencas de sus ojos y reptaban por las arrugas de las mejillas, formaban una película viva y movediza, pululaban en la barba y las cejas hasta formar una mancha gris».

Pilniak cuenta sobre tres soldados enfermos de tifus que han de acarrear a dos compañeros muertos. En su delirio los creen vivos. No perciben el olor de podredumbre. El comandante les sigue dando órdenes. Los colocan pecho tierra y les entregan rifles. Por las noches los cadáveres hacen guardia. Aunque a uno ya se le desprendió la mandíbula y al otro se le salieron las tripas, los siguen alimentando con papilla de mijo.

«¿Y si le damos de comer?»

En el librero estaba *Almas muertas*. Además de los treinta rublos que le prestó Griboyédov, y que se hallaban ahí donde Sobakiévich dice: «Bueno, ya estaría de Dios. Deme treinta rublos por cabeza y quédese con ellas», Nikolái había guardado otros trescientos entre las páginas noventa y noventaiuno, justo donde dice: «Te daré el organillo y todas las almas muertas que tengo, y tú dame tu coche y, además, trescientos rublos». Sacó cien y se los echó en el bolsillo. Ya se retiraba cuando se dio cuenta de que no podía dejar ahí doscientos rublos, y en ninguna parte de la novela se mencionaba tal cantidad. De modo que tomó *¿Qué hacer?*, de Chernishevski, y los colocó a inicios del capítulo treinta, donde «Raquel entregó doscientos rublos,

no llevaba más; el resto lo mandaría dentro de tres días a través de Mertsalova».

Abrió la puerta. Todavía podía abrirla desde dentro.

«Voy al periódico. Si me apresuro, podremos enterrar esta noche al tísico.»

En la oficina del periódico Nikolái hubo de esperar a que lo atendieran, pues antes que él había un hombre que deseaba contratar un anuncio en el que ofrecía gratificación a quien encontrara su nariz, pero el empleado se negaba a publicar tal cosa «porque puede desprestigiar al periódico».

Llegó el turno de Nikolái. Alcanzó a poner el anuncio para la edición de la tarde, aunque el empleado le aclaró que ya no podía elegir página. Quedaba sólo un hueco en la sección deportiva.

Compañía de teatro Máximo Gorki
Invita a la:
Velada de los poetas suicidas
Serguéi Yesenin
Vladimir Mayakovski
Poesía, procesión, entierro y alcohol
Salida a las 18 horas del Bar Sályut

Del periódico, Nikolái pasó a la librería de viejo para recuperar sus libros.

Halló intacto el saco en el mismo rincón en que lo había dejado. Puso ocho rublos en el mostrador.

El hombre habló de cuán heroico era su oficio en los tiempos que corrían; dijo que si él fuera un vil comerciante estaría vendiendo zapatos o ladrillos, «pero, no me mueve, señor, el dinero sino el amor por la cultura, por la literatura…» y fijó el precio en setentaicinco rublos.

El propietario del Sályut tenía expresión enfurecida. «Están convirtiendo mi negocio en una funeraria.» Pero su enojo era falso, pues nunca había visto tan llena la cantina. Los cosmonautas llegaron media hora antes de la cita. Habían estacionado fuera la carreta de Boteo Papé con dos féretros. Uno con el cadáver de Antón que ahora

era Serguéi; el otro con naranjas del huerto de Griboyédov. El primero tenía inscrito: Serguéi Alexandróvich Yesenin; el segundo, Vladimir Vladimiróvich Mayakovski. Ambos bien cerrados para que a nadie se le ocurriera mirar en su interior. Al de Yesenin le habían renovado el hielo antes de salir. Apestaba, pero continuaba excusándose con el letrero de las ostras.

Ahí estaba Porfírii en la mesa del rincón, moroseando un vaso de cualquier bebida en espera de sus amigos. En vez de saludarlo, Griboyédov le dijo: «Porfírii, ve a cuidar la carreta mientras nosotros tomamos un trago».

A medida que se acercaba la hora, el Sályut se iba llenando como nunca. No había sitio para sentarse ni en la barra. La mayoría de los presentes eran jóvenes universitarios. Los clientes regulares se sentían invadidos.

«Pronto nos vamos», anunció Nikolái a modo de disculpa.

«No tengan prisa», dijo el propietario.

Los jóvenes bebían cerveza y declamaban con exaltación algunos poemas de los poetas suicidas, sobre todo aquellos con sabor marxista; se diría que ninguno de Yesenin y sólo de Mayakovski. «¡Ciudadanos! Éste es el primer día del torrente obrero. Saldremos al rescate de este mundo tan confuso…» Miraban arrebatados a Lenochka y, sobre todo, a Marfa. Buena parte de lo que hacían lo hacían para hacerse notar por ellas, por eso había un aire ridículo en su comportamiento. «Basta ya de vivir según las leyes de Eva y Adán», vociferó uno, «es hora de arrumbar el penco de la historia.» Y los demás corearon: «¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda!».

«Vaya entierro», dijo Guerásim. «La policía nos va a balear.»

«Lo anuncié como obra de teatro.»

«Igual nos balean. El teatro precisa de héroes y antagonistas.»

Porfírii entró preocupado. «Hay miles de personas», dijo. «Quieren profanar los féretros.»

Salieron con prisa. No había miles sino acaso cien, si bien iba llegando más gente. No querían profanar los féretros, sino tocarlos, sobre todo el de Mayakovski. Toda esa gente conocía los versos sociales del poeta, la mala poesía del poeta, la del obrero de la palabra, la que no servía para estremecerse sino para gritar consignas.

«Brillar siempre», Nikolái se paró sobre el pescante de la carreta, «brillar en todas partes, hasta el límite del final de los tiempos, ¡y al diablo con todo lo demás! Ésa es mi consigna… ¡y la del sol!»

Qué osadía la de Mayakovski. Nadie pensaría que quien escribiera esos versos acabaría por pegarse un tiro en el corazón.

Abordaron la carreta. Las ruedas rodaron lentamente. «Al cementerio», dijo Nikolái.

Porfírii forcejeaba para montarse, pero Guerásim lo bajó con un empujón.

Los poemas se iban dando, coreando, leyendo. Las crónicas de 1930 aseguraban que en la historia de Moscú sólo el entierro de Lenin había convocado mayor muchedumbre que el de Mayakovski. Al cruzar la primera calle, se toparon con una partida de policías. Se notaba que tenían órdenes de no intervenir, apenas de amedrentar, aunque ciertamente no amedrentaban a nadie. «¡Izquierda, izquierda, izquierda!», coreaban los muchachos. Otro leía muy engolado: «Proletarios del cuerpo y del espíritu, sólo unidos habremos de engalanar el universo, y unidos nos sumaremos a su marcha». Pasaron de largo y los policías se sumaron al cortejo, igual que se había sumado la policía soviética al de Mayakovski para mantener el orden. «Venimos millones, millones de obreros, millones de trabajadores y empleados», coreaban en la procesión, muy seguros de que Mayakovski se había matado por una mujer, pues tal había sido el discurso oficial; eso se había dicho en *Pravda* para ocultar que el poeta se quitó la vida porque ya no podía borrar toda esa retahíla de versos vacíos dedicados a una revolución descarrilada, a un entusiasmo burlado, a un hombre en particular, a un mundo que sólo existía en el ensueño que él mismo se había prestado a cebar.

Porfírii se había rezagado. Los estudiantes le jalaban las orejas. Le volteaban la gorra. Le palpaban el trasero. Él protegía con ambas manos la pistola en la funda para que nadie se la fuera a robar. Sus manos eran pequeñas como alcachofas. «Respeto», decía.

Lenochka hacía sonar una campana. Los peatones se detenían. Por las ventanas de las casas se asomaban mujeres como viudas. «Han muerto los poetas», anunciaba Marfa Petrovna, «pero vive, vive siempre, la poesía.»

A Yesenin lo habían transportado a Moscú por la misma línea que trajo a Chéjov en el último tramo de su viaje. Ninguna falta le hizo un vagón refrigerado de ostras porque tuvo la gracia de morir en pleno invierno. La temperatura era tal que ya se había congelado un par de veces: cuando lo llevaron del Hotel d'Angleterre a la morgue, y cuando lo desfilaron en su féretro por Leningrado. En Moscú, volvió a congelarse y descongelarse varias veces entre las procesiones y los homenajes varios, hasta que lo enfilaron a un camposanto carente del glamur que tuvo su vida.

A Mayakovski no le hizo falta mayor logística porque tuvo a bien

matarse en Moscú. A él lo llevaron al mismo cementerio que a Chéjov, pero antes lo hicieron pasar por el crematorio. Por eso sería más correcto decir que a Mayakovski no lo enterraron, sino que lo diseminaron por los aires de Moscú en forma de vapor de agua, dióxido y monóxido de carbono, óxido de nitrógeno y otros gases, incluyendo aquellos emanados de la combustión del alcohol de su última borrachera. Pero no le cremaron el cerebro; las autoridades habían aprovechado la autopsia para incautarlo.

A Yesenin sí le dejaron el cerebro. Su autopsia fue un burdo trabajo de carnicería, al punto de que el muerto se parecía poco al vivo.

Llegaron al cementerio cuando el sol se ocultaba. Un vigilante estaba cerrando el portón y dijo desde dentro: «Está cerrado».

Los policías aprovecharon para pedir a la gente que se dispersara.

Porfírii se adelantó a todos. Desenfundó. Soltó un tiro al aire. «¡Abran las puertas!», clamó a gran voz, asombrado de que pudiese hablar así. «¡Son los poetas muertos que vuelven a casa!» Le temblaban las manos cuando escuchó el rechinido de los goznes.

«No tarden mucho», dijo el vigilante con calma, como si Porfírii no hubiese hablado ni disparado, y las puertas se abrieran por una espontánea cortesía.

Nikolái alzó la voz con versos de Yesenin: «¡Aquí el cementerio! Donde las cruces se carcomen. Son muertos que luchan cuerpo a cuerpo, por siempre con brazos extendidos».

«¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda!», contestó el cortejo.

Entregaron el féretro de Mayakovski a sus seguidores. «Vayan y búsquenle una tumba allá en el fondo.» El de Yesenin lo cargaron entre Nikolái, Guerásim, Griboyédov y Prascovia. También participaron Marfa y Lenochka, pero apenas lo tocaban con la mano, sin aligerar la carga a los demás.

Cuando llegaron los restos de Yesenin a Moscú, los primeros en conducirlos afuera de la estación fueron Isaak Bábel, Piotr Oreshin, Vsevolod Méyerhold, Boris Pilniak, Evgeni Zabelin, Vasili Nasekin y Andréi Sobol. Todos serían asesinados por órdenes de Stalin, salvo Andréi Sobol, porque él mismo se pegó antes un tiro. «Dirán que el cadáver de Yesenin estaba maldito», dijo Nikolái. «Maldito era el oficio de escritor.»

Tan pronto se sintieron a salvo de miradas, volcaron el féretro para vaciar el hielo y el agua. Rodó hacia fuera el cadáver del tísico Antón o del suicida Yesenin. A empujones y patadas lo metieron de nuevo. A lo lejos se escuchaban los estribillos de Mayakovski.

En Yesenin no había estribillos. Fue siempre un poeta. «A la

Revolución le entrego todo», llegó a decir, «excepto mi lira.»

Prascovia los condujo a una cripta de antiguo lujo derruido.

Alojaron el féretro en una gaveta vacía. Empotraron una losa. «Serguéi Yesenin. Poeta. 1895-1925. ¿Acaso soy tan sólo un soñador que perdió el azul de sus ojos en la niebla?»

Prascovia se puso a llorar en silencio a sabiendas de que las mujeres son hermosas en el llanto discreto del dolor. Lenochka le tomó las manos.

Dentro de la cripta ya anochecía. Nikolái sacó de su bolsillo un pequeño libro. La luz apenas fue suficiente para leer un par de poemas del difunto que hablaban de la nostalgia de la infancia, de la juventud perdida.

Rodearon a Prascovia. Se unieron los seis en un abrazo en el que cada uno sintió que amaba a los otros cinco.

«La muerte de un poeta es la mejor ocasión para recordar su poesía, leerla, recitarla, y así un poeta habría de morir muchas veces en vida y aún más veces después de muerto.»

Fuera se escuchaba la algarabía de los deudos de Mayakovski. Salían del cementerio. Iban comiendo naranjas.

A Serguéi Yesenin lo habían enterrado en la tarde del último día de 1925. Lo dejaron en ese subsuelo congelado en espera de la primavera para poder pudrirse. Los dolientes se fueron a celebrar la llegada del año siguiente.

«Vamos a celebrar», dijo Marfa.

«Un feliz año.»

Se encontraron a Porfírii a la salida del cementerio. Aún tenía el arma en la mano y apuntaba al cielo. Sus ojos tenían lágrimas. Por primera vez en la vida estaba contento de ser él mismo y no otro.

Se montaron en la carreta, ya vacía de féretros. Griboyédov dio un fustazo al caballo. «Anda, animal, llévanos a la vida y deja la muerte atrás.»

Porfírii quiso subir, pero Guerásim lo bajó de un puntapié.

18

Nikolái fue al hospital de donde habían sacado al tísico Antón. Ahí estaba la enfermera. Juntos se dirigieron a un café en las inmediaciones. Un café digno de las inmediaciones de un hospital. Mesas de fórmica. Enormes azucareras de vidrio con tapa metálica y orificio con ceja por donde se vierte el azúcar. Toscos servilleteros. Los clientes no estaban ahí para pasar un buen momento.

«Lo enterramos ayer», dijo Nikolái.

La mesera se acercó. Saludó a la enfermera. Le preguntó si quería lo de siempre. Ella le respondió que sólo un agua mineral.

«Vivió bastante», dijo ella.

«Pudiste ser la viuda. Pudiste ser muchas cosas.» La mesera seguía ahí. Nikolái comprendió que debía pedir algo. «Vodka», dijo.

«No tenemos.»

«Cerveza.»

«Aquí no se sirve alcohol.»

Había un televisor en el fondo. Alguien trataba de ajustar los controles vertical y horizontal, movía las antenas sin que la imagen ganara claridad o se estuviera quieta.

«Conseguimos otra viuda. Prascovia, se llama, Prascovia Fiodorovna. Una mujer ordinaria.» Nikolái se avergonzó por usar tal adjetivo, pero no se corrigió.

El hombre del rincón apagó el televisor. La mesera entendió que Nikolái no deseaba nada y se marchó.

«El enfermo tuvo tiempo de enamorarse. Murió como el tísico Antón, pero lo enterramos como el poeta Serguéi Yesenin.»

«¿Yo podría…?»

«Ya no.»

«¿Entonces a qué vino?»

Nikolái se encogió de hombros.

Llegó el agua mineral en la botella. Sin vaso. Podían escuchar las burbujas reventar.

«Antier nos llegó otro tuberculoso.»

«Basta con Antón. Fue un buen tísico. El último día estuvo

bailando. Murió fuera de aquí y tuvimos que traerlo en un vehículo para ostras frescas.»

«Suena muy hermoso.»

«Usted volverá a ese hospital.»

El agua mineral no era para beberse. Era un adorno de la inercia. La mesera la había puesto justo en medio de la mesa, como si fuese para compartir. Nikolái se incorporó. Pensó que a él le correspondía pagar. Al mismo tiempo se preguntó si no sería más ofensivo poner un kópek sobre la mesa y marcharse que simplemente marcharse.

Entre los muchos cuentos de suma crueldad que escribió Chéjov, hay uno que Nikolái consideraba el más severo. Una campesina encuentra a su marido, Égor Vlásich, cazando en el bosque. Le dice que no lo ha visto desde Semana Santa, cuando él vino a casa borracho, la insultó y la golpeó. «Y yo entretanto esperándote, esperándote. Se me gastaron los ojos en mirar si venías.» Él la desprecia, le dice que «necesita buen té, conversaciones finas», y que si lo obligaran a vivir con ella preferiría quitarse la vida. Ella contiene el llanto. «Hace doce años que nos casamos y ni una vez siquiera hubo amor entre nosotros.» Égor Vlásich le recuerda que los casaron cuando él estaba borracho. «Claro que es mucha suerte para una porquera casarse con un cazador.» La sigue ninguneando. Ella le ruega que venga a casa. Él se despide. Reanuda su camino, en tanto ella se queda mirándolo, llena de tristeza y ternura. Lo acaricia con los ojos.

Ahí pudo terminar. Con esa figura triste de mujer que ve alejarse a su hombre. Pero a Chéjov le quedaba el clavo más punzante.

El cazador se detiene. Ella va detrás de él con ojos suplicantes. «Toma», dice él. Le da un gastado billete de un rublo y se aleja rápidamente. «Adiós, Égor Vlásich», dice ella. Aprieta el rublo en la mano; sigue a su marido con la vista hasta perderlo entre el verdor. «Adiós», murmura para sí.

La enfermera no lo miraba a él. Tenía puestos los ojos en esa botella. En las burbujas que subían con prisa para luego desaparecer.

No sería un rublo. Apenas un kópek.

Nikolái puso una moneda sobre la mesa.

La puerta del café era de cristal. Ella lo miró cruzar la calle, perderse al otro lado de la acera.

«Adiós, Égor Vlásich.»

Ya era tarde cuando se dirigió al Sályut. La gente estaba impaciente porque se había anunciado otra ceremonia de Premio

Nobel. Ahí estaba Griboyédov con la corona del rey de Suecia tratando de apaciguar a sus súbditos y a la prensa extranjera. Sobre la barra habían colgado el cartel: «Premios Nobel 1965». Casi todos los años el laureado más célebre era el de literatura, pero ese año no ocurrió así; de tal modo que Griboyédov mandó llamar a uno de los ganadores del premio de física para entretener a los parroquianos. «Damas y caballeros, es para mí un honor, por sus descubrimientos en el campo de la electrodinámica cuántica, galardonar con el Premio Nobel de Física al señor Richard Feynman.» Guerásim se incorporó entre los aplausos. Fue a la barra y se puso a tocar los bongós. Luego dijo: «Parece que si tomamos la mecánica cuántica más la relatividad más el principio de localidad más cierta cantidad de suposiciones tácitas, llegaremos a una inconsistencia, pues obtendremos un resultado infinito al realizar diversos cálculos, y si hay un resultado infinito, ¿cómo podríamos decir que esto se ajusta a la naturaleza? Un ejemplo de estas suposiciones tácitas…».

«Ya llegué», interrumpió Nikolái.

Porfírii se había sentado, aprovechando que el rey de Suecia y Richard Feynman estaban en la barra. Se paró al ver entrar a Nikolái.

Lenochka se puso triste. Le interesaba mucho el discurso que estaba dando su marido. «Cuántica», dijo.

Nikolái se sentó a beber unos tragos. Estaba consciente de su retraso, pero no podía hacer su papel sin un poco de alcohol. Hoy le tocaba ser Mijaíl Shólojov. No era fácil ser Mijaíl Shólojov.

Aquel diciembre de 1965 en el que la Academia Sueca iba a entregarle el premio, los soviéticos estaban nerviosos, pues sabían lo mucho que su compatriota gustaba de la bebida. Le pusieron un guardia de tiempo completo para mantenerlo lejos de cualquier destilado y más lejos aún de cualquier periodista. Al fin llegó la noche de la ceremonia. El hombre se presentó sobrio. Se comportó como debía. Hizo una reverencia casi imperceptible delante del rey cuando recibió su diploma.

«Estás haciendo esperar a su majestad», dijo Marfa y señaló a Griboyédov, que desde la barra apuraba a Nikolái.

La decisión de premiar a Shólojov había estado lejos de ser unánime. Por eso aún en esa noche de gala hubo académicos que continuaban malcontentos, mientras que algunos de los que habían votado por él ya empezaban a madurar la idea de que se habían equivocado. Tales emociones se acentuaron cuando el recién premiado leyó su discurso en el banquete, un discurso hueco, vanidoso, ampuloso, plagado de lugares comunes y con algunas falsedades; un

discurso que defendía el realismo socialista. «Soy de esos autores que consideran su mayor honor y libertad poner su pluma al servicio de la clase trabajadora.» A tal retórica sumaba anacrónicas críticas al *avant-garde;* además hacía un llamado al progreso de la humanidad y a la paz mundial, dando a sospechar que hubiese escrito el discurso veinte años antes o se lo hubiese plagiado a Gorki, que algún tiempo soñó con ser nobel.

Nikolái se incorporó. «¡Al fin!», gritó alguno de los parroquianos. Todos a una murmuraron una fanfarria en lo que él se aproximaba al rey Gustavo Adolfo con paso marcial.

Recibió su medalla, su diploma, el apretón de manos de los presentes: «Queridos amigos, esta noche no quiero soltar las vanas palabras que pronuncié en Estocolmo, sino unas más sinceras. Quiero agradecer a la Academia Sueca por no juzgarme un zalamero, luego de que me vieron reescribir una y otra vez pasajes de *El Don apacible* para adaptarla a los caprichos del partido; gracias también por enaltecerme a pesar de los insultos, golpes bajos, trapacerías y acusaciones que les he echado encima a Pásternak, a Solzhenitsyn y a tantos otros que han combatido por la libertad de expresión en mi país; les agradezco haber pasado por alto mi antisemitismo, mi complicidad con un sistema criminal; sobre todo, les estoy muy agradecido por haber ignorado todas las voces que les advirtieron que yo no soy el verdadero autor del *El Don apacible*, sino un vil plagiario. Pero antes que a ustedes, agradezco a Iósif Stalin, a Nikita Khrushchev y a la policía secreta de mi nación por haber realizado todo el trabajo sucio que me ha concedido la oportunidad de estar hoy aquí ante ustedes. Gracias por haber liquidado o silenciado a tantos autores que cantan o cantaron con mejor plectro. Ana Ajmátova merecía más este premio que yo, pues ella, con intenso valor, con suprema belleza, ha hablado, ha gritado y susurrado lo que millones sienten en silencio. ¿Y qué me dicen de Isaak Bábel, el de la prosa divina? También tuvimos un maravilloso escritor llamado Mijaíl Bulgákov, autor de un prodigio titulado *El maestro y Margarita*, que por suerte al día de hoy sigue incautado para que nunca nadie lo lea. ¿Y Tsvetáieva? ¿Leyeron alguna vez la maravillosa poesía de Marina Tsvetáieva?». Nikolái dio un trago. Iba a citar un poema de Tsvetáieva, pero prefirió ceñirse al discurso de Shólojov. «El año pasado murió un escritor, señoras y señores, un escritor cuyos lápices no soy digno de afilar. Se llamaba Vasili Grossman, y bendita la censura que le incautó su novela porque de lo contrario, damas y caballeros, grande sombra se hubiese cernido sobre mí. Yo les juro que también hubiese plagiado su novela, si no

fuera porque choca de frente con la línea del partido. Celebro, mis queridos académicos, que existan tantos versos y novelas que no llegaron a ver la luz, y que gracias a esa oscuridad hoy pueda yo brillar.» Nikolái fue pasando lentamente la vista por todas las mesas del Sályut. No hubo aplausos. Tampoco abucheos. Shólojov continuó: «Hace nueve años quedó vacía la silla de Pásternak en Estocolmo, mis queridos académicos. Su rey no tuvo a quien estrecharle la mano; en cambio yo estoy aquí sin problema alguno, homenajeado por mi país, por mi partido, por un régimen que persigue y mata escritores, que secuestra y destruye manuscritos. Ya ustedes se habrán dado cuenta de qué se hicieron cómplices».

Nikolái fue a su mesa. El silencio continuaba. Marfa le acarició la cabellera.

«Te ves cansado.»

«No es fácil ser Shólojov», dijo Nikolái.

«Para ti. Aquí. Ahora», dijo Marfa. «Allá siempre fue más fácil ser Shólojov que ser Ajmátova.»

A la historia no le quedaría ninguna duda. El Premio Nobel de Literatura del año 1965 debió ser para Ana Ajmátova. Un error imposible de corregir, pues la poeta moriría apenas cuatro meses después.

Shólojov volvió a casa. Puso la medalla Nobel en su vitrina, entre el Premio Lenin y el Premio Stalin. Por esas fechas se había celebrado un juicio contra los escritores Andréi Siniavsky y Yuli Daniel; los habían condenado a cinco y siete años de trabajos forzados por expresarse libremente. Cientos de colegas de la Unión Soviética y de todo el mundo pidieron a Shólojov que aprovechara su situación de escritor laureado para interceder por los dos desdichados. En vez de eso, el flamante premio nobel pronunció un discurso en el que criticaba la blandura del castigo y sugería la pena de muerte para los dos.

Ahí mismo la poeta Lidia Chukovskaia le escribió a Shólojov su epitafio.

«La historia no olvidará tu vergonzoso discurso. Te has excomulgado de nuestra larga tradición de interceder por los compañeros y has optado por perseguirlos. Recuerda *El Don apacible*, una novela que muestra gran serenidad y capacidad de comprensión al relatar los grandes cambios que han sacudido a nuestra nación, así como los sutiles tremores de una conmovida alma humana, una novela benigna con los personajes que cometen errores, faltas e incluso crímenes contra la Revolución. Por eso me sorprendió escuchar tus

declaraciones tan duras y arbitrarias que convierten una compleja situación de la vida en algo simple y elemental.»

Muchos lingüistas se habían dado a la tarea de encontrar si Shólojov era el verdadero autor de *El Don apacible*. Chukovskaia dejó claro que no era un tema de palabras, frases o sintaxis, sino del alma, y Shólojov nunca tuvo alma de escritor.

La sospecha de que Shólojov había hallado *El Don apacible* en la mochila de un cosaco muerto era cierta.

El camino de vuelta a casa estuvo rociado de melancolía. Una ceremonia de Premio Nobel debía parecerse a una fiesta, pero ésta resultó más próxima a un velorio. Guerásim llevaba en brazos a Lenochka dormida. Era su poema sin palabras.

Prascovia iba sentada junto a Nikolái. Le tomó la mano. «Mencionaste a otra poeta.»

«Yo no. Fue Shólojov.» A Nikolái le inquietaba que Prascovia le pusiera la mano sobre el muslo. Como si ya se fuera aceptando que él iba con ella, y Marfa con Griboyédov.

«Háblame de la poeta que mencionó Shólojov.»

«Marina Tsvetáieva. Se ahorcó.»

Marfa escuchaba el sonido de los cascos del caballo. Casi era música.

Griboyédov no atendía al animal, que iba tomando un rumbo que no era el rumbo a casa.

«¿Por qué no la incluimos en la noche de los poetas suicidas?»

Los rusos solían armar grandes procesiones con cada escritor muerto, así murieran de manera natural o por mano ajena o propia. Tsvetáieva no eligió el lugar ni el momento adecuado para colgarse.

Vivía en una aldehuela llamada Yelábuga. Tenía poco que ofrecer a quienes vieran la grandeza de un poeta en su fama y no en sus versos. Tsvetáieva no voló en la poesía, la cargó como piedra de molino. Habían condenado a su hija a diecinueve años de trabajos forzados. Lo mismo a su hermana. Su marido, también escritor, estaba preso y pronto sería ejecutado. Tenía un hijo insoportable, pero ella lo amaba. Tsvetáieva había solicitado empleo de lavaplatos, pero la rechazaron. Era el 31 de agosto de 1941. Dos meses antes los alemanes habían invadido la Unión Soviética.

Alguien halló el cuerpo de la poeta pendiente de una soga. Lo mandaron bajar para echarlo en un pozo cuanto antes. Su muerte no fue noticia, apenas un perezoso rumor que tardó meses en llegar a

quienes la conocieron.

«Ni siquiera se sabe dónde quedaron sus restos.» Nikolái tomó la mano de Prascovia para quitársela de encima, pero acabó acariciándola. «Dicen que amaba a Pásternak.»

«La distancia: verstas, millas nos separan, nos dispersan», dedicó Tsvetáieva versos a Pásternak.

Marfa le hizo ver a Griboyédov que no llevaban el rumbo correcto.

Él dio un fustazo al caballo. «Aquí sobran tres.»

Todos miraron hacia el cielo. Lenochka se había despertado y también miraba.

«¿Ves esa estrella que está justo sobre nosotros?», Guerásim le acariciaba los cabellos.

«Sí.»

Nadie distinguió una estrella que estuviese justo arriba, pero daba lo mismo.

«Quizás hace años que no existe y sin embargo la puedes ver.»

Nikolái esparció su vista por las estrellas. Advirtió que mirar el cielo era mirar el pasado, una infinidad de pasados, de tiempos distintos, remotos. Quiso acarrear esa idea a la novela. Las letras en un libro abierto eran añicos de cielo en los que también se miraba el pasado. No le convenció la comparación. Tendría que pensarlo mejor si quería explicar ese embrujo por el que las palabras escritas hace cien o más años se vuelven presente cada vez que se las mira. La cuestión podría ser tan obvia que sólo ponderarla era una simpleza; o tan compleja que no tuviera explicación.

«¿Tú lo sabes, Lenochka?»

Esta vez la niña no respondió. O quizás sí. El silencio es también una respuesta.

Pasaron junto a la fábrica de cigarros.

Olió a tabaco.

19

«Ya va siendo hora del final.» Nikolái habló con voz casi inaudible.

En Monterrey no había tranvías. Nikolái y Guerásim abordaron el autobús treintainueve que venía de la universidad y pasaba por el hospital. El tráfico era tal que hubo un momento en el que una anciana pudo rebasarlos caminando por la acera; pero pronto la alcanzaron y la dejaron atrás.

El doctor Zhivago cae muerto al bajar de un tranvía, pero ahí no acaba la novela; aún faltan algunos pasajes y el epílogo. Luego de que Ana Karenina se tira al paso del tren, la historia continúa sin ella durante otros diecinueve capítulos, sin que ya nadie la mencione, lo mismo que si nunca hubiese existido. *La muerte de Iván Ílich* sí termina con la muerte de Iván Ílich. «Tomó una bocanada de aire», dice la última frase, «se detuvo en mitad de la aspiración, extendió los miembros y se murió.» Pero eso se debe a que los tiempos están traspuestos y la novela comienza con la noticia de la muerte del protagonista, con su velorio y entierro, y hasta el más cercano de sus amigos sólo quiere despachar el trámite funerario para irse a jugar cartas.

Más que nunca, a Nikolái le disgustaba la idea de morirse. ¿Qué haría Marfa tan pronto lo echara en una tumba? ¿Irse a jugar cartas? ¿Pasarse diecinueve capítulos con Griboyédov?

«Sean diecinueve o mil capítulos, los trenes acaban por llegar a la próxima estación aunque hayan troceado a una mujer en la anterior; los tranvías enfilan a la siguiente parada.»

Zhivago inerte en la calle se vio rodeado de curiosos que opinaban sobre qué hacer con el cadáver. Por ahí pasó la anciana señorita Fleury. Lo miró, no lo reconoció y reanudó su camino.

«Ni ella ni nadie notó la importancia del momento», dijo Nikolái.

«Tomen chocolate Van Houten», sugirió Guerásim. «Alguien pudo decir eso.»

«Y Pásternak se hubiese visto obligado a escribirlo.»

«Si uno es un clásico, vive para siempre.»

«Ya vas entendiendo.»

Un final que entusiasmaba a Nikolái era el de *Los hermanos Karamazov*. Lo había leído varias veces, lo conocía de memoria, se lo repetía a sí mismo con frecuencia.

«Y eternamente así, toda la vida, cogidos de las manos. ¡Hurra por Karamazov!, volvió a gritar Kolia con entusiasmo, y una vez más, todos los chicos volvieron a corear su exclamación.»

«¡Hurra por Karamazov!», gritó Guerásim.

Los pasajeros del autobús lo miraron con ocioso desprecio.

Nikolái golpeó el cristal de la ventanilla con las manos abiertas. «Me asfixio», dijo. «Tengo que bajar.»

El vehículo avanzó lentamente. Nikolái se buscó paso por el pasillo hasta la parte trasera. Ahora golpeó la puerta.

Finalmente se detuvieron frente a la Alameda. Ambos bajaron junto con otros tres o cuatro pasajeros. Nikolái avanzó encorvado, en una diagonal entre su frente y su derecha. Luego tropezó y cayó al suelo de concreto. La gente comenzó a hacer un círculo a su alrededor. Guerásim se arrodilló delante de su amigo. Le revisó los signos vitales.

«Está muerto», pronunció Guerásim; se puso de pie, alzó la voz. «¡Tomen chocolate Van Houten!»

Alguien dijo que el hospital estaba muy cerca.

Otro detuvo un auto.

Echaron en el asiento trasero a Nikolái.

Guerásim montó en el delantero.

Antes de un minuto ya habían arribado para entregar el cuerpo a unos camilleros. Cuando pasaban por la recepción rumbo al área de urgencias, la enfermera les pidió que se detuvieran. Miró un rato el rostro de Nikolái.

Luego le dio una bofetada.

«Levántate», le dijo.

Los testigos pensaron que estaban presenciado un milagro.

«Soy Zhivago», dijo Nikolái. «Me morí al bajar del tranvía.»

«Un imbécil», dijo ella. «Eso eres.» Cualquier ruso distinguiría desprecio en ese tuteo.

Nikolái volteó hacia Guerásim. «Dile quién soy.»

«Es Zhivago. Se murió al bajar del tranvía.»

«Un imbécil», repitió ella las palabras, pero no el énfasis.

Los dos amigos salieron del hospital. Ya no tomaron el tranvía treintainueve.

«¿Por qué lo del chocolate?», preguntó Nikolái.

Guerásim se encogió de hombros.

«Pudiste decir: ¡Hurra por Karamazov!» Nikolái juzgaba que le

habían vulgarizado la muerte con una marca de chocolates.

A los rusos no les daba por promover empresas comerciales. A veces mencionaban nombres de hoteles, como el Europa, el París o el Slavianski Bazar, donde había trabajado el trágico protagonista de *Los campesinos*. Dostoyevski habla de la sombrerería Zimmermann, aunque el viejo modelo que lleva Raskólnikov va «lleno de roturas y rasgaduras, sin alas y echado a un lado por su ángulo más informe». También menciona el líquido Zhdanovskaia, muy útil para disimular el olor de los cadáveres. Chéjov escribe sobre unos lugareños «que son capaces de diferenciar el vodka Kóshelev del Smirnoff número veintiuno con los ojos vendados». A varios autores les daba por promover las casas comerciales de los Yeliséyev, en las que sus personajes adquirían tintos franceses de tal o cual château, ostras frescas, champaña, frutas de todo el mundo, caviar, quesos, tabaco, café, embutidos y demás sabrosuras.

Era temprano cuando entraron en el Sályut. Se hallaba casi vacío. Esta vez no fueron a la mesa. Se quedaron de pie en la barra.

«Aquí mi amigo y yo queremos una botella de Château Lafite.» Nikolái no estaba seguro de lo que había pedido, pero ése era el vino que más se repetía en sus libros.

La mesera les sirvió dos cervezas.

Chocaron las botellas. Bebieron del pico.

«En cuanto a condición humana, quizá haya tanta en estas cervezas como en el mejor de los burdeos.»

«¿Y por qué deseabas morirte como Zhivago?»

«Como Zhivago o como cualquiera; pero él me gustó porque muere en la calle, no en la cama.»

«¿Por qué?»

Habían vaciado las botellas. Con el calor, con la caminata podrían vaciar otras tres botellas; pero Guerásim había hecho una pregunta que no era para responderse con cerveza.

«Vodka», dijo Nikolái. «Smirnoff número veintiuno.»

La mesera les trajo del aguardiente mexicano.

También comenzaron a beberlo como si fuese para matar la sed.

Nikolái hubiera preferido no responder a la pregunta. No conocía la respuesta. Apenas la intuía. Sin embargo Guerásim lo miraba como quien espera algo.

«Dicen que el más allá se inventó porque nos vamos a morir.» Metió el índice en el vaso de alcohol; lo chupó. «Si nos vamos a morir, habría que inventar la vida.»

Ni a uno ni al otro satisfizo la respuesta.

No en un principio.

Pero después de una hora, después de haber agotado la botella, junto con otras dos cervezas por eso de la sed, cayeron en la cuenta de que habían descubierto algo grande.

En ambos se dibujó una sonrisa impenetrable para cualquiera; transparente para ellos.

Se abrazaron.

Salieron del Sályut caminando con el brazo sobre el hombro del otro, como van los viejos amigos cuando siguen siendo niños.

«Mañana abordaré el tranvía treintainueve y moriré», dijo Guerásim.

«Tomen chocolate Van Houten.»

«¡Hurra por Karamazov!»

«¡Muera Iván Ílich!»

«¡Viva!»

Se encaminaron por cualquier calle cantando canciones mentales.

Apenas como una reverberación les llegó la sensación de que habían visto a Porfírii fiel y solitario sentado en la mesa del rincón.

Nikolái decidió que no iban a partir el grupo. Todos habrían de abordar la nave Sóyuz, así tuviesen que viajar las mujeres en el regazo de los hombres, así escaseara el oxígeno. Puso un telegrama para el embajador Kolosovski. «Somos seis. Imposible ser tres.»

Se dieron por vencidos los más hábiles criptógrafos de los servicios secretos, tanto del lado ruso como del mexicano.

Esa noche en el Sályut los parroquianos no sabían qué esperar. El aviso decía: «Rehabilitación». Algunos supusieron que vendría algún ortopedista o curandero. Otros esperaban una delegación de Alcohólicos Anónimos. Ninguno preguntó nada. Se mantuvieron a la expectativa de cada movimiento de los cosmonautas en su mesa de siempre. Otra vez habían llegado sin féretro, lo cual representó una desilusión para la mayoría de los presentes. Ya se habían aficionado a ese cajón abierto o cerrado, con Griboyédov, con el tísico Antón o con algún poeta o narrador, con aromas de perfumes o efluvios de ostión.

Igual que el día de su boda, Lenochka estaba haciendo un cerdo de plastilina. «Un puerco», dijo cuando pegó una minúscula y ensortijada cola al torso en forma de huevo. Griboyédov pensaba que en verdad

era una muchacha deliciosa. «¿Es tu marido?», le preguntó. «Un puerco», respondió ella. Guerásim sonrió.

«¿Me la prestas?», Nikolái se dirigió a Guerásim; éste se encogió de hombros.

Nikolái recogió del suelo bajo la mesa una bolsa con libros. Se dirigió a la barra con Lenochka.

Esa tarde había pasado a Encuadernaciones Artísticas por los libros que había solicitado. Eran dos. Empastados en piel castaña acocodrilada. «Damas y caballeros, hoy vengo a presentarles un par de obras maestras. Yo no sé qué sería del alma del ser humano si nos faltaran.» Dirigió la mirada a Lenochka. «¿Sabes leer?»

«¡Sí!»

Él la tomó de los muslitos para sentarla en la barra. Ella cruzó la pierna como dama de mundo. «Anda, preciosa, que lo sepa el universo.»

Ella se quedó mirando muda las letras doradas en la portada.

Nikolái hizo una seña a Marfa. Ella también se sentó sobre la barra con la pierna cruzada. Tomó el libro e iba a entonar el título cuando se dio cuenta de que era una rapacería competir con la niña. Estuvo un rato susurrándole hasta que Lenochka asintió. Entonces clamó a gran voz: «¡*Poemas desde Siberia*!» Más susurros entre las dos. «¡De Ósip Mandelstam!»

Hubo aplausos. Lenochka había pronunciado un nombre que la gran parte del mundo muere sin pronunciar. Un poeta que la gran parte del mundo muere sin leer y, de haberse escrito y publicado, *Poemas desde Siberia* permanecería virtualmente desconocido porque qué significa un tiraje de dos mil ejemplares en un planeta con miles de millones de habitantes. Nikolái abrió el libro y mostró sus páginas en blanco. «¡Imbéciles!», gritó a los bebedores. «Todos ustedes imbéciles. Vienen aquí cada noche a recoger las migajas que caen de nuestra mesa, cuando la hogaza completa está en los libros.»

Entretanto, Marfa adiestró a Lenochka para la segunda escena. La niña ahora se puso de pie sobre la barra con la gracia y seguridad de una gimnasta. «*Velikaya Krinitsa*», pronunció como una auténtica hija de ucrania, «de Isaak Bábel.»

Bábel no se sentía un abanderado de la libertad, sino de algo más peligroso: la belleza de la escritura, el respeto al lector, la humanidad del hombre. Esto se alcanzaba con un intenso trabajo individual que no comulgaba con las directrices colectivas de un partido. Por eso en sus últimos años trabajó y trabajó sin alcanzar algo que pudiese presentar a los editores. «Me he vuelto un maestro en un nuevo género

literario», dijo en el Primer Congreso de Escritores Socialistas, «el género del silencio.» Y llegó a convencerse de que su silencio sería interpretado como desacato. Cuando lo arrestaron, él supuso que se debía a su baja productividad como escritor, «pues según los criterios soviéticos, eso se considera sabotaje».

Muy cierto era que a los escritores se les tomaba por obreros de la palabra. «El poeta es un obrero», había cantado Mayakovski. Si el héroe nacional era un minero que extraía más de cien toneladas diarias de carbón, el escritor que forjara poco menos de una frase al mes tenía que ser considerado un traidor. Bábel quiso explicar que las toneladas estaban bien para algunos escribidores, pero él cortaba diamantes. Como respuesta final a sus clamores de inocencia obtendría un balazo en la cabeza. Los papeles que le incautaron serían un enigma para la policía secreta. Decenas y decenas de versiones de un mismo cuento, cada una tachonada, con un sinónimo en vez de otro, con un nombre cambiado por pronombre, con dos frases vueltas una al mudar punto por coma, o con una frase vuelta dos, con el orden invertido de algunas palabras, con un adjetivo borrado, trueques de palabras graves por agudas, y la suma de esos pequeños ajustes hacía que los textos acabaran por ser diferentes. ¿O eran iguales porque contaban la misma historia? Un trabajo tan minucioso sólo podía implicar que estaba lleno de claves y significados ocultos.

Bábel trabajaba en una obra titulada *Velikaya Krinitsa*. Trataba el tema de la colectivización, y estaba destinada a ser una gran novela; por eso sería impublicable. En aquel mismo congreso de escritores socialistas, Bábel había dicho que el partido les había respetado todos sus derechos, excepto el de escribir mal. Con tanto fervor bolchevique, pocos entendieron que tal ironía significaba exactamente lo contrario.

«*Velikaya Krinitsa*», Nikolái alzó el libro de páginas en blanco, «otra obra maestra que no podré leer.» Lo dijo con rabia porque ahí estaban esos malditos parroquianos que no habrían leído la novela ni aunque Bábel hubiese muerto de viejo en su cama después de entregar el manuscrito a las imprentas del mundo entero.

Cuando aquel día helado de enero de 1940 caminaba Bábel hacia su ejecución, pensó en Fiódor Dostoyevski. Bábel tenía cuarentaicinco años y Dostoyevski cuenta en *El idiota* la ejecución de un hombre de esa misma edad. «Lo más terrible del castigo no es el dolor físico, sino la certeza de que en una hora, luego en diez minutos, luego en medio minuto, en este preciso instante el alma ha de abandonar el cuerpo y dejarás de ser un hombre; lo terrible es la certeza. Exactamente eso: la certeza de morir. ¿Quién ha dicho que la naturaleza del hombre sea

capaz de soportar una cosa así sin caer en la locura?» Bábel se dejaba llevar. No sabía si faltaba una hora o diez minutos, pero tampoco importaba tanto porque el tiempo no corre igual para un condenado. «El reo era un hombre inteligente de aspecto nada feroz», escribió Dostoyevski, y Bábel era inteligente y de aspecto manso. «Al subir al cadalso lloraba, blanco como el papel. ¿Eso es posible? ¿No es terrible que haya llorado? No era un niño sino un hombre hecho y derecho de cuarentaicinco años. ¿Qué pasa en tal momento en lo hondo de las almas?» Bábel se dio permiso de llorar. «No es miedo, Fiódor, es otra cosa.» A pesar del permiso no lloró. Ya con el cañón del arma apuntándole a la cabeza, Bábel tuvo una última duda. Él había escrito en *Caballería roja* sobre un diácono que se hace pasar por sordo para que no lo envíen al frente. El cochero que ha de transportarlo al tribunal revolucionario le detona varios tiros junto a las orejas para dejarlo en verdad sordo. Bábel se preguntó en el último instante de su vida de judío si alcanzaría a escuchar la descarga o si sería tan sordo como el diácono Aguéyev, que había huido dos veces del frente.

«¿Y eso qué?», gritó alguien detrás del humo de cigarro. «¡La rehabilitación!»

Algunos no aguardaban a la mesera y se apersonaban en la barra por sus bebidas para mirar las braguitas de Lenochka y sentir el calor de Marfa Petrovna.

La rehabilitación de Mandelstam. La de Bábel.

La muerte física de un escritor en manos del Estado implicaba sus otras muertes. Desaparecían sus nombres de los estudios literarios, de los catálogos, de las listas de premios, de los periódicos, de las conversaciones, del recuerdo; desaparecían sus imágenes, descolgaban sus retratos. Sobre todo, desaparecían sus libros de las librerías, de las bibliotecas, de las casas. Sus historias ya no se contaban, sus versos ya no se declamaban. Se incautaban todos sus bienes. Sus viviendas eran ocupadas por nuevos inquilinos, que llegaban a tierra virgen. «Aquí no vivió nadie.»

Nikolái ya se había desgastado esa noche. Otra vez había hablado más de muerte que de vida.

«Casi quince años habían pasado desde la ejecución de Bábel», dijo con una voz que esforzadamente llegaba a los confines del Sályut, «cuando los jueces emitieron un nuevo documento en el que aceptaban haber condenado sin pruebas al escritor.»

Ya casi nada se recuperaba, pero volvía la posibilidad de publicar sus obras. Un profesor, aun con timidez, podía pedir a sus alumnos que leyeran a Bábel.

«La rehabilitación es pedirle disculpas a un cadáver.»

Los tres dejaron la barra para ir a su mesa.

«¿Y el otro?», gritó alguien. «¿Y el poeta?»

Con pruebas fabricadas, a Bábel lo habían acusado de espionaje. Era igualmente fácil desmentir tales pruebas. Pero a Mandelstam lo habían matado por su poesía. Sus versos seguían ahí, clamando cada vez con más fuerza, belleza y verdad.

«Sigue sin ser rehabilitado.» Nikolái habló desganado, con deseos enormes de un trago.

Prascovia abrazó a su hija. La llenó de besos. Estaba orgullosa del modo en que Lenochka había pronunciado esos títulos, esos nombres. También Guerásim la besuqueó.

Quién sabe dónde tiraron el cuerpo depauperado de Mandelstam, pero fue lejos, tan lejos que nunca nadie lo visitó. Sólo en Rusia se puede morir en Rusia a diez mil kilómetros de casa.

Nikolái había mandado encuadernar más libros. Los fue colocando en su librero. Dos tomos gruesos eran el segundo y tercer volúmenes de *Almas muertas*. Gogol había quemado el segundo volumen durante su periodo de zozobra moral; el tercero estuvo apenas en su cabeza cuando lo mataron. Hojeó las páginas en blanco de *Poemas si no me hubiese ahorcado*, de Serguéi Yesenin, una obra en la que retomaba aquellos nostálgicos versos de juventud en los que ya se sentía un viejo y los transformaba en cantos de un viejo que recordaba aquella juventud con desconsuelo. Tsvetáieva habría publicado un libro con casi el mismo título: *Poemas si no me hubiese ahorcado en 1941*, en el que reuniría versos adoloridos escritos en tres años, hasta que acabara por ahorcarse en 1944 cuando recibiera la noticia de la muerte de su hijo en el frente de batalla. También colocó en su librero *Por este signo morirás*, del poeta Nikolái Gumíliov, que estuvo casado con Ajmátova; fue de los primeros asesinados por el comunismo, pero de haber sobrevivido a Lenin, habría muerto en manos de Stalin. Acomodó varios volúmenes adicionales de las obras completas de Pushkin, que incluían un tomo con el ensayo «Reflexiones de un cornudo» y una crónica sobre la inauguración de la primera línea ferroviaria en Rusia. Dejó un hueco gordo en el centro. Estaba seguro de que habría de aparecer al menos una obra maestra que ahora se hallaba inédita, de algún autor muerto, perseguido, apresado, acosado. Quizás comenzaría con la frase: «La niebla cubría la tierra», y cientos de páginas después, quizás miles, porque así eran los rusos de alma

grande y novelas equiparables, allá al final, remataría con: «Permanecían inmóviles, con las cestas de pan en la mano, en silencio». Esos huecos en los libreros del mundo eran vacíos en el corazón de los hombres.

Nikolái se quedó quieto delante de sus libros. Los existentes y los imaginarios.

Prascovia llegó por atrás y lo abrazó. «Tú y yo…», murmuró con la certeza de que la frase era más convincente si no la terminaba.

Él se dio la vuelta. Se quedó mirándola. Le vino la imagen de Sofía Tolstaya y se espantó.

«Mi querida Prascovia, tú eres eso que la tradición considera una gran mujer, que los maridos mediocres consideran una gran mujer, pero que un hombre de genio acaba por aborrecer.»

Sofía Tolstaya hallaba amor en el deber y deber en el amor sin que al final distinguiera entre una cosa y otra. Tolstói tuvo que huir de casa a los ochentaidós años porque las contiendas domésticas habían asfixiado su espíritu universal. Ella fue a tirarse en un charco de agua helada para dejar constancia de que había deseado suicidarse. Lo hizo entre gritos y delante de gente que la rescató. Pero Tolstói, antes que ceder al chantaje, reaccionó en dirección contraria: «Tus intentos de suicidio exhiben tu falta de dominio sobre ti misma y me convencen de no volverte a ver. Regresar a tu lado me resultaría lo mismo que abdicar la vida». Cualquier lector de *La sonata a Kreutzer* comprendía lo mucho que Tolstói odiaba a su mujer y detestaba la prisión conyugal. Alguna vez Tolstói había dicho a uno de sus seguidores: «Cuando me muera, me meterán en un féretro y cerrarán la tapa; pero yo la abriré, la echaré a un lado y gritaré a Sofía: ¡Te odio!».

«Los hombres de mi talla…», pensó Nikolái, y en cambio dijo: «Los hombres de la talla de Tolstói necesitan mujeres como Karenina, como Grushenka o Margarita».

Sí, era cierto que Sofía lo había sofocado, pero al final de cuentas lo que aniquiló a Tolstói fue que él, un ególatra de pluma embrujada, un hijo de puta con talento divino, se echó a cuestas el insípido, espurio e insufrible lastre de ser bueno.

20

Del otro lado de la puerta alguien daba tirones al pomo, pero estaba echado el cerrojo. Nikolái fue a abrir. Era Guerásim.

«¿Supiste que murió Nikita Khrushchev?»

Nikolái recordó aquellos días cuando trabajaba en la oficina y los compañeros se empeñaban en dar primicias. Acabó de abrir la puerta para que entrara el ebrio incompleto.

«Malditos rusos», dijo Nikolái. «Todos se mueren.»

«¿Y Lenochka?», Prascovia se asomó a la calle. «No puede quedarse sola.»

El recién llegado se encogió de hombros. La mujer fue a casa a cuidar de su hija.

«Me pone nervioso estar cerca de esa señora», Nikolái cerró la puerta. «Se me ocurre que acabaré casado con ella.»

«Los rusos no saben lo de Nikita», dijo Guerásim. «El mundo está enterado pero no los rusos.»

Siete años atrás, le habían aplicado a Khrushchev un pacífico golpe de Estado encabezado por Leonid Brézhnev. Lo mandaron a casa y los periódicos soviéticos no volvieron a mencionar su nombre. El antiguo líder soviético se volvió un viejo triste. «¿A qué se dedica tu abuelo?», le preguntaron a un nieto de Khrushchev. «A llorar», respondió el niño.

«Tengo una mujer estupenda como Marfa Petrovna, y de pronto las fuerzas de la historia me depositan con Prascovia Fiodorovna.»

Comparado con Stalin, Nikita parecía un buen hombre, pero no dejaba de ser un miserable dictador. Permitió que Solzhenitsyn publicara *Un día en la vida de Iván Denísovich*, no porque se gozara de libertad de expresión, sino porque el libro servía para criticar el estalinismo. Mantuvo la censura sobre buena parte de los escritores prohibidos, incluyendo al difunto Yesenin, a Bulgákov y a Grossman. Le hizo la vida desgraciada a Pásternak, dijo que era peor que un cerdo, promovió que lo expulsaran de la Unión de Escritores, lo acorraló para que no pudiese aceptar el Premio Nobel, casi lo empuja al suicidio.

Nikolái fue a tocar la puerta de la que había sido su habitación. «Salgan de ahí, adúlteros.»

Marfa abrió la puerta en lencería. Habló como final de cuento de Bábel: «Pecamos, no lo niego».

«Murió Khrushchev.»

No era evento para festejar o lamentar. Tampoco para pasarlo por alto. Marfa se echó una bata encima y fue a la cocina a preparar algo. Nikolái sacó unas cervezas heladas. También quedaba media botella de vodka. Griboyédov se sentó a la mesa sin camisa.

En sus últimos años, recluido en una casa de campo, Nikita Khrushchev, además de llorar, se había puesto a escribir sus memorias.

«Eso tuvo gracia», Nikolái dilató los labios sin que se le formara una sonrisa.

El gobierno le plantó una comitiva para incautarle lo que llevaba escrito y recomendarle enérgicamente que abandonara su travesura de los recuerdos. Nikita se indignó. «Considero su exigencia un acto de brutalidad contra un ciudadano soviético y me rehúso a obedecerlos.»

Prascovia volvió con la niña. «Por poco se toma una botella de petróleo.»

Pásternak murió con la bota de Nikita sobre su pecho, y Nikita acabó haciendo lo mismo por lo que injurió, persiguió y castigó a Pásternak.

«Entregó en secreto su manuscrito a un editor extranjero.»

Ahora sí hubo sonrisas sinceras y amargas.

Cuando estuvo encerrado en un féretro, Khrushchev llegó a tener algo en común con Tolstói, pues para ambos el gobierno había prohibido cualquier tipo de ceremonia honrosa y se ordenó que no hubiera discursos. La carroza fúnebre que conduciría el cuerpo de Nikita habría de volar al cementerio con la prisa de una ambulancia.

Por haber sido quien fue, le correspondía un nicho en las murallas del Kremlin, pero por haber caído como cayó sería vecino de Gogol, Chéjov y Bulgákov.

Nikolái tomó a Prascovia de las manos.

Nikita había nacido en una familia pobre y campesina que trajinaba en un villorrio del sur. Si en su infancia le hubiesen dicho que acabaría sus días a los setentaisiete años en una lujosa dacha a las afueras de Moscú, lo habría considerado motivo de contento; pero cuando acabó sus días a esa edad y en esa dacha entre esos lujos, se consideraba el hombre más desgraciado del planeta.

«Mi querida Prascovia», Nikolái le apretó las manos, «usted es la

dacha y yo soy Nikita. Yo vivía en el Kremlin, hasta que este maldito Brézhnev… Soy, mi querida Prascovia, el hombre más desgraciado del planeta.»

«¿A qué se dedica Nikolái?», preguntó Griboyédov.

«A llorar», respondió Marfa.

Nikolái salió a caminar. Le faltaban las temperaturas bajo cero, la nieve, los cocheros de punto, las luces de velas encendidas en las ventanas de los trasnochados. Aunque durante sus caminatas nocturnas gustaba pensar en Pierre Bezújov, las estrellas y aquel cometa de 1812, esta vez se le vino Pierre a la cabeza por otra razón: por su matrimonio con Hélène. Tolstói había escrito: «Pierre decidió que su boda con Hélène sería una calamidad y que debía evitarla marchándose de aquella casa. Sin embargo, no lo había hecho y se daba cuenta con horror de que cada día se comprometía más ante los ojos de todos». Nikolái se estremeció. «Pierre no podía romper con Hélène y, por terrible que resultara, debía unir su destino al de ella.»

Escuchó que alguien se acercaba. Aceleró el paso creyendo que era Prascovia Fiodorovna. Entonces distinguió la voz de Marfa Petrovna. «¿Me dejas?»

Ambos se abrazaron.

Pierre nunca le propuso matrimonio a Hélène, pero no hizo falta; la suma de indolencias, inercias, azares y omisiones lo habían vuelto inevitable.

«Voy a proponerle a Prascovia matrimonio», Nikolái hablaba en voz baja, con vergüenza. «Es inevitable.»

«¿Me dejas?», Marfa dio dos pasos atrás.

Nikolái pensó en reprocharle que ella compartía con Griboyédov el techo y la cama que un día compartió con él, pero mencionarlo sería una vulgaridad.

El asunto era otro.

«Oblonski le es infiel a Dolly», Nikolái dio un par de pasos para allegarse a Marfa. «Eso lo convierte en un hijo de puta.»

«Karenina le es infiel a su marido», continuó Marfa con una sonrisa, «y el hijo de puta es el marido.»

Pero el asunto seguía siendo otro.

«Las fuerzas de la historia impedirán que estemos juntos.» A Nikolái le cayeron encima ciertas palabras que había subrayado en *Guerra y paz*: «Una persona vive conscientemente para sí misma, pero sirve de instrumento inconsciente para alcanzar los fines históricos de

la humanidad».

Según Tolstói, los franceses no habían invadido Rusia porque alguien lo decidiera, sino por una serie de contingencias; Moscú no se había incendiado por heroísmo o salvajismo, sino porque una ciudad de madera abandonada por sus habitantes y ocupada por un ejército extranjero está destinada a arder.

Guerra, incendio o matrimonio llegan por su propia suma de indolencias, inercias, azares y omisiones.

«Prascovia es mi incendio de Moscú.»

Marfa se quitó la bata. La tiró sobre el pavimento.

Nikolái la miró y le vino esa tristeza chejoviana frente a la belleza. Se sintió un cobarde porque al mismo tiempo volteó a su alrededor para asegurarse de que nadie más la estuviera viendo.

Cuando Svidrigáilov se va a pegar un tiro, se le acerca un policía. «¡Éste no es sitio!», le advierte. «¿Y por qué no es sitio?», pregunta Svidrigáilov. «Pues porque no lo es.»

Nikolái le dijo a Marfa: «Éste no es sitio».

«¿Y por qué no es sitio?»

«Pues porque no lo es.»

Él recogió la bata y arropó a esa divinidad nocturna.

Fueron lentamente a casa.

Tan pronto llegaron, Nikolái le propuso matrimonio a Prascovia.

La boda se celebró sin pompa en el Sályut. «Estilo bolchevique», Nikolái bebió de su copa sin brindar. Habían firmado un papel entre ellos y ni siquiera hubo necesidad de que el nuevo marido se divorciara de su anterior esposa. A fin de cuentas, decían los bolcheviques, el matrimonio era una patraña burguesa. Eso no obstó para que Prascovia hiciera mil juramentos de lealtad, amor y sacrificio.

Hablaban en volumen adecuado para escucharse sólo entre ellos, de modo que los demás clientes tenían poca idea de lo que ocurría. Porfírii estaba en la mesa vecina y se enteró. «¡Vivan!», gritó, y luego continuó con voz cohibida, casi un susurro, «los novios».

Una mujer como Prascovia era lo que hacía falta para extinguir el alma de un hombre.

«Tolstói huyó pasados los ochenta años», dijo Nikolái. «Yo estoy listo para huir ahora mismo.»

Mujeres como Prascovia o Sofía Tolstaya creen que su amor es incondicional, pero por cada acto, cada día, cada hora, exigen el pago

de una onerosa factura; creen que se sacrifican, pero atormentan; creen que son piadosas, pero su omnipresente bondad impone una abusiva disciplina ética; cada defecto, cada falta del marido las enaltece y acaban por convertir la vida conyugal y la vida en general en una penitencia.

«Voy a cuidar de ti toda la vida», Prascovia se reclinaba sobre su marido. «Te voy a limar las uñas de los pies.»

Lenochka la miró con extrañeza.

Griboyédov tenía a Marfa; Guerásim, a Lenochka. Nikolái bebió taciturno. «¿Por qué soy yo tan desgraciado?»

«Para su luna de miel», Griboyédov les extendió un papel. «Les renté una alcoba.»

Nikolái leyó. Era un vale por una hora para una habitación de hotel a dos cuadras de ahí.

Allá fueron.

Tuvieron que esperar unos minutos a que la habitación estuviera lista. Una vez dentro captaron olores de pasiones ajenas.

La escena de sexo menos apetecible fue escrita por Isaak Bábel. Un hombre y su hijastro de catorce años están bebiendo té en su cuartucho con la ventana abierta. Se asoma una mendiga, anciana y tullida. «La mendiga tenía el cabello gris, canoso a mechones y cubierto de polvo.» Ella se monta en la litera con el hombre mayor. «No le haga ascos a esta pobre viejita.» Ahí se entretienen delante del muchacho, que sigue bebiendo té sin «levantar los ojos hacia el mundo de los vivos». La vieja también se revuelca con el muchacho. Le pagan con una moneda y los huesos de la comida.

Ambos hombres acaban con sífilis.

Prascovia acomodó las almohadas. Plegó el cubrecama de modo que formara una diagonal.

Nikolái pensaba en la anciana tullida.

«Prascovia, ¿te allegaste al tísico Antón?»

«Eso pertenece al pasado.»

Quizás el tísico Antón había contagiado a Prascovia. La tuberculosis envenenaba los pulmones, eso Nikolái lo sabía de fijo; pero mirando a Prascovia inclinada sobre la cama, recogiendo minuciosamente cabellos de los anteriores clientes, pensó en otro distrito para la enfermedad.

Se escucharon golpes en la puerta.

Era Guerásim.

«Porfírii se ahorcó.»

A Dmitri Karamazov lo acusan de haber matado a su padre. Lo único que puede salvarlo es la confesión de Smerdiákov, el verdadero asesino. Pero en cambio le llega la noticia: «Smerdiákov se ahorcó hace una hora».

Yesenin se había ahorcado. También Tsvetáieva. No era raro entre escritores quitarse la vida, y aún era más común en sus historias. Los métodos preferidos eran el tiro en la crisma o echarse a un río helado o atarse una soga al cuello. Los rusos no solían envenenarse. Por eso se mostraron tan incompetentes a la hora de intentar matar a Rasputín con cianuro, y tuvieron que recurrir a los consabidos métodos de bala y río frío. La mujer de Sologub salió de casa para echarse al río Neva. Tardaron meses en hallar su cadáver. Durante ese tiempo Sologub siempre sirvió dos platos en la mesa para desayuno, comida y cena.

La luna de miel quedó interrumpida.

Turguéniev contaba también la historia de un ahorcado. Evitó cualquier afectación con este diálogo:

«¿Y cómo lo hizo?».

«Pues así sin más: cogió una cuerda y se colgó.»

Porfírii se había encerrado en el baño. Un cliente con urgencia estuvo tocando, golpeando; al final pateó la puerta, pero nadie abría. El propietario dijo que no tenía llave; que recién había instalado una tranca por si las mujeres querían usarlo. El más corpulento de los parroquianos embistió la puerta hasta en cuatro ocasiones.

Nadie quiso tocar el cuerpo.

Algunos aprovecharon para marcharse sin pagar. Antes se asomaron al baño para mirar esa cabeza echada de lado que no había perdido su gorra policial.

Había atado la cuerda a un tubo y saltó desde el retrete. Llevaba su pistola al cinto.

Nikolái regresó al Sályut antes de que llegara la ambulancia o la policía.

Yesenin también había utilizado una tubería para afirmar su cuerda, pero él lo hizo en la habitación número cinco del Hotel d'Angleterre, no en un baño con olores de amoniaco; él había sido un poeta, no un gendarme cebón.

Yesenin había dejado unos sentidos versos de despedida y Mayakovski se propuso escribir un poema que los anulara, que restara todo esplendor a su suicidio y al suicidio en general, porque la Revolución no precisaba de suicidas o desconsolados, sino de entusiastas y alegres trabajadores.

Nikolái se preguntó por qué un bonito poeta colgado de una cuerda

vuelve atractiva la muerte, pero esto no tiene reverso, pues la vida no se vuelve atractiva por un grotesco policía pendiente del pescuezo.

Llegó la ambulancia junto con un carro de policía.

Los seis fueron a sentarse a su mesa.

Alguien, no se sabe si un oficial o un enfermero, preguntó por qué no habían bajado el cuerpo. El propietario dijo que lo habían hallado bien muerto y nadie quiso comprometerse.

«Somos responsables de su muerte», dijo Prascovia.

Los demás se miraron.

«¿Alguien siente culpa?», preguntó Griboyédov.

Hubo sonrisas, cabezas que negaban.

Sacaron el cadáver en una camilla, dando tumbos entre las mesas. Porfírii llevaba la gorra sobre la barriga.

«Nunca supimos nada de él.»

«¿Viste, Lenochka? ¿Qué era?»

«Un puerco.»

«Intenta otra vez.»

«Un muerto.»

«Yo se lo enseñé», dijo Guerásim orgulloso.

Interrogaron al propietario. Él no pasó el balón. Dijo que no lo conocía. Que había venido dos o tres veces pero no hablaba con nadie. Que aunque afuera había un cartel para prohibir la entrada a policías, el difunto había dicho que el suyo no era uniforme sino un disfraz. Uno de los policías dijo: «Nosotros sí lo conocíamos». Y eso pareció cerrar el caso.

Terminaron de beber como si en el Sályut no hubiese ocurrido nada extraordinario.

La ambulancia se marchó sin encender la sirena. «Si en verdad Porfírii era un perfecto solitario, ahora le tocará instruir a los muchachos de la facultad de medicina.» De seguro entre tanto estudiante que participó en el entierro de Mayakovski habría futuros cirujanos; quizá uno de ellos, al tenerlo en la mesa de disección, llegaría a reconocerlo. «Es aquel hombre lacrimoso que apuntaba al cielo a la salida del cementerio.»

Nikolái vio el reloj. Había expirado el vale de la habitación de almohadas bien acomodadas y cubrecama en diagonal. Por esa noche se había librado de la anciana tullida de cabellos empolvados.

El lunes puso Nikolái un telegrama al embajador Kolosovski. «Sentido pésame por la muerte de Nikita Khrushchev.» Sabía que no

era oportuno, que el gobierno soviético prefería no hacer mención del hecho, pero él no estaba para cuidar protocolos ajenos.

La embajada ya no mandaría un reclutador para los campos de entrenamiento de Corea del Norte, pues a ningún comunista de cepa se le ocurriría dar el pésame por Nikita.

«Deben tener claro que lo único que queremos es un viaje espacial.»

Sabía que el interés del mundo por viajar al espacio estaba disminuyendo. Eso era natural. «Todos los viajes espaciales felices se parecen unos a otros, cada viaje desdichado lo es a su manera.» Qué mejor que enviarlos a ellos seis a la estación espacial. En vez de reportar sobre temperaturas, rayos infrarrojos y velocidades de órbita, el mundo recibiría crónicas de la condición humana en gravedad cero. Las agencias espaciales hacían cientos de pruebas físicas y mentales para elegir a sus cosmonautas. ¿No sería mejor enviar a un enfermo terminal? ¿A un loco? ¿A un artista? ¿A un suicida? Desde que el hombre tuvo sueños, el espacio era el sitio de las más grandes fantasías; allá se fraguaba su destino, de allá venía la poesía, pero la rivalidad entre gringos y rusos había convertido el espacio en un cadáver diseccionado. Eso del pequeño paso para un hombre y gran salto para la humanidad era un embuste; Neil Armstrong había dado un gran paso para sí mismo, mientras que la humanidad, si acaso saltó, fue para atrás. Se había acabado la ilusión, se había revelado el enano dentro de la máquina de ajedrez. Iván Denísovich, purgando su condena en Siberia, dijo: «Dios desmenuza la luna vieja en estrellas». Cuenta que en su tierra le llamaban a la luna «el sol de los lobos». Mayakovski habla con una ignorancia que avergonzaría a los astrónomos, y sin embargo regocija el alma: «Es de noche. La luna viene de no sé dónde… de allá, de donde está el Kremlin. Y sube, y pasa, rodando por los almenares de las torres, inclina un instante la cabeza, y de nuevo se alza, pasando por encima, de la vieja rotonda-guillotina». O Bábel: «Una luna callejera rondaba sobre la ciudad. Y me marché con ella, deleitándome con sueños inalcanzables y canciones discordantes». Lo cierto es que todo escritor, cada vez que habla de la luna, así sea para señalar la llegada de la noche, siente un cosquilleo poético. «Ambos disfrutaban de una dulce ausencia, silenciosa como la luz de la luna…», escribió Chéjov, que también le aconsejó a su hermano cómo crear una noche con luz de luna: «Basta con escribir que en la presa del molino un cristal de botella brillaba como una pequeña estrella», y tanto le gustó a Chéjov su propio consejo que utilizó esa imagen en *La gaviota* y en su cuento

«Hidrofobia», que luego modificó para llamarlo «El lobo». Ese día tenían una abatida luna menguante, y sin embargo la humanidad alzaba la vista hacia ese cielo también menguante por tanta luz de las ciudades en espera de que retornara la luna llena para celebrarla como una amante que reaparece. «¡Mire usted qué luna!», dice el protagonista de *Noches blancas*. «Esa nube amarillenta la va a ocultar dentro de un instante… ¡Mire usted, mire usted!» Hasta al amargo Gorki se le endulzaba la pluma cuando escribía de la luna: «A su izquierda, de una cadena de colinas salió la luna, inundándolas con su claridad plateada. Ancha y suave, subía lentamente por la bóveda azul, y la luz brillante de las estrellas palidecía y se fundía en su luz tranquila y soñadora».

«¿Y entonces?», cuestionó Griboyédov. «¿Por qué razón quieres viajar al espacio?»

Nikolái miró a Marfa. ¿De verdad deseaba pasar la vida con ese hombre carente de poesía? Raskólnikov buscaba la razón, el argumento, cuando lo cierto es que habitaba el mundo de los locos. Karenina no tenía razones para echarse a las ruedas del tren. Los Karamazov, Margarita, Onieguin, Chíchikov, Svidrigáilov, Pechorin, Akakiévich, Oblómov, los Golovliev, Denísovich, las tres hermanas, el tío Vania, Chatski, Goliadkin, Zhivago, Peredónov, nunca fueron razonables, y mucho menos uso de razón tuvieron Dostoyevski, Chéjov, Tolstói, Pásternak, Ajmátova, Garshin, Turguéniev, Yesenin, Bulgákov, Pushkin, Tsvetáieva, Lermontov, Andreyev, Kuprin, Bely ni ninguno de esos locos que acogieron la idea más desquiciada de la humanidad: que las palabras cotidianas pueden conjurarse para crear belleza, libertad y vida.

«Me pides una razón, amigo Griboyédov.»

El hombre del subsuelo había dicho que una conciencia demasiado lúcida era una enfermedad, y preguntó «¿qué hombre, en plena posesión de su conciencia, podría respetarse?», además, «la razón no es más que la razón, y sólo satisface la capacidad humana de raciocinio, en tanto que el deseo es la manifestación de la vida toda». El muerto y destazado Aleksandr Griboyédov escribió que «quien es genio para algunos, para otros es la plaga». Y Chéjov manifestó que «sólo las personas corrientes y ordinarias son sanas y normales», por eso uno de sus locos, cuando recupera la cordura, no hace sino lamentarse: «Ahora me he vuelto más razonable y reposado, pero soy como todo el mundo: una medianía, y la vida me aburre». Bábel hablaba de que los niños «experimentan una locura que más tarde, cuando somos adultos, se llama inspiración».

Nikolái levantó las manos en puños y voceó con palabras de Andreyev: «¡Yo declaro a nuestra patria un manicomio!».

«¡Sí!», celebró Lenochka.

Y los demás vociferaron, saltaron y se abrazaron como rusos al escuchar que se retiraba Napoleón.

Nikolái miró los pies de dedos gordos de Prascovia y negó con la cabeza. Jamás estuvo en sus planes una relación con una mujer como ésa. Él estaba bien con Marfa. Amaba a Marfa. Deseaba a Marfa. Para exaltar los sentimientos de un hombre hacía falta una buena medida de belleza corporal. Así lo había leído y así lo sentía. Zhivago se apasiona por Lara. De ella se sabe que «era muy bella», «abrumadoramente hermosa», poseía una «soberbia belleza» que arreciaba cuando pretendía ocultarla: «No quiere gustar, ser bella, atractiva. Desprecia ese aspecto de la esencia femenina y es como si se castigara por ser tan hermosa. Y esa orgullosa hostilidad hacia sí misma la hace diez veces más irresistible». Incluso cuando se entregaba a los afanes domésticos, mal vestida, con aspecto cotidiano, Lara «casi atemorizaba con su atractivo regio y portentoso». En cambio de Tonia, la mujer de Zhivago, apenas se sabe que «le sentaba bien el luto» y que «debe de estar lactando todavía al hijo más pequeño».

Prascovia Fiodorovna estaba tumbada y desarropada sobre el sofá. Llamó a Nikolái con una frase poco invitante.

Padre e hijo Karamazov se habían peleado a muerte por Grushenka, una mujer con esa «hermosura rusa que tantos aman hasta la pasión», con un cuerpo que prometía «las formas de una Venus de Milo». Si bien Dostoyevski advierte que «aquella lozana, aún juvenil belleza, habría perdido su armonía a los treinta años, se habría hinchado, la misma cara se habría embastecido, en torno a la frente y a los ojos se le habrían marcado con extraordinaria rapidez arrugas, el color de la cara habría enrojecido mientras la piel se le llenaba de granos».

Nikolái se preguntó si lo correcto no hubiese sido que Grushenka se quedara con el padre de los Karamazov, un hombre que habría de morir antes de que ella se volviera vieja, un sensual que se habría engolosinado con ella hasta la tumba. En cambio el hijo pronto se cansaría de ella. Con el padre, Grushenka se volvería una viuda gustosa; con el hijo, una dejada sin sabor.

Nikolái pasó los ojos por encima de Prascovia y la halló una viuda

sin sabor.

¿Y qué hay de las otras mujeres que secuestran el alma de los hombres? Margarita es muy hermosa. También Kitty. La hermana de Raskólnikov es tan bella que provoca un suicidio. Siempre que un noble oficial viaja al sur, acaba enamorado de una circasiana o cosaquita tan bella que induce a deserciones, crímenes, duelos y raptos. Ana Karenina tiene un hijo, pero Tolstói advierte que «no parecía una señora frívola ni la madre de un niño de ocho años, sino más bien una muchacha de veinte».

¿Por qué todas las pasiones tenían que ir acompañadas de belleza? Nikolái se preguntó si en alguna página de alguna novela podría encontrarse que «Nikolái vio a Prascovia tumbada en el sofá, observó el rostro de campesina, basto y ordinario, el cuerpo blanducho y las piernas como embudos; pasó los dedos por esas estrías de textura chuletosa, manoseó el vientre de tres pliegues, y sintió que dentro de sí germinaba un amor profundo y eterno».

«Prascovia Fiodorovna», Nikolái ensayó una voz de bajo, «dentro de mí germina un amor profundo y eterno.»

«¿En serio?»

«No.»

Se acostó junto a su mujer. Ella lo abrazó y pronto empezaron a sudar porque era noche caliente y sin viento. Otra vez le acudió Isaak Bábel, que no era un autor enamoradizo. Relata el matrimonio de «una cuarentona que padecía la enfermedad de Basedow», por lo que tiene «el papo abultado y los ojos desorbitados». La mujer es hermana del líder mafioso de la ciudad, que con dinero le compra un niñato que pasa el banquete de bodas «mudo de angustia». Al final, todos desean irse a dormir, pero la novia «empujaba al marido asustado hacia la puerta del dormitorio conyugal; lo miraba con la lascivia del gato que lleva un ratón en la boca y lo palpa suavemente con los dientes».

«¿Sabes, Prascovia, qué es la enfermedad de Basedow?»

«No.»

«Pero sí sabes cómo lleva una gata a su presa.»

Ella supuso que se trataba de una invitación. Se le echó encima.

Él dio un par de codazos para marcar una frontera.

Fue a la cocina.

Sobre el fregadero se hallaban los platos sucios de la cena. Tenían manchas de aceite y salsa, remanentes de frijol, algunos granos de arroz. Aunque Nikolái no tenía hambre, se puso a lamerlos. Solzhenitsyn contaba que en la ventanilla donde se entregaban los

platos sucios, los reclusos se peleaban por el derecho de lamerlos. Distinguió el plato de Griboyédov porque tenía los restos más salados; y el de Lenochka, pues era ella quien dejaba más sobrantes. En el grupo de Solzhenitsyn había cuatrocientos sesentaitrés presos. Con tanto para relamer se alcanzaba entrada, plato, postre y merienda.

Fue a tocar la puerta de la habitación. Abrió sin que le abrieran.

Griboyédov estaba dormido con la boca abierta. Marfa leía. Nikolái le hizo una seña para que lo siguiera.

«Lameplatos», dijo Nikolái cuando se sentaron en la mesa de la cocina. «Así les llama Solzhenitsyn, y un veterano prisionero advirtió que los lameplatos no sobreviven.»

«Tal vez atrapan enfermedades.»

«O no acostumbran al cuerpo a vivir con las raciones.»

Nikolái deseaba componer una frase que pudiera convertirlo a él en un lameplatos, ahí donde Marfa era el banquete y Prascovia apenas un residuo de frijol.

Luego de ocho años, Solzhenitsyn abandonó la prisión. Pero no le permitieron volver a casa. Lo enviaron a una aldea de Kazajistán donde debía cumplir un destierro permanente.

Estaba tan feliz que salió esa noche a gritar por las calles: «¡Soy libre! ¡Soy libre!».

«¿Te parece?», Nikolái lanzó una mirada de complicidad a Marfa.

Se tomaron de la mano y salieron a la calle.

«¡Soy libre», gritaba uno. «¡Soy libre!», gritaba el otro. «¡Somos libres!», gritaban los dos. Se besaron. Qué espléndido era ser libre aun cuando no se acabara de salir de prisión, aun cuando fuese cosa cotidiana. «¡Somos libres!», continuaron gritando, pero alguien desde alguna ventana los mandó callar.

Solzhenitsyn habría de pasar un primero y segundo día embriagado de felicidad, y el tercero llegaron noticias de miel que más lo embriagaron todavía: el camarada Stalin había muerto; y aunque siempre fue difícil amanecer cada jornada en el campo de trabajos forzados a las cinco de la mañana con fríos de treinta bajo cero para sacar el barril de los excrementos, más difícil le resultó a Solzhenitsyn salir a la calle ese día con cara de luto cuando todo su ser estaba riendo, cantando y bailando por dentro.

«¡Murió Stalin!», voceó Nikolái.

«¡El montañés del Kremlin!»

Una vez más, sin respeto por la historia, por las muchedumbres que dejaron su último aliento en Siberia, por los escritores sacrificados, por la literatura que no llegó a ser, brotó la voz desde la ventana:

«¡Cállense!».

Volvieron a casa. Se despidieron en la puerta de la habitación. Ella fue con Griboyédov. Él, con Prascovia.

La encontró dormida bocabajo. «Lameplatos», dijo Nikolái para sí, y pasó la lengua por sobre la espalda de vellos finos de esa mujer.

21

Como en los primeros días del Sályut, Nikolái se puso de pie sobre la mesa. «Yo también», dijo Lenochka y se paró junto a él. La superficie apenas era suficiente para no precipitarse al abismo. Los demás hubieron de llevarse las bebidas a las manos. «Damas y caballeros», proclamó Nikolái a los cuatro muros, «la aventura está llegando a su fin.» Hubo gestos de desencanto, sobre todo en cara del propietario. «¡Fin!», dijo Lenochka, cada vez con el ingenio más despierto. Nikolái no tenía nada más que decir. Se disponía a bajar cuando le pidieron que hablara un poco más. Los discursos con vagos motivos de despedida y agradecimiento eran sumamente vulgares. Echó mano de Chéjov citando mal a Pushkin: «Un gran poeta dijo: Bienaventurado el que fue joven en su juventud». Esto sonó bien a los bebedores y aplaudieron. Nikolái aprovechó los aplausos para agradecer y bajar.

«¿Llegando a su fin?», preguntó Marfa. «Yo pensé que estaba por comenzar.»

«Pon el inicio cuando quieras. Hace siglos cuando el hombre soñó con ir a las estrellas. O en 1903, cuando Tsiolkovski publicó la ecuación que teorizaba sobre la propulsión de cohetes. Ponlo en los años cincuenta, cuando comienza en forma el programa espacial soviético o con el Spútnik o con Laika. Imagina a todos esos científicos, ingenieros, administradores, obreros y pilotos que trabajaron durante años para lanzar a un hombre al espacio. ¿Sabes cuánto duró el viaje de Gagarin?»

Guerásim venía llegando del baño. «Todavía está la cuerda de Porfírii.»

«Una hora y cuarentaiocho minutos. De modo que cuando apenas despegaba, la aventura ya estaba llegando a su fin.»

«¿Y para ese parpadeo hacía falta tanto entrenamiento y pruebas sicológicas y elegirlo entre veinte mil candidatos?»

Nikolái miró el rostro de Guerásim. Había sido una obra maestra. Nadie podría distinguir entre los pinchazos de aguja y los que deja la viruela.

Cuando destituyeron a Nikita Khrushchev, Gagarin pudo pensar lo mismo que Bábel cuando murió Gorki: «Ya no me dejarán vivir». Y es que para Leonid Brézhnev, Gagarin era un incómodo recordatorio borracho y mujeriego de los triunfos de Nikita. Nikita había lanzado el Spútnik, a Laika, a Gagarin, a Tereshkova, iba siempre delante de los Estados Unidos. Con Brézhnev se carbonizó Komarov, se asfixiaron los tres cosmonautas de la estación Sályut, se evaporaron los anhelos de llegar a la luna y miraron cómo los rebasaba el capitalismo en el espacio y en la tierra. Pero el maldito Gagarin seguía sonriendo.

Por incómodo que fuese Gagarin, era un héroe de la Unión Soviética. Imposible usar el tiro en la nuca. Para gente como él, siempre hay un desperfecto en el avión y alguna vaga excusa de por qué no utilizó el paracaídas.

«¿Y Valentina?», preguntó Prascovia con su lógica.

Guerásim respondió con voz rechinante: «Suegra, permítame que le haga una pregunta. ¿Qué tiene que ver la Tereshkova? Ella no fue la primera en completar un viaje espacial».

Nikolái se había aislado en meditaciones. Bebió medio vaso de vodka de un tirón. Se esforzó para no gesticular o toser o resollar. Salió del Sályut.

«Soy su mujer», Prascovia intentó la misma hazaña con el vodka, pero se quedó apenas en un breve sorbo, «supongo que debo ir tras él.»

Hizo lo que supuso.

Marfa resopló entre la rabia y los celos. Distinguió mucha dignidad en la mujer que iba tras el hombre. Dostoyevski había hablado de las damas de alta sociedad que acompañaron a sus hombres al destierro: «Vimos a esas grandiosas mártires que habían seguido voluntariamente a sus maridos a Siberia. Dejaron todo: su posición social, riquezas, amistades, parientes, y sacrificaron todo por el deber moral supremo, el deber más libre que puede existir. Culpables de nada, soportaron todo lo que sus convictos maridos soportaban».

Vio el robusto cuerpo de Prascovia que se perdía tras la puerta.

Allá afuera, la escena estaba puesta para que Nikolái reflexionara solitario y en silencio mientras chupaba un cigarro; con la salvedad de que Nikolái no fumaba.

«Aquí estoy», Prascovia lo abrazó por la espalda.

Pasaban autos. Los que iban de este a oeste se detenían para dar prioridad a los que iban al sur. Los comercios tenían echadas las

cortinas metálicas. Las casas bajas con ventanas embarrotadas y muros descascarados hacían poco por los sueños de Nikolái. En un principio pensó que bastaba llamarle Gorojovaya a esa calle que tenía enfrente para andar por ella, cruzar el río Fontanka, luego el canal de Ekaterina y topar con el Almirantazgo. Después, cuando el centro se movió de San Petersburgo a Moscú, creía ver el río Moscova, la calle Prechistenka y el distrito de Tverskói.

«Soy tu mujer para siempre», Prascovia apretó el abrazo.

Nikolái pensó en *El maestro y Margarita*. Apenas en las primeras páginas, se mencionan los Estanques del Patriarca y varias calles, como la Málaya Brónnaya, la Sadóvaya, la Yermoláyevski, la Spiridonovka, así como la plaza Nikítskaya o la de Árbat. Cada vez que leía la novela debía imaginar esos lugares. Diseñaba los estanques a su gusto, con aguas cristalinas o verdosas o hechas hielo, con patos o gansos o ranas, con niños nadando en ellos o con letreros que prohíben nadar. Las plazas podían tener árboles o arbustos o pasto o fuentes, y los árboles podían ser abedules o pinos o robles. Las calles podían tener un sentido u otro, ser anchas o angostas, con pavimento o empedradas, estar amuralladas por casas bajas o por señoriales palacios. Se preguntó si los moscovitas saldrían ganando o perdiendo en la lectura, porque para ellos los Estanques del Patriarca eran exactamente los Estanques del Patriarca y la calle Sadóvaya no era sino la calle Sadóvaya.

Nikolái supuso que si alguien leyese la escena que él estaba viviendo con una mujer abrazada a su espalda llena de calor, diciéndole que lo amaría toda la vida, podría imaginar infinidad de posibilidades con infinidad de mujeres, empujando siempre hacia lo amoroso, erótico y bello. «Soy un moscovita que conoce al dedillo los Estanques del Patriarca y sabe que son de aguas puercas y peces fermentados.»

Prascovia expelía jubilosas lágrimas.

La mesa de casa era un rectángulo bastante más grande que los cuadrados del Sályut. Podían sentarse los seis sobre ella y sobraba espacio. Nikolái había colocado sus libros en el suelo. Estaban abiertos en una página al azar. La mayor parte eran buenas y viejas ediciones de lomos cosidos que dócilmente mantenían sus brazos abiertos. Ediciones más contemporáneas eran por lo general de lomos engomados y había que ponerles un peso para que no se cerraran como planta carnívora. «Mañana estaremos navegando por el universo

estelar», dijo Nikolái, «pero ahora miren allá abajo otro universo más rico e infinito.»

Estaban sentados en el canto de la mesa. Nikolái le pasó unos prismáticos a Guerásim. «¿Qué ves a cien años luz?»

«Veo un inquisidor del siglo dieciséis en Sevilla. Habla con Jesucristo. Le dice: Mañana mismo verás ese dócil rebaño, que a la primera señal se lanzará a atizar las brasas de tu hoguera, en la que he de quemarte por haber venido a estorbarnos. Porque si alguno ha merecido nuestra hoguera, eres tú.»

Prascovia se atemorizó. «¿Lo quemó?»

Guerásim no lo supo. La respuesta estaba en la página siguiente. De haber soplado un viento que permitiera continuar con la historia, Prascovia se habría enterado de que el hijo de Dios nunca habló, pues no tenía derecho de agregar nada a lo ya escrito en los evangelios; apenas besó dulcemente al inquisidor en sus exangües nonagenarios labios.

Nikolái conocía la historia. Besó con dulzura los exangües labios de Prascovia.

Ahora Marfa tenía los binoculares. «Hace poco pasaba por la feria y vi un caballo enfermo. Enseguida fui al policía y le dije cuál era el asunto.»

«Y podrías matar a ese caballo con una pluma.»

«Con mucho gusto.»

«¿Con qué pluma?»

«Con una de ganso.»

«La cogí, la afilé, la metí en la vena, soplé ligeramente y se acabó.»

Marfa alejó los binoculares de los ojos. «¿Eso es verdad?»

Todos guardaron silencio. Habían escuchado historias de enfermeras que dejaban alguna burbuja de aire en la jeringa. La burbuja avanzaba desde el pinchazo hasta el corazón. Era el último latido.

Prascovia lanzó la vista hacia un libro que se mantenía abierto gracias a una loseta. «Las obras literarias hablan de muchas maneras: con los temas, las ideas, las tramas y los personajes. Pero hablan sobre todo a través del arte que entrañan. El arte que habita las páginas de *Crimen y castigo* trastorna más que el crimen de Raskólnikov.»

«Brindo por eso», Nikolái palmeó la espalda de Prascovia. «Supuse que ibas a leer una inane escena de amor.»

«De haberla encontrado…»

Nikolái dijo que Tolstói había alumbrado más arte en *Guerra y paz* que Napoleón en su invasión a Rusia; más arte en *La muerte de Iván*

Ílich que cualquier moribundo en su proceso de enfermedad y muerte; y comentarios similares podía expresar de otras de sus obras. ¿Pero qué había de sus libros autobiográficos? ¿Qué pasaba con *Infancia*, con *Adolescencia*, con *Juventud*? Había mucho arte en el relato de esa existencia, ¿pero hubo arte en su propia existencia? «¿Es posible…», Nikolái dio un trago, «…que una vida sea una obra de arte? ¿Entre las bellas artes está incluida la propia vida? Y en todo caso, ¿qué es lo artístico en la vida? ¿Soy yo una obra de arte porque renuncié a una existencia ordinaria y me impulso al espacio? ¿O más mérito artístico tuvo el tísico Antón por dedicarse a toser hasta morir?»

Lanzó las preguntas hacia ese cosmos por el que no viajan las palabras sonoras.

Para no sumirse en el desaliento, Griboyédov apuntó la vista hacia la constelación Chéjov, que lanzaba destellos esplendorosos. Notó que el cuento se titulaba «Talento», así es que algún consuelo podría hallarse en él. «Los tres están excitados e inspirados», leyó con voz predicadora. «Escuchándoles se pensaría que tienen entre las manos el porvenir, la fama y el dinero. A ninguno se le ocurre pensar que el tiempo pasa, que la vida se acorta cada día y se acerca a su final, que ya han comido mucho pan ajeno, y nada han alcanzado. Los tres son víctimas de esa implacable ley por la que entre centenares de prometedores aspirantes sólo dos o tres llegan a brillar, mientras los restantes son billetes sin premio, y perecen tras haber servido como mera carne de cañón.»

Antes que aliento hallaron más desconsuelo. Se quedaron bebiendo sin hablar, oscilando las piernas, mirando el atroz universo. El vacío del espacio se les volvió vacío del alma. En verdad el tiempo pasaba. Ninguno de ellos era el billete premiado.

La única ajena a tal pesadez en lo ingrávido era Lenochka. Se paró encima de la mesa y batió las caderas.

Pusieron música de vals. Las tres parejas bailaron sobre la gruesa plataforma de madera más atentas al equilibrio que al ritmo. Jugaban a no caer ni a derribar las botellas. Aunque había apenas una caída de setenta centímetros al suelo, se veían todos en un trance lleno de peligro. «Nos vamos a matar», dijo Marfa Petrovna entre risas, y gozaba con moverse en el filo con las puntas de los pies y los talones al precipicio. La temerosa Prascovia se movía en un nimio perímetro. La más audaz era Lenochka. Iba y venía de un extremo a otro como si de gran pista de baile se tratara. «¡Sí, sí, sí!»

«Un, dos tres.»

«Sí, sí, sí.»

El primero en caer fue Guerásim. En algún momento lo atrapó la gravedad de cualquier planeta y se fue de nariz sobre las obras completas de Turguéniev.

Luego fue el turno de Marfa. Cayó de sentón sobre *Petersburgo*.

Los demás descendieron por propia voluntad.

Sólo Lenochka quedó bailando.

«Un, dos, tres.»

Nikolái recordó la letra de una canción en italiano que aparecía en alguna novela. «*O mio crudele affetto*.»

Ubicó el pasaje. Era Natasha la que cantaba. «*O mio crudele affetto*. Un, dos, tres, un dos tres. *O mio crudele affetto*.» Aquí no era Natasha, sino Lenochka. No era un canto en italiano ni una cuenta al tres, sino su bellísimo «sí, sí, sí». Y ya embelesado, Nikolái confundió el pasaje con sus emociones. «Qué estúpida es la vida», pensó. «Tanta desgracia, el dinero, los disgustos, el honor, nada tiene sentido. Pero aquí está lo único verdadero… A ver, Lenochka, cómo vas a dar ese *sí*.»

Lenochka lo repitió como la más bella melodía. Era algo independiente del mundo. Superior al universo entero.

A Nikolái le lloraron los ojos. Supo que nunca tendría certezas al buscar el arte en la vida, pero Lenochka le hizo ver que ése no era asunto de la razón, sino de algo emparentado con la fe.

En 1957 se proyectó en Monterrey la construcción de un teleférico para subir al cerro de la Silla, no hasta mero arriba, pero lo suficiente para tener una bonita vista desde las alturas. La ciudad se entusiasmó con el proyecto. Para recaudar fondos se organizaron sorteos, espectáculos con cantantes y demás gente famosa. Se daban discursos, se rezaba. Ese teleférico pondría a Monterrey en el mapa del mundo. Vendría el turismo.

Aunque se trataba de un viejo medio de transporte empleado sobre todo en los Alpes, en México se desconocía su operación. De modo que se mandó comprar la mayor parte de los componentes a los países alpinos. Gran celebración se armó cuando por fin llegaron las góndolas fabricadas en Suiza. Los periódicos locales daban cuenta de cada avance, cada torre alzada, tornillo apretado, cable tendido, hasta que llegó el día de la inauguración. Una góndola se desprendió y se mataron cuatro personas. Luego de algunos meses y diversos peritajes, el teleférico se puso en marcha de nuevo. Al poco tiempo vino a desprenderse otra góndola y se mataron tres personas más.

Se ordenó su clausura definitiva.

«En lo que aquí se ponía en operación ese teleférico, los soviéticos conquistaron el espacio», Nikolái puso tres botellas en su equipaje sideral. «En el proceso murieron menos cosmonautas que paseantes en gondolitas.»

«No sólo de alcohol vive el hombre», Prascovia Fiodorovna metió pan y queso en su mochila.

«Los viajes al espacio son como fugarse de Siberia», dijo Griboyédov. «El más débil va como alimento para los demás.»

«Ir al espacio es mayor destierro que Siberia.»

Los tres hombres miraron detenidamente a Prascovia. Era la menos deleitosa para la cama; la más para el caldero.

El modo de trasladarse a la plataforma de lanzamiento desde el centro de operaciones era abordar un autobús. En él iban los astronautas elegidos para la misión y sus sustitutos. De tal suerte, los seis caminaron hasta la avenida más cercana y tomaron un autobús urbano que los llevaría al pie del cerro de la Silla.

«¡Vamos a Kazajistán!», voceó Nikolái al resto de pasajeros. No faltó quien creyese que se trataba de un secuestro.

Por razones técnicas y de secrecía, los soviéticos habían construido su cosmódromo en un sitio remoto de Kazajistán. Tenían perfecto control sobre el sitio de lanzamiento, pero no sobre el punto de retorno. Gagarin saltó antes de tiempo y casi desciende sobre las aguas del Volga. En cambio a Tereshkova se le alargó el viaje y cayó a más de dos mil verstas de ahí. Dado que en esos primeros vuelos el cosmonauta saltaba en paracaídas y la nave se estrellaba por su cuenta, a las autoridades sólo les inquietaban dos cosas: que la nave no cayera sobre una población y que el cosmonauta no descendiera en un gulag; sobre todo la cosmonauta, pues quién sabe qué le hubiese ocurrido a la bella Valentina descendiendo como carnoso querubín en medio de miles de machos sedientos de amor.

Nikolái iba sentado con Prascovia. Ella le tomó la mano.

La Unión Soviética era tan vasta que lo natural era aterrizar en algún sitio desierto, donde habría que esperar al equipo de rescate. Esto tenía una dosis de aventura cuando se volvía con bien del viaje. Pero matarse en tales circunstancias era una desventura. Quizás Komarov, cuando descendía a velocidad de muerte, alcanzó a notar el descampado en el que acabaría su existencia, un sitio sin encanto, sin historia, sin nombre, que apenas puede ubicarse con coordenadas. El sitio era tan recóndito, que ahora se le conoce meramente como «el lugar donde se mató Komarov».

«Damas y caballeros», Nikolái se puso de pie en el pasillo. «He aquí

que vamos seis cosmonautas a jugarnos la vida.»

Estaba anocheciendo. A diferencia de los hombres del Sályut, prontos a disfrutar cualquier locura, en el autobús iba gente cansada, de vuelta a casa luego de trabajar. «Cállate, imbécil», dijo alguien. Nikolái volvió a su sitio.

Por fin iban a ser lanzados al espacio, pero viajaban en ese autobús como si fuesen deportados. Había escrito Dostoyevski en *El idiota*: «Estén seguros de que Colón no fue feliz cuando descubrió América, sino cuando andaba detrás de descubrirla; estén seguros de que el momento supremo de su felicidad se produjo acaso tres días antes del descubrimiento del Nuevo Mundo». Nikolái sentía algo cercano a la desilusión. «Tres días antes Colón no sabía lo que le esperaba, pero mis cartas ya están echadas.» Una novela podía ser breve como *Campesinos* o tan larga como *Guerra y paz*, pero el lector no tiene esperanzas de que ha de prolongarse cuando es obvio que va acercándose la última página; entonces viene la melancolía porque llega a su fin una historia indistinguible de la vida misma.

La cuerda de la campana estaba rota. «¡Bajan!», gritó Griboyédov.

Bajaron los seis del vehículo. Caminaron hacia el cerro.

«El cosmódromo de Baikonur.»

Era una torre abandonada del también abandonado teleférico.

«La teoría es sencilla, pero no la tecnología», Guerásim tomó a Lenochka por los hombros. «Un cohete alcanza gran velocidad porque se propulsa al tiempo que pierde masa.» La niña lo miraba con suma atención. «Por eso es bueno que tenga tres etapas, así, se deshace de los tanques que se van vaciando, que no son sino masa inútil.» Lenochka abrió su bolso y sacó una pieza de plastilina. Ya no era un ordinario cerdo, sino un modelo del cohete Vóstok. «A ver, Lenochka, ¿cuánto pesa todo el artefacto?»

«Trescientas toneladas.»

«¿Qué es esto?», preguntó Prascovia. «La niña no cuenta al dos ni sabe de toneladas.»

«A ver, Lenochka, diles qué combustible usa nuestro Vóstok.»

«Queroseno.»

«Muy bien, pero acuérdate de que hace falta algo para quemar el queroseno, sobre todo allá arriba.»

«Oxígeno líquido.»

«Esto es un engaño», Prascovia aleteó los brazos. «Un truco perverso.»

No hubo tiempo para discutir. Habían comenzado los últimos segundos de la cuenta regresiva. «Tres… dos… uno… ¡despegue!»

«¡Poyéjali!», gritó Lenochka entusiasmada. Prascovia se tranquilizó por ese balbuceo sin sentido.

Se encaminaron por una vereda cuesta arriba hacia el cerro. Ni queroseno ni oxígeno líquido; ellos tenían sus pies.

Llegaron exhaustos a la estación espacial Sályut. No el Bar Sályut, sino la auténtica estación espacial en la que estuvieron veintitrés días los cosmonautas Dobrovolsky, Vólkov y Patsayev para luego volver descomprimidos y por siempre inanimados a la tierra.

Desde el cierre del teleférico quedó abandonado el mirador a mediados del cerro de la Silla. La gente le llamaba «la terraza del teleférico»; para ellos era la estación Sályut que giraba una y otra vez alrededor de la tierra a velocidad indecible.

Se sentaron a reposar el cansancio.

Abajo estaban las luces de la ciudad que parecían estrellas; arriba, las estrellas que brillaban como luces de ciudad.

Griboyédov alzó los brazos. «Cosmonautas al fin.»

Los soviéticos habían bautizado «cosmonautas» a sus aventureros; los gringos, siempre menos poéticos, les llamaron «astronautas». Había un abismo de carga lírica entre el «cosmos», que era el universo, el todo, el infinito, y el «astro», que significa estrella, apenas una parte minúscula de la creación. El prefijo grecopitagórico se adaptaba mejor para crear voces como cosmología, cosmogonía, cosmovisión, cosmonave, cosmódromo y hasta cosmopolita, mientras que el prefijo «astro» demeritaba por su alcance limitado, de modo que un astrofísico que se respetara debería llamarse cosmofísico.

«Hay muchos astroescritores», fueron las primeras palabras de Nikolái en órbita, «pues tienen fama y se creen estrellas.» Abrió una botella y bebió del pico como si temiera que la ingravidez le robara el líquido. «Pero son muy pocos los cosmoescritores.»

Brindaron por esos pocos.

Después de Gagarin, cada viajero espacial iba siendo el primero en nimiedades. Con su viaje de más de veinticuatro horas, Guerman Títov había sido el primero en dormir y vomitar en el espacio. Y así entre los siguientes estuvo el primero en deponer el vientre, el primero que flotó, el primero en hacer caminata espacial, el primero en comer blinis, el primero en llorar, en estornudar, en lo que fuera con tal de no volver a la tierra sin haber sido el primero en algo.

«Nosotros seremos los primeros en emborracharnos.»

Se echaron de espaldas para mirar el cielo. En esa posición

Griboyédov dio un trago de vodka y se puso a toser. «La ingravidez.»

Luego de cinco minutos, Marfa dijo: «Ya me aburrí».

De veras que el universo de libros y palabras de la noche anterior había sido más interesante.

«Títov», dijo Nikolái.

«¿Qué hay con él?»

Guerman Títov había viajado hasta el pie del Vóstok 1. Si a última hora Gagarin se hubiese indispuesto, Títov hubiese sido el héroe. Y si el autobús que trasladaba a ambos se hubiera incendiado, los soviéticos tenían un tercer cosmonauta, y un cuarto, y una cantera inagotable de navegantes espaciales. Podían echar mano de más perros, de un simio, un oso o un tigre siberiano.

«Pero cuando Pushkin se desangraba, no hubo ningún Títov; cuando las sanguijuelas le chupaban la vida a Gogol, no hubo ningún Títov. Tampoco lo hubo cuando degollaban a Griboyédov en Persia ni cuando a Chéjov se le apolillaron los pulmones ni cuando a Bábel y a Pilniak les perforaban el seso ni cuando el hambre rindió a Mandelstam ni cuando la horca silenció a Tsvetáieva y a Yesenin ni cuando una bala derrotó a Mayakovski.»

Estuvieron bebiendo en silencio, mirando alternativamente el cielo y la tierra.

«A Gagarin lo sustituyes con un simio.»

«Anduvo por muchas ciudades del mundo. Paseaba en un convertible y la muchedumbre lo aclamaba.»

«Eso nunca le hacen a un poeta.»

«También puedes sustituir a la muchedumbre con simios.»

Allá abajo una ambulancia recorría la avenida a gran velocidad. En vano quisieron armar una metáfora que equiparara esas luces rojas parpadeantes con algún cuerpo celeste. Cuando la ambulancia se detuvo, Nikolái pensó en aquella enfermera. Seguro estaría recibiendo al herido o enfermo.

Bebían sin entusiasmo. Hacían bolas de miga con el pan que trajo Prascovia y las arrojaban al vacío.

«Viajar al espacio», dijo Griboyédov, «nunca hicimos algo tan soporífero.»

Lenochka ya se había quedado dormida. Prascovia estaba a punto, recostada en los muslos de Nikolái. De la oscuridad brotaba el sonido de grillos. Beber no les provocaba euforia.

«En el espacio», Guerásim acarició los cabellos de Lenochka, «son quimeras la noche y el día.»

«El alcohólico y la idiota», murmuró Nikolái para sí. «Los más

felices.»

Una estrella fugaz recorrió el firmamento.

Ninguno la vio.

Nikolái despertó a Marfa. Le hizo dos señas: una para que guardara silencio, la otra para que lo siguiera. Fueron al lado opuesto de la terraza o de la estación espacial. Hablaron en voz baja.

«Tolstói huyó de su mujer. Yo quiero huir con mi mujer.»

«¿Adónde?»

«A la tierra.»

Marfa citó a Tsvetáieva. «¿Cómo es tu vida, mi amado? ¿Es igual, es tan dura como la mía con otro?»

Nikolái le miró los labios en la oscuridad; le besó las manos. Señaló el horizonte que se tendía allá abajo: Monterrey, Moscú, San Petersburgo, cualquier lugar habitable del planeta.

Descender fue más ligero que trepar. Acaso se presentaron algunas dificultades por la oscuridad y el empeño de no hacer ruido. Fue hasta que llegaron al sitio donde los había dejado el autobús que se dieron permiso de reír. Había lágrimas en los ojos. Estaban de vuelta en la tierra.

No sabían qué hora era.

Hora en que no circulaban autobuses.

Los cosmonautas podían aterrizar en un lugar remoto e inaccesible de Siberia. Era posible que la brigada de rescate tardara días en dar con ellos. Por eso les impartían cursos de supervivencia. Les enseñaban a hacer fuego, a construirse un refugio, a protegerse de los lobos.

«¿Traes equipo de supervivencia?»

Marfa sacó de su bolso un pomo.

Iban caminando como camaradas con los brazos sobre los hombros.

Ahora el trago les sabía mucho mejor que allá en la estación espacial. Ahora era una poción de felicidad.

«¿Es el final?», preguntó Marfa.

«¿Se te ocurre alguna frase?»

Ella lo pensó unos segundos. Luego dijo: «Y se fueron caminando como camaradas con los brazos sobre los hombros».

Llevaban rumbo poniente, por eso no alcanzaban a notar que a sus espaldas se iba pintando una tenue línea de amanecer.

Y se fueron caminando como camaradas con los brazos sobre los hombros.

Pero ahí no terminó la cosa. Entre trago y trago Nikolái dijo: «¿Recuerdas el final de *La dama del perrito*?». Marfa lo recordaba bien, pero la pregunta se había formulado para que la respondiera el propio Nikolái. «Ambos veían claramente que el final estaba todavía muy lejos y que lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar.»

«¿Lo más complicado?»

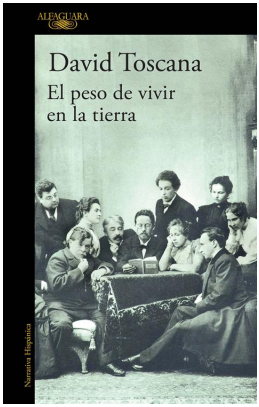
«Filoxera de mi alma.» Nikolái abandonó la actitud de camarada y abrazó a Marfa con fuerza a mitad de esa calle desierta. «Cuando comenzamos te dije que moriríamos igual que cosmonautas, que no soportaríamos el peso de vivir en la tierra.» Entendieron que el abrazo que ahora se daban era el mismo que se habían dado en aquel entonces. «Aún nos queda mucho por recorrer. Falta ver si me vuelves a dejar por Griboyédov. Nos falta la guerra, la miseria, el hambre, los trabajos forzados, los fríos extremos, desastres naturales, la soledad, la vejez, la invalidez, la ceguera, la distancia, la desesperanza, el manicomio, el llanto, la muerte.»

«La vida es lo único infinito que tiene final.»

Presentían que ahí, en medio de la calle, en ese conato de amanecer, tendrían una escena solemne y amorosa, pero el hechizo se rompió porque alguien los llamaba. Distinguieron las siluetas de Griboyédov y Prascovia; no era la brigada de rescate sino dos fieras que venían por sus presas.

Marfa y Nikolái se tomaron de la mano. Se echaron a correr. Tenían mucho de no hacerlo pero corrían como dos amantes ligeros. Jalaban aire y no lo echaban con jadeos sino con versos. Él soltaba uno de Yesenin; ella respondía con Ajmátova. Él decía: «El beso no tiene nombre, un beso no se graba en las lápidas» y ella contestaba: «Aplaude a los cielos: por vez primera vas a solas con tu amante», y lo cierto es que no pronunciaban los versos, apenas aireaban un balbuceo, pero ellos se entendían como nunca nadie habría de entenderlos. Corrían y reían, corrían y recitaban, y se daban tiempo para mirarse a los ojos y distinguir en ellos un brillo cómplice, infantil y lleno de vida; se miraban y descubrían en sus rostros una insólita felicidad, no una felicidad parecida a cualquiera, sino muy suya, única, tan sólo de ellos dos. Entonces supieron que el final estaba todavía muy lejos y que lo más emocionante y sublime no había hecho más que empezar.

«La vida es lo único infinito que tiene final.»



Nicolás tiene el alma grande. Por ello decide cambiar su nombre a Nikolái Nikoláievich Pseldónimov y comenzar a vivir con todo el fervor de un personaje de Gogol, Dostoyevski, Tolstói, Chéjov o Bábel, replicando sus proezas y sus infamias.

En esa literatura rusa en la que cada gran escritor fue censurado, perseguido, apresado, desterrado, excomulgado, gulagueado o ejecutado, Nikolái y sus aliados descubren la libertad esencial del ser humano: la de imaginar. Tal como don Quijote, ellos habrán de crear su propio mundo y buscarán que sus vidas se vuelvan arte al emular las novelas que emulan la vida.

Corre el año de 1971 y el mundo está atento a la carrera espacial. Los soviéticos han puesto a tres cosmonautas en la estación Sályut al tiempo que impiden a Solzhenitsyn viajar a Estocolmo para recibir su Premio Nobel. Nikolái le propone a su mujer y al borracho Guerásim viajar al espacio, aventura que habrán de consumar tras degustar lo sublime y podrido de la condición humana.

En *El peso de vivir en la tierra*, David Toscana hace un espléndido recorrido por la literatura rusa y celebra a esos valientes escritores que fueron libres en un mundo que no lo era. También nos propone que, a falta de libreto, la vida se deje poseer por el espíritu del arte.

«Estamos ante una de las obras narrativas más cautivantes, divertidas e imaginativas de la historia reciente de nuestras letras.»

Luis Jorge Boone,

El Universal

«Tocado por la mano de los dioses.»

Ricardo Baixeras,
El Periódico

«La lectura prontamente te sume en algo parecido a la ensoñación, algo difícil de experimentar, al alcance de muy pocos orfebres de la palabra, maestros como Toscana.»

Francisco H. González,
Devaneos

© Sarah Kuźmicz

David Toscana
ha publicado *Estación Tula*, *Lontananza*, *Duelo por Miguel Pruneda*, *Los puentes de Königsberg* (Alfaguara, 2009), *El último lector* (Alfaguara, 2010), *La ciudad que el diablo se llevó* (Alfaguara, 2012), *El ejército iluminado* (Alfaguara, 2013), *Santa María del Circo* (Alfaguara, 2016) y *Evangelia* (Alfaguara, 2016). En 2018 recibió el Premio Xavier Villaurrutia y el XI Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska por su novela *Olegaroy* (Alfaguara, 2017). Ha recibido, también, los premios José María Arguedas, Antonin Artaud, Colima y José Fuentes Mares. Formó parte del International Writers Program de la Universidad de Iowa y del Berliner Künstlerprogramm. Su obra se ha publicado en quince idiomas.

El peso de vivir en la tierra Edición en formato digital: septiembre, 2022

D. R. © 2022, David Toscana D. R. © 2022, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-382-243-5

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales Facebook: @penguinebooks Twitter: @penguinlibrosmx Instagram: @penguinlibrosmx Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

El precio de vivir en la tierra

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos